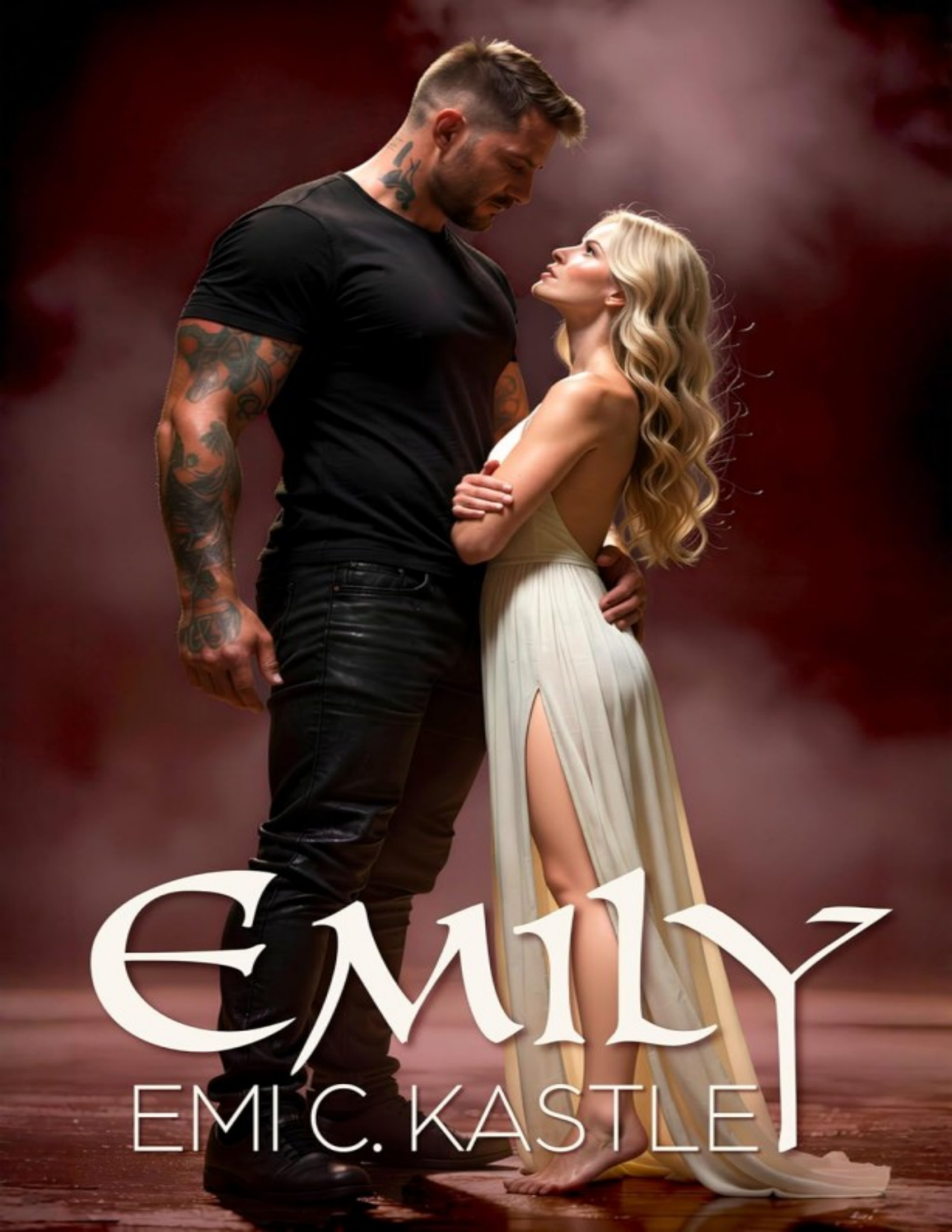

EMILY
EMI C. KASTLE



LIBRO 2

Emily

Emi C. Kastle

AVISO LEGAL

Ninguna parte de esta obra puede ser copiada, almacenada o transmitida, por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación, o cualquier sistema de reproducción y recuperación, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, con excepción de breves citas utilizadas en reseñas o comentarios críticos.
Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, situaciones y escenarios que aparecen en él son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas o eventos, es pura coincidencia.
Algunas herramientas de inteligencia artificial fueron utilizadas como soporte en el proceso creativo y editorial de esta obra, bajo supervisión de la autora, sin que ello sustituya su autoría ni responsabilidad sobre el contenido.
La autora reconoce todos los derechos sobre las marcas registradas, productos o referencias mencionadas en el texto. La inclusión de dichos elementos se realiza sin intención de infringir derechos ni de establecer asociación o patrocinio con sus propietarios legales.
AUTORA: Emi C. Kastle
DISEÑO DE LA PORTADA: Emi C. Kastle





Para las que eligen al monstruo
y se adentran en su oscuridad
sin intención de volver a la luz.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO:
Este libro está dirigido exclusivamente a lectores adultos.

Lo que encontrarás en estas páginas no es una historia amable ni segura. Es una historia oscura, cruda y emocionalmente intensa, ambientada en un universo de mafia donde la violencia no es un recurso narrativo, sino una forma de vida. Aquí las decisiones pesan, la sangre mancha, y nadie sale indemne.

Esta es, sin duda, la historia más oscura que he escrito.

Seamus O'Sullivan no es un héroe. Es un sociópata funcional.

Un hombre criado para matar, proteger y dominar, que no siente culpa por la violencia y no busca redención.

Su forma de amar es absoluta, posesiva y brutalmente honesta. Ama como vive: sin frenos, sin concesiones, sin medias tintas. Y, aun así, lo amamos. Con toda su oscuridad, o precisamente por ella.

Emily no se queda atrás.

No es una víctima ni una luz que viene a salvar a nadie. Es una mujer que aprende a abrazar su propia sombra, que se transforma, que descubre placer, poder y deseo en lugares incómodos.

Su evolución no es hacia la suavidad, sino hacia la conciencia de lo que es capaz de hacer… y de disfrutar.

Emily ama a Seamus sin querer cambiarlo, y en ese acto también acepta su propia oscuridad, sabiendo exactamente el precio.

El sexo es explícito, intenso y emocionalmente cargado. No está edulcorado ni narrado con delicadeza innecesaria. Es carnal, dominante, a veces violento, siempre consensuado dentro de dinámicas de poder claras y asumidas por los personajes. Forma parte esencial del vínculo entre ellos y de su manera de comunicarse.

Este libro contiene:

–Lenguaje explícito.

–Escenas de sexo explícitas, intensas y emocionalmente crudas.

–Violencia gráfica, asesinatos, tortura y enfrentamientos armados.

–Dinámicas de posesividad, control, protección extrema y entrega mutua.

– Trauma infantil y abuso físico/emocional por parte de un padre abusivo.

– Representación de secuelas psicológicas del pasado.

–Personajes moralmente grises, obsesivos y peligrosos.

– Situaciones de consentimiento ambiguo inicial (dubcon) que evolucionan hacia un consentimiento claro dentro de la relación.
–Un universo de mafia realista, con jerarquías, lealtades y consecuencias irreversibles.
–Transformación personal a través del poder, el deseo y la violencia.
No es una historia para todos. No busca complacer ni tranquilizar y no separa el amor de la oscuridad.
Aquí el monstruo no se cura, encuentra su hogar.
Si entras en este libro, entras sabiendo lo que hay: sangre, deseo y sombras sin suavizar. Esta historia no se abre la puerta, la derriba. Y cuando termina… se queda contigo.

Sinopsis

Seamus
Nací para la violencia. Para la lealtad sin preguntas, para la sangre derramada en nombre de los míos, para ser el monstruo que otros temen nombrar en voz alta.
Nunca quise una vida tranquila, nunca creí en finales felices, porque hombres como yo no los merecen.
Entonces apareció ella, e hice lo que tenía que hacer.
La reclamé sin pedir permiso, sin importar que ella aún no supiera que ya era mía.
Emily no llegó para calmarme ni para salvarme. Llegó para mirarme de frente, sin miedo, sin intentar cambiarme, como si entendiera exactamente qué soy. Y eso solo selló lo inevitable. En el momento en que la tuve delante supe que no importaba el precio, ni las consecuencias, ni el daño colateral. No iba a soltarla nunca.
Porque cuando un hombre como yo ama, no hay negociación. Solo obsesión.

Emily
El dolor no me rompió. Me entrenó.

Crecí aprendiendo a resistir, a reaccionar rápido, a no agachar la cabeza. El trauma no me volvió frágil, me volvió peligrosa. La danza fue disciplina, control, una forma de transformar la rabia en algo preciso.
Entonces apareció Seamus, y no se lo puse fácil. Nunca lo hago.
Porque no soy una princesa que necesita ser rescatada, soy una guerrera que elige cuándo y con quién bajar la guardia.
Y él lo vio. No intentó cambiarlo, no quiso limarlo, no buscó domarme, me aceptó como soy.
Con él entendí que podía ser muchas cosas a la vez sin tener que renunciar a ninguna.
Que podía bailar con disciplina y luchar con ferocidad, amar con intensidad y seguir siendo dueña de mí misma. Que el amor no tiene por qué quitarme armas, sino dármelas.
Nuestro amor no es tierno ni correcto. Es sangriento.
Una alianza entre dos personas que saben exactamente de qué son capaces y se eligen mutuamente.
Seamus no me salvó, ni yo lo salvé a él.
Nos encontramos en el punto exacto donde la violencia deja de ser caos y se convierte en hogar.

Nota de la autora

Esta es, sin duda, la historia más oscura que he escrito hasta ahora.
Seamus es mi monstruo. Mi perturbado favorito. No es moralmente gris: es negro como el carbón.
Vive según un código simple y brutal —la familia no se toca— y cuando encuentra a su mujer, nada ni nadie, ni siquiera ella misma, puede apartarlo de su lado. Es ese villano que sabemos que no deberíamos amar… y aun así lo hacemos.
Tenía claro desde el principio que Seamus no necesitaba una princesa a la que proteger. Necesitaba una guerrera que no se lo pusiera fácil, que le mantuviera el pulso, que estuviera a su altura. Y eso es Emily: una leona que no se achica, que abraza su fuerza y su oscuridad, y que no viene a suavizar al monstruo, sino a caminar a su lado, a completarlo desde el mismo lugar donde nacen sus sombras.
Este es el segundo libro de la saga O'Sullivan, una familia irlandesa marcada por la lealtad, la sangre y una forma de amar que no

entiende de medias tintas. Aquí no se juzga la oscuridad, se reconoce. La familia no intenta cambiar a Seamus ni a Emily; los acepta como son, porque en este clan la pertenencia no se gana siendo bueno, sino siendo leal.
Si en el primer libro nos asomamos a su mundo y aprendimos sus reglas, en este entramos de lleno en su mundo. En lo que significa formar parte de los O'Sullivan, en cómo se protege lo que es propio y en cómo incluso los monstruos tienen un lugar cuando el amor y la familia son reales.
Gracias por leer, por quedarte cuando el amor no salva y la sangre no se evita. Por entrar en esta familia donde amar significa elegir a quién proteger… y a quién condenar.
Con todo mi amor,
Emi

1

Seamus

Dicen que los días felices son para los que sienten. Para los que se emocionan con brindis, promesas y valses lentos. Para los que lloran cuando dos idiotas se juran amor eterno frente a un altar improvisado, creyendo que el mundo se va a detener por ellos.
Yo solo pienso en lo fácil que sería abrirle el cuello a uno de los primos rusos de Natasha.
Hay uno en particular. Alto, mandíbula cuadrada, sonrisa forzada y esa mirada de los que creen que saben algo solo porque han sobrevivido a una guerra que no entienden. Lleva media hora hablando demasiado cerca de Erin, como si la genética lo excusara.
No me gusta que respire.
Imagino la curva de su cuello, la presión exacta de mis dedos. Pienso en cómo sonaría su tráquea al colapsar. Me pregunto si alcanzaría a hacer ruido o si el golpe sería mudo.
Pero aquí estoy. En la boda de mi hermano mayor, Declan O'Sullivan. Líder del clan, padre putativo de todos los idiotas que ahora bailan con una copa en la mano.

El héroe de la familia, el que arregla lo que nosotros rompemos, el que lleva la corona invisible y la carga como si no doliera.
Yo soy otra cosa. El que hace lo que nadie quiere mirar, el ejecutor silencioso, el monstruo que se esconde bajo la mesa cuando las luces están encendidas.
Soy el que sonríe mientras el enemigo se desangra por la garganta y nadie se atreve a preguntar cómo ocurrió.No importa que piensen que no siento, que crean que soy solo un arma que camina, que mata sin pensar, que no llora, no ama, no arde por dentro.
La verdad es más jodida, yo sí siento. Lo siento todo, pero no como los demás. No me duele matar, no me pesa. Lo disfruto, me alivia y me calma.
Sentir el hueso crujir bajo mis manos, ver el pánico en unos ojos que saben que van a morir, el calor de la sangre resbalando por los nudillos... eso me da paz.
El problema es cuando no tengo nada que romper, como ahora.
La música suena, los brindis vuelan, las luces giran. Todos ríen, beben, bailan como si el mundo no fuera un campo minado. Y yo… me aburro.
Estoy en un rincón del porche, con la espalda contra un pilar y el vaso lleno de un whisky que ya no sabe a nada. Estoy justo en esa curva peligrosa, entre la calma y el estallido, cuando la veo.
No la había notado, lo cual ya es una ofensa en sí misma.
Es… pequeña. Frágil, en apariencia. Una criatura hecha de curvas suaves, piel clara, movimientos etéreos. Como si en lugar de caminar, flotara. Lleva un vestido que no protege de nada y no parece querer hacerlo. Sus ojos... Dios, sus ojos. Miel líquida. Cabello dorado, suelto. Rizos que caen sobre los hombros como si se burlaran del control.
Todo mi cuerpo reacciona antes que mi mente. Una alerta animal, instintiva, como si hubiese olido algo que no voy a poder ignorar. No sé quién es, no aún, pero sé con una claridad espeluznante que la quiero.
Cruzo la terraza sin dejar de mirarla. No como un hombre se acerca a una mujer, sino como un depredador se desliza hacia algo que ya ha marcado como suyo.

Encuentro a Aidan al borde del jardín, quieto, inmóvil, con esa manera suya de observar sin ser visto, siempre alerta, siempre exacto. Él es el único de todos los nuestros que entiende lo que no se dice.
Me planto a su lado sin necesidad de explicar nada. Él ya lo ha visto.
—La del vestido marfil. ¿Quién es?
No hace falta más. Tarda un segundo, solo uno, en darme la respuesta.
—Emily Parker. Compañera de cuarto de Natasha hasta hace unas semanas. Bailarina. Tiene un padre alcohólico. No me interesó seguir el hilo.
No lo pregunta, pero lo sabe. Sabe por qué la he señalado y sabe lo que significa.
—¿Algún problema? —pregunto, sin rodeos.
Finalmente me mira. Y cuando lo hace, su voz tiene ese filo que corta sin necesidad de elevarse.
—No te ensucies con algo que no vas a saber limpiar.
No lo contradigo ni lo tranquilizo. No tengo nada que explicarle.
Ya la vi. Ya tomé la decisión. Y ahora solo queda avanzar.
Camino hacia ella con la calma de quien ya no está eligiendo, sino ejecutando algo inevitable. Porque aunque aún no lo sepa, aunque crea que tiene voz en esta historia, Emily Parker ya me pertenece.
Y esta noche, voy a dejárselo claro. La distancia entre ella y yo no existe.
Hay cuerpos en medio, luces colgantes, música que gira sobre los invitados como humo dulce… pero nada de eso me detiene. Camino como quien ya sabe a dónde va, como quien ya lo ha hecho antes.
Porque esto ya lo he vivido. Tal vez en otro cuerpo o tal vez en un sueño, o tal vez es que la reconocí desde antes de nacer.
Emily.
Emily Parker.
Cada paso que doy es una decisión tomada hace tiempo. Cada centímetro que me acerco es una promesa que nadie más escuchó pero yo ya firmé.
Está de espaldas, su cuello expuesto, sus omóplatos bajo ese vestido ridículo que no cubre nada. Sus hombros se tensan cuando me

acerco. Lo siente, lo sabe. No me ha visto, pero su cuerpo sí.
Y eso me arranca una sonrisa lenta.
Me planto detrás de ella. No me apresuro, no invado. Solo estoy ahí, como si el universo me hubiera colocado justo donde debía estar. Ella se gira y me mira, con una mezcla de confusión y tensión que me resulta deliciosa. Está incómoda, alerta. Su cuerpo lo sabe antes que su cabeza.
La observo un segundo más. Me gusta verla así, sin defensas, sin guión.
—Emily —digo su nombre con un cuidado casi reverente, como si probarlo en mi boca confirmara que es mío—. Soy Seamus. El hermano de Declan.
La forma en que parpadea me lo dice todo. No me esperaba. No sabe quién soy, pero intuye lo suficiente como para que el instinto le grite que algo no va bien.
Perfecto.
Inclino apenas la cabeza, como si le diera tiempo para adaptarse, para encajar las piezas.
Y entonces, sin suavidad, sin transición, lo digo. Porque no hay motivo para disfrazar la verdad.
—Quiero que sepas que te he reclamado. A partir de ahora, eres mía. Y yo soy tuyo.
Y ahí es cuando el mundo empieza a arder.
Emily parpadea. Una. Dos veces. Y entonces… explota.
—¿Perdón? ¿¡Reclamado!? —su tono sube como un disparo. Agudo. Cortante—. ¿Qué coño te pasa? ¿Quién te crees que eres? ¿¡Un vikingo perdido que se cree que puede elegir esposa a dedo!?
El jardín entero se vuelve hacia nosotros, pero no me inmuto. No aparto la vista, no retrocedo ni un milímetro.
—¡Yo no soy tuya! ¡Ni de nadie! ¿Tú qué te piensas? ¿Que puedes venir aquí, soltar una barbaridad machista y largarte como si acabases de hacer un brindis?
Sus ojos están ardiendo. Sus manos tiemblan. Y yo… yo estoy perfectamente en calma.
—La próxima será nuestra boda —digo. Sin elevar la voz. Como quien da un dato objetivo.

Y me doy la vuelta. No porque me retire, sino porque ya está dicho. Lo importante ya está sembrado. Lo demás... es solo ruido.
—¡Vuelve aquí! ¡Dímelo otra vez! ¡Que lo grabo para mandárselo a tu terapeuta! ¡Porque seguro que tienes uno, ¿verdad?! ¡Porque estás como una puta cabra!
Sigo caminando, sintiendo cómo el aire se espesa a mi paso. La energía ha cambiado. El fuego ha prendido.
—¡No pienso casarme contigo! ¡Ni ahora, ni mañana, ni si eres el último hombre sobre la Tierra y yo la única con útero funcional! ¡¿Me oyes, psicópata?!
Me doy la vuelta, dejando atrás el incendio que su voz ha encendido sin siquiera entenderlo. Camino despacio, sin mirar atrás, porque ya está hecho. Lo que tenía que decir fue dicho, y no hay marcha atrás cuando algo está decidido desde tan adentro que no conoce duda.
Las palabras de Emily me persiguen, agudas, furiosas, desesperadas por ser negación… pero para mí son confirmación. Cada grito, cada insulto, cada maldición que lanza como un latigazo solo refuerza lo que ya sé: está viva en mi órbita, y eso es todo lo que necesito.
Antes de perderla entre los cuerpos, giro apenas el rostro y la miro. Ella sigue ahí, roja de rabia, vibrante como una llama. Nuestros ojos se cruzan y le regalo una sonrisa. No hay burla en ella. Solo certeza.
Entonces veo a Declan.
Quieto. Blanco. Observándome desde el borde del porche como si acabara de ver caer una pieza fuera del tablero.
Y yo, sin dejar de sonreír, le sostengo la mirada. Porque sabe lo que viene y sabe que no pienso retroceder.

2

Emily

Estoy temblando.
No de miedo, de pura rabia.
Las chicas me rodean como si acabara de escapar de un incendio, todas con esa cara de "tranquila, respira, no hagas una escena", pero

ya es tarde. La escena ya está hecha, las luces están sobre mí, y yo no pienso esconderme.
¿Reclamada? ¿¡Mía!?
¿Pero en qué siglo cree que vive ese maldito lunático?
Mi corazón va a mil por hora, las manos me sudan, y siento la mandíbula tan apretada que me va a doler hasta el cuello mañana, pero no me importa. Lo que me importa es lo que acaba de pasar. Ese hombre… ese Seamus —Seamus, como si hasta el nombre fuera un maldito puñal— me ha mirado como si ya supiera todo de mí. Como si yo fuera una cosa, un premio que puede marcar con su nombre y llevarse a casa.
No me conoce.
No tiene idea de dónde vengo, de lo que he tenido que tragar para llegar viva hasta aquí. No sabe de las noches escondida bajo una mesa mientras mi padre rompía botellas y gritaba que todo era culpa mía. No sabe lo que es crecer con miedo metido en los huesos y aun así aprender a caminar erguida.
Así que no, no voy a dejar que otro hombre me diga quién soy.
Mucho menos uno que se presenta como si fuera una especie de castigo divino, soltando frases como profecías, mientras se pasea con ese aire de amenaza contenida.No me importa si es el hermano del novio. No me importa si es guapo —porque sí, joder, lo es, maldita sea, con esa cara de ángel roto y esos ojos que parecen medir el lugar exacto donde te duele—. Tampoco me importa si todo el mundo aquí parece agachar la cabeza cuando él pasa.
Yo no. Yo no me inclino ante nadie.
—¿Estás bien? —pregunta Chloe, tocándome el brazo como si tuviera miedo de que explote otra vez.
—Estoy perfecta —miento, y me aparto el pelo de la cara con un gesto brusco.
Mi voz todavía vibra con el grito de hace unos segundos. Me siento como un cable eléctrico expuesto. Y por dentro… por dentro algo se agita. Una parte de mí que no entiendo y que me da asco reconocer. Porque no es solo rabia lo que me ha dejado ese psicópata. Es otra cosa también.

Una sensación sucia. Insoportable. Casi como si una parte de mí… hubiera respondido a esa maldita voz.
Y eso sí que no se lo perdono.
Ni a él. Ni a mí.
No pienso dejar que ese imbécil tenga la última palabra.
Todavía siento su mirada como una presión exacta entre los omóplatos, como si su nombre hubiera quedado tatuado bajo mi piel a la fuerza. Aunque ya no esté cerca, aunque se haya ido —o al menos eso dicen mis ojos—, yo sé que está ahí. En algún rincón. Observando. Esperando.
Con esa sonrisa. Esa maldita sonrisa que no olvido.
Y si cree que va a verme temblar, que voy a encogerme como una flor marchita, si cree que va a borrar con una frase la mujer que he construido a base de rabia, hambre y cicatrices, entonces no tiene ni la más jodida idea de con quién se ha metido.
Respiro hondo. No para calmarme, sino para afilarme.
Me aliso el vestido como si me pusiera una armadura y busco a las únicas dos personas en esta fiesta que no me van a pedir que me calme.
—¿Dónde está el whisky? —pregunto, como quien exige munición.
—Ahí viene —dice Chloe, justo cuando Scarlett aparece como si la hubiera invocado, sosteniendo dos copas como si fueran reliquias.
—Vi la mirada —dice Scarlett—. Vi lo que te hizo. Así que traje medicina.
—¿Te refieres al alcohol o a tu compañía?
—Ambas, obviamente. Ahora bebe.
Me entrega la copa y la sostengo como si acabara de hacer un juramento.
—Vamos a fingir que nada pasó —dice Chloe, sonriente, nerviosa.
—No. —Mi voz es firme. Baja. Corta—. Vamos a asegurarnos de que todo el mundo lo recuerde.
Bebo. El whisky me corta por dentro, me endereza, me enciende.
Y entonces la música cambia.
No es casualidad, lo siento en los huesos. Las luces bajan apenas, la base vibra como un latido profundo, y el ritmo cae como una cuerda

que me llama por mi nombre. Es fuerte. Instintivo. Hecho para cuerpos que no piden perdón.
—Voy —anuncio, entregando la copa vacía sin apartar la mirada del centro de la pista.
—¿Sola? —pregunta Scarlett.
—Nunca —respondo, y me giro hacia ellas con una sonrisa que no es dulce ni amable, sino salvaje—. Pero que quede claro: el espectáculo soy yo.
Entro en la pista como si fuera mi reino. No hay dudas ni titubeos. Solo propósito. Cada paso sobre el suelo es un golpe. Cada movimiento, un aviso.
No bailo. Me despliego.
Y cuando la música me toca, dejo de pensar.
Mi cuerpo se mueve como si cada músculo conociera el ritmo mejor que mi propia conciencia. Cada giro es un ataque. Cada movimiento de cadera, una sentencia. Mis manos dibujan cortes en el aire. Mi pelo vuela como una llamarada viva.
Bailo con rabia. Con orgullo. Con historia.
Y no estoy sola.
Chloe me sigue al instante, su energía liviana y contagiosa, la risa a flor de piel. Scarlett entra después, con esa fuerza arrolladora que hace que todo a su alrededor parezca más brillante.
Pero está claro, desde el primer segundo, quién marca el pulso. Ellas me acompañan. Me elevan. Pero esta noche, el centro soy yo.
La pista estalla.
La gente aplaude, ríe, mira. Algunos intentan acercarse, participar, unirse al vórtice, pero retroceden en cuanto sienten el filo de nuestra energía. No estamos disponibles. No somos accesibles. Somos fuego y somos espectáculo.
No necesito explicárselo. Estoy aquí, entera, visible, ardiendo con todo lo que soy. Si alguien pensó que podía marcarme como a una propiedad, tenía que ver esto: cómo baila una mujer que ha sobrevivido al fuego sin quemarse, que no se deja poseer y que, si la intentas domar, te arranca la piel.
Y si Seamus O ’ Sullivan aún me observa desde alguna sombra, que mire bien. Que entienda lo que se siente al ser ignorado por una

mujer que nunca agacha la cabeza.
Porque esta noche no soy suya. Soy el fuego. Y quien intente atraparme… se va a quemar.
La canción termina entre risas y aplausos, y las tres nos dejamos caer juntas en un rincón del jardín como si el mundo acabara de girar solo para nosotras.
Estoy sudada, jadeando, viva. Scarlett se ríe, descalza ya, con la copa en alto, y Chloe se abanica con una servilleta robada, brillante como una bengala humana.
—¿Sabes qué? —dice Scarlett, con los ojos entrecerrados—. Si alguien no se ha enamorado de ti esta noche, es porque está muerto.
—O ciego —añade Chloe, y estallamos otra vez en carcajadas.
Y justo entonces, lo veo.
Al otro lado del jardín, acercándose con una sonrisa tan blanca como descarada, un tipo alto, guapo, con pinta de saber bailar y pecar por igual. No tengo ni idea de quién es, ni me importa.
Se detiene frente a mí, inclinándose un poco, lo justo para que la voz me roce como una invitación.
—¿Puedo invitarte a una copa?
Levanto la mirada, todavía con el pulso alto, y sonrío.
—Puedes intentarlo —respondo, con ese tono que uso cuando me importa poco y disfruto mucho—. Pero que sepas que esta noche… bailo con quien quiero.
Y me gusta que lo sepa, porque esa es la diferencia. No coqueteo por rebeldía, ni busco distraerme. Lo hago porque quiero, porque puedo, porque nadie decide por mí.
Esta soy yo, sin filtros ni permisos. Y esta noche, brillo solo para mí.

3

Seamus

Necesito salir.
Y no porque no quiera matarlo, sino porque sé que si me quedo… lo haré.

Mis manos ya se han cerrado. Los nudillos blancos, el cuello tenso, la sangre bombeando como si estuviera a punto de estallar. Miro al idiota ese, el que se acercó a Emily con esa sonrisa de niñato, con la copa en la mano y los pantalones planchados, creyéndose encantador. Y lo único que pienso es cuántos golpes necesita alguien como él para dejar de respirar por la nariz.
Emily le sonrió, lo miró… coqueteó. Porque puede, porque no me conoce todavía.
Y no la culpo, pero eso no cambia nada. Mi instinto me grita que lo arrastre del cuello, lo tire al suelo y lo aplaste hasta que su cara no sea más que una mancha roja sobre el césped del jardín. Y estaría bien. Estaría jodidamente bien.
Pero entonces lo veo. A Declan.
Felices los dos. Él y Natasha. Mi hermano, por fin en paz. Y me trago la rabia como un cuchillo.
No por mí, por él, por no joderle su noche.
Así que me giro, sin decir una palabra, y me largo con la mandíbula apretada y el corazón como un tambor de guerra.
El trayecto a Humboldt Bay es una niebla caliente, densa, roja. Conduzco como si el asfalto no importara, como si los semáforos fueran luces decorativas, como si el rugido del motor pudiera ta par la furia que tengo clavada en el pecho.
Las imágenes se repiten: su risa, la sonrisa de ese imbécil, mis manos en su cuello. Me obligo a soltar el volante, a respirar. No sirve. No hay nada que lo apague.
Salvo una cosa.
The Hollow.
Cuando llego, todo el aire cambia. El almacén ruge desde dentro. Por fuera sigue pareciendo un cascarón vacío, muerto, olvidado. Pero yo sé lo que hay dentro. Humo, sangre, ruido. El olor a adrenalina, a carne rota, a sudor seco. Nadie se molesta en limpiarlo. Aquí no se limpia, aquí se sangra y se pisa.
Cruzo la puerta sin mirar a los lados. El símbolo me saluda: un cráneo con la mandíbula arrancada. Aquí no se viene a hablar.
La luz es amarilla, sucia, colgando de cadenas oxidadas. El suelo vibra bajo los pies, y en cuanto entro, lo escucho.

—¡Reaper!
El grito se multiplica.
—¡Dead Reaper! ¡Reaper! ¡Reaper!
Los cuerpos se mueven como oleadas sucias. Algunos me palmean el hombro. Otros se apartan. Me reconocen, no por la cara, por lo que represento.
Soy una leyenda entre ratas. El que pelea sin mostrar los dientes. El que no celebra, ni mira atrás. El que rompe.
Y esta noche... vine a romper.
Mido un metro noventa y cinco. Puro músculo tallado por la guerra. No es fuerza de gimnasio. Es fuerza de calle, de huesos endurecidos, de haber crecido peleando con demonios y hombres por igual. Mi piel es un mapa: tatuajes que hablan en idiomas que ya no existen, cicatrices que no cicatrizaron bien, marcas que cuentan historias que no pienso repetir. Cada paso que doy sobre el suelo de cemento retumba como un anuncio.
Subo al ring. Sin cuerdas, sin techo. Solo barrotes de acero a cada lado. Las llaman "paredes de respeto". Yo las llamo frontera entre la cordura y lo que soy.
El otro ya está allí. Es nuevo, lo noto. Nadie me mira así cuando sabe quién soy. Tiene buen cuerpo, joven, cicatrices frescas. Cree que puede aguantarme.
No entiende nada.
—¿Eres tú el que llaman Reaper? —me escupe desde el otro lado—. Pensé que serías más grande.
Lo miro. No hablo. Nunca necesito hablar. Me quito la camisa y se hace el silencio. Un segundo. Dos.
Mi torso es una historia de guerra. Tatuajes oscuros, sombras de cuchillas, cicatrices que cruzan como rayos. Soy la prueba viva de que el dolor no mata, solo transforma.
Me pongo en posición y me crujo los nudillos.
Y en ese momento suena la campana.
No hay advertencias. No hay preámbulo. Solo el sonido seco de mi puño estampándose contra su mandíbula.
La cabeza le gira. El cuerpo se tambalea, pero aún no cae.
Me gusta.

Le doy espacio, que respire. Que piense que puede. Y luego, le cargo el pecho con el hombro y lo lanzo contra el acero. El sonido del impacto es puro arte. El aliento se le escapa, se pliega.
No lo dejo caer, lo sujeto del cuello. Golpe. Golpe. Golpe.
El público grita. Yo no los oigo. Solo veo su cara, la de ese idiota de la fiesta.
Y por un instante, también la de Emily. Esa sonrisa, ese vestido, ese maldito fuego que me dejó sin aire.
El tipo intenta devolverme un puñetazo. Me da en la costilla. Buena fuerza pero insuficiente.
Lo atrapo, lo bajo. Codo en la sien. Dos. Tres. Ya no se mueve. Pero yo no me detengo. Solo cuando siento que su cuerpo se vuelve peso muerto, me obligo a parar.
Me levanto. El ring huele a cobre, a sangre caliente.
Yo respiro por la boca. Me limpio el sudor con el antebrazo y la gente aúlla.
—¡REAPER!
No los escucho, solo siento que la rabia ya no está en mi garganta. Pero no se ha ido, solo se ha replegado, esperando.
Porque ahora sí... puedo volver. Y cuando lo encuentre —al idiota que la miró—, ya no va a haber excusas.
El tipo del ring no se mueve. Ni un gemido, ni un espasmo. Solo ese sonido húmedo que hace la sangre cuando se mezcla con el sudor. Me aparto y respiro hondo. No porque lo necesite, sino porque mi cuerpo aún está en modo caza, pidiendo más. Pero ya he tenido suficiente… por hoy.
Salgo de The Hollow entre gritos y billetes en manos ajenas. Algunos me aplauden, otros se apartan. Yo no los miro, no busco elogios. Solo vine a vaciarme.
Conduzco sin música, con la ventanilla baja y los nudillos sangrando sobre el volante. Las luces de Eureka me reciben sin aspavientos. Esta ciudad ya sabe lo que soy. Me tolera. Me teme. A veces, me respeta, pero nunca intenta salvarme.
Mi edificio está donde empieza el puerto y termina el centro: una vieja estructura de acero y ladrillo negro que una vez almacenó madera, o pescado, o cuerpos. No importa. Ahora es mío. Todo.

Subo directamente al último piso. No hay vecinos ni portero. No hay ruido. Solo yo y el ascensor que se abre con una llave que nadie más tiene.
El loft es como yo: inmenso, funcional, sin adornos. Techos altos, vigas expuestas, suelos de cemento pulido y ventanales que dan al agua, aunque no la miro casi nunca. Todo está abierto, sin paredes innecesarias, sin rincones para esconderse.
A la izquierda, el gimnasio: pesado, brutal, sin máquinas de lujo. Solo sacos, pesas, cuerdas, bancos y el sudor seco que no limpio a propósito. Es mi lugar para destruir cuando no hay nadie más que romper.
Al fondo, la cocina. Acero inoxidable, mármol oscuro, fuegos potentes. Me gusta cocinar, me calma. Y si no lo hago, reviento.
La suite está elevada, medio separada por un muro de cristal esmerilado. Cama king, sábanas negras, paredes desnudas. Y la terraza. Mi templo.
Piscina infinita. Jacuzzi. Sillones anchos, cuero envejecido. Vista abierta a la ciudad.
El baño es inmenso, como todo en este sitio. Piedra negra, acero cepillado, grifería mate. En el centro, la ducha: una pared de cristal y roca volcánica, lluvia desde el techo y chorros laterales como cuchillas de agua.
Me quito la ropa sin apuro. La camisa se pega a la piel por el sudor y sangre seca. Los pantalones caen pesados. Me miro un instante en el espejo, sin reconocerme del todo. Hay algo más animal que humano en mi reflejo esta noche.
Enciendo la ducha. El agua cae como un castigo bendito, fuerte, caliente, arrastrando la suciedad, la sangre, la furia. Apoyo las manos contra la pared, dejo que la cabeza baje y cierro los ojos. El vapor me envuelve. El cuerpo me pesa y la respiración se vuelve lenta.
Podría quedarme así una hora. Podría dejar que el agua siga golpeándome hasta arrancarme la piel, hasta disolverme en silencio. Pero no lo hago.
Después de unos minutos, salgo. Me seco con una toalla oscura, áspera. Me pongo unos pantalones de algodón, negros, y una

camiseta limpia. Nada más. No necesito más. Cruzo descalzo el loft hasta el salón principal.
El sofá de cuero es una bestia negra en medio del espacio. Me dejo caer en él como si acabara de cruzar un desierto. Tomo el control remoto, enciendo la luz tenue del fondo, dejo que el sistema domótico me reconozca y active la nevera empotrada al lado del minibar. Saco una Guinness. Bien fría. Oscura como el alma.
La abro y el sonido es casi sexual. Bebo despacio y el sabor me acaricia la garganta como una promesa cumplida.
Y entonces, por fin… exhalo.
Ha sido un buen día.
Declan se ha casado. Contra todo pronóstico, ha encontrado algo parecido a la paz. Y yo no lo arruiné. Me contuve, me fui antes de convertir esa boda en una carnicería. Encontré un imbécil dispuesto a sangrar por el precio justo, y le di lo que buscaba. Le rompí los huesos. Le dejé un recuerdo que no se le va a borrar. Y lo mejor de todo… la encontré a ella.
Emily.
No sabe aún lo que es. No sabe lo que va a significar. Pero yo sí. La vi. Y algo dentro de mí cambió. Como si mi cuerpo entero hubiese estado esperando reconocerla. Como si cada puñalada, cada noche en vela, cada pelea… hubiera sido solo el camino hasta su risa.
Me recuesto. Apoyo la cabeza contra el respaldo, la Guinness en una mano. La otra cerrada aún, como si todavía buscara carne que golpear.
Ha sido un buen día, pero mañana será mejor, porque mañana, empieza la cacería.

4

Emily

Podría estar pasándomelo bien, de verdad. Tengo una copa en la mano, un hombre guapo frente a mí y la sonrisa más educada que puedo forzar sin desgarrarme por dentro. Él habla. Mucho. Y muy

bien. Sobre inversiones, sobre crecimiento sostenible, sobre no sé qué mierda de bonos convertibles.
—Qué interesante —digo, y lo único interesante es la idea de fugarme corriendo hasta el buffet y esconderme detrás de un pastel.
Y entonces ocurre. Lo veo.
Seamus.
Sale del jardín como si el mundo le debiera espacio. Su cuerpo entero vibra con algo salvaje, contenido, brutal. Camina lento, como si la noche fuera suya y cuando levanta la mirada… me la clava.
No sonríe, no dice nada. Solo me mira. Y con esa sola mirada me hace sentir desnuda, marcada, seleccionada. Mi cuerpo reacciona antes de que pueda pensar. Me acerco al tipo perfecto más de lo necesario. Lo toco, me río como si me interesara.
Pero no me interesa, porque ya no estoy aquí.
Estoy en esa mirada. En ese silencio. En esa promesa oscura que Seamus acaba de lanzarme sin palabras.
Y luego, desaparece como si nunca hubiera estado.
Y de repente, el pobre diablo con máster en finanzas me resulta aún más insoportable.
—Perdona —digo, interrumpiéndolo sin disimulo—, necesito… algo. Whisky. Aire . Una dimensión paralela.
No se lo esperaba, lo veo en su cara. Me doy la vuelta y me voy directa hacia la única gente que me salva de mí misma.
—Chicas —anuncio, alzando los brazos como una reina cansada de su corte—, necesito una copa que no me haga pensar en hipotecas.
Scarlett me pasa una sin preguntar. Chloe ya está riéndose. En segundos, estamos bailando, gritando canciones que no sabemos. Repartiendo abrazos y vergüenza por igual.
La fiesta se desmadra, las luces bajan, el whisky sube. Nosotras gritamos como si fuéramos vírgenes sacrificadas al dios de la fiesta.
No recuerdo cómo acabamos en una de las habitaciones de la casa O ’ Sullivan. Solo sé que es enorme, blanca, con una cama donde cabemos las tres y algún cojín perdido que Scarlett adopta como mascota.
Chloe canta dormida. Scarlett habla en sueños. Y yo… yo no duermo.

Porque en cuanto cierro los ojos, lo veo a él. A la última mirada que me lanzó. A cómo me marcó más que sus palabras. Y con la sensación de que desde hoy, nada va a ser igual, me duermo.
La luz entra como una cuchillada.
Gimo.
—Dios mío.
—Cállate —dice Scarlett, enterrada bajo una manta.
Chloe ni se inmuta, hasta que se abre la puerta.
—Buenos días, campeonas —entra Erin, perfecta, peinada, vestida, con esa energía de persona cruel y matutina—. ¿Quién dijo que tres copas eran suficientes?
—Te odio —dice Scarlett sin levantar la cabeza.
—Y yo a ti, cariño. Pero al menos yo no vomité detrás del seto.
—¿Yo vomité? —pregunto, horrorizada.
—No, tú lloraste porque un canapé te miró raro. Chloe vomitó.
—Traición —gruñe Chloe desde su almohada.
Nos reímos, apenas, porque reír duele. Caminamos por la casa como zombies de terciopelo, con las pestañas pegadas y la dignidad evaporada.
La cocina huele a café, bacon, tostadas y redención.
Erin nos sirve zumo como quien lanza un salvavidas.
—¿Así que las chicas urbanas no aguantan una fiesta irlandesa?
—Aguantamos —digo—. Solo que nos exprimieron.
Scarlett se sienta con gafas de sol puestas.
—A mí me exprimió el demonio.
—Eso no fue el whisky, fue el irlandés ese que me miró como si quisiera robarme el alma —mascullo, sin pensar.
—¿Seamus? —pregunta Erin, alzando una ceja mientras remueve el café.
Las chicas levantan la cabeza. Scarlett silba. Chloe pone cara de " Houston, tenemos un problema".
Yo me encajo en la silla, cruzo los brazos sobre la mesa y finjo indiferencia.
—Sí, ese. El que vino a decirme que ahora soy suya, como si fuera el siglo XI y él un señor feudal.
Silencio.

La cocina, que hasta hace un segundo era puro caos y resaca, se queda en pausa.
Erin deja la cuchara con cuidado. Su cara cambia. No es nada evidente, pero se tensa un poco, como si sus músculos supieran algo que su boca no está dispuesta a decir.
—¿Qué pasa? —pregunto—. Era broma, ¿no?
Erin no responde enseguida. Solo me mira. No hay ironía, no hay sonrisa.
Y el silencio me eriza la piel.
—¿Lo era? —insisto, más flojo.
Ella se limita a tomar un sorbo de café. Y esa no respuesta… es una respuesta en sí misma.
—Vale —digo, de pie de golpe—. Me voy a duchar y a intentar parecer una persona funcional antes de que me salga humo de las orejas.
Subo las escaleras tambaleándome. El agua de la ducha es milagrosa, caliente, fuerte, capaz de revivirme y, con suerte, borrar el recuerdo de una mirada que aún me quema por dentro. Me froto el cuello como si pudiera deshacerme de algo que no me ha tocado. Me visto con ropa limpia, prestada: un pantalón deportivo, camiseta blanca. Nada mío, pero cómodo. Neutral.
Cuando bajo, ya hay movimiento en la casa. Gente recogiendo. Voces. Y entonces aparece Natasha.
Guapísima, radiante, con el pelo recogido y esa expresión que tienen las mujeres que han ganado algo importante.
—Ahí estás —dice, abriendo los brazos.
Nos abrazamos fuerte, más fuerte de lo que esperaba. Huele a perfume caro y a felicidad real. Me reconcilia un poco con la vida.
—¿Tú bien? —le pregunto.
—¿Yo? —ríe—. Estoy casada. Estoy enamorada. Estoy agotada. ¿Tú?
—Estoy viva. Eso ya es bastante.
Nos miramos y ella ya sabe. No digo más. Y ella tampoco pregunta.
—Vuestro transporte ya está listo —dice, con una sonrisa conspiradora—. No hagas muchas preguntas, solo disfrútalo.
Salimos por la entrada principal. Hay un coche esperándonos. Subimos. Las chicas ya están dentro. Ríen, medio dormidas. Erin nos

sigue con un café en mano, como si fuera la responsable de una excursión escolar de alumnas colgadas.
El coche nos lleva al borde de la propiedad, a una pista privada donde un helicóptero espera. Un maldito helicóptero. Negro, brillante, elegante.
—¿Esto es en serio? —pregunto, abriendo los ojos como platos.
—Esto es ser amiga de Natasha O ' Sullivan —contesta Scarlett, medio colgada del asiento.
Subimos al helicóptero como quien sube a un sueño improbable. Erin nos despide con un gesto de reina impasible, y Natasha nos abraza a las tres antes de regresar al centro de su mundo de recién casada. Chloe se acomoda con una bufanda a modo de antifaz. Scarlett ya ronca antes de despegar. Y yo… yo me quedo mirando por la ventanilla mientras la ciudad se achica bajo nuestros pies.
Todo parece lejano ahora. El jardín con luces de feria. La música flotando en el aire. La risa de Natasha. El whisky. El idiota de la corbata. Las chicas. Las copas. El caos… Él.
Seamus.
Trago saliva sin razón. Me recoloco en el asiento. Me digo que fue solo una mirada. Una frase. Una locura más entre tantas.
Pero no.
Hay algo que no encaja, algo que no se va. Como si mi piel todavía lo sintiera, como si su voz siguiera susurrándome desde el centro del pecho. Como si esa noche hubiera cruzado un umbral sin saberlo. Un portal invisible que marca el " antes" y el " después" aunque aún no comprenda del todo qué es lo que cambia. Pero lo siento.
En los huesos, en la sangre, en el eco de su voz diciendo que soy suya, como si no hubiera opción de discutirlo.
Cierro los ojos. El helicóptero ruge sobre nosotras. El viento vibra, y en medio de ese ruido y el cansancio, una verdad se instala sin permiso:
Algo grande ha empezado. Y cuando lo entienda… quizás ya no haya vuelta atrás.
El helicóptero aterriza con suavidad, como si el mundo tuviera la decencia de no sacudirnos más esta vez. Un coche nos espera en el helipuerto y en menos de media hora estamos cruzando el campus

bajo un cielo de neón y rutina. Las calles de San Francisco nos envuelven de nuevo: tráfico, bocinazos, gente que no mira a los ojos. Todo parece más pequeño, más ruidoso, más… nuestro.
Llegar al Bowes Center, es como regresar a la vida real de golpe. A las paredes finas, a las habitaciones compartidas, a la cocina donde nunca hay café y siempre hay drama.
Subimos arrastrando las maletas y las resacas.
—Dios, echo de menos esa cama tamaño emperador —gruñe Scarlett, tirando su bolso sobre el sofá.
—Yo echo de menos el silencio —dice Chloe—. Y el chef privado. ¿Podemos tener un chef privado aquí?
—Sí —respondo—. Cuando nos den una beca vitalicia y ganemos la lotería al mismo tiempo.
Reímos a la vez.
Mi cuarto huele a lavanda vieja y a zapatillas húmedas. La ventana está entreabierta y el ventilador zumba como una mosca grande. Me dejo caer en la cama, sin quitarme los zapatos. Necesito diez minutos de mundo apagado, solo diez.
Pero el teléfono vibra. Una, dos veces.
Miro la pantalla y todo se congela.
No hay nombre, pero sé de quién es el mensaje al instante. Papá.
No lo llamo así. Nunca. Por eso no tengo su número guardado, porque poner " hijo de puta" me parecía demasiado obvio. Y porque a veces, en la calle, necesitas fingir normalidad.
Pero ver su mensaje… es como tener una piedra en el estómago.
Abro el mensaje. Solo una línea.
"¿Dónde estás? Necesito que me llames."
Mierda.
Nada bueno empieza así. Nada de él es neutro ni casual. Si escribe, es porque necesita algo. Y cuando necesita algo… yo acabo sangrando. Aunque no sea literal. Aunque ya no levante la mano. Aunque esté a kilómetros de distancia.
Mi pecho se cierra.
La resaca desaparece. El viaje, el helicóptero, la boda, la risa, incluso Seamus… todo se borra por un instante. Porque este hombre, con su voz de amenaza y su sombra larga, siempre consigue lo mismo:

hacerme sentir como si tuviera ocho años otra vez. Como si no pudiera escapar.
Dejo el móvil boca abajo, cierro los ojos y respiro hondo.
No voy a devolverle la llamada ahora. Ni loca. Pero sé que tendré que hacerlo. Que esto… ya está instalado. Que viene algo, algo sucio. Algo que va a doler.
Y por dentro, muy al fondo, me repito: No soy una niña. No soy suya. Ya no.
Aunque parte de mí, una parte pequeña y rota, aún tiemble solo de ver su nombre.

5

Seamus

Despierto antes que el sol, siempre ha sido así. No necesito despertador, ni horarios. Mi cuerpo ya sabe lo que le toca: levantarse, moverse, prepararse para lo inevitable.
La ciudad aún duerme. Eureka, envuelta en su niebla densa, parece contener la respiración. En mi loft no hay sonidos humanos, solo el rumor lejano del océano y el zumbido constante del sistema de ventilación. Me levanto, cruzo el espacio abierto en silencio, y me dirijo al gimnasio.
No es un gimnasio decorativo. Aquí no hay cintas para correr ni máquinas brillantes. Solo hierro, cuero y cemento. Sacos colgados del techo, cuerdas para trepar, pesas de acero y un banco donde romperse el lomo. Me vendo las manos, me coloco frente al saco y empiezo.
Los golpes marcan el ritmo de la mañana. Jab. Cross. Hook. Uppercut. Otra vez. Y otra. Hasta que el sudor cae, hasta que la mente se apaga y el cuerpo entra en trance. Sigo con dominadas, flexiones, sentadillas. Me exijo. Me consumo. Me moldeo.
Cuando termino, me ducho con agua helada. Me seco, aún con el corazón golpeando fuerte, la sangre caliente bajo la piel, y justo cuando empiezo a vestirme, el móvil vibra en la encimera.
Aidan.

—Dime.
—Tenemos un problema.
Su voz e s seca, sin rodeos. Mi cuerpo ya se tensa solo de oirla.
—Habla.
—Los italianos. Anoche. Teníamos un cargamento oculto en Samoa Beach, custodiado por uno de nuestros chicos. Esta mañana apareció muerto. Le sacaron los ojos. Lo clavaron a una cruz improvisada y dejaron un mensaje en la pared con su sangre.
—¿Qué decía?
—*"Eureka no es vuestra."*
El silencio es mi respuesta. La calma antes del fuego.
—¿Dónde?
—Myrtletown. Una cabaña vieja, en las afueras. Hay movimiento confirmado. Patrick y Liam te esperan allí. Hora cero en cuarenta.
—Voy.
Me visto de negro. Camiseta, chaqueta, pantalón táctico, botas gruesas. Pistola bajo el brazo. Cuchillo en la bota. Subfusil en el maletero. Munición, guantes, y un paquete extra: la caja con mis herramientas favoritas.
Conduzco sin prisa, pero con esa electricidad bajo la piel que solo la anticipación provoca. El cielo está aún oscuro, la niebla arrastrándose como un manto sucio por las calles vacías.
Myrtletown me recibe con casas desvencijadas y caminos de grava. Patrick y Liam están junto a una vieja furgoneta blanca, camuflados, listos.
No hace falta hablar. Cargamos, asentimos, y nos movemos.
La cabaña parece un matadero disfrazado de vivienda. Rejas oxidadas, generador al fondo, una antena improvisada. Hay dos hombres afuera, armados. Uno de ellos fuma. El otro habla por radio.
Patrick lanza una piedra que rebota lejos. Cuando giran la cabeza, me acerco por detrás. Rápido. Silencioso. El primero cae con un tajo limpio en la garganta. El segundo no alcanza ni a gritar. Liam lo sujeta mientras le atravieso la tráquea con mi cuchillo.
Entramos y está oscuro. Huele a sangre vieja y grasa. Bajamos al sótano.

Hay siete hombres. Uno de ellos es un viejo conocido, un perro menor del clan Moretti. Otro tiene pinta de recién llegado. Visten bien: relojes caros y bocas arrogantes.
—Tranquilos, muchachos —dice el más valiente, levantando las manos—. Seguro que podemos hablar.
—No hemos venido a hablar —respondo, mientras apunto al del fondo y le vuelo la rodilla con una bala precisa.
El caos empieza ahí.
Disparos. Gritos. El del reloj salta por la ventana interior. Liam le dispara en el aire y en segundos, el lugar es una ratonera. Yo avanzo como una plaga. Cuerpo a cuerpo. Cuchillo en carne. Sangre en las paredes.
Uno suplica y me río. Otro intenta huir y le corto el tendón de Aquiles y se arrastra como una rata. Me agacho, le meto el cañón de la pistola en la boca.
—¿Sabes cuántos hombres nuestros has condenado con tu mensaje?
No responde. Tiembla, aprieta los ojos. Disparo y su cráneo revienta.
A uno lo dejo vivo a propósito. Lo amarro a la silla, le saco los dientes. Uno por uno. Le grabo " O ' Sullivan" en el pecho con la punta del cuchillo. Y antes de matarlo, le susurro:
—Ahora tienes mucho que contar. Porque en el infierno… me van a recordar.
Quemamos la cabaña. Toda. Papeles. Teléfonos. Cuerpos. Un mensaje en llamas que cualquiera entenderá.
En el coche de vuelta, Patrick enciende un cigarro. Liam sangra por la ceja pero no dice nada. Aidan no llamó de nuevo. No hace falta. Él sabe que el trabajo está hecho.
Y yo… Yo cierro los ojos. Siento el ardor en los nudillos, el olor a pólvora y el sabor metálico en la lengua… hoy es un buen día.
Y no ha hecho más que empezar.
Vuelvo al loft sin música. Sin voces. Solo el eco de mis propios latidos, aún marcando el ritmo del combate. De la caza.
Nada me calma como la sangre caliente. Excepto ella.
Emily.
En cuanto entro y cierro la puerta tras de mí, me quito la chaqueta, las botas, la ropa manchada. Me ducho otra vez, esta vez caliente,

dejando que el agua arrastre los restos del infierno que acabo de liberar. Pero no arrastra lo que tengo en la cabeza. No puede.
La veo incluso con los ojos cerrados. Su voz. Su boca. Su fuego. Ese momento exacto en que me gritó delante de todos… y el puto imbécil que se acercó después como si tuviera derecho a tocarla.
Ese malnacido sigue intacto. Y eso, hoy, va a cambiar.
Me visto sin prisa. Camiseta negra, jeans oscuros, cazadora de cuero. En el bolsillo, un guante de cuero grueso. Solo uno. La otra mano queda libre. Hoy no necesito pasar desapercibido. Solo parecer un hombre común. Uno más entre muchos.
Pero lo que llevo dentro no es común. Es fuego.
Y lleva el nombre de Emily.
El imbécil que la tocó anoche —el hijo de Stephen LaVine, el político que juega a ser aliado de Declan mientras nos sonríe en las cenas—, estudia en la University of San Francisco. Bachelor of Science en Economía. Tiene veinte años, y se cree invulnerable. Apuesto a que anoche se fue a dormir pensando que había ganado algo. Que su apellido lo protege.
Vuelo a San Francisco en el helicóptero. Aterrizo con una certeza en el pecho: hoy alguien va a aprender lo que significa cruzar una línea invisible.
Sé por dónde entra, a qué hora tiene clases. Lo espero frente al centro de economía. Camina como siempre: mochila al hombro, teléfono en la mano, sonrisa de imbécil bien alimentado. La misma sonrisa que usó para acercarse a Emily.
—Andrew.
Se detiene. Me estudia. Parpadea.
—¿Nos conocemos?
—Tocaste algo que no te pertenece.
No le doy tiempo a responder.
Le golpeo con el puño derecho, sin guante. Fuerte, directo a la boca. Sangra. Tropieza. Cae de espaldas sobre los escalones. El teléfono rueda.
Intento no perder el control. Solo lo suficiente.
Le pateo la pierna. Le disloco el hombro de una torcedura. Lo agarro del cuello de la camiseta y lo estampo contra la pared lateral del

edificio.
—La próxima vez que extiendas la mano hacia algo que no es tuyo, la pierdes. —Le acerco la boca al oído—. Y eso, si tienes suerte.
Le rompo el labio inferior. Saco el móvil. Le tomo una foto: cara ensangrentada, mirada nublada, pero reconocible.
Quiero que ella lo vea. Quiero que sepa que nadie la toca sin consecuencias.
Luego escribo a Declan.
Seamus:
" Necesito que Natasha me dé el número de Emily. Hazlo simple."
La respuesta tarda.
Declan:
" No."
Me lo esperaba. Respondo en segundos.
Seamus:
" No te estoy pidiendo permiso."
Declan:
" Escucha. Ella no es parte de esto. Ni de ti. No puedes arrastrarla a nuestro mundo."
Seamus:
" Ya está dentro. Desde el momento en que la vi. Puedes aceptarlo o puedes ponerte en mi camino."
Declan:
" Vas a destruirla."
Seamus:
" No. Voy a protegerla. Como nadie lo ha hecho."
Declan:
" No es una posesión, Seamus. No es algo que puedas "reclamar" y marcar."
Seamus:
" Entonces díselo a ella. Porque cuando me mire a los ojos otra vez, lo va a saber. Igual que yo lo supe."
Declan:
" No lo hagas, Seamus."
Seamus:
" Ahorra tiempo. No me hagas ir a buscarlo en persona."

Declan tarda en contestar. Pero al final, llega. Un contacto. Solo eso.
Yo sonrío.
Mando la foto del niñato, con un mensaje escueto:
" Así acaba el que toca lo que es mío."
Y guardo el teléfono. Ya tengo su número y lo que sigue... lo va a cambiar todo.

6

Emily

Tengo el teléfono en la mano desde hace horas.
El mensaje de mi padre sigue ahí, como una bomba de tiempo: "¿Dónde estás? Necesito que me llames."
No lo he abierto, no lo he respondido. Pero pesa. En el bolsillo, en el estómago, en los hombros. Como si la sombra de su voz me hubiese alcanzado a través de kilómetros.
Intento respirar.
Estoy saliendo del Bowes Center después de una mañana de ensayo que no ha servido de nada. No me he podido concentrar. Cada paso me ha costado el doble. Cada nota, cada instrucción, ha sido ruido de fondo. Porque mi cabeza no ha dejado de girar en espiral: ¿Qué quiere ahora? ¿Qué va a pedirme esta vez? ¿Por qué ahora?
Y justo cuando creo que el día no puede ir peor… el móvil vibra.
Número desconocido.
Abro.
Una imagen. Un chico. Andrew. Su cara hinchada, ensangrentada. No tan desfigurada como para no reconocerlo… pero lo suficiente como para helarme la sangre.
Debajo, un mensaje.
"Así acaba el que toca lo que es mío."
Me detengo. Literalmente. Me congelo en mitad de la acera. El corazón se me su be al cuello. La vista se me nubla un segundo.
No. No. No. No puede ser.
—¿Qué coño…? —murmuro.
Y sin pensar, escribo.

Emily:
" Estás loco. Completamente jodido de la cabeza. ¿Cómo conseguiste mi número? ¿Qué hiciste? i¿Qué mierda es esto?!"
Envío.
Y no basta.
Emily:
" No vuelvas a escribirme. No vuelvas a acercarte a mí. Te juro que voy a ir a la policía. Esto es acoso. Es una amenaza directa. ¡Estás enfermo! ¡Enfermo!"
Camino rápido, con el pulso disparado, el pecho cerrado.
No puedo creer esto. No puede estar siguiéndome. No puede saber dónde estoy. Y entonces… lo veo.
Justo frente a la puerta del Bowes Center, de pie, apoyado contra una columna. Las manos en los bolsillos. Esa chaqueta de cuero. Esa mirada que no se disculpa por existir.
Y esa maldita media sonrisa.
Mi corazón da un vuelco. La rabia se apodera de mí como un incendio y camino hacia él sin pensar.
—¿Tú… tú estás loco o qué? ¿Me estás siguiendo? ¿Me estás acosando?
Seamus no se mueve. No habla. Solo me observa.
—¿Te crees que esto es romántico? ¿Que me voy a enamorar de un psicópata que va golpeando gente y mandando fotos como si fuera un maldito aviso de la mafia?
Siento que tiemblo, pero no de miedo. De furia.
—¡Tú no tienes ningún derecho sobre mí! ¡Ninguno! ¡No soy tuya! ¡No lo seré nunca! ¡Y si te acercas una vez más, lo juro por todo lo que me queda, te denuncio! ¿Me oyes? ¡TE DENUNCIO!
Mi voz retumba entre los edificios. Varias personas se giran, pero no me importa.
Seamus me mira y no dice una palabra. Y eso me enfurece más.
Porque ni siquiera se disculpa. Ni siquiera intenta explicarse. Solo… sonríe. Como si todo esto formara parte de un plan que yo aún no entiendo.
Como si supiera algo que yo no. Y eso me da más miedo que cualquier amenaza.

—No luches contra lo inevitable —dice por fin, con esa voz baja, rasposa, como si lo que dice no fuera una opinión, sino una condena escrita en piedra—. Eres mía. Y nada va a cambiar eso.
La rabia me sube desde el estómago. Me envenena. Me explota en la garganta.
—¡Estás demente! ¡Tú no decides eso! ¡No soy una posesión! ¡No soy un premio! ¡Ni una muñeca que puedes señalar y reclamar!
—No. No lo eres —responde—. Eres fuego. Mía.
—¡NO LO DIGAS MÁS! —grito, empujándolo, golpeándolo con las dos manos en el pecho—. ¡No te atrevas a repetirlo!
Y entonces lo hace, no con palabras, sino con su boca.
Se acerca y me besa como si no existiera otra forma de hacerme callar. Como si el mundo entero no valiera nada al lado de este momento. Sus manos me atrapan —una en la nuca, la otra en la curva exacta de mi cadera—, y antes de que pueda reaccionar, sus labios están sobre los míos, duros, decididos, reclamando terreno como si le perteneciera desde siempre.
Yo empujo. Lucho. Le golpeo el pecho con los puños cerrados, intento girar la cara, escapar de su agarre, pero Seamus no se mueve. No cede. Su cuerpo es una muralla, su boca un asalto feroz que arrasa cada resistencia. Me devora con ese beso, profundo, sucio, desesperado, como si necesitara fundirse conmigo para respirar.
Y entonces todo arde.
Mi cuerpo, el muy traidor, reacciona. Mis piernas se tensan, mi estómago se encoge, y una oleada de calor me sube por la columna como un latigazo. No quiero que me guste. No quiero. Pero lo hace. Lo hace y me rompe.
Así que muerdo. Fuerte.
Le hundo los dientes en el labio inferior hasta que siento la piel ceder, la sangre brotar, el sabor metálico mancharme la lengua.
Él no se aparta, gime contra mi boca. Y sigue.
Sigue besándome con la misma brutalidad, mezclando la sangre con la saliva, con mi jadeo atrapado en su garganta, como si el dolor solo lo encendiera más.

Y cuando por fin se separa… su boca está roja, sus labios brillan húmedos y partidos.
Sonríe.
Una sonrisa de lobo.
—Lo más dulce que he probado en mi vida.
Y me tiemblan las piernas. Literalmente. El cuerpo entero me tiembla como si hubiese sobrevivido a una tormenta eléctrica. Como si todo dentro de mí hubiese sido puesto patas arriba.
—Estás enfermo —susurro, con la voz completamente rota.
Se pasa el pulgar por la herida, observa la sangre como si fuera una ofrenda, y sonríe con esa calma homicida que me crispa los nervios y me calienta por dentro de una forma que no quiero admitir.
—Voy a buscar piso en San Francisco —dice, como si hablara del clima—. Si tienes alguna preferencia de barrio… dímelo ahora.
Parpadeo. No entiendo.
—¿Qué…?
—Tú y yo vamos a necesitar espacio —añade sin dejar de mirarme—. Privacidad. Un lugar sin testigos.
Y con eso… se gira. Y se va.
Dejándome ahí, temblando, con la boca manchada de su sangre, el corazón a punto de reventar, y esa frase repitiéndose en mi cabeza como un eco imposible.
Un piso para los dos. Un lugar sin testigos. Y todo dentro de mí… se descompone.
Llevo diez minutos parada en la esquina sin moverme, con la espalda apoyada contra la pared del Bowes Center y el teléfono aún en la mano, como si pudiera encontrar alguna lógica entre las líneas de ese mensaje imposible. Como si el calor de sus labios, el sabor de su sangre, no estuvieran todavía pegados a mi piel.
Un piso. Para los dos.
¿Está mal de la cabeza?
No, espera. No. No voy a caer en esa espiral. No puedo. No hoy.
Respiro hondo. Una, dos veces.
Estoy en San Francisco. Es finales de agosto. El curso empieza en dos semana. Necesito estar centrada. Necesito poner la cabeza en su sitio. Ya he tenido suficientes distracciones por un día.

Mi padre. Seamus. El puto Andrew con la cara hecha puré.
No.
No puedo permitirme perder el control.
Así que hago lo único que siempre me ha salvado: me obligo a moverme. Camino a paso firme, cruzo las puertas sin pensar, y me meto en el edificio del San Francisco Ballet School sin saludar a nadie. Subo las escaleras al estudio 4, vacío a esta hora. Cierro la puerta tras de mí. Dejo el bolso y me cambio en menos de dos minutos.
Leotardo negro, medias, zapatillas.
Y empiezo.
Primero, la barra.
Pliés, tendus, dégagés. No con la suavidad habitual. No con ritmo elegante. Lo hago con rabia. Con urgencia. Cada extensión de pierna es un grito que no he soltado. Cada contracción del abdomen es una respuesta que no pude dar.
Después, paso al centro.
Pirouettes. Relevés. Arabesques sostenidos hasta que los músculos tiemblan.
El sudor me cae por la espalda, entre los senos, sobre la frente. No me detengo, no quiero detenerme. Porque solo aquí, solo en este espacio blanco, frío, con el suelo de madera y los espejos devolviéndome la imagen de una mujer que no quiere rendirse, puedo controlar algo.
La música resuena en mis auriculares, pero no es bonita. Es ritmo puro. Base grave, electrónica oscura, lo suficiente para marcar el tiempo sin adorno.
Empiezo a saltar.
Jetés. Assemblés. Grand échappés.
El corazón se me dispara. Los pies queman. El oxígeno no alcanza, pero no paro.
Vuelvo a la barra. Trabajo los equilibrios. Aguanto sobre una pierna, luego la otra. Cinco, diez, veinte segundos. Las pantorrillas arden. El abdomen tiembla. Las manos se aferran al metal con fuerza.
Estoy empapada. Exhausta. Y aún no es suficiente.
Paso a la parte más dura. Series combinadas.

Una secuencia tras otra. Giros, pausas, extensiones que exigen precisión absoluta. Me caigo. Me levanto. Vuelvo a caer. Me grito por dentro. Vuelvo a intentarlo.
Lo hago hasta que las piernas ya no responden. Hasta que los brazos se sienten de plomo. Hasta que las lágrimas se confunden con el sudor.
Y ahí, justo ahí… Respiro.
Por primera vez desde que todo comenzó.
No pienso en Seamus. Ni en su boca. Ni en su voz. Ni en su frase final.
Mentira. Sí pienso.
Pero, por un momento, tengo la fuerza suficiente para empujarlo al fondo.
Porque ahora mismo, lo único que soy… es esto: una bailarina. Dolida. Cansada. Pero de pie. Luchando.
Como siempre.

7

Seamus

Todavía tengo su sabor en la boca.
Sangre. Saliva. Furia. Miedo. Fuego. Y todo eso… es ella.
Cada segundo que ha pasado desde que se lo dije —desde que pronuncié esa sentencia inevitable con voz tranquila— no ha hecho más que confirmarlo.
Emily es mía.
No porque lo diga yo, porque lo es. Porque cuando la miré, lo supe. Porque cuando la toqué, cuando sentí su cuerpo temblando contra el mío mientras intentaba resistirse a algo que ya la había devorado por dentro… todo encajó. Era solo cuestión de tiempo, y el tiempo ya ha empezado a correr.
No lo hago en broma. No juego.
Cuando vi esa furia en sus ojos, ese fuego que gritaba que no me quería cerca… tuve que probarla. Tenía que saber si era real, si ese fuego sabía como pensaba.

Y lo hizo. Dios, lo hizo.
Y ahora necesito más.
Y no me refiero solo a su cuerpo. La quiero cerca. Necesito un lugar donde no tenga que contenerme. Donde no haya testigos. Donde pueda construir algo con ella sin tener que escuchar el mundo exterior.
La familia tiene apartamentos en San Francisco. Sótanos, áticos, pisos intermedios. Pero no quiero eso. No quiero un espacio prestado ni uno usado. Quiero algo nuestro, algo que nos pertenezca desde el minuto uno, donde ella y yo podamos ser libres.
Así que marco el número.
—Clarke —responde la voz al otro lado. Siempre profesional, sin adornos. Nuestro hombre de confianza en el negocio inmobiliario. Le hemos comprado propiedades desde antes de que yo supiera atarme los cordones.
—Necesito algo especial —le digo—. En San Francisco. Privado, pero dentro de la ciudad. Nada en las colinas ni escondido en una puta cueva de millonarios. Discreto. Seguro. Muy seguro. Con espacio.
—¿Cuánto espacio?
—Múltiples niveles. Diáfano. Como mi loft, pero más grande. Quiero una zona de entrenamiento… y una sala de baile. Completa. Con espejos, barras, suelo técnico. Necesito una cocina profesional, también. Que pueda funcionar como restaurante si me apetece. Piscina. Terraza. Seguridad al nivel de una embajada.
Hay un segundo de silencio y no pregunta más.
—Tengo algunas propiedades que podrían adaptarse. Te mando un dossier en una hora.
—Perfecto. Y Clarke…
—Dime.
—Quiero que cada entrada tenga vigilancia. Ningún vecino. Nada de periodistas. Y un sótano, que sea insonorizado.
—Entendido.
Cuelgo y me quedo mirando la pantalla unos segundos.
Ya está en marcha.
No es solo una casa. Es un territorio. Un reino. Un refugio.

El lugar donde Emily va a entender que todo lo que intento hacer… es proteger lo que es mío. Aunque todavía no lo entienda. Aunque me odie un poco más cada vez que me acerco.
Aún no lo sabe, pero algún día, va a agradecer que nunca haya sabido rendirme.
Mientras camino marco a Declan. La línea suena una vez.
Contesta al segundo tono.
—Me quedo unos días en San Francisco —digo, directo, sin circunloquios—. Si pasa algo, me avisas. Estoy a pocas horas, pero necesito resolver algo aquí.
Silencio de apenas un segundo.
—¿Emily?
No respondo. No lo creo necesario.
Declan suspira al otro lado. Esa clase de suspiro que no lleva juicio, solo fatiga de hermano mayor.
—No la cagues, Seamus. Si le pasa algo a Emily, Natasha me corta la cabeza. Literal. No es una amenaza, es una predicción.
—No la cagaré. Simplemente le haré entrar en razón.
—No quiero pensar en lo que eso significa. Si la jodes lo pagaremos los dos.
Cuelga.
Sonrío apenas. No por la amenaza, por lo que implica. Y porque tiene razón.
Una hora después estoy cruzando la puerta trasera de The Thirsty Dog, un pub bajo tierra, medio escondido en un callejón sin nombre cerca del puerto. El lugar huele a historia maldita, a sangre seca, a madera podrida. Es perfecto.
Allí, en una esquina donde la luz no alcanza del todo, está sentado el único bastardo en esta ciudad que no le teme a mi apellido.
Malachy Brennan.
Irlandés de pura cepa, viejo compañero de entrenamientos clandestinos y ex contratista militar con más cicatrices que recuerdos. Lleva el pelo rapado, barba mal cuidada y los nudillos abiertos. Siempre los tiene así. Es su forma de rezar.
—Mira lo que arrastró la marea —dice, alzando su vaso sin levantarse —. Pensé que habías dejado esta ciudad para joderla desde lejos.

—Y pensaba que tú habías muerto en Tijuana.
—Casi. Me enamoré. Viene a ser lo mismo.
Nos estrechamos la mano con un choque que cruje huesos. Nos sentamos, pedimos sin hablar. Dos dobles, sin hielo.
—¿Qué haces aquí, Seamus?
—Buscando un sitio. Uno que aguante gritos, fuego y redención.
Malachy me observa como si intentara adivinar si hablo en serio o estoy a punto de estallar. Luego asiente, lento.
—Entonces más te vale que no elijas mal. El infierno tiene buena acústica, pero pésimos vecinos.
—Busco casa, tengo una mujer —respondo, sin rodeos, sentándome frente a él.
Levanta una ceja.
—¿Casa? ¿Como con cortinas y cojines? ¿Una mujer contigo por voluntad propia?
—Más o menos, quiero una casa con paredes gruesas y cerrojos imposibles. Un sitio que sea mío. Que sea nuestro.
Me mira un segundo más largo de lo normal. Luego asiente y levanta el vaso. Nos sirven otros dos dobles, sin hielo.
Mi teléfono vibra. Es Clarke. Puntual como un cirujano.
Abro el informe. Tres opciones.
—¿Qué tienes? —pregunta Malachy, ya leyéndome el gesto.
—Escucha.
Primera opción: Sea Cliff. Mansión italiana de 3.500 metros cuadrados. Vistas directas al Golden Gate. Seguridad de alto nivel, vecinos ricos, calles cerradas.
—Pros: Privacidad, lujo, ubicación envidiable. Aislada sin parecerlo.
—Contras: Muy conocida. Zona visible. Muchos ojos. Demasiado abierta para lo que quiero.
Malachy asiente, bebiendo.
—Demasiado escenario. No vas a esconder fuego ahí.
Segunda opción: Pacific Heights. Cuatro pisos, vista a la bahía, arquitectura restaurada, calle silenciosa. Propiedad con historia, sin vecinos.
—Pros: Zona de la vieja escuela, respeto por el silencio, casas que respiran poder sin gritarlo. Seguridad reforzada.

—Contras: Precio de locura. Pero es un castillo y el dinero no es un problema.
Malachy silba.
—Suena a tu medida. Reina incluida.
Tercera: Mount Tiburon. Parcela de más de una hectárea. Vista limpia del puente, lejos del centro, terreno virgen. Construcción desde cero.
—Pros: Libertad total. Sin vecinos. Sin historia. Un lienzo en blanco.
—Contras: Tiempo. Obras. Exposición durante meses. Y está fuera de San Francisco. Más santuario que fortaleza.
Me quedo en silencio. Paso los dedos por el borde del vaso.
Malachy se inclina hacia adelante.
—¿Cuál te llama?
—La del Heights.
—Entonces es esa.
—¿Por?
—Porque la duda se te fue de la voz cuando la dijiste. Las otras eran meras ideas. Esa suena a decisión.
Nos miramos. Brindamos. Y ya está.
—Bien. Que sea un reino, no una jaula. Porque si la encierras, Seamus… se te va a quemar la corona desde dentro.
—No quiero jaulas, quiero trincheras.
—Entonces asegúrate de que ella quiera pelear contigo… y no contra ti.
Chocamos vasos. El whisky baja como una maldición bendecida.
Y yo ya sé cuál será nuestro terreno de guerra. Donde ella me va a odiar. Donde va a aprender a amarme. Donde no podrá escapar.
Donde voy a construirle un mundo que no pidió… pero que será suyo. Aunque me cueste la puta cabeza.

8

Emily

No siento las piernas.
No de ese modo poético en que alguien se conmueve. Literalmente: no las siento. Me tiemblan con cada paso que doy de vuelta al

Bowes, pero no es por debilidad, es por castigo. Me he molido, me he deshecho, me he destruido a conciencia.
Porque es la única forma que conozco de seguir respirando cuando todo lo demás se desmorona.
Ensayé hasta que los músculos me gritaron. Hasta que el sudor me nubló la visión y la música dejó de sonar bien. Bailé hasta que no quedara espacio en mí para otra cosa. Ni para mi padre. Ni para él.
Pero el silencio vuelve. Siempre vuelve.
Y con él, la sensación de que no importa cuántas piruetas haga, no puedo escapar.
Cruzo Van Ness con el moño a medio deshacer, la camiseta pegada a la espalda, y el alma aún intentando estirarse como si también necesitara estiramientos. Ya solo quiero subir, encerrarme en el cuarto y ducharme hasta no sentir nada.
Pero el teléfono vibra. No tengo que mirar para saber de quién es.
"El psicópata" —así está guardado. No con rabia, con resignación. Con esa mezcla de humor negro y autoprotección que intento usar cuando me falta el aire.
" Mañana paso por ti temprano. Vamos a ver unas propiedades. Descansa, será un día largo."
Paro en seco. Me entra una risa amarga que no llega ni a salir.
Le contesto:
"¿Estás mal de la cabeza? No voy a ir a ningún sitio contigo."
Espero. Nada.
Guardo el móvil. Me duele el pecho de tanta tensión acumulada. Como si el mensaje hubiera abierto una grieta y por ahí se estuviera escapando toda la rabia que logré contener en el estudio.
Subo los escalones del Bowes de memoria, Natasha no está, está con Declan, casados, felices, en otra etapa, en otra historia.
Estoy feliz por ella, de verdad.
Pero no dejo de sentir ese vacío raro que queda cuando alguien que era parte de tu vida cambia de órbita. Me alegra su alegría, pero la voy a extrañar, me voy a quedar sola en este cuarto, en este edificio, en este punto exacto de mi vida donde todo parece… suspendido.
Me encierro, me desnudo y entro en la ducha como quien se sumerge en su propio purgatorio.

Dejo que el agua me golpee los hombros, las piernas, la espalda, cada parte del cuerpo que hoy forcé hasta el límite, cada músculo que grita, cada rincón que usé como anestesia contra los pensamientos.
Pero él sigue ahí,
Seamus, su voz, su mirada como un filo lento.
Su presencia como un veneno suave que no se siente al principio... pero se queda.
Cuando salgo, me pongo el pijama más viejo y me hundo en el sofá. Pongo cualquier cosa en la tele. Ruido. Distracción. Algo que me salve de mí misma.
No pasa mucho tiempo hasta que Scarlett entra como un vendaval y Chloe le sigue, más silenciosa, con una bolsa de galletas y cara de " vamos a hacer esto menos horrible".
—¿Estás viva? —pregunta Scarlett, saltando al borde de la cama.
—Define " viva" —murmuro.
—No está Natasha, así que esto es una especie de velorio. Trajimos snacks.
—Y una playlist de mierda para llorar —añade Chloe, acomodándose a mi lado.
—Hoy me vino a ver.
—¿Quién? —pregunta Scarlett, distraída, sin levantar la vista del teléfono.
—El psicópata.
Las dos giran al mismo tiempo.
—¿El irlandés loco? —dice Chloe, con los ojos como platos.
—Sí. Ese mismo.
—No. No jodas. —Scarlett deja el móvil a un lado—. Dime que no apareció en persona.
—Apareció.
—¿Y qué quería?
—Pues... —me froto la frente—. Primero le dio una paliza al tipo de la fiesta, luego vino a verme, me besó y, después, muy tranquilo, me dijo que mañana pasa por mí para ver propiedades.
—¿Propiedades? —repiten las dos al mismo tiempo.

—Sí. —Suspiro—. Propiedades. Casas. Como si nos fuéramos a mudar juntos.
Silencio. Y después, como si se activara un resorte, las dos estallan.
—¡Dios mío! —dice Chloe, llevándose las manos a la cara—. ¡Tienes un acosador inmobiliario!
—Esto es de reality —agrega Scarlett—. " Casas, sangre y obsesión". Temporada uno: el tipo que te besa sin permiso y te busca casa al día siguiente.
—¿Y tú qué hiciste? —pregunta Chloe entre risas nerviosas.
—Le dije que no, obviamente.
—¿Y?
—Y nada. Se quedó mirándome. No respondió. Solo... sonrió.
—Ay no. —Scarlett hace una mueca—. Sonrió. Eso es peor. El silencio después del beso es el preludio del secuestro.
—No es gracioso. —Mi voz sale más seria de lo que quiero, y eso basta para que bajen un poco el tono.
Chloe intenta suavizarlo.
—Bueno, igual solo está... muy, muy confundido. —Suena poco convincente, incluso para ella.
—O muy, muy trastornado —añade Scarlett, apoyando los codos en las rodillas—. ¿Y tú qué piensas hacer?
—No lo sé. —Miro el suelo, juego con mis dedos—. Supongo que dejaré que venga mañana.
—¿Qué? —dicen las dos a coro.
—Voy a hablar con él. A dejarle claro que no soy suya, ni voy a serlo. Que no tiene derecho a decidir nada por mí.
Scarlett me mira como si acabara de decir que voy a enfrentar a un oso con un spray de perfume.
—Emily, cariño, los hombres que dicen " eres mía" no suelen reaccionar bien cuando los contradices.
—No me importa. —Levanto la mirada—. No pienso seguir corriendo.
Chloe se muerde el labio, dudando. Scarlett suspira, resignada, y se deja caer otra vez en el sofá.
—Bueno, si mañana desapareces, sabremos a dónde fue el tour inmobiliario.
—Muy graciosa.

—Lo intento. —Me lanza una sonrisa—. Pero en serio, ten cuidado, ¿sí? No quiero que acabe saliendo tu historia en un documental de Netflix narrado por una voz grave.
Chloe asiente, con una sonrisa temblorosa.
—Aunque... si sobrevives, quiero ser entrevistada. " Yo siempre supe que él estaba mal, pero ella no me escuchó".
—Idiotas —murmuro, pero sonrío igual.
Ellas se ríen, vuelven a poner la serie. Yo no. Porque a mí no me hace gracia.
Y mientras el sonido del televisor llena el silencio, solo puedo pensar en lo que va a pasar mañana. Y en si seré capaz de mantenerme firme cuando él aparezca con esa maldita sonrisa.
Esta noche no duermo.
Cierro los ojos, cambio de postura, me tapo, me destapo, respiro lento, pero no sirve de nada. El cuerpo no descansa. La cabeza no para. El estómago se me anuda cada vez que pienso en lo que podría pasar mañana.
Porque sé que va a venir.
Aunque le dije que no, aunque lo insulté, aunque me juré que no pienso entrar en su mundo de sombras y mandatos. Sé que va a venir.
Y no quiero estar lista, pero me visto igual. No por él, por mí.
Cuando abro la puerta del apartamento, el aire está helado. Todavía no son las seis y la ciudad sigue dormida. Todo está en silencio. Todo, menos él.
Está ahí.
De pie. Tranquilo. Como si el día le perteneciera.
—¿Vas a alguna parte? —pregunta, sin moverse, sin dejar de mirarme.
—Contigo no, seguro.
—Emily —dice, y su voz tiene ese tono peligroso que no grita, pero pesa—. Hazlo fácil. Los dos sabemos que vas a venir. No me hagas amordazarte.
—¿No me lo estás diciendo en serio…?
Y entonces corro.

No lo pienso, no lo planifico. Solo giro sobre mis talones y echo a correr como si la distancia pudiera devolverme el control.
Y lo oigo detrás de mí.
—Vale… va a ser por las malas.
La calle está vacía, los pájaros aún no se han atrevido a cantar, y las farolas son los únicos testigos.
Corro con todo lo que tengo. Pero no dura. Lo noto a mi espalda, no con desesperación, con precisión, con maldita eficiencia.
Y en un instante, me atrapa.
Me inmoviliza. Es enorme. Me rodea con los brazos y siento cómo todo mi cuerpo queda atrapado entre su pecho y la pared del mundo.
—Suéltame, joder.
No lo hace, por supuesto que no.
Me carga como si no pesara nada y me mete en el coche. Cierra la puerta y asegura los seguros. Todo en silencio. Todo como si fuera una rutina más en su jodido día.
Cuando él entra por el otro lado, yo intento pegarle, patalear, lo que sea. Golpear lo que alcance.
Hasta que habla.
—O paras… o te callo de otra manera.
Lo miro, respirando fuerte. Sé perfectamente a qué se refiere. Y eso, eso es lo que me paraliza.
Porque lo haría. Él lo haría. Así que paro.
Y entonces se ríe.
—Nunca una amenaza de besar a alguien fue tan efectiva.
Esa maldita sonrisa. Ese brillo en los ojos. Ese aire de " te tengo donde quiero" que lo envuelve todo.
Y es jodidamente guapo. Insoportablemente guapo. Dios. Un puto adonis.
Mierda. Pensamiento equivocado.
Es un psicópata. Un puto psicópata que me acaba de secuestrar.
Así que no digo nada. Cruzo los brazos, me hundo en el asiento, aprieto la mandíbula y me niego a mirarlo.
Él arranca el coche y el día apenas empieza.

Seamus

La tengo en mi coche.
A mi lado. Cruzando los brazos como si pudieran protegerla, la mandíbula apretada, la espalda rígida. Furiosa. Hermosa. Jodidamente perfecta.
Y está aquí. Conmigo.
Conduzco en silencio. No pongo música. No digo nada. Solo escucho su respiración, ese pequeño suspiro tenso cada vez que contengo la velocidad en las curvas. Y miro, claro que miro. Cómo se le suben los pechos cada vez que aprieta los brazos contra si misma. Cómo la rabia le endurece el cuerpo. Cómo todo en ella grita que quiere bajarse… pero no lo hace.
No puedo evitarlo.
—Me gustan tus tetas —le digo, sin apartar la vista del camino.
Casi se le salen los ojos.
—¿Qué eres? ¿Un cavernícola?
—Probablemente.
—No se le dice eso a una chica.
—Bueno, tú no eres una chica. Eres mi mujer y yo no miento. Me gustan tus tetas.
Se pone roja, como un puto semáforo, y me río.
—También me gusta que te sonrojes así. Vamos a tener una vida divertida juntos.
—No vamos a tener nada juntos —espeta, con veneno en cada palabra.
—Te equivoca s.
Ella gruñe. Literal. No hay otra forma de llamarlo, pero no me contesta.
Llegamos a Sea Cliff. Aparco frente a una mansión estilo renacentista que parece sacada de una telenovela italiana. Columnas, mármol, estatuas. Demasiado ruido. Demasiado " mírame". No es esta, estoy seguro. Pero quiero verla reaccionar. Quizás… quizás algo le encienda los ojos, pero pasa.
Baja del coche como si el asfalto le quemara los pies. Camina, observa, frunce el ceño. Las vistas son increíbles, sí. El mar en su

máxima arrogancia. El Golden Gate flotando al fondo.
Pero no hay brillo en ella. Y si sus ojos no brillan, no me interesa.
—No es esta —digo, y ya estoy girando para volver al coche.
—¿Qué? ¡¿Cómo que no es esta?! ¿Y para qué mierda vinimos?
—Para estar seguros.
—¡Yo estoy segura de que quiero asesinarte!
—Anótalo en la lista. Anda, sube.
Regresamos al coche con ella renegando como un gato mojado. La dejo soltar todo lo que quiere mientras marco a Clarke.
—Vamos a la de Pacific Heights. La buena. La que te dije que era.
Cuelgo.
Durante el trayecto, sigue furiosa. Me lanza cuchillos con la mirada, me llama todo lo que se le ocurre. No la interrumpo. Me encanta cuando se enciende, cuando todo ese fuego le sube al cuello y la convierte en dinamita.
Pero cuando llegamos, cuando aparco frente a esa casa de cuatro pisos, sólida, elegante, con el alma vieja y noble… ella se queda en silencio.
Sus ojos se abren, no como antes, no con rabia…. con asombro.
No dice nada, pero no necesita hacerlo; su expresión lo grita con una claridad que me atraviesa.
Hay un brillo en sus ojos, uno nuevo, distinto, como si algo dentro de ella acabara de hacer clic, como si hubiese encontrado algo que no sabía que estaba buscando, algo que la llamó sin aviso, sin permiso.
No pronuncia palabra, pero ya lo sé. Sí, es esta.
Bajamos del coche, y mientras sus pasos tocan el suelo, sé, con una certeza que no me da tregua, que nada volverá a ser igual. Acabamos de encontrar nuestro hogar.
Entramos sin prisa.
La puerta se abre con ese sonido sordo que hacen las cosas bien construidas. Nada chirría, nada cruje. Todo encaja.
Le cojo la mano. Ella se tensa de inmediato e intenta soltarse. Tironea con esa rabia que ya me es familiar, pero no la dejo. Aferro su mano con la mía, firme, sin apretar. Y después de un segundo, de dos… cede. No del todo, pero tampoco me suelta.
Eso basta.

Avanzamos juntos.
El recibidor es amplio, sin excesos. Todo mármol oscuro, líneas limpias, un ventanal al fondo que enmarca el cielo como si fuera arte. El aire huele a nuevo, a madera pulida y cemento.
—Espacio —murmuro, más para mí que para ella—. Eso fue lo primero que pedí.
Y lo hay. Mucho.
El salón principal es una bestia de cemento, acero y cristal. Un espacio diáfano que se extiende sin interrupciones, con techos altos y paredes móviles que desaparecen si quiero abrirlo todo. La luz natural entra a raudales desde los ventanales que van de suelo a techo, revelando una cocina profesional al fondo, equipada con todo lo que cualquier chef —o maniático del control, como yo— podría necesitar.
Ella no habla, pero siento cómo su atención se desplaza con cada paso. Sus dedos tiemblan un poco entre los míos. Lo noto todo.
Pasamos por la zona del patio interior. Una piscina negra, larga, como un espejo. A un lado, el jacuzzi de piedra, incrustado entre planchas de madera oscura. No hay colores chillones, ni decoraciones absurdas. Todo es funcional, sobrio. Bello.
Le muestro las habitaciones —cinco, cada una con su propio baño, dos con terraza, todas insonorizadas— y luego bajamos al sótano. Una bodega excavada en piedra, discreta, perfecta para ocultar más que botellas. Y una sección cerrada, más al fondo, que está completamente aislada. Paredes gruesas. Sin ventanas. Sin sonidos.
—Para lo que sea —digo, sin mirar atrás.
Ella no responde.
La seguridad está en cada detalle. Accesos con códigos biométricos, cámaras ocultas, entradas blindadas, garaje subterráneo. Todo pensado para ser impenetrable.
La suite principal está en el último nivel, al final de un pasillo silencioso que da al norte. Abrimos y el mundo entero se asoma a través del ventanal que ocupa la pared completa: la bahía, los tejados antiguos de la ciudad, el cielo abriéndose sin pudor.
La cama es enorme, hecha a medida, como si todo en esta habitación estuviera diseñado para abrazar sin límites. A un lado, un

vestidor del tamaño de un apartamento y, al otro, un baño que podría ser un spa: mármol negro, ducha doble, bañera encastrada con vista directa a la ciudad. Todo es elegante, sobrio, moderno. Un refugio dentro del refugio.
Pero la joya… la joya está en la parte trasera, aislada del resto.
Una puerta doble, sin letreros. Abro y entonces la veo detenerse.
El espacio es amplio, limpio, con paredes de espejo, suelo técnico, barras de danza profesionales, luz cenital que se regula en intensidad, sonido envolvente, aire acondicionado independiente.
Es una sala de danza. Moderna, diseñada para alguien como ella.
Ella se queda muda. No da un paso más. Solo mira.
Y por primera vez desde que la conozco… la veo sin coraza. Sin rabia. Sin lucha. Solo… abierta.
Esa habitación no es solo una sala. Es una ofrenda, una promesa.
Un lugar donde pueda ser lo que es, sin que el mundo interfiera. Sin que tenga que pelear por cada centímetro.
La observo en silencio y sé, sin margen de error, que este es el lugar.
Su castillo. Mi fortaleza. Nuestro campo de batalla.

10

Emily

Cuando cruzo esa puerta, no estoy preparada.
No para esto.
La sala se extiende ante mí como un santuario. Amplia, perfecta, silenciosa. Paredes de espejo, suelo técnico impecable, barras pulidas. Y el aire… el aire huele a limpio, a madera, a espacio nuevo. A promesa.
A mí.
Y lo sé. Lo entiendo en cuanto doy dos pasos y mi reflejo me devuelve esa cara que nunca muestro. Vulnerable. Desnuda. Temblorosa.
Es demasiado. Demasiado para alguien que ha tenido que pelear por cada centímetro, que ha bailado con hambre, con miedo, con rabia. Nunca con ternura. Nunca con un lugar propio.

—Gracias —susurro, sin mirarlo—. No sé qué decir… es un detalle, en serio. Hermoso. Pero no estoy interesada, Seamus. No me malinterpretes. No quiero esto, no quiero nada contigo. Y aunque te lo agradezca…
No me deja seguir.
Me toma por la cintura. Fuerte. Sólido. Me alza como si no pesara nada, como si el suelo no existiera. Me gira y su boca cae sobre la mía, caliente, brutal, desesperada.
Me besa como si acabara de sobrevivir a una guerra y yo fuera el aire que necesita para seguir vivo.
Y yo… yo me quiebro.
No quiero, pero no puedo. Pongo las manos contra su pecho, lo empujo, intento luchar. Pero mi cuerpo no me hace caso. Mis dedos se aferran a su camiseta. Mis piernas tiemblan. Mi boca responde y él lo sabe.
Con una sola mano, me atrapa las muñecas, las alza por encima de mi cabeza, me aprieta contra el espejo. La otra baja, lenta pero sin titubeos. Encuentra la cinturilla de mi pantalón y la abre. Me estremezco. Me niego. Aprieto los muslos. Me tuerzo.
—No… —murmuro, sin fuerza.
—Shhh… —su aliento me acaricia la garganta—. Escucha a tu cuerpo, no a tus excusas.
Me rompe.
Desliza la mano entre mis piernas. Contra mi ropa interior. Contra la humedad que me traiciona. Siento su sonrisa, esa maldita sonrisa, cerca de mi oído.
—Estás empapada para mí… mo Mórrígan.
El gaélico me atraviesa la piel como un latido antiguo. No sé lo que significa. Pero sé que es mío. Que me lo dice como si fuera una palabra sagrada.
Sus dedos me rozan, me acarician, y después… me abren.
Se mete dentro.
Gimo. Me muerdo el labio. El calor me sube como un incendio.
Juega conmigo. Entra, sale, se detiene, frota, esquiva. Me tortura con precisión quirúrgica. Mis caderas se mueven solas. Mis piernas

quieren cerrarse, pero él las abre con la suya, me sostiene, me somete.
No puedo con él. No puedo con esto. Y lo peor… no quiero que pare.
—Dios… —susurro, perdida.
—Eso es —dice él, con la voz baja, grave—. Siente, ríndete, dámelo todo.
Y lo hago.
Me corro en su mano. Violenta. Descontrolada. Como si algo se arrancara de mi pecho y me sacudiera por dentro. Y justo cuando el clímax me consume, me muerde el labio. No fuerte. Solo lo suficiente para romper la piel.
Sabe a sangre. Y él la saborea. La lame. La traga.
Yo no soy yo.
Me derrumbo contra su pecho, temblando, jadeando, aún atrapada en esa tormenta que él desató sin pedirme permiso.
Él baja la mirada, sus dedos aún brillando con mi deseo, y se los lleva a la boca.
—Lo quiero todo de ti —dice—. Todos tus fluidos. Cada gota. Son míos.
Y en ese momento, entre la vergüenza y el deseo, entre la rabia y la rendición, sé que no me ha vencido.
Me ha reclamado y yo… lo he dejado.
Salimos de la casa en silencio.
Yo camino con el corazón en la garganta, con las piernas aún débiles, con los pensamientos tambaleándose como si hubieran recibido un puñetazo en plena cara. Él camina como si acabáramos de cerrar un trato cualquiera. Como si todo lo que acaba de pasar no lo hubiera desbordado. Como si no me hubiera hecho correrme entre sus dedos hace menos de quince minutos.
Yo todavía tengo el temblor en las rodillas, y calor entre las piernas. El olor a él en la piel.
Y él… él es una piedra. Firme. Impasible. Tranquilo.
Subimos al coche, y yo me abrocho el cinturón con dedos torpes. Miro por la ventana. El cielo está empezando a abrirse, pero no lo siento. Todo es ruido sordo. Como si mis sentidos hubieran quedado saturados.

Arranca sin decir una palabra. Conduce como es él: con esa seguridad arrogante, con esa calma que dice que nunca ha tenido que mirar dos veces a nada para saber que es suyo.
Y entonces lo oigo.
—Clarke, nos la quedamos.
Parpadeo.
No. No puede estar hablando de lo que creo que está hablando.
—Sí, ya puedes cerrar el acuerdo. No quiero más visitas. Es esa. Hazlo rápido. Lo quiero listo hoy.
Pausa.
—No, no importa el precio. Paga lo que haga falta.
Y entonces dice la cifra.
Y yo… Me quedo inmóvil.
Mi estómago se encoge. El pecho me pesa.
Esa cantidad de dinero no entra en mi cabeza. No tengo un punto de comparación. Es irreal. Podrías comprar una maldita isla. Podrías mantener a una ciudad durante meses. Podrías salvar vidas, invertir, construir.
Y él lo ha gastado en una casa.
Para mí.
Porque sí.
Como si fuera una cena cara o un maldito antojo.
Miro sus manos en el volante, sus nudillos marcados, sus muñecas fuertes. No entiendo cómo alguien puede sostener tanto poder y usarlo así, como si no costara nada.
Como si yo no costara nada.
—Tengo hambre —dice de pronto, como si no acabara de destruirme el sistema nervioso—. Deberíamos desayunar… aunque sería una pena perder tu sabor tan pronto.
Me hundo en el asiento. Literalmente.
No sé dónde meterme. No sé qué parte de mí sigue viva después de esa frase. Siento la cara arder, las mejillas en llamas. No puedo ni mirarlo.
—No puedes… —susurro—. No puedes decir esas cosas. En serio. No está bien.
Él sonríe. Claro que sonríe.

—¿Por qué no? Es la verdad.
No respondo porque no puedo. El silencio es lo único que me protege.
Y justo cuando estoy en ese estado de trance, cuando solo me queda mirar el mundo pasar por la ventana y rogar porque esto no sea mi nueva realidad, suena mi móvil.
Lo saco, sin pensar. Por instinto.
Y el mensaje me golpea como un disparo.
" Te dije que me llamaras. ¿No sabes leer?"
Mi cuerpo se queda rígido. Mi pecho se hunde.
Seamus me mira, y lo nota al instante.
—¿Qué pasa?
—Nada —respondo, con el corazón desbocado.
Intento bloquear la pantalla, guardarlo, esconderlo. Pero él ya ha girado la cabeza, ya ha leído mi expresión, y en un segundo… me arranca el móvil de la mano.
—¡Seamus, dámelo!
—No.
Empieza a leer. Su cara cambia. Sutil, pero brutal.
—¿Quién es?
—Nadie.
—No pareces tan jodidamente afectada por " nadie".
—Déjalo.
—Emily —dice, con ese tono que no admite evasivas—. ¿Quién. Es?
—Mi padre.
Se hace un silencio tan denso que siento que no puedo respirar.
Él no dice nada al principio. Solo aprieta la mandíbula, gira el móvil, lee de nuevo el mensaje como si quisiera memorizarlo.
—¿Y esto es normal entre vosotros?
—No tenemos una buena relación —murmuro, mirando al frente, deseando que el asfalto me trague.
—Define " no buena".
—No es asunto tuyo.
Lo miro y me arrepiento.
Porque sus ojos están cargados de una furia helada que no necesita levantar la voz.

—Ahora sí lo es.
Y ahí, en ese instante, con el móvil aún en su mano, con mi vida expuesta y mi mundo tambaleándose, solo puedo pensar una cosa.
Mierda.

11

Seamus

Estoy jodidamente pletórico.
Tengo el sabor de mi mujer en la boca, el temblor de sus piernas aún en mis manos, la imagen de su cuerpo deshaciéndose en mis dedos grabada en la retina como una puta obra maestra. Me ha gemido en la boca. Me ha arañado con el alma. Y se ha corrido como si le fuera la vida en ello.
Y lo mejor es que apenas hemos empezado.
La próxima vez será en mi lengua, o sobre mi polla, o ambas cosas. Ya se verá. Lo que importa es que ya no hay vuelta atrás. Ya no hay "no". Ya no hay distancia.
Es mía.
Y eso me coloca en ese lugar peligroso donde todo lo que quiero es cuidar y poseer en la misma medida. Alimentarla y follarla. Hacerla sentir segura y hacerla temblar. Porque no son cosas opuestas. No para mí.
La miro de reojo mientras conduzco. Está en silencio, replegada. El rostro vuelto hacia la ventana. Pero no está fría, no se ha cerrado. Solo está desbordada. Como si su sistema no supiera procesar lo que acaba de pasar. Y me gusta. Me gusta verla así: tocada. Sacudida. Viviendo por dentro algo que la supera.
Pero también está delgada. Demasiado. Y eso no me sirve.
Es una bailarina, lo sé. Viven al límite. Cuerpo exigido, mente disciplinada, hambre como forma de control. Pero eso se acabó.
No pienso permitir que se me desmaye en mitad de un entrenamiento o que se me colapse por falta de comida. Quiero verla fuerte, alimentada. Preparada para mí, para todo lo que le espera.

—Tengo hambre —le digo, más por ella que por mí—. Deberíamos desayunar.
No responde, sigue como ida.
—Aunque sería una pena perder tu sabor tan pronto —añado, porque no puedo evitarlo.
Y ahí está. El rubor. La rabia contenida. La vergüenza encendida.
Perfecta.
Dice que no debo decir esas cosas, y la noto retorcerse en el asiento. No sabe dónde meterse. Y me encanta. Porque cada uno de sus silencios es una confesión.
Comer es obligatorio. Estar bien, fuerte, viva… también.
Separarse no es una opción, ni ahora ni nunca.
Entonces su teléfono vibra. Ella lo saca, lo mira… y se congela.
No hace falta que diga nada. Puedo ver cómo su expresión cambia. Cómo se le vacía la mirada. Cómo su cuerpo, que hace un momento vibraba bajo mis dedos, ahora se cierra por completo.
Es pone tensa, rígida. Como si acabara de abrir una puerta que no quería.
—¿Qué pasa? —pregunto, ya sabiendo que no va a responder.
—Nada —dice. Pero no suena a nada. Suena a todo.
Y lo intento. Le doy medio segundo para que me lo cuente, para que lo comparta. Pero no lo hace. Se encoge. Se guarda. Se esconde.
Así que lo hago yo. Le arranco el móvil de la mano.
—¡Seamus, no!
No le contesto. Leo.
" Te dije que me llamaras. ¿No sabes leer?"
La frase me cae en el estómago como una piedra. No por el tono —aunque es violento— sino por lo que provoca en ella. P
Porque verla temblar así, ver cómo su cuerpo reacciona como si la hubieran golpeado con esas palabras…
Eso es lo que no me gusta. Eso es lo que me pone en alerta.
—¿Quién es?
—Nadie —miente. Y lo sabe.
—No pareces tan jodidamente afectada por nadie.
Ella gira la cabeza, quiere que la deje en paz, pero ya es tarde. Ya lo vi.

Ya lo siento.
—Emily —digo, con la voz baja, controlada—. ¿Quién. Es?
Silencio.
—Mi padre.
La palabra no debería dolerle, pero duele.
Le tiembla en los labios. Le raspa la garganta. Y no lo entiendo, porque un padre no debería provocar esto. Este tipo de miedo, de retraimiento, de vergüenza.
No es normal.
—¿Y esto es normal entre vosotros?
Ella no me mira.
—No tenemos una buena relación —dice.
—Define " no buena".
—No es asunto tuyo.
La rabia me sube como fuego lento. No porque me lo oculte ni por orgullo, sino por lo que intuyo. Por lo que se esconde detrás de ese " no buena". Por el dolor que no dice.
La miro, fijo. Fuerte.
—Ahora sí lo es.
Y lo juro por todo lo que tengo: si ese hijo de puta la ha tocado, si alguna vez la ha hecho sentir menos… lo voy a encontrar y lo voy a romper.
Ella no contesta.
Se queda ahí, sentada, con la mandíbula tensa y la vista fija en la ventana como si pudiera salir corriendo sin mover un solo músculo. Como si negarme la información fuera su última defensa.
Pero ya no tiene defensas. No conmigo.
—¿Te ha hecho daño? —pregunto, sin rodeos.
Silencio.
—Emily —repito, más bajo esta vez, porque no quiero asustarla, pero sí que me escuche—. ¿Te ha hecho daño?
Ella gira apenas la cabeza. Lo justo para que vea sus ojos. Están brillando, pero no de llanto, de rabia, de contención. Como si lo que tiene adentro no pudiera salir sin arrasar con todo.
—No importa.
—Sí importa.

—No, Seamus. No puedes meterte.
—Ya estoy metido. Desde el momento en que dijiste " mi padre" con ese tono, desde que temblaste por un mensaje. Esto ya es mío.
—No soy tuya —me escupe.
—Demuéstramelo.
Y lo piensa. Lo piensa con veneno, con orgullo, con ese fuego que tanto amo.
Pero no puede decirlo, porque su cuerpo aún tiembla. Porque su voz aún lleva el peso de algo que la dobló por dentro.
—¿Qué te hizo? —insisto, más suave esta vez. No por ternura, sino por precisión. Como quien se acerca a una herida sin tocarla. Como quien ya sabe que va a sangrar, solo necesita ver por dónde.
Ella aprieta los labios y entonces lo entiendo. No va a decírmelo, todavía no.
Y no importa, porque lo voy a averiguar.
—Dámelo todo o no me des nada, Emily —susurro, mirándola, firme —. Pero si alguien se atrevió a hacerte daño, y tú crees que voy a quedarme sentado… es que no me conoces.
Ella gira la cara. Vuelve a mirar la ventana.
—No tienes ni idea de en lo que te estás metiendo, Seamus.
—Tú tampoco, mo Mórrígan.
Y lo pienso mientras ella respira despacio, contenida, rota en silencio: si su padre le puso un dedo encima… no hay sitio en este mundo donde pueda esconderse de mí.

12

Emily

No puedo respirar. Literalmente.
El aire entra y sale en ráfagas irregulares, como si mis pulmones se hubieran olvidado de cómo funcionar. Tengo las manos heladas, los muslos tensos, la boca seca.
Seamus no puede conocer a mi padre.
No. No. No.

Porque si lo ve, si solo lo mira una vez, sabrá la verdad. Verá lo que yo he pasado años escondiendo, enterrando. Va a ver lo que él es.
Un cerdo maltratador. Un manipulador de mierda. Un monstruo.
Y yo no necesito que nadie me salve.
No necesito a un irlandés alfa con cara de dios y actitud de amo del universo viniendo a vengarme. Ya pasé por todo eso. Ya sobreviví. Estoy entera. Rota, sí, pero entera.
Él para en una cafetería moderna, toda de hormigón pulido y luces colgantes, con olor a café recién molido y pan tostado.
—Baja —dice, sin mirarme.
—No tengo hambre.
—No pregunté.
Bajo. Porque no tengo energía para pelear más. Porque tengo el estómago hecho un nudo y necesito pensar. Porque quiero sentarme en otro lugar que no sea su coche y su intensidad aplastante.
Entramos y se sienta sin pedir permiso. Pide comida como si fuéramos a alimentar a tres equipos de fútbol: tostadas, tortitas, fruta, huevos, jugo, café, más café, croissants, panqueques, y algo que parece una torre de azúcar crujiente.
Yo no toco nada.
Él me mira, no dice nada. Solo espera.
—No tengo hambre —repito.
—No tienes elección.
—¿Perdón?
—Eres bailarina. Estás flaca como una cuchilla de afeitar. Tu cuerpo necesita energía. Me necesitas para cuidarte.
—No te necesito para nada.
—Ajá —dice, sin inmutarse—. Cómelo.
—No quiero.
—Emily…
—¡No me grites!
—Ni estoy levantando la voz —dice tranquilo—. Solo te estoy diciendo que si no comes, te voy a meter un trozo de tortita en la boca yo mismo.
—No te atreverías.
Me sostiene la mirada. Levanta un trozo y me lo ofrece.

—Última oportunidad.
Yo lo fulmino con los ojos… y agarro un trozo pequeño. Lo mastico sin gusto. Pero cuando lo trago, mi cuerpo se relaja un poco.
Porque es la tortita más esponjosa que he probado en mi vida.
—Ves —murmura—. Sabes que tengo razón.
—Cállate.
—Esa fruta también. Vamos, tigresa.
—No me llames así.
—Como quieras, mo Mórrígan.
Me como dos trozos de fruta. Luego otro. Luego otro. Y para cuando termino, el nudo ha aflojado solo un poco. Lo suficiente para pensar que, quizá, no todo está perdido hoy.
Hasta que lo dice.
—Ahora vamos a buscar tus cosas.
Y el infierno empieza otra vez.
—¿Qué?
—Tus cosas. Ropa. Zapatos. Lo que necesites. No vas a volver al Bowes.
—¡¿Y tú decidiste eso por mí?!
—Ajá.
—¡No puedes secuestrarme, Seamus!
—No es secuestro si te hago la vida mejor.
—¡Eso es literalmente lo que diría un secuestrador!
—Y sin embargo, aquí estás. Alimentada. Más relajada. Y con un futuro increíble por delante.
—¡Estás enfermo!
—Tal vez. Pero soy constante.
—No voy a mudarme contigo.
—Sí lo vas a hacer.
—No pienso dejar mis cosas atrás.
—Exacto. Por eso vamos a buscarlas.
—¡No voy a ir contigo!
—Entonces me das las llaves y voy solo.
—¡Tampoco!
—¿Ves? Lo mejor es que vengas.
Me quedo mirándolo. Desesperada. Atemorizada. Furiosa.

—Estás loco. Enfermo. No tienes límites.
Se inclina hacia mí. La mirada encendida y peligrosa.
—Y tú no sabes cuánto te va a gustar eso.
Mi mente va a mil.
No hay silencio. No hay lógica. Solo este caos en espiral que me atraviesa desde que él abrió la boca y dijo "vamos a buscar tus cosas" como si fuera lo más normal del mundo. Como si mudarme a su maldita cueva de macho alfa fuera una decisión compartida.
No sé cómo luchar contra él.
Porque no grita. No amenaza. Solo se impone. Sonríe. Manda. Acaricia con una mano mientras sujeta con la otra. Y eso es peor. Eso es lo que me desarma.
Así que hago lo que cualquiera haría en mi lugar.
Huyo.
—Tengo que ir al baño —digo, sin mirar.
—Al fondo a la izquierda —responde, sin perder ni medio segundo.
Camino. Lenta. Como si realmente solo quisiera lavarme las manos. Pero cuando entro, cierro la puerta con un click firme y me apoyo contra la cerámica fría. Mi pecho sube y baja como si hubiera corrido una maratón. Me miro en el espejo. Tengo el pelo desordenado, los ojos rojos, el alma colgando de un hilo.
Abro la ventana. No es grande, pero suficiente.
Lanzo mi bolso primero. Luego me subo al borde, rezo por no romperme una pierna y me dejo caer. El impacto me sacude las rodillas, pero no me importa. Ya estoy fuera.
Doy dos pasos.
Y lo oigo.
—¿Vas a algún sitio, mo Mórrígan?
Mierda.
Mierda.
Mierda.
Me giro, lentamente.
Está ahí.
Apoyado contra la pared exterior, como si llevara media hora fumándose mi intento de escape.
—¿Cómo…?

—Emily —dice, sonriendo—. Cuanto más luchas, más me gustas. ¿No lo sabías?
—Eres un puto psicópata.
—Tal vez. Pero soy un psicópata que sabe cazar. Y la persecución… —da un paso hacia mí— es mi parte favorita.
—Vete al infierno.
—Ya estoy en él, tigresa. Se llama " quererte".
—No me quieres. Me estás secuestrando.
—No me hagas sacarte esposada de aquí.
—¡Tú no tienes esposas!
Saca algo del bolsillo. Las esposas brillan al sol.
—¿Quieres apostar?
Refunfuño. Lo insulto. Le lanzo media docena de improperios dignos de una celda policial. Pero recojo mi bolso del suelo y, con los dientes apretados y las mejillas ardiendo, me meto en el coche.
Golpeo la puerta al cerrarla y él sonríe mientras arranca.
Y yo… yo me prometo que algún día le haré pagar cada centímetro de control que cree tener sobre mí. Si es que no me rompe antes.
El trayecto se hace eterno.
No habla. No toco el móvil. No hay música. Solo el murmullo del motor, el sonido de la ciudad despertando allá afuera, y esta tensión sofocante que nos cubre como una segunda piel.
Me encojo contra la puerta, cruzo los brazos, miro por la ventana como si pudiera desaparecer. Pero no desaparezco. Sigo aquí. En su coche. En su mundo. En su órbita.
Y él… él sigue siendo él.
—¿Lo haces a menudo? —pregunto, la voz tan afilada como puedo lograr—. ¿Secuestrar mujeres al azar?
—No.
Silencio. Giro la cabeza, esperando algo más.
—Y tú no eres una mujer al azar.
—Ah, claro —respondo, sarcástica—. Qué suerte la mía.
—Eres mi mujer.
—No puedes decir eso —replico, el estómago encogiéndose—. Yo no soy tuya. No soy de nadie.
—Te equivocas —responde sin dudar—. Eres mía como yo soy tuyo.

Lo miro. Frunce los labios, tranquilo. No está provocando. No está jugando. Lo cree.
—No puedes decir esas cosas —insisto, bajando la voz como si dijera algo prohibido.
—Te lo dije. Yo no miento. Si lo digo… es porque es verdad.
Y me deja sin aire. Sin réplica, sin defensa. Su lógica aplastante me calla más que cualquier grito.
No hablamos más y el silencio, esta vez, pesa más que las palabras.
Cuando llegamos al Bowes, aparca frente a la entrada sin preguntar. Baja primero, da la vuelta al coche y abre mi puerta. Me quedo ahí, quieta, como si bajar significara rendirme por completo.
Pero ya estoy rendida, ¿no?
Salgo.
—Mis amigas están arriba —digo, tensando el cuerpo—. No puedes aparecer así como así y decirles que me mudo contigo. Van a pensar que estoy loca. Que te volviste loco. Que esto no tiene sentido.
—Tranquila —responde, como si fuera lo más simple del mundo—. Les explicaré los motivos. Lo entenderán. Y se alegrarán por ti.
Pongo los ojos en blanco, cruzo los brazos y respiro hondo.
—Espero que Scarlett y Chloe sean más convincentes que yo.
Porque yo… ya no tengo fuerza para discutir.
Y lo peor de todo es que, una parte de mí, muy al fondo, empieza a preguntarse si alguna vez quise ganar esta pelea.

13

Seamus

Subimos en silencio.
El ascensor es pequeño. Ella se queda en una esquina, lo más lejos posible de mí, pero sus hombros tiemblan apenas. No es miedo. Es esa tensión suya, esa mezcla de rabia y necesidad que me vuelve loco. Y aunque podría dejar el espacio entre nosotros intacto, no lo hago.
No puedo.

Mi mano la busca, la rozo apenas con los dedos. Su brazo, la curva de su cintura. No empujo, no agarro. Solo toco.
Y ella se tensa, claro que se tensa, pero no se aparta.
Cuando llegamos a su planta, el ascensor se abre con un leve zumbido. Ella respira hondo como si estuviera a punto de entrar al campo de batalla.
Y tiene razón.
Abre la puerta del apartamento y una bocanada de aire dulce me recibe de golpe. Todo huele a fruta, a crema, a perfume caro y barato mezclado, a cosas que nunca podría identificar pero que, de alguna forma, son parte de su mundo.
Ropa por todos lados, maquillaje en todas las superficies, lo que parecen herramientas de tortura en la repisa del baño —¿qué coño es eso con los dos rodillos?—, y zapatillas de baile destrozadas tiradas al lado del sofá como si las hubieran apuñalado.
Y risas.
Risas femeninas que me cortan la respiración.
Entonces aparecen. Scarlett y Chloe.
Delgadas, estilizadas, altísimas. Caminan con esa seguridad que dan los años de entrenamiento frente a espejos y jueces invisibles. Bellas. Técnicas. Perfectas.
Pero no tienen ni una chispa de lo que Emily tiene en la mirada.
Me miran como si acabaran de ver a un asesino salir del armario.
—¿Qué haces aquí? —pregunta Chloe, cruzándose de brazos.
Emily se queda paralizada. No dice nada, ni siquiera sé si respira.
Así que hablo yo.
—Vengo a por ella.
—¿Perdona? —dice Scarlett, frunciendo el ceño.
—No la estoy secuestrando —aclaro, aunque sé que suena justo así —. Lo que pasa es que he encontrado algo que no esperaba. Y no pienso dejarlo escapar.
—¿Algo? ¿Te refieres a Emily? —Chloe da un paso al frente.
—No algo. Todo.
Se miran entre ellas. Y entonces, se ríen.
A carcajadas.

Emily se tapa la cara. Se lleva la mano al cuello. Está roja como un tomate.
Scarlett la mira, divertida.
—Realmente es un cavernícola, ¿no?
—Yo… no sé cómo reaccionar —murmura Emily, entre frustrada y derrotada.
Y entonces lo sé. No me va a servir intimidarlas. No va a funcionar el control, no en este espacio, no con estas mujeres.
Aquí, el cazador tiene que ser astuto, así que bajo las armas.
—Mirad —digo, respirando hondo—. No soy bueno hablando, no soy amable, no soy simpático.
—Vaya, qué sorpresa —interrumpe Chloe.
—Pero soy honesto. Y cuando encontré a Emily… supe que había algo en ella que me rompía las reglas. Que no se parecía a nadie ni a nada.
Las dos me miran en silencio. Scarlett parpadea.
—¿Está intentando ser encantador?
—Más bien está confesando un secuestro —dice Chloe.
—Estoy diciendo la verdad. He vivido rodeado de ruido, de guerra, de control. Emily es otra cosa. Me desarma, me descoloca, me hace querer cosas que no sabía que quería.
Me detengo y las miro.
Emily sigue sin moverse, apenas respira.
—No pienso obligarla a nada que realmente no quiera, pero no voy a irme sin luchar por ella.
Silencio. Raro. Frágil.
Y entonces Scarlett asiente, despacio.
—Vale… eso fue bastante adorable, para ser un cavernícola.
—Gracias —respondo, sin rastro de ironía.
—Pero si la haces llorar, te rompo las piernas —añade Chloe, seria.
—Me parece justo.
Scarlett y Chloe se giran hacia Emily. Las dos esperan una respuesta.
Ella aprieta la mandíbula. La mirada va de una a otra, después a mí. No dice nada durante varios segundos y cuando por fin habla, su voz es baja, controlada, dura.

—No me he rendido —dice, sin apartar los ojos de los míos—. No es eso.
Silencio. Se puede cortar con un cuchillo.
—Solo… me rindo de discutir con él por hoy —añade, con una ironía cansada—. Porque claramente no se va a ir y necesito cambiarme de ropa.
Scarlett levanta una ceja y Chloe niega con una sonrisa incrédula.
—Eso suena a un " me tiene hasta el cuello, pero no pienso admitirlo" —dice Chloe.
—Es que no lo admito —responde Emily de inmediato—. Solo… necesito algo de paz mental. Cinco minutos sin pelea. ¿Podéis darme eso?
Las dos asienten. Scarlett le lanza una mirada que es mitad apoyo, mitad advertencia. Chloe se acerca, le aprieta la mano sin decir nada.
Yo no sonrío, no me relajo, solo asiento, como un soldado que reconoce una pequeña victoria en medio de una guerra que está lejos de terminar.
Porque esto no es una rendición, es un alto el fuego.
Y sé que mañana, o en una hora, o en diez minutos, va a volver a pelear.
Y yo… estaré esperando.
La observo mientras se mueve por la habitación. No habla. Solo recoge.
Coge una bolsa —no una maleta, no un baúl, una simple bolsa de viaje— y empieza a meter cosas. Ropa cómoda, artículos de baño, cargadores, un libro doblado en la esquina. Nada exagerado. Nada definitivo. Solo lo esencial para un par de días.
Pero la decisión está hecha.
Tomo nota mentalmente. Vendremos pronto a por lo que queda. Porque lo que queda también es mío. Todo esto. Todo lo que la rodea.
Después, se inclina sobre una segunda bolsa, más vieja, manchada. Mete dentro un montón de mallas, bodys de danza, rodilleras, vendas, y por último… esas zapatillas. Las más destrozadas que he visto en mi vida. Están abiertas, rotas, sangradas. Y ella las mete como si fueran oro.

Como si fueran parte de su cuerpo.
—¿Puedes darme intimidad para cambiarme? —pregunta, sin mirarme.
—No.
Se gira, incrédula.
—¿Perdón?
—No te vas a esconder de mí.
Resopla. Me lanza una mirada que podría cortar metal. Y entonces… empieza a cambiarse.
Delante de mí.
Desabrocha el pantalón. Se quita la camiseta. Coge otra más limpia. Unos jeans. Calcetines nuevos. Y todo el tiempo, me sostiene la mirada. Firme. Desafiante. Como diciendo: ¿esto querías ver? Pues mira.
Y yo miro.
Cada centímetro.
Cada curva.
Cada puñetero gesto.
No sé cómo me controlo. No sé cómo no salto encima, cómo no la empujo contra el espejo y la beso hasta que se olvide de su nombre. Pero lo hago. Me quedo quieto. Inmóvil. De pie como un maldito mármol. Porque si la toco ahora, no la dejo irse en una semana.
Cuando termina, cierra ambas bolsas. Suspira. Me lanza una mirada que no sé cómo leer y salimos, una vez en la sala se gira hacia sus amigas.
—Bueno… —murmura, con una voz que no le pertenece del todo.
Scarlett cruza los brazos. Chloe da un paso al frente.
—Si le haces daño —dice Scarlett, sin rodeos— no van a encontrar tu cadáver. Nunca. Porque lo vamos a disolver nosotras mismas.
—Y después lo convertimos en una pieza contemporánea de danza macabra —añade Chloe, sonriendo sin sonreír.
—Tomo nota —respondo, sin inmutarme.
Emily las abraza rápido. Corto. Como quien no quiere abrir la herida del adiós todavía.
Y entonces salimos juntos. Ella a mi lado. Yo llevando una de sus bolsas.

En cuanto cruzamos la puerta, le cojo la mano. Firme. Decidido.
Ella me mira pero no la suelto.
—Mía —le susurro, sin necesidad de que nadie más lo oiga.
Y esta vez no me suelta.
Bajamos en silencio. Emily camina a mi lado, pero se nota en cada paso que está procesando, resistiendo, tragándose todo lo que no dice. No necesito mirarla para saberlo. La siento.
Subimos al coche y en cuanto cierro la puerta, marco a Clarke.
—¿Ya está?
—Todo hecho —responde—. Escritura firmada, transferencias finalizadas. Es tuya.
—Bien. Quiero entrar cuanto antes.
—Dame un par de días. Mando un equipo a acondicionar todo. Limpieza profunda, seguridad, lo que necesites.
—Quiero cámaras instaladas ya. Nada de accesos externos. Solo el personal autorizado.
—Hecho.
Cuelgo y llamo a Aidan.
—Seamus.
—Necesito un equipo completo de seguridad. Hoy.
—Ubicación.
Se la doy. Él no pregunta más.
—¿Te mudas a San Francisco?
—Por ahora, sí. Estoy yendo a Eureka para organizarlo todo. Voy a moverme entre ambos sitios. Que el equipo lo tenga claro. Informa a Declan. En cuanto aterrice paso a verlo, le daré todos los detalles.
—Entendido.
Cuelgo.
Emily ha escuchado todo sin interrumpir. Ni una sola palabra. Pero su silencio es otra forma de hablar. Está más rígida que antes, más metida en sí misma. Cuando finalmente rompe el silencio, su voz suena baja, casi como un pensamiento que se le escapa.
—Esto va en serio, ¿verdad?
—Sí, Emily. Va muy en serio.
La miro de reojo. Quiero que lo vea en mis ojos. Que entienda que no hay marcha atrás. Que cuando me meto, me meto hasta el fondo.

—Mientras estés aquí, yo estaré aquí. Y cuando termines tus clases, decidiremos qué hacer. Podemos quedarnos, podemos irnos a Eureka. Lo que tenga sentido. Lo que tú quieras. Pero no voy a alejarme de ti.
Ella respira hondo, y suelta el aire como si le costara.
—Nunca he dependido de nadie —dice—. Siempre he hecho todo sola. He vivido sola, he peleado sola… no sé si voy a poder adaptarme a esto. A ti.
—Lo harás —respondo sin dudar—. Y yo también me adaptaré a ti.
Me mira por fin, seria, con esa mezcla de coraje y miedo que me rompe y me excita a partes iguales.
—¿Y si no funciona?
—Funcionará.
Y no porque lo diga como una promesa, sino porque lo siento como una verdad. Porque no hay un mundo en el que no funcione. No si estoy dispuesto a quemarlo todo con tal de hacer que funcione.

14

Emily

No puedo creer lo que estoy oyendo.
Este hombre… este psicópata hermoso, intenso, incansable… está reorganizando su vida sin pestañear. Como si cambiar de ciudad fuera tan simple como mover una ficha en un tablero. Como si dejarlo todo atrás fuera una decisión casual, del tipo que se toma entre café y desayuno.
Está dejando su mundo. Por mí.
Y lo hace con esa calma absurda que me sobrepasa. Como si no fuera gran cosa. Como si fuera tan fácil como organizar una barbacoa. Eso me desconcierta más que cualquier amenaza, más que cualquier caricia, más que su forma de mirarme como si ya fuera suya.
Nunca nadie me ha tratado así. Nunca nadie me eligió sin condiciones, sin explicaciones. Solo… eligió.
Y mientras trato de procesarlo, llegamos al helipuerto.

No decimos nada.
Seamus sale del coche, da la vuelta, abre mi puerta y, sin pedirme permiso ni darme tiempo a protestar, me alza en brazos como si no pesara nada.
—¿Qué haces? —susurro, pero ni siquiera sueno molesta.
—Llevándote conmigo —responde, sin esfuerzo, como si la frase significara exactamente eso: literal, absoluto.
Me sube al helicóptero. Me sienta con cuidado. Me coloca los auriculares con esos dedos que hace nada estaban dentro de mí. Y luego… se sienta, me acomoda en su regazo y me abraza.
Y yo… Estoy tan cansada.
Cansada de resistirme, de pensar, de analizar cada uno de sus movimientos. Así que dejo que me abrace. Me recuesto contra su pecho. Siento su calor, su respiración, el ritmo lento de su corazón que parece decir: estás a salvo, aunque estés temblando.
Él echa la cabeza hacia atrás y se duerme.
Justo así. Como si nada, como si no acabara de secuestrar mi vida, como si esto fuera normal.
Y yo… lo miro. Y, sin saber cómo ni por qué, me dejo arrastrar también.
Cierro los ojos y dormimos así, uno en brazos del otro, como si fuera lo más natural del mundo.
El aterrizaje es suave, pero mi cuerpo está en otra parte. No sé cuánto tiempo dormimos. No sé cuánto tiempo estuve pegada a él, respirando su calma como si pudiera absorberla por ósmosis. Solo sé que, cuando abro los ojos, estamos descendiendo. Volvemos al mundo real.
Y el mundo real… me asusta un poco más ahora.
Salimos del helicóptero, y Seamus no suelta mi mano. Es como si fuera parte del trayecto, como si sujetarme fuera su forma de decir: sigue aquí, conmigo, no te escapes otra vez.
No digo nada.
Pero cuando el coche nos deja frente a la casa de los O ’ Sullivan, algo en mí se afloja. Es grande, hermosa, elegante. Pero no es eso, es lo que representa: Natasha. Un rostro familiar. Una amiga. Un punto de ancla en medio del puto huracán que es Seamus.

Y sí, me alegro. Me alegro de estar aquí, porque necesito hablar con ella.
Porque si hay alguien que puede entender lo que es tener a un O ' Sullivan metido hasta los huesos… es Natasha.
Y si hay alguien a quien necesito más que nunca ahora mismo, es a ella.
Porque no tengo ni idea de qué hacer con su cuñado el psicópata.
Entramos en la casa y algo dentro de mí se afloja.
Es cálida, familiar. Huele a madera limpia, a café recién hecho, a perfume suave. A casa de verdad. El tipo de lugar que parece imposible cuando vienes del caos. Y yo vengo del puto caos. Literal.
Entonces aparece Natasha.
Mi amiga. Mi hermana elegida. Una de las pocas personas en este mundo que pueden mirarme y saber que estoy mal sin que tenga que decirlo.
Sus ojos se abren en cuanto me ve y su sonrisa es inmediata, genuina, llena de alivio y preguntas que se muerden la lengua. Abre los brazos y sin pensarlo, sin filtro, corro hacia ella.
Me envuelve como si hubiera estado esperando ese abrazo desde hace días.
—Dios, Emily… —murmura, apretándome fuerte—. Estás bien… ¿estás bien?
Sus manos me acarician la espalda, el pelo, como si estuviera comprobando que no tengo heridas abiertas. Cierro los ojos y me hundo. Y justo ahí, siento cómo se me nublan los ojos. No es común, no conmigo.
Yo no lloro. Nunca lloro. Ni en público ni en privado. No desde que entendí que nadie vendría a salvarme.
Pero ahora… ahora me cuesta tragar.
—Más o menos —le respondo, apenas audible, como si decir más fuera a romperme de verdad.
Ella me aprieta más fuerte.
Después de un instante, se endereza, me coge de la mano y empieza a arrastrarme por las escaleras con esa energía suya que siempre me arranca una sonrisa aunque esté al borde del colapso.

—Ven. Tenemos que hablar. Tengo tantas cosas que contarte y tú tienes que explicarme qué demonios pasa con…
Pero no damos ni tres pasos. La mano de Seamus me envuelve la muñeca con suavidad, pero con esa firmeza suya que nunca pide permiso y me tira hacia él.
—Seamus —dice Natasha, girándose, desconcertada.
Y entonces lo hace.
Me besa frente a ella. Frente a quien esté en la casa, da igual.
Es un beso que no avisa, que no deja espacio a dudas. Firme, decidido, profundo. Me toma la boca como si fuera suya, como si necesitara recordármelo justo ahí, delante de los demás. Como si tuviera que marcar territorio.
Y funciona.
Me corta la respiración, me roba el equilibrio. Su lengua me recorre, sus labios me contienen, y yo me hundo porque, jodidamente, no sé cómo no hacerlo.
Cuando se separa, tengo los labios húmedos, los pulmones vacíos, y una mirada que tiembla aunque intento ocultarlo.
—Sé buena —murmura, grave, cerca de mi oído—. O tendré que venir a buscarte.
—¿Tú, que me has medio secuestrado, me dices que sea buena? —replico, con voz temblorosa pero dignidad intacta.
Me mira y ahí está, esa oscuridad suya. Ese acero bajo control.
—Sí —responde, serio, seguro—. Sé buena. Porque si no lo eres… tendré que castigarte.
No hay amenaza en su tono, hay promesa. Y yo… no sé dónde meterme.
Por suerte, Natasha suelta un suspiro exagerado, pone los ojos en blanco y me toma del brazo.
—Madre de Dios… venga, Emily. Necesitamos un trago. O una exorcista.
—O las dos cosas —respondo, sin mirar atrás.
Me deja llevar escaleras arriba mientras oigo su risa detrás. Una risa suave, masculina… peligrosa.
Y mientras subo, solo pienso una cosa. Estoy jodida.

15

Seamus

La veo subir las escaleras con Natasha.
Y joder, lo único que puedo pensar es en lo mucho que me encantaría castigarla por mirarme con ese desafío en los ojos, por responder con esa lengua afilada, por provocarme cada vez que respira cerca de mí. Tengo que frenar ese pensamiento. Controlarme.
Pero no puedo porque me estoy poniendo duro.
Bueno… más duro. Llevo empalmado todo el puto día. Desde que la hice venirse en mis dedos, desde que la vi cambiarse delante de mí como si pudiera ganarme con su indiferencia. Todo en ella me llama. Me enciende. Me descontrola.
Y solo pienso en una cosa.
Esta noche, en mi cama. Conmigo.
Entro al despacho de Declan. Está con Patrick. Ambos se giran al verme, serios, con esa energía densa que siempre huele a juicio.
Me sostienen la mirada. Yo no bajo la mía.
—¿Qué os pasa? —pregunto, sin rodeos.
—¿Has secuestrado a Emily? —lanza Patrick.
—No exactamente —respondo, encogiéndome de hombros—. La estoy convenciendo de que es una guerra que no va a ganar… y que es mejor ponerlo fácil.
—¿Convenciéndola? —dice Declan, alzando una ceja.
—Es terca —respondo sin dudar, como si dijera que el cielo es azul—. De las que creen que pueden con todo solas. De las que no aceptan ayuda ni aunque se estén cayendo a pedazos.
—¿Y eso te atrae? —pregunta Patrick, sin ocultar el juicio en su voz
—No estoy buscando que me resulte fácil —digo, seco—. Me atrae porque es fuego. Porque no teme arder, aunque le duela. Porque cuando se rinde, lo hace de verdad. Y yo…
Hago una pausa.
—Yo no tengo espacio en mi vida para medias tintas.
Patrick cruza los brazos. Declan me observa como si intentara adivinar qué parte de mí ha cambiado sin avisar.

—Tiene clases en San Francisco —añado, girando el tono hacia lo práctico, como si eso pudiera equilibrar la conversación—. Está a punto de empezar la nueva temporada, y no va a dejarlo. Lo entiendo y lo respeto. Y nunca se lo pediría. Así que he comprado una casa en San Francisco. Pacific Heights. Privada, segura, amplia.
—¿Una casa? —dice Patrick—. ¿Así, de la nada?
—Para nosotros. Para que tenga su espacio, su rutina, sin interrupciones. Y para que yo esté cerca.
—¿Y ella está de acuerdo con eso? —pregunta Declan.
—No del todo. Todavía no —admito, sin molestia—. Pero tampoco se fue cuando tuvo la oportunidad. Vino conmigo a verla y solo intentó huir un par de veces. No lo dice, pero lo necesita.
—¿Y tú? —Patrick se apoya contra el escritorio—. ¿Qué necesitas tú?
—Tenerla donde pueda verla —respondo, con una franqueza que incomoda—. Donde nadie más pueda joderle la vida. Donde nadie pueda tocarla sin que yo lo vea venir.
Silencio. No de juicio esta vez, de reconocimiento.
Declan me mira fijamente, porque él también lo ha sentido. Esa certeza que no se puede explicar. Esa necesidad que arde en la sangre más que en la piel.
—No estoy dejando Eureka —añado, más tranquilo—. Solo estaré yendo y viniendo. Supervisando desde allá. Estoy organizando todo para poder moverme con libertad. Pero mientras ella esté en San Francisco… yo también estaré.
—¿Y después? —pregunta Declan.
—Después decidiremos juntos. Pero hasta que llegue ese momento, no pienso dejarla sola.
Declan asiente, despacio.
Patrick no dice nada. Solo me mira con esa expresión que no aprueba, pero tampoco rechaza.
Y yo sé que no necesitan entenderlo del todo, solo necesitan saber que lo tengo claro. Y lo tengo más claro que nada en mi vida.
Me inclino hacia atrás en la silla. Miro a ambos.
—No necesito que lo aprobéis —digo, con voz firme—. Solo necesito que lo respetéis. Porque si alguien se interpone entre ella y yo… no va a quedar nadie en pie.

Lapidario. Final.
No hay respuesta, solo asentimiento silencioso.
Y con eso, cambio el foco.
—¿Qué pasa con los italianos?
Declan se sirve un whisky sin hielo y me lo pasa. Patrick ya tiene uno entre los dedos, pero no ha bebido. La tensión flota en la sala, cargada como pólvora seca.
—¿Han respondido? —pregunto, sin rodeos.
—Todavía no —responde Patrick—. Pero algo se está cociendo. Las comunicaciones están más activas que de costumbre. Mucho ruido entre Oakland y Vallejo. No sabemos si están preparando represalia directa o reorganizando las piezas.
—¿Información nueva?
Declan niega.
—Solo indicios. Intercambios con Jersey. Uno de los capos de segunda fila se ha movido al norte. Nadie sabe exactamente por qué.
—Bien —digo, apoyando el vaso en la mesa—. Estoy aquí dos días más, hasta que terminen de acondicionar la casa. Si queréis mover ficha, este es el momento.
Patrick asiente, ya en modo operativo.
—¿Quieres atacar esta noche?
—Quiero darles algo que recordar —respondo—. Nada definitivo, pero sí personal. Algo quirúrgico. Que entiendan que el fuego sigue encendido. Que no estamos esperando el siguiente golpe, que lo estamos provocando.
Declan se cruza de brazos.
—¿Lugar?
—Hay un restaurante en la zona italiana que usan como punto de encuentro. Cierra a medianoche. La vigilancia es mínima fuera de horario. Si están planeando algo, alguien pasará por allí esta noche.
Patrick saca su móvil.
—Lo confirmo. Liam y Aidan están en camino.
Declan me mira.
—Entonces vamos a darles la bienvenida como se merecen.
Y yo sonrío.

Porque esta noche… vamos a hablar en el único idioma que entienden.
No pasa mucho tiempo hasta que llegan los demás.
Aidan entra primero, como siempre. Frío, eficiente, con esa mirada que escanea la sala sin necesidad de palabras. Liam va detrás, serio pero con la tensión contenida en los hombros como si le ardieran las manos por entrar ya en juego.
—¿Qué tenemos? —pregunta Aidan, sin perder tiempo.
—Restaurante en la zona italiana. Punto de paso, no base. Queremos entrar a las 00:30. Rápido, preciso. Nada de cuerpos en la calle, pero sí mensajes claros. Un recuerdo de quién manda.
Asienten.
En minutos, el equipo empieza a moverse. Mapas sobre la mesa. Entradas, rutas de escape, distribución interior. Patrick organiza la logística con la soltura de quien ya lo ha hecho mil veces. Declan supervisa sin hablar demasiado. Yo observo. Doy los toques donde hace falta. El silencio entre nosotros es cómodo. Letal.
Son casi las tres de la tarde cuando alguien menciona comida.
Y caigo en la cuenta. No hemos comido una mierda.
Liam gruñe algo sobre tortitas y bacon. Patrick sugiere no moverse de la casa, por seguridad. Aidan ya tiene el teléfono en la mano, dispuesto a pedir algo en veinte segundos si nadie lo detiene.
—Venga, vamos a la cocina —murmura Declan—. Al menos comamos algo caliente antes de matar gente.
Nos ponemos en marcha y estamos llegando cuando la oímos.
—¡Hey, salvajes! ¡A la mesa, que se enfría! —Erin.
Su voz flota por el pasillo con ese tono que no admite evasivas. Giro la cabeza justo a tiempo para verla aparecer con un trapo en una mano y una mirada inquisitiva que podría poner en fila a un escuadrón.
Aidan es el primero en sonreír. Patrick murmura algo que suena a no te metas con mamá Erin. Liam intenta hacerse el duro, pero ella ya lo está empujando hacia la mesa.
Y yo me dejo arrastrar, porque hasta la guerra necesita un plato caliente antes de empezar, y si es con mi mujer al lado, mucho mejor.

16

Emily

Nos metemos en el salón y Natasha cierra la puerta detrás de nosotras con una de esas miradas que dicen vale, ahora suéltalo todo o reviento. No sé si es el beso, si es el viaje, si es él, si soy yo… pero no aguanto más.

Exploto.

—Desde el día de tu boda —empiezo, sin respirar—. Desde ese maldito momento todo ha sido un caos.

—Todo empezó el día de tu boda cuando se me plantó delante y me dijo que me había reclamado —suelto, sin filtro—. Pensaba que se quedaría ahí, como una anécdota, pero no, al día siguiente me manda un mensaje. Una foto. Y no era cualquier cosa. Era Andrew, el tipo con el que bailé en tu boda. O lo que quedaba de su cara después de la paliza que le dio. Desfigurado. Sangrando. Casi irreconocible.

Me levanto, empiezo a caminar por el salón. Me arden los ojos, pero no voy a llorar.

—¿Y sabes lo que puso en el mensaje? "Por tocar lo que es mío." Así, como si yo fuera… una propiedad. Una extensión. Una maldita cosa.

Natasha no dice nada, solo me deja seguir.

—Después apareció como si nada. Diciéndome que iba a comprar una casa, que quería que la viera con él.

—Le dije que no, obviamente. Pero a las pocas horas… ya me estaba recogiendo. ¡A las seis de la mañana! Me subió al coche y me llevó a ver c asas. Como si fuera normal, como si secuestrar a alguien a punta de terquedad fuera romántico.

—¿Y tú?

—Salí corriendo, grité, pataleé, le insulté… pero fui. Me llevó a una casa en Pacific Heights. Moderna, increíble... Con una sala de danza que… joder, Natasha. Me dejó muda, era como si me conociera.

Suspiro y me dejo caer en el sofá. Ya sin fuerzas.

—Y después me llevó al Bowes. Me hizo empacar. Bueno, no todo, solo unas cuantas cosas. " Lo esencial", dijo. Como si fuera una

transición temporal, como si ya estuviéramos viviendo juntos.
—¿Y le dijiste que no?
—Cien veces. Y él… simplemente no lo acepta. Me mira como si lo supiera, como si ya fuera una realidad y no una opción.
Natasha se acerca, se sienta frente a mí. Me observa con esa mezcla de compasión y lucidez que siempre ha tenido.
—No lo conozco mucho —dice, despacio—. Pero lo que sí sé… es que tiene esa forma de dar miedo sin hacer nada. Esa presencia, ese silencio. Pero también he visto algo más.
Me mira. Firme.
—Tiene fondo, Emily. Y es leal. Cuando ama, ama a morir. Si es la mitad de terco que Declan… estás jodida.
—No me digas eso.
—Te lo digo porque lo veo en ti.
—¿El qué?
—Que aunque sigas diciendo que no… hay una parte de ti que ya está con él. Y eso… eso es lo que de verdad te da miedo.
No digo nada, porque lo peor es que tiene razón.
Nos quedamos hablando un rato más.
Natasha me deja espacio para respirar, pero no demasiadas pausas para pensar. Me pregunta cosas, me hace reír, me escucha sin juzgar. Y cuando le cuento que todavía no he decidido nada, solo me mira como si ya lo supiera.
—Vas a caer —dice, sonriendo con los labios apretados.
—Cállate.
—No te hagas la digna. Si tú no lo haces, él te arrastrará.
Me tapo la cara con las manos, pero no puedo evitarlo: me río de verdad. De esas carcajadas que salen con peso, con cansancio, con ese alivio que se siente cuando alguien te entiende sin tener que explicarle todo.
—Al final vamos a ser hermanas de verdad —suelta, entre risas.
—Cállate —repito, pero esta vez se me escapa una risa con sabor a rendición—. No digas eso. No le pongas nombre a lo que no sé si quiero aceptar.
Pero me río con ella. Porque por primera vez en días, no estoy huyendo, estoy respirando.

Salimos del salón y vamos directo a la cocina donde encontramos a Erin.
Dueña de la casa, del aire, de las cucharas de madera y de cada mirada afilada que lanza con amor disfrazado de amenaza. La cocina huele a hogar. A carne asada, pan recién horneado, especias que no sabría identificar pero que te abrazan desde el umbral.
Hay comida como para alimentar a un escuadrón. Todo humeante, dorado, perfectamente colocado en fuentes enormes que apenas caben en la encimera.
—Madre mía —murmuro—. ¿A cuántos esperan?
—Los suficientes para justificar mis excesos —responde Erin, girándose con una sonrisa que me desarma—. Y tú —añade, abriéndome los brazos—. Ven aquí.
Me abraza con esa firmeza que solo una madre de verdad puede dar, aunque no sea la tuya. Y cuando me suelta, me lanza una mirada que sabe más de lo que debería.
—Sé paciente —dice, medio en sorna—. Seamus puede ladrar mucho, pero tiene buen corazón. Defiende lo suyo a muerte.
—Eso no lo dudo —respondo, sin mirar—. Pero no voy a decirle a su tía que creo que su sobrino es un psicópata.
Erin solo se ríe. Se da la vuelta y sigue cocinando como si no acabara de soltar una bomba con guarnición.
Entre charlas y cucharones, llama a los hombres.
—¡Hey, salvajes! ¡A la mesa, que se enfría!
Y es como un hechizo.
Aparecen uno tras otro. Seamus, Aidan, Liam, Declan, Patrick.
Y yo los miro entrar como si hubieran salido de una maldita campaña de publicidad de ropa de lujo. Camisetas negras, pantalones ajustados, mandíbulas marcadas, esa forma de andar como si pudieran con todo.
¿Cómo puede haber tanta testosterona hermosa en una sola familia?
Me quedo ahí, con el plato vacío y el estómago lleno de nudos y una sola pregunta dando vueltas en mi cabeza.
¿En qué demonios me estoy metiendo?
Seamus entra con los demás, pero en cuanto sus ojos me encuentran, algo cambia.

Hace esa sonrisa suya.
Esa que no es amable ni inocente. Esa que tiene algo de lobo, de hambre, de tengo algo que tú no sabes, pero vas a sentir. Y juro que sus ojos, esos malditos ojos grises como el humo, se le iluminan como si acabara de ver un manjar.
Y ese manjar… soy yo.
Me estremezco.
No pasa ni un segundo antes de que camine directo hacia mí, se siente a mi lado y estire mi silla con naturalidad, como si ya le perteneciera. Mi pierna queda pegada a la suya. Firme. Cálida. Presente.
Intento ignorarlo. Spoiler: no puedo.
Natasha y Declan se sientan juntos también, ella le da un beso en la mejilla y él le sonríe como si eso fuera lo único que necesitara para que el día tuviera sentido. Me dan un poco de envidia. Pero solo un poco.
Aparece Siobhan, no sé de dónde. Siempre elegante, siempre con ese aire suyo de mujer que sabe más que todos los demás juntos y nunca lo dirá. Me saluda con un leve asentimiento, como si la boda nos hubiera hecho cómplices a la fuerza. Supongo que lo ha hecho.
Todos se sientan.
Erin empieza a repartir platos con la autoridad de una general en plena ofensiva. El olor es tan delicioso que hasta yo —que nunca tengo hambre cuando estoy nerviosa— empiezo a salivar.
Y justo entonces… Seamus. Por supuesto.
—Bueno —dice, alzando apenas la voz, con ese tono que parece casual pero corta el aire—. Ya conocéis a Emily.
Se hace un silencio. Mínimo, casi elegante.
—Es mi mujer. Por si había alguna duda.
Tierra, trágame.
Mis mejillas arden, y no precisamente por el calor de la comida. Quiero decir algo, protestar, poner los ojos en blanco o soltarle un " no tienes vergüenza", pero no me sale nada. Él solo sonríe, tan tranquilo, tan seguro, como si acabara de anunciar algo tan normal como que el pan está recién horneado.

Y entonces, debajo de la mesa, su mano encuentra mi rodilla. La toca con esa firmeza controlada que ya reconozco, y empieza a acariciarla, lento, con esos dedos que ya conocen demasiado, que han recorrido lugares donde ni siquiera yo me sentía del todo cómoda.
Y cada caricia es un recordatorio, un ancla, una advertencia silenciosa: no intentes huir, tigresa, ya estás dentro.
Y entonces… ya no importa la comida, ni las miradas, ni que estemos rodeados por la familia más intensa y peligrosa del país. Porque su mano sube un poco más. Solo un centímetro. Pero me quema.
No puedo ni respirar bien.
Y sin embargo, me siento a gusto. Demasiado a gusto.
Rodeada de risas, pan caliente, y una familia que ya parece la mía aunque no lo quiera admitir.
Y con la mano de un psicópata peligrosamente sexy en mi pierna, recordándome que mi vida ya no es mía, pienso que quizás… tampoco quiero que lo sea.

17

Seamus

La idea de esperar hasta medianoche no me convence.
No somos ratas. No nos escondemos en la oscuridad. Si queremos dejar un mensaje, tiene que ser claro. Brillante. Cruel. A plena luz del día.
Así que cambio el plan.
Atacaremos antes del anochecer. Cuando el sol todavía toque los tejados de Little Italy. Cuando cualquiera pueda vernos entrar. Cuando nadie se atreva a pensar que fue un accidente.
Declan está de acuerdo.
Aidan revisa el inventario con esa eficiencia suya que siempre me ha gustado. Liam afila los cuchillos como si fuera una ceremonia. Patrick habla poco, pero ya está con el chaleco puesto. Declan da las órdenes logísticas.
Y Siobhan… Siobhan se equipa como siempre. Sin palabras, sin miradas, sin explicaciones. Una O'Sullivan de pies a cabeza.

Silenciosa, elegante, letal.
Emily, sin embargo, no sabe nada.
Y no puedo irme sin contarle la verdad.
La llevo a un rincón del salón, lejos del ruido, lejos de los ojos. Ella me sigue sin entender del todo, aunque en su rostro se empieza a dibujar esa sospecha que le aprieta el pecho.
Me planto frente a ella.
—Voy a salir con los míos —empiezo, directo, sin anestesia—. Y tengo que explicarte algo.
—¿Salir a qu é?
—A trabajar —respondo, sin mover un músculo—. A hacer lo que hago. Lo que hago por mi familia.
—¿Qué haces, Seamus?
La miro muy serio. Porque no hay otra forma de decirlo.
—Soy el ejecutor.
Ella parpadea, como si le costara procesarlo.
—¿Qué significa eso?
—Que cuando hay alguien que amenaza a los nuestros… yo soy quien se encarga de eliminarlo.
El silencio que sigue es absoluto. Puro. Doloroso.
—¿Estás diciendo que...?
—Sí.
—¿Que matas gente?
—Sí.
Ella se queda helada.
—Y... ¿te gusta?
No me tiembla la voz.
—Sí.
Y ahí, como si encendiera una mecha, explota.
—¿Estás loco? ¿De verdad crees que voy a quedarme aquí sentada, esperando a que vuelvas después de matar gente? ¿O peor aún… que te hieran?
Ese " peor" me llega directo al centro del pecho.
La miro. Firme.
—¿Te importa que me hieran?
—No he querido decir eso —responde, retrocediendo medio paso.

—Pero lo has dicho.
—¡Estás tergiversando mis palabras!
—No, mo Mórrígan —murmuro, sin levantar la voz—. Las he entendido perfectamente.
Se le nublan los ojos, pero no baja la mirada.
—Te prometo que no me va a pasar nada. Siempre voy a volver a ti.
Y la beso. Dios, si la beso.
Como si fuera la última vez. Como si todo lo que soy estuviera en sus labios. Como si pudiera grabarme en su boca para que me recuerde aunque no quiera.
Y ella… me lo devuelve.
Con rabia, con miedo, con deseo, con fuego. Me besa como si me odiara por lo que soy, pero me necesitara igual.
Cuando nos separamos, respira hondo.
—Ten cuidado —dice, apenas un susurro.
—Siempre.
—Y esta conversación… —añade, mirándome a los ojos—. No ha terminado.
—Lo sé.
Pero por ahora, me basta con que me haya besado como si no quisiera que me fuera. Porque aunque no lo diga… ya sabe que pertenezco a un mundo donde volver no siempre está garantizado.
Y aun así… me dejó entrar en el suyo.
Subimos a los coches en silencio. No hace falta hablar. Cada uno sabe su lugar, su función, su propósito.
Declan conduce el primero. Aidan va con él, revisando la logística por última vez. Patrick se encarga de la segunda unidad. Liam ajusta el chaleco como si fuera su segunda piel y Siobhan se sienta a mi lado, con la mirada fija en el horizonte, como una sombra con filo.
Yo no siento nervios. Siento claridad.
Mientras cruzamos las avenidas de Eureka camino al barrio italiano, repaso los detalles como una letanía en mi cabeza: número de hombres, puntos de entrada, rutas de salida, estructura del lugar. El restaurante es una fachada, pero hoy va a ser un escenario. De sangre. De mensaje. De dominio.

Nos detenemos a dos calles. Bajamos y caminamos el resto. Y en ese trayecto corto, mientras mis botas pisan el asfalto caliente, ya lo sé.
Esta ciudad volverá a temblar. Porque los O ' Sullivan no mandan en la sombra, lo hacemos bajo el sol. Y el infierno empieza… ahora.
La calle huele a ajo, aceite viejo y mentiras.
El barrio italiano tiene ese aire de postal que engaña. Mesas al aire libre, luces cálidas, camareros con sonrisas compradas. Pero nosotros no estamos aquí por la pasta del día.
Estamos aquí para cortar la raíz podrida que se esconde detrás de las cortinas rojas de ese restaurante. El " Vecchio Mare".
Una fachada como cualquier otra, un nido de ratas por dentro.
Nos movemos sin prisa, a plena luz. Como quien tiene permiso, como quien no teme a nada.
Declan va al frente, con la calma de quien ha quemado ciudades antes del desayuno. Aidan y Liam flanquean los laterales. Patrick cubre la salida trasera. Siobhan y yo cruzamos la calle como si fuéramos de compras.
Nadie corre. Nadie grita. Entramos por la puerta principal.
Hay cuatro hombres en el salón. Uno al teléfono. Otro en la barra. Dos más jugando a hacerse los importantes en una mesa del fondo.
Ninguno reacciona a tiempo.
El primero muerde la madera de la barra antes de poder gritar. Aidan le rompe la mandíbula de un solo golpe. Patrick entra por la cocina y arrasa con los dos cocineros armados. Siobhan dispara al del teléfono sin pestañear.
Los demás hacen su parte. Precisa. Letal. Pero yo… Yo me dejo para el sótano. Donde guardan lo que realmente importa.
Hay cinco. Reunidos, riendo, mirando planos. Jugando a ser mafiosos de segunda, cobijados por la arrogancia de un apellido. No me ven entrar hasta que cierro la puerta tras de mí.
Entonces sí. Uno se pone de pie pero no llega a hablar.
Cruzo la sala, saco el cuchillo. No hay tiempo para dramatismos. Le abro la garganta con una sola línea firme, limpia, perfecta. Como si estuviera abriendo una carta.
El siguiente intenta sacar un arma. Se equivoca. Lo lanzo contra la pared, le clavo el cuchillo en el pecho y lo giro. El crujido del esternón

partiéndose me relaja.
El tercero se orina encima. No lo mato aún.
El cuarto corre. Mala idea. Lo alcanzo, lo lanzo al suelo. Le piso la espalda, le meto el filo en la base del cráneo y lo saco por la garganta.
Todo se llena de sangre. El suelo, mis botas, mis manos.
El quinto —el que lloriquea— suplica.
Me arrodillo frente a él.
—¿Sabes quién soy?
Asiente. Tiembla.
—Entonces sabrás que no voy a perdonarte. Pero sí te dejaré vivir. Un poco.
Le abro el pómulo. Una línea limpia, como un sello. Le meto el cuchillo en el muslo, profundo, y se lo dejo ahí un momento. Justo antes de caer, le marco una palabra en el pecho con la punta:
Mo shláinte. " *A tu salud"*
Mi castigo. Mi lección… el cuchillo. Mi verdad.
Subo de nuevo arrastrando al que se orinó. Estoy cubierto de sangre, con la respiración tranquila, como si viniera de correr.
Lo sentamos en una silla. Lo atamos. Le tapamos la boca, pero dejamos los ojos abiertos. Bien abiertos.
—Escucha bien —le digo, inclinándome cerca, con la voz baja, como si le susurrara algo íntimo—. Hoy no vinimos a negociar. Vinimos a recordarles quién manda. Esta ciudad… no les pertenece.
Le corto la camisa. Marco mi cuchillo en su pecho. No con rabia, con intención, con precisión.
O ´ Sullivan.
Lento. Que lo sienta, que lo grabe.
Antes de salir, clavo un cuchillo en el mostrador. Una carta con una sola frase:
" *Vuelve a mirar a Eureka, y arderás también."*
Nos alejamos despacio, como quien deja una obra terminada.
Hoy arrasamos su seguridad. Hoy les recordamos que nunca sabrán cuándo ni cómo vamos a venir, solo que cuando lo hagamos… no lo olvidarán fácilmente
No hay más que hacer.

Nadie se atreverá a usar ese sitio en meses, tal vez nunca. El mensaje ha quedado claro. El cuchillo hizo lo que tenía que hacer. Y mi respiración sigue tranquila.
Pero ya no pienso en sangre, pienso en ella.
En su mirada cuando le dije que volvería. En la rabia con la que me besó. En la manera en que tiembla solo con tenerme cerca.
Me monto en el coche sin hablar. Declan conduce. Aidan va al lado. Nadie pregunta si me siento bien. Saben que es mi forma de estar bien.
Llegamos a casa justo cuando el cielo empieza a apagarse. Me bajo primero, sin mirar atrás, con la sangre aún palpitando en las venas, empapando mi ropa, todo mi cuerpo.
Natasha corre hacia Declan como si el aire no le alcanzara, como si su cuerpo solo supiera moverse hacia él y se funden en un abrazo que parece contener una vida entera.
Y entonces la veo.
Emily está ahí, de pie junto a la puerta, recta como una estatua, con la barbilla alzada y las manos a los costados. No se mueve, no corre, no sonríe.
Pero sus ojos…sus ojos me atraviesan como un cuchillo. Hay rabia, hay angustia, pero sobre todo… hay amor. Un amor tan feroz que parece a punto de romperla desde dentro.
Sé que quiere matarme, sé que quiere gritarme, sé que quiere lanzarme algo a la cara, tal vez su propia furia. Pero no le doy tiempo. Camino hacia ella sin dudar ni un segundo… y la beso.

18

Emily

Paso la tarde con Natasha, fingiendo que puedo pensar en otra cosa. Hablamos, cocinamos un poco. Erin nos pone tareas pequeñas para distraernos —como si una sopa pudiera detener una mente desbordada—, pero nada funciona. Cada minuto que pasa, más fuerte me late el corazón. Más me cuesta respirar. Más me pregunto qué coño estoy haciendo aquí.

—¿Cómo lo soportas? —le pregunto al fin, cuando el silencio se vuelve insoportable.
Ella me mira, como si la respuesta pesara.
—No tengo más remedio —responde, sin dramatismos, sin victimismo —. Así que lo hago como puedo.
—¿Te acostumbras?
—Nunca del todo. Cuando le dispararon a Declan el mes pasado… creí que lo perdía. No podía respirar, Emily. Me temblaban las manos solo de pensar que no volvería. Pero con el tiempo... te haces a la idea. No es que deje de doler. Es que lo bueno... lo bueno lo compensa.
Quiero creerle. De verdad. Pero no sé si tengo el alma hecha para soportar esa clase de miedo, y justo entonces los oímos.
Los coches. El portazo. Las pisadas decididas contra la grava. Salimos al jardín casi sin pensar, como si algo dentro de nosotras ya lo supiera.
Natasha corre dire cto a Declan, se lanza a sus brazos como si el mundo se reacomodara al contacto, y él la envuelve con ese gesto sencillo que grita pertenencia. No necesitan palabras. Solo cuerpo. Solo presencia.
Yo, en cambio, me quedo de pie conteniendo el aire, congelada.
Hasta que lo veo.
Seamus baja del coche y el tiempo se detiene. Está cubierto de sangre, salpicado como si viniera de desmembrar una sombra, pero camina erguido, entero, con esa mirada gris que parece no haber pestañeado desde que se fue.
No me da tiempo a pensar si quiero abrazarlo o gritarle, porque ya está frente a mí, y me besa.
Fuerte, salvaje, decidido. Como si quisiera borrar todo lo que me imaginé mientras lo esperaba. Como si necesitara sellarme con su boca para dejar claro que sigue aquí. Vivo. Mío.
—Vamos a casa —susurra con los labios aún rozando los míos.
No hay discusión.
Me toma de la mano y me arrastra hacia un deportivo negro que parece recién salido del infierno. No tengo ni tiempo de despedirme bien; solo alcanzo a mirar a Natasha, que me lanza una mirada entre

complicidad y advertencia. Mis bolsas ya están en el asiento trasero, como si él supiera que no me iba a resistir.
Arranca con brutalidad, el motor ruge, y el asfalto tiembla bajo nosotros.
No dice una sola palabra, pero su mano busca mi muslo.
La posa ahí, firme, caliente, como una marca invisible que me atraviesa la piel. No se mueve demasiado. Solo lo justo. Como si necesitara asegurarse de que sigo aquí, que soy real, que no lo soñó en medio del caos.
Y yo… yo no puedo pensar.
Su expresión es oscura, perturbada, intensa. Como si viniera de otro mundo, pero no me asusta. No sé cómo, pero no me da miedo.
Me enciende. Me rompe. Y lo único que quiero… es que no se detenga.
El coche se detiene frente a lo que parece un viejo almacén industrial, silencioso y anodino, oculto tras una verja metálica. Pero cuando esta se abre, revelando un interior bañado en luces cálidas, suelo de hormigón pulido y ventanales gigantescos que enmarcan la ciudad como una obra de arte en ruinas… me doy cuenta de que nada en la vida con Seamus va a ser lo que parece.
No tengo tiempo de admirarlo. Ni de respirar. Ni de pensar.
Porque Seamus me saca del coche a rastras, como si no pudiera esperar un segundo más, y en cuanto la puerta se cierra tras nosotros, me lanza contra ella con su cuerpo, con su boca, con toda su jodida hambre. Me besa como si el oxígeno le ardiera en los pulmones, como si su lengua quisiera arrasarme por dentro. No dice nada. Solo me devora.
Sus manos ya están bajo mi camiseta. Tirando. Rompiendo. No me la quita, la arranca.
Y yo… yo hago lo mismo.
Le rasgo la camiseta empapada de sangre. La tela húmeda se pega a su piel, a mis manos, a mis uñas. Me tiñe los dedos de rojo y no me importa. Lo beso con su sangre en la boca, con el sabor metálico entre los dientes. Jadeamos, nos mordemos, no hay caricias, no hay suavidad. Solo un hambre violenta, urgente, salvaje.
Sus dedos se cuelan entre mis piernas sin pedir permiso.

Dios.
Directo. Brutal.
Me abre como si ya supiera lo que va a encontrar: humedad, fuego, entrega. Gimo, arqueo la espalda, intento alejarme de su cuerpo y él me sujeta de la nuca y me empuja otra vez contra su boca.
—¿Así de mojada por mí, mo Mórrígan?
No puedo responder. No puedo hacer otra cosa que rendirme.
Me agarra de la cintura, me alza, y me lanza contra la pared más cercana. Yo le arranco el cinturón con las manos temblorosas, lo abro, le bajo los pantalones, y su polla sale como un arma dispuesta a arrasarme.
Y entonces lo veo.
Su cuerpo.
Y se me corta el aliento.
Puro músculo bajo piel salpicada de tatuajes. Negro sobre blanco. Sombras grabadas con tinta y fuego. Y más abajo…
Mi mente se queda en blanco.
Su polla es enorme. No es solo su tamaño, es su presencia. Tiene un piercing que no había visto nunca —no una escalera de Jacob, ni un simple anillo. Es una barra curva, gruesa, que atraviesa horizontalmente el centro de su glande. Dos extremos de acero mate que brillan bajo la luz como si quisieran desafiarme.
Eso no es humano. Eso no entra. Eso va a destruirme.
Y justo cuando pienso que necesito un segundo para procesarlo… Él ya me ha empotrado contra la pared.
Entra sin pedir permiso, con una fuerza que me arranca un grito que no logro contener. Me parte en dos. Me empuja hasta el fondo. Me llena como si quisiera dejarme marcada por dentro.
No me da tregua. No me da espacio. Me embiste como un animal, una y otra vez, sujetándome con una mano del cuello, con la otra de la cadera, como si tuviera que clavarme contra la pared para que no huya… o para que no me pierda del todo.
Siento el piercing rozar cada centímetro sensible de mí.
Siento cómo el dolor se funde con el placer hasta que ya no sé qué es qué.

Estoy jadeando, ahogada, temblando, arañándole la espalda, las costillas, mordiendo su hombro para no gritar más de la cuenta.
Y él… Él me folla como si estuviera grabándome a fuego en su memoria.
Como si esta fuera la única vez. Como si tuviera que dejarme tan jodidamente suya que nadie pudiera tocarme después.
—Mía —gruñe, con la boca en mi cuello—. Joder, Emily. Eres mía.
Grito. Me corro. Me derrumbo en su brazo. Pero no ha terminado.
Me gira. Me dobla sobre el sofá. Entra de nuevo. Más profundo. Más bestia.
Su mano en mi espalda. Su palma abierta contra mi nuca.
Sale de mí y baja por mi cuerpo, y cuando lo siento empujar su lengua dentro de mí mientras me penetra con los dedos, ya no soy persona. Soy carne y gemido y fuego.
Me muerde la nalga. Me lame. Me insulta. Me alaba.
—Eres un maldito regalo. Una puta bendición con piernas. Nunca nadie va a tocarte. Nunca.
Y entonces… me corro otra vez. Más fuerte. Como si me rompiera.
Él sigue. Y sigue.
Me gira y vuelve a entrar, a arrasar, a abrirme en canal… hasta que suelta un rugido, me aprieta tan fuerte que casi me corta la circulación, y se derrama dentro, caliente, violento, lleno de mí.
Nos quedamos ahí. Fundidos. Marcados. Desnudos. Cubiertos de sangre, saliva, sudor y algo más oscuro que deseo.
Esto no es amor. Esto es guerra. Y yo no sé quién ganó.
Todavía jadeo cuando me alza como si no pesara nada.
No dice una palabra. Ni una.
Sus brazos me envuelven, firmes, calientes, todavía cubiertos de restos de sangre seca y mi humedad. Me lleva por el loft sin mirarme, como si el camino estuviera escrito en su cuerpo. Sus pasos resuenan sobre el cemento pulido mientras la noche nos traga.
La ducha está al fondo. Amplia. Abierta. Como todo aquí, parece hecha para él: sin puertas, sin pudor, solo agua cayendo desde una losa de acero negro.
Me deja en el suelo y abre el grifo.

El agua cae con fuerza, templada, arrastrando todo. Me quedo frente a él mientras el vapor nos envuelve y siento cómo su mirada se clava en la mía. Todavía no hemos dicho nada. Todavía no rompemos el hechizo.
Entonces me toma la cara con las dos manos, y sin avisar… me vuelve a besar.
No con violencia, con hambre lenta.
Su lengua se mueve como si saboreara algo perdido. Como si hubiera estado esperándome durante años. Sus manos bajan por mis costillas, por mis caderas, y yo ya no lucho. No puedo. No quiero.
Nos miramos un segundo, y sin pedirlo, me doy la vuelta.
Apoyo las manos en la pared mojada. Siento su pecho contra mi espalda. Su aliento en mi nuca. Su mano en mi muslo, subiendo. Separándome. Buscándome.
Cuando me penetra, esta vez no hay empujones desesperados. Es más lento. Más cruel.
Más profundo, como si quisiera dejarme una parte de él en cada rincón.
Y aún así, no hay dulzura.
Este sigue siendo Seamus. Esto sigue siendo control, dominación, obsesión hecha carne. Pero el ritmo cambia. Se ajusta. Se alarga.
Me empuja con fuerza medida, exacta, y con cada movimiento me saca el aire del pecho. Me sostiene por la cintura, por los muslos, por el alma. Me posee con la certeza de que ya no hay marcha atrás. Me empuja hasta el borde, me arrastra con él.
Y cuando me corro, lo hago con la frente contra la pared, el cuerpo temblando y el corazón latiendo tan fuerte que me ensordece.
Él me sigue segundos después. Gime mi nombre en mi oído y por fin nos vaciamos del todo.
Ni una palabra.
Solo agua, solo jadeos, solo nosotros.

19

Seamus

El agua sigue cayendo, tibia, constante, arrastrando la sangre, el sudor, el placer. Pero yo sigo dentro de ella, y no quiero salir.
No porque me pese moverme, ni porque quiera alargar el momento como un capricho egoísta. No. Es otra cosa. Es que no quiero que se rompa. No quiero que esa conexión invisible que se ha creado entre su cuerpo y el mío se desvanezca con el aire frío. No quiero que este instante tenga final.
He follado en mi vida, y mucho. De todas las formas imaginables. Por necesidad, por estrategia, por rabia, por aburrimiento. Mujeres hermosas, mujeres salvajes, mujeres que supieron jugar el juego.
Pero nada, absolutamente nada, se parece a lo que acabo de vivir con Emily. Estar dentro de ella es otra dimensión. Es como haber cruzado a un universo donde no existe nada más. Ni el clan, ni la sangre, ni los enemigos. Solo ella. Solo este fuego.
Cuando empiezo a separarme, su cuerpo me responde. Me aprieta. Me ancla. Como si no quisiera soltarme tampoco. Un escalofrío me cruza la espalda con una claridad devastadora: mi mujer es fuego. Tan devastador como el que yo llevo dentro.
Tardamos en salir de la ducha. No porque no queramos, sino porque no podemos. Nos apoyamos en el vapor, en ese silencio espeso que a veces dice más que cualquier palabra.
Cuando por fin lo hacemos, la envuelvo en una toalla y la seco yo mismo, sin prisas, con las manos abiertas y la respiración contenida.
No quiero que se vista. No mientras aún pueda tener su piel contra la mía. No mientras sus músculos sigan temblando bajo mis dedos.
Nos metemos en la cama, desnudos, enredados en sábanas que huelen a algodón limpio y a lo que empieza.
No hemos dicho una sola palabra, pero sé que está a punto de hacerlo. Puedo sentirlo en su respiración, en la forma en que se gira ligeramente hacia mí, como si su cuerpo intentara resistirse a lo que su mente ya no puede callar.
—Seamus —susurra, como si cada letra le pesara en los labios—. Esto no cambia nada.
La miro, sin moverme, dejando que mi brazo caiga sobre su cintura con la firmeza de quien no va a soltar.

—Esto lo cambia todo, mo Mórrígan —respondo, sin subir la voz, con esa certeza que no necesita demostrarse.
—No confirma nada. Tener buen sexo no quiere decir que te pertenezca —replica, con esa obstinación tan suya que me enciende más que me irrita.
Me río, apenas un suspiro que roza su pelo.
—Esto no fue buen sexo, Emily. Fue otra cosa. Fue otra liga, otro plano. Y lo sabes. Aunque no lo digas. Somos inevitables, y lo único que queda es que lo aceptes.
Ella no responde. Se da la vuelta como si quisiera cerrar el tema con su espalda.
—Ahora duerme. —digo con voz tranquila—. Mañana será un día largo. Hay decisiones que tomar, detalles que escoger para nuestra casa.
—No es nuestra casa —murmura, y aunque su tono es seco, hay algo menos firme detrás.
—Claro que lo es, y no pienso discutir tonterías contigo.
Me acerco aún más, su piel contra la mía, mi boca rozando su oído mientras dejo caer el golpe final:
—Si quieres discutir algo, podemos discutir dónde te vas a tatuar " propiedad de Seamus".
La rigidez con la que se gira es tan violenta que casi me echo a reír.
Sus ojos están tan abiertos que parece que se le van a salir.
—¿Estás de broma?
—En absoluto —le contesto, muy serio—. Te dejo elegir el sitio. El tuyo… y el mío.
—Estás completamente loco.
—Lo sé.
—Buenas noches, Seamus.
—Buenas noches, mo Mórrígan.
La envuelvo en mis brazos, pegándola todo lo que puedo, como si pudiera fundirla a mi cuerpo, y finalmente… por primera vez desde que todo esto empezó, duermo.
Me despierto antes del alba, como siempre.
Mi cuerpo está entrenado para levantarse con la oscuridad, para no desperdiciar ni un segundo de luz. Pero hoy, al moverme, siento algo

que no forma parte de mi rutina habitual.
Un peso cálido. Suave. Perfecto.
Entonces lo recuerdo. Emily. En mi cama. Mía.
Una oleada de calor me recorre el cuerpo, directa, brutal. No necesito mirar. Solo con saber que está ahí, que su piel roza la mía, que su respiración duerme a centímetros de mi oído, mi polla se endurece como si llevara días sin tocarla.
Cierro los ojos y la busco. No con las manos, con los dedos, con esa hambre silenciosa que no pide permiso. Me deslizo entre sus piernas y la encuentro abierta, húmeda, caliente. Perfecta.
Mi tigresa duerme mojada.
Cuando estoy seguro de que está lista, entro en ella con una sola embestida suave, pero firme. Su cuerpo me reconoce, me recibe, se adapta como si me hubiera estado esperando incluso dormida.
Y en cuanto me siente dentro, abre los ojos.
Me inclino sobre su pecho y muerdo su pezón sin preámbulos. Un gemido se le escapa, entre sorpresa y placer, y me agarra del cuello, atrayéndome hacia ella. Me muerde el hombro, como si no pudiera evitar devolverme el golpe, y en ese segundo se desata la tormenta.
Nos movemos juntos, sincronizados, salvajes pero más pausados que la noche anterior. No hay furia ahora, solo necesidad. Solo un deseo más consciente, más cargado de lo que nos une.
La penetro con fuerza y profundidad, sintiendo cómo su cuerpo vibra bajo el mío, cómo cada vez que empujo ella se arquea, se agarra más fuerte, se aprieta más. Sus uñas en mi espalda, sus jadeos en mi boca, mis dedos enredados en su cabello.
Cuando nos corremos, lo hacemos juntos, como si algo hubiera explotado desde dentro, como si nuestros cuerpos fueran uno solo.
Nos quedamos tendidos, respirando entrecortado, empapados en sudor.
—Buenos días, grandullón —susurra con una sonrisa en los labios.
No puedo evitar reírme. Dios, esa boca…
—Vamos a desayunar —le digo, y salgo de la cama con la energía justa para cruzar el loft.
Me encanta cocinar, siempre me ha gustado. Me relaja. Es lo más parecido a un ritual pacífico que tengo en mi vida.

Ella se sienta en la encimera, con una de mis camisas puestas, y me mira con curiosidad.
—¿Te gusta cocinar?
—Me relaja.
—Perfecto, porque yo no sé ni freír un huevo.
No digo nada, pero me la quedo mirando.
Lo noto. Esa chispa en sus ojos. Ya lo está pensando, ya está imaginando esto como una rutina. Como algo que se repite, como una vida juntos.
No lo digo. No quiero romper el momento.
Solo me acerco, le paso una mano por la nuca, y la beso.
Un beso lento, devoto, lleno de una promesa que aún no puedo decir en voz alta.
—Yo te alimentaré —murmuro contra su boca.
Y nunca he dicho nada más cierto.
Mientras revuelvo los huevos y el café humea en la encimera, la observo de reojo caminar descalza por el loft. Su cuerpo envuelto en mi camisa, el pelo alborotado, las piernas aún marcadas por mis manos. Hay algo de irreal en todo esto, algo que no quiero romper con palabras innecesarias.
—Este espacio… es muy tú —dice al fin, sin mirarme directamente.
—También es tuyo ahora —respondo sin pensarlo.
Ella se detiene, me mira, y entonces sigo.
—Podemos adaptarlo para cuando estemos aquí. Hay un par de anexos cerrados al fondo; podrían convertirse en salas de danza. Llamaré a alguien. Te haré llegar los planos. Quiero que los revises, los apruebes. Quiero que sea tuyo.
Mientras hablo, la expresión de su rostro cambia. Su mirada baja. La línea de su boca se tensa. Algo se apaga o se rompe. No sé qué, pero lo noto.
—¿Qué pasa? —pregunto, dejando el café a un lado.
Me mira. Fija. Seria. Como si le costara tragar saliva.
—Nunca nadie ha hecho algo por mí, Seamus. Nada así. Y no estoy acostumbrada a recibir ayuda. Me cuesta confiar… me cuesta aceptar que alguien quiera darme algo sin pedirme nada a cambio.
Y ahí está.

Ese nudo en la garganta que no es mío… pero me asfixia igual.
¿Qué mierda de familia ha tenido? ¿Qué clase de vida?
Anoto mentalmente pedirle a Aidan que busque todo lo que pueda sobre su pasado, sin que ella lo sepa. No por control, sino porque quiero entender. Quiero saber qué le han hecho para que mirar una puta sala de danza la ponga al borde del llanto.
No se lo digo, claro. Solo me acerco y le hablo bajo, directo.
—Eso ha cambiado. Yo estoy aquí para darte el mundo. No me importa si no sabes cómo aceptarlo todavía, solo tienes que saber que es tuyo.
No le pido nada. No la toco. No hago el más mínimo gesto.
Pero se acerca igual. Da un paso. Luego otro. Y cuando está frente a mí, se pone de puntillas y me besa.
Por primera vez. Ella.
Sin rabia. Sin tensión. Sin guerra. Solo labios. Solo alma.
Y no siento que haya ganado una batalla, siento que me han dado un premio. Y juro por Dios que voy a cuidarlo con todo lo que tengo.

20

Emily

Cuando me habla de reformar su loft para que tenga una sala de danza, como si fuera lo más normal del mundo regalarme espacio y propósito, algo en mí se rompe.
No por fuera, por dentro. En lo más profundo.
No estoy acostumbrada a eso. A que alguien me vea y piense que merezco algo sin pedírselo. Sin tener que sangrar para conseguirlo.
Me levanto, camino por el loft como si pudiera contenerlo, como si el cemento y el acero pudieran absorber el nudo en mi garganta.
Seamus no pregunta, no me presiona. Solo me observa desde la cocina, con el ceño levemente fruncido, con esa forma de mirar que no necesita palabras.
Y ahí… lo entiendo.
Él me ha contado cosas… de su oscuridad, así que le debo lo mismo.
Me siento, respiro hondo. Y empiezo.
—Nací en un barrio de mierda, en una ciudad peor. De esas donde las ambulancias tardan en llegar porque ya saben que no vale la pena. Mi padre es un camello borracho que solo entiende dos cosas: el negocio y los golpes. Era eso o el vacío. Y eligió golpear.
No lo miro, no puedo. Pero siento que sus ojos siguen clavados en mí.
—Mi madre… nos dejó . Se fue cuando yo tenía seis años. Una noche desapareció con un bolso y una chaqueta. Nunca volvió. Ni una carta, ni una puta llamada. Nada. Supongo que no podía más, o no quiso. Da igual. Lo único que sé es que se fue y me dejó con él.
Trago saliva. La voz ya no me tiembla. Está áspera, firme, como si tuviera que decirlo todo de una vez o me fuera a partir por dentro.
—Los servicios sociales pasaban por casa más de lo que deberían. Una de las trabajadoras sociales me apuntó a clases de ballet. Decía que necesitaba estar fuera de casa el mayor tiempo posible, aunque no me pudiera sacar de allí. Tenía talento. Era buena. Me

concentraba como si el mundo se acabara si fallaba un paso. Bailar era la única forma de huir.
Levanto la vista. Lo miro al fin.
—Era eso o volverme loca.
Seamus no se ha movido. Está completamente quieto, pero sus ojos… sus ojos arden. No con pena ni con compasión. Con algo más profundo, más brutal. Como si quisiera retroceder en el tiempo y destrozar a todos los que me fallaron.
—Con el tiempo empecé a destacar. A ganar concursos. Me vieron. Me ofrecieron una beca en el San Francisco Ballet School y me largué. No miré atrás. No volví. Nunca. Hasta ahora.
Y ahora estoy aquí. Con él. En su loft. En su mundo. En su cama.
No dice una palabra, pero no tiene que hacerlo.
Porque me mira como si acabara de revelarle un secreto que ya sospechaba. Como si hubiera esperado esta confesión con una paciencia infinita. Como si todo lo que ha hecho —cada paso, cada amenaza, cada toque— fuera solo para llegar a este punto.
A entenderme, a tenerme. Y por primera vez en mucho tiempo… me siento menos sola.
El aire entre nosotros parece haberse detenido, como si hasta la ciudad al otro lado de los ventanales supiera que acabo de desnudarme de verdad por primera vez.
Y entonces lo dice.
—Lo mataré.
Una frase. Fría. Absoluta. Sin espacio a réplica.
Y sé exactamente a quién se refiere.
Durante un segundo pienso en detenerlo. En decirle que no vale la pena, que no se ensucie las manos por un hombre que no merecía ni el oxígeno que gastó. Que no quiero arrastrarlo a mi pasado, que eso es mío, que ya lo enterré.
Pero la verdad… es que sí lo vale.
Porque una parte de mí —una que nunca he dejado salir, una que he mantenido encerrada bajo capas de disciplina y perfección— quiere que ese hombre sufra. Que pague. Que grite como grité yo cada noche con miedo. Que tema como temí. Que sienta en su piel lo que dolía crecer en ese infierno.

Así que no dudo.
—De acuerdo —digo, con voz firme—. Pero quiero hacerlo contigo.
Él se queda inmóvil. Literalmente.
Me mira como si acabara de soltar una bomba en medio de su mundo perfecto de control y estrategia. Como si esa frase le hubiera dado una visión nueva de mí. Más completa. Más afilada. Más… suya.
Abre los ojos como si no pudiera creer lo que ha oído. Y entonces lo veo. Ese destello.
Como si algo se hubiera despertado. Como si acabara de mostrarle una faceta de mí que lo excita aún más que mi cuerpo.
Deja lo que tiene entre las manos, cruza el espacio que nos separa en dos pasos, y me besa.
No como antes. Este beso es fuego puro. Hambre. Agradecimiento. Posesión.
Me muerde el labio, me respira en la boca, jadeando.
—No sabes lo que acabas de decir… —susurra, con la voz rota y oscura—. Acabas de abrir la puerta a mi mundo, mo Mórrígan.
Y yo no me echo atrás. Porque no hay nada más aterrador… ni más tentador que dejarlo entrar en el mío.
Desayunamos después. No decimos nada más sobre las sombras que acabamos de invocar. Pero están ahí, sentadas con nosotros, como parte del mobiliario.
Prepara un desayuno que no esperaba: huevos cremosos al punto justo, tostadas gruesas con mantequilla que cruje, fruta fresca cortada como si llevara años haciéndolo para alguien más, café negro recién hecho con ese aroma que llena los pulmones antes que la boca. Incluso hay una mermelada que sabe a hogar, dulce y ácida, como si la hubiera traído de otro mundo.
—¿Dónde aprendiste a cocinar así? —pregunto sin pensar.
Él se encoge de hombros mientras me llena el vaso de zumo.
—Me relaja. Me centra.
No digo más, pero lo observo. Con esa barba de tres días, los tatuajes asomando por el cuello, el cuerpo enorme que se mueve con una precisión que contrasta con su tamaño, Seamus O ’ Sullivan parece un monumento a la contradicción.

Y yo… me estoy acostumbrando peligrosamente a esta contradicción.
Cuando acabamos, vamos a la ducha. No lo planeamos, solo nos movemos como si la inercia nos arrastrara.
El vapor lo cubre todo en cuanto abrimos el agua. Me deslizo bajo el chorro caliente y él entra detrás de mí, sin tocarme aún. El silencio es cómodo. El aire, denso. Da un paso y se queda allí, simplemente… mirándome.
Luego, con una lentitud desconcertante, toma el jabón entre sus manos y empieza a enjabonarme la espalda. Con suavidad. Con respeto. Como si estuviera lavando algo sagrado.
Y en esa intimidad silenciosa, habla.
—No tuve una infancia de mierda —dice de repente, como si continuara un pensamiento que solo él había tenido—. Por si lo pensabas.
No respondo. Solo me quedo quieta, escuchando.
—Mi padre era severo, sí. Pero justo. Era el tipo de hombre que no abrazaba mucho, pero nunca me dejó solo. Nunca me falló. Me enseñó que la lealtad vale más que la sangre. Y Erin… Erin fue mi madre. Lo fue en todo lo que cuenta. Me cuidó. Me educó. Me pegó gritos cuando hacía falta. No me faltó amor. No me faltó disciplina.
Sus manos siguen bajando, lentas, enjabonándome los brazos, las caderas, la espalda baja.
—Pero desde pequeño… yo sentía diferente. Había algo en mí. Algo que no encajaba con los demás. Me atraía el dolor. No el mío, el ajeno. Me fascinaba saber cuánto podía soportar alguien antes de quebrarse. Me obsesionaba ese punto exacto, ese umbral. ¿Dónde está? ¿Qué lo activa? ¿Cómo lo alcanzas?
Mi respiración se acelera, pero no de miedo.
—No por crueldad —aclara, como si pudiera leer mi mente—. Por necesidad. Por conocimiento. Me volví meticuloso, preciso. Estudié anatomía, biología, psicología. Experimenté. Aprendí técnicas. Métodos. Hay un lenguaje en el dolor, Emily. Uno que solo algunos entienden. Yo lo hablo. Fluido.
Me tiembla el vientre, pero no por repulsión, por reconocimiento.

—La familia sabe que soy el ejecutor. El que hace lo que nadie más quiere hacer. Saben que puedo ser un monstruo si hace falta. Pero no saben hasta qué punto. Nunca lo he compartido. No por vergüenza. No me arrepiento, no me escondo. Solo… no lo necesitan.
Me gira con lentitud, el agua resbala entre nosotros. Estamos frente a frente, desnudos, húmedos, con el vapor cubriendo todo excepto nuestros ojos.
—Tú sí —dice en voz baja, como una sentencia—. Tú sí lo necesitas. Tú me estás mirando ahora mismo y no huyes. No tiemblas. No pestañeas.
No sé qué me recorre más: si el miedo o el deseo. O si, en realidad, son lo mismo.
—Eres la primera persona a la que le abro esto. La primera a la que le ofrezco entrar… completamente. Por eso te pregunto. Por eso te lo digo. ¿Quieres compartirlo todo conmigo?
Sus ojos no titubean, ni su voz. Lo que me está ofreciendo no es amor romántico ni estabilidad ni promesas vacías. Me está ofreciendo su verdad más oscura. El monstruo que late debajo de su piel. El ejecutor. El hombre que no retrocede, que no pide permiso.
Me está diciendo que si entro… no habrá salida.
No solo me está invitando a su cama, ni a sus planes. Me está abriendo la puerta a su mundo. A lo que hace cuando nadie lo ve. A las decisiones que dejan sangre en las paredes y fuego en las calles. A sus sombras. A su deseo por el dolor, por el control, por el límite.
Y aún así… no tiemblo.
Porque si yo voy a ser su mujer, no voy a ser un adorno, ni un objeto.
Voy a ser su espejo. Su igual. Su tormenta.
Lo pienso y lo veo claro. Y entonces, con voz firme, con la certeza de quien se lanza a un abismo sabiendo que no quiere volver…
—Sí. Quiero acompañarte. Si voy a ser tu mujer, lo seré de verdad. A tu lado. En todo. Enséñame tu mundo, Seamus.
Lo que ocurre después no tiene lógica ni freno.
Seamus se lanza a mí como un hombre que acaba de ver el universo abrirse frente a sus ojos. Me atrapa con las manos, me besa con

violencia y devoción. No hay dulzura. Solo una necesidad que nos arde en los huesos.
Me toma como si le perteneciera desde siempre, como si al decir que sí hubiera firmado un contrato con mi piel.
Me empuja fuera de la ducha, no con torpeza, sino con urgencia dirigida, como un animal que ha olido sangre y no va a detenerse hasta marcar su territorio.
El suelo del loft está frío bajo mis pies mojados, pero no llegamos a la cama. Ni siquiera lo intentamos. Nos caemos en medio del pasillo, entre vapor y jadeos, y lo siguiente que siento es su cuerpo cubriendo el mío, la presión de su pecho caliente contra mi espalda.
Me voltea con una facilidad que asusta y excita a partes iguales, me pone de rodillas sin que apenas tenga tiempo de respirar, como si fuera natural que me doble para él. Me arqueo, temblando, apoyando las palmas contra el suelo mientras mi cuerpo aún intenta entender lo que está ocurriendo.
Y entonces… me penetra.
De golpe. Sin compasión. Sin pausa. Sin advertencia.
Mi garganta se abre en un grito, no sé si de dolor o de placer o de un híbrido que solo él ha sabido despertar en mí. Es una punzada aguda, desgarradora, brutal… pero gloriosa. Me arde por dentro, pero no quiero que pare. No puedo querer otra cosa más que eso: que siga. Que me rompa entera.
Su cuerpo es una máquina de guerra, puro hierro cubierto de carne, y cada movimiento suyo es una embestida que me parte, que me reclama. Su respiración se convierte en un gruñido húmedo junto a mi oído, sus manos sujetan mis caderas con una firmeza que roza lo salvaje, como si de verdad quisiera partirme en dos y quedarse a vivir dentro de mí.
Me embiste una vez, dos, diez. No cuenta. No razona. Solo se deja arrastrar por ese instinto feroz que lo domina, y yo… yo dejo de ser bailarina, mujer o víctima. Me convierto en suya. En el objeto de su deseo, en la carne que necesita. Y no huyo. No retrocedo.
Empujo hacia atrás, hambrienta, desesperada, porque quiero más, porque cada centímetro que me da es un abismo nuevo que descubro capaz de soportar. Me abro. Me entrego. Le ofrezco todo

sin pedir nada, porque él no me lo exige: me lo arranca con brutalidad, y con una dulzura que solo existe en el filo del dolor.
La sangre de ese primer desgarro se mezcla con el sudor, con el agua que aún nos recorre, con la humedad de mi deseo. Y en ese cruce de fluidos, de gemidos, de violencia consentida y elegida… descubro algo que no creí posible.
Esto no es solo sexo. No es solo posesión. Esto es pertenencia.
Cuando mi cuerpo se arquea y el orgasmo me sacude con una violencia que me deja ciega, lo hago gritando su nombre, sin pudor, sin miedo, sin vergüenza. No porque me haya rendido. Sino porque he ganado. Ambos lo hemos hecho.
He elegido a este monstruo. Y él… él me ha elegido a mí.

21

Seamus

Todavía estamos en el suelo. Nuestros cuerpos, agotados, vencidos, entrelazados en una mezcla de semen, saliva y sangre que brilla sobre nuestras pieles como una firma invisible. Una prueba, más auténtica que cualquier documento, de lo que acabamos de sellar. Nuestra unión. Nuestra guerra compartida. Nuestra promesa tácita.
Pensaba que ver morir a alguien era lo más cerca que se podía estar de la felicidad. Administrar el sufrimiento, ver cómo los ojos de un hombre se apagan mientras decide si suplicar o maldecir. Ese momento exacto en que dejas de ser humano y te conviertes en juez, en dios, en monstruo.
Pero no tenía ni puta idea.
Tener a Emily rendida y salvaje bajo mi cuerpo. Ver cómo me abre su alma mientras se abre de piernas. Sentir cómo me recibe, cómo me muerde, cómo me marca. Eso… eso es el puto nirvana.
Ella no solo me acepta, me elige. Sabe lo que soy. Me ha oído hablar del dolor, ha sentido mis manos ensuciarse de su placer, de su miedo, y aún así me mira sin temor, sin juicio. Como si fuera suyo. Su monstruo. Su maldito elegido.

Nos arrastramos, medio riendo, hasta la ducha otra vez. El agua cae sobre nosotros y ella se apoya en la pared con una mueca entre dolor y diversión.
—Creo que me has recolocado el bazo —murmura, con una risa suave que me sacude el pecho.
La miro. Joder. Está preciosa.
Marcada en cada centímetro. Mis dedos dibujados en sus muslos, en sus costillas, mordiscos en su cuello, arañazos en los pechos que todavía se agitan con cada risa. Yo no estoy mejor: tengo sangre seca en la espalda, un mordisco en el hombro que aún arde y las uñas de Emily tatuadas en mi piel.
Parecemos recién salidos de una batalla campal. Y lo ha sido. La más brutal, la más hermosa.
Nos vestimos sin demasiadas palabras. Ella se pone vaqueros, una camiseta sencilla. Yo igual. Me observa en silencio, como si aún no acabara de creer que todo esto está ocurriendo. Cree que vamos a casa de Declan, me sigue sin preguntar. Confía… o está demasiado cansada para discutir.
Cuando paro el coche frente al juzgado, frunce el ceño.
—¿Qué hacemos aquí?
La miro. En serio. Con todo lo que soy.
—Vamos a casarnos.
—¿Estás loco? —dice, y su voz es puro asombro—. Nos conocemos hace cuatro días, Seamus. No pienso casarme contigo.
—Es absurdo esperar cuando ya lo hemos dicho todo. Ya lo hemos sellado con sangre hace un rato. Esto es un puro trámite —le digo, tranquilo, determinado—. Y lo vamos a hacer ahora.
—No pienso casarme en vaqueros —suelta, cruzando los brazos como una niña testaruda.
—Sí lo harás. Y cuando quieras, haremos la fiesta que te mereces, pero no pienso esperar ni un minuto más para que lleves mi apellido.
—Eres imposible —dice entre dientes.
—Lo sé. Pero me quieres como soy.
No lo niega y la beso. Para callarla. Para recordarle que esto, lo nuestro, no sigue reglas normales.

Entramos al juzgado y con unos miles bien colocados, el juez nos recibe en menos de quince minutos y los trámites no son un obstáculo. Nadie hace preguntas. Nadie necesita respuestas.
Le doy dos anillos que llevo en el bolsillo desde el día que fui a San Francisco a buscarla. Plata irlandesa, sobrios, grabados por dentro con un nudo celta. No tienen piedras, ni florituras. Solo fuerza, historia y eternidad.
Cuando llega el momento, Emily me mira como si no supiera si pegarme o besarme.
—Emily O ' Sullivan —le susurro—. Te queda jodidamente perfecto.
Y cuando el juez nos dice que podemos besarnos, lo hago como si no fuéramos a sobrevivir al próximo minuto.
Un beso de película, de esos que quitan el aire, de esos que se graban a fuego.
Y ahora sí. Es mía. Por cuerpo, por sangre y por ley. Ahora sí vamos a la casa de la familia.
Mi padre está en casa hoy. Aún se está recuperando del infarto, pasa algunos días en rehabilitación, pero hoy… hoy puedo presentarle a mi mujer.
Emily entra conmigo. Vamos de la mano, sí, pero no porque se esconda tras mí. La lleva firme, segura, con esa mezcla de nervios y determinación que me hace querer comérmela a besos frente a toda la maldita familia.
Cuando entramos al salón, él está allí. Sentado en su sillón de siempre. Su presencia aún impone, incluso con la fragilidad que le ha dejado el ataque. Me clava los ojos en cuanto cruzamos la puerta, como si ya supiera lo que viene. Emily baja la mirada apenas, vacila, como si esperara un juicio inminente.
Y entonces, sin más, su expresión se suaviza. Levanta una ceja y, con esa voz ronca que todos obedecemos desde críos, dice:
—Tienes que ser muy especial para estar con mi hijo. Bienvenida a la familia, Emily.
Ella parpadea, como si no esperara que fuera tan sencillo. Sonríe, nerviosa. Y con eso… se lo gana también a él. Así, sin más.
Pero el verdadero caos llega cuando la noticia se extiende por la casa.

Erin irrumpe en la sala como una exhalación, con las manos en la cabeza y una sonrisa escandalizada.
—¿¡Cómo que os habéis casado!? ¡¿Sin avisar!? ¡¿En vaqueros!? ¡Por el amor de Dios, Seamus, podrías haberme llamado al menos para elegirle un vestido!
—Tú solo dime cuándo quieres organizar la celebración —respondo, divertido.
—¡Quiero haberla hecho hoy! —protesta, mientras va directa a abrazar a Emily como si acabara de dar a luz a un nieto inesperado.
Natasha aparece detrás, ojos como platos y una carcajada en los labios. Se lanza a abrazarla también, le acaricia el pelo, y empieza a hacerle mil preguntas sobre el anillo, sobre el trámite, sobre el beso…
Los hombres entran después. Primero Aidan, luego Liam y Patrick. Todos me miran y luego la miran a ella. No saben si darle la mano, abrazarla o preguntarle si necesita ayuda para escapar. Están bloqueados.
Declan se adelanta y se planta frente a Emily. Serio. Intimidante.
—¿Te ha obligado?
Emily se echa a reír, pone los ojos en blanco y dice con una mezcla perfecta de sarcasmo y verdad:
—Debo de estar tan loca como él, pero fui casi voluntariamente.
Las carcajadas estallan por toda la casa. Liam aplaude, Siobhan le ofrece whisky, Natasha la llama " hermana oficial" y Erin empieza a dar órdenes para preparar algo de comer, aunque protesta cada cinco minutos por no haber planeado una recepción como Dios manda.
La mesa se llena en minutos. No hay mantel ni arreglos florales, pero hay quince platos y un calor en el ambiente que nadie podría haber comprado con oro.
Y yo… Yo no dejo de mirarla.
Emily, mi mujer. La que ha caminado hacia mi oscuridad sin apartar la vista. La que me ha aceptado como la bestia que soy.
Y sé que no necesito nada más. Porque la tengo a ella. Y con eso, lo tengo todo.

La comida va bajando entre risas, anécdotas y las bromas inevitables sobre matrimonios improvisados. Erin ha sacado unos postres de escándalo y las copas empiezan a llenarse de whisky y vino. Es el momento en que las conversaciones se relajan, donde las lenguas se sueltan… y los temas importantes vuelven a surgir.
—¿Y los italianos? —pregunto de pronto, con la voz tranquila, como quien pregunta por el tiempo.
Todos levantan la cabeza. Las sonrisas se apagan poco a poco. Y las miradas, casi como una coreografía bien ensayada, se desvían hacia Emily.
Declan frunce el ceño. Aidan cruza los brazos. Liam mira su copa con intensidad exagerada. Erin traga saliva.
Pero yo no bajo la vista. No retrocedo, al contrario.
—Emily va a estar a mi lado en todo —digo con voz firme, sin alzar el tono, pero con una claridad que no admite réplica—. No tengo intención de esconderle nada. Así que los asuntos de familia los trataremos como lo que somos.
Hago una pausa. Los miro uno a uno. Luego a Emily.
—Familia.
Declan se tensa. Lo conozco demasiado bien, está sopesando si discutirlo, si poner límites, pero antes de que pueda abrir la boca, Natasha le roza el brazo y asiente, con esa firmeza tranquila que la caracteriza. Él suspira… y asiente también.
Y así, sin necesidad de gritos ni amenazas, se establece una nueva norma. Todo es asunto de todos. O al menos, de los que quieran saber.
Emily me mira, me atraviesa. Y lo veo en sus ojos. Gratitud, emoción. Confusión también, porque aún no entiende el todo de lo que significa… pero sí el gesto, la intención. El lugar que le estoy ofreciendo. A mi lado, no debajo de mí. Y eso, lo comprende perfectamente.
Aidan se aclara la garganta, rompe la tensión con un tono más informal.
—Capturamos a un italiano merodeando. Solo. Iba armado. No habló mucho, pero ya sabéis…
—¿Dónde está? —pregunto sin apartar la vista de Emily.

—En el foso.
Mi sonrisa se enciende. Lentamente. Como una cerilla que encuentra pólvora.
—Perfecto —susurro, mientras dejo la copa en la mesa—. Tengo el mejor regalo de bodas para mi mujer.
Todos me miran como si estuviera completamente desequilibrado. Declan me observa con una mezcla de resignación y sospecha, como si se preguntara si la boda ha terminado de fundirme los plomos. Aidan parece entretenido. Erin abre la boca como para protestar, pero al final decide que ya ha visto demasiado por un solo día. Liam solo se echa a reír.
Pero yo no les devuelvo la mirada. Yo solo la miro a ella.
A mi Emily.
Ella me sostiene la mirada sin apartarse, sin parpadear siquiera. Y entonces lo hace… sonríe. Esa sonrisa suya, ladeada, como si estuviera aceptando algo más grande de lo que entiende, más peligroso de lo que está preparada… pero aún así, aceptándolo.
Levanta su copa.
—¡Por los novios! —dice, con una chispa de locura en los ojos que me hace desear llevármela al instante.
Y todos la siguen. Copas en alto. Risas. Un brindis.
Pero ella solo me mira a mí y yo a ella.
Y ahí lo entiendo, entre el fuego, las promesas, y ese italiano esperando bajo tierra… Esta mujer va a ser mi reina.
En todo. Incluso en el infierno.

22

Emily

Realmente no sé dónde me estoy metiendo.
No hay un mapa. No hay instrucciones. Ni brújula, ni red, ni nadie que me diga si voy a sobrevivir o a quemarme viva.
Pero entonces lo miro a él. A Seamus. Y todo en mí se revuelve, se despierta, se acelera.

Me mira como si lo único que existiera en el mundo fuera yo. Como si pudiera ver bajo mi piel, bajo mis dudas, bajo todo lo que he intentado ocultar siempre. Me mira con hambre, sí… pero también con respeto. Como si lo que ve le perteneciera… pero no por imposición. Sino porque yo se lo di.
Acabamos la comida, todos entre risas y copas. Erin ya está planificando un menú para una boda que ya ocurrió. Natasha se me acerca mientras recogemos algo de la mesa. Me roza el brazo y me susurra, con esa calidez que siempre lleva consigo:
—¿Estás bien?
La miro, y lo pienso. Y sorprendentemente, digo la verdad.
—Sí. Realmente sí. Estoy bien.
Me siento liberada. Ligera. Como si algo se hubiera roto… o soltado dentro de mí.
Recuerdo cuando Seamus me dijo que era suya. Aquella primera vez. Lo sentí como una condena. Como una jaula invisible que caía sobre mí, robándome la voluntad. Me asfixió. Me hizo pensar en grilletes, en barrotes, en perderme.
Pero ahora entiendo que no era e so. No quiere encerrarme. Quiere abrirme puertas.
Puertas que no sabía que existían, caminos que antes temía incluso mirar.
Me ha enseñado —con su forma salvaje, cruda, directa— que la libertad real no se trata de estar sola… sino de poder elegir con quién compartir ese abismo.
En su mundo no hay normas sociales. No hay bien y mal como yo los entendía. Todo son matices. Instinto. Lealtad. Dolor. Verdad. Brutalidad y ternura en el mismo aliento. No hay una jaula… hay una selva.
Y yo… Yo me siento viva.
Más viva de lo que me sentí bailando en el escenario más importante, ganando becas, sobreviviendo a mi infancia. Porque ahora no lucho para huir. Lucho por elegir. Por decidir hasta dónde quiero llegar. Sin ser juzgada y sin ser salvada.
Y eso nunca imaginé que fuera posible.

Seamus me coge la mano en silencio y, sin una palabra de más, me guía hasta el coche. El motor arranca suave, casi imperceptible. Conduce como siempre, con esa calma que oculta tormentas.
—Iremos a tu ritmo —dice, sin mirarme—. No haremos nada que te incomode. No hay prisa, Emily. Lo mejor es que empiece yo. Que lo observes, que me acompañes. Te iré explicando todo, paso a paso, sin empujarte, sin exigencias. Si en algún momento quieres salir, saldremos. Prefiero ir lento que asustarte.
Lo dice con la voz de alguien que te enseña a nadar. Como si no fuéramos a una sala de tortura, sino una especie de rito íntimo. Una entrega. Y de algún modo extraño, lo siento así. No pienso en moralidad, no evalúo si está bien o mal. Solo siento que estoy entrando en su mundo. En lo que forma parte de él. Y eso lo hace nuestro.
Llegamos a un viejo almacén. Desde fuera parece abandonado, cubierto de óxido y polvo. Pero en cuanto nos acercamos, la puerta blindada reconoce la matrícula y se abre con un zumbido casi inaudible.
Bajamos del coche.
Y un monstruo de cemento nos recibe. Gigante. Frío. Impenetrable.
Hay cámaras por todas partes, como ojos siempre despiertos. Un sistema de vigilancia que parece digno de una prisión de máxima seguridad. Seamus me lleva de la mano con naturalidad, como si fuéramos a ver una galería de arte.
Cruzamos una segunda puerta. Más gruesa. Aún más pesada. Y entonces lo veo.
Nada es como lo imaginaba.
Esperaba oscuridad. Paredes húmedas. Cadenas colgando. Algo sacado de una pesadilla.
Pero lo que hay aquí dentro… es otra cosa.
Una gran sala ocupa el centro. Hay bancos bajos, alineados, como si fueran para una audiencia selecta. Frente a ellos, seis puertas idénticas, cerradas con sistemas biométricos.
Seamus me mira sin soltarme
Y entonces me dice:
—Este es el foso.

Me aprieta la mano con suavidad.
—Aquí no hay monstruos, Emily. Aquí hay verdad. Aquí no hay ruido, no hay máscaras. Solo esencia. Aquí es donde yo soy yo. Sin filtro.
Me mira. Espera. Y yo aún no digo nada, pero tampoco retrocedo.
Seamus se acerca a una de las puertas metálicas sin decir una palabra. Apoya la palma sobre el lector y el sistema emite un pitido sordo antes de destrabarse con un chasquido seco. Empuja la hoja lentamente y un leve vaho frío sale de la habitación, como si en su interior la temperatura hubiera bajado unos grados respecto al resto del lugar.
El interior está en penumbra. No distingo nada al principio. Solo un bulto oscuro, inmóvil, en el centro exacto de la sala.
Entramos. Y cuando la puerta se cierra tras nosotros… las luces se encienden automáticamente.
Blancas. Frías. Directas.
Lo primero que me impacta es lo limpio que está todo. No hay oscuridad, ni paredes manchadas de sangre seca como en las películas. Esto es… quirúrgico. Impoluto. Preciso. Paredes de aluminio pulido, luz blanca sin sombras, el aire filtrado, seco. Todo huele a metal, a antiséptico. A preparación.
Pero no es la sala lo que me roba el aliento.
En el centro hay un hombre. De unos cuarenta, quizás más. Atado a una silla de tortura que parece haber sido diseñada por un ingeniero obsesivo. Una mezcla entre silla de dentista y aparato medieval.
Correajes de cuero grueso, soportes metálicos reforzados, grilletes ajustables en muñecas, tobillos y pecho. Hasta la frente está sujeta, para que no pueda girar la cabeza. Tiene la nariz rota y una ceja abierta, pero aún parece en buen estado. Supongo que eso va a cambiar pronto.
Miro alrededor, y es entonces cuando lo veo todo.
Las paredes están organizadas como si esto fuera un laboratorio. Barras de acero magnetizadas sostienen cuchillos de todos los tamaños y formas. De hoja recta, curva, dentada, bisturís quirúrgicos, navajas largas, pequeños puñales.
Más allá, otra sección entera de herramientas. Destornilladores, tenazas, pinzas largas, alicates, cizallas. Algunas parecen robadas de

un quirófano, otras de un taller mecánico. Cada una brilla bajo la luz como si acabaran de ser pulidas.
Los muebles que rodean la sala son todos de acero inoxidable, con cajones anchos y etiquetados con códigos. Me imagino lo que hay dentro: herramientas de precisión, frascos, líquidos, vendas, agujas. Quizás sedantes. Quizás venenos.
En una pared, cuelgan cuerdas enrolladas, gruesas y finas, y cadenas de diferentes grosores, cada una perfectamente enrollada y ordenada por tamaño. Encima, varios ganchos macizos sobresalen del techo, como brazos de hierro esperando ser usados. Hay un sistema de poleas, un elevador hidráulico que parece diseñado para levantar cuerpos enteros y dejarlos suspendidos a una altura concreta. Su funcionalidad es tan clara como perturbadora.
Y en medio del suelo, un sumidero. Circular. Con una tapa metálica perforada. A su lado, enrolladas con cuidado, varias mangueras. No necesito que nadie me explique su uso. Todo aquí tiene una razón. Un propósito. No hay caos. Solo método.
Y, sorprendentemente… no siento horror. Siento respeto, fascinación. Porque esto no es una carnicería. Es un santuario. Para él.
Entonces Seamus se gira hacia mí, como si estuviera a punto de enseñarme a tocar un instrumento, no a torturar a un ser humano.
—Este es tu regalo de bodas —dice Seamus, sin siquiera mirarme. Su voz es un susurro grave, casi reverente.
El hombre nos mira, primero con desconcierto, luego con creciente pánico. Cuando Seamus se posiciona frente a él, y yo me acerco a su lado, empieza a forcejear con desesperación.
—Estáis locos —escupe, con la voz tensa—. ¡Esto es una puta locura!
Seamus sonríe. Es esa sonrisa suya. La peligrosa. La de los días que terminan con sangre en las paredes.
—¿Ves por qué no les dejamos hablar antes de preguntar? —me dice en voz baja, girándose hacia mí como si estuviéramos comentando la calidad de un vino.
Saca una mordaza de cuero negra, de diseño perfecto. Nada improvisado. Y se la coloca al italiano con la facilidad de quien ha

hecho esto más veces de las que debería admitirse. El hombre se revuelve, lanza un gemido y luego… silencio. Ahogado.
—No lo mutilaré todavía —me explica, mientras ajusta la correa con precisión quirúrgica—. Aún necesito que hable. Sin lengua sería un problema.
—Tiene sentido —asiento, y me sorprende lo natural que suena mi voz.
Seamus se gira hacia una mesa lateral. Pasa la mano por encima como si eligiera pinceles. Cada instrumento está perfectamente colocado sobre una bandeja de acero. Hay agujas, bisturís, pinzas, frascos… incluso una jeringa con un líquido claro que no quiero preguntar qué es.
—Lo primero siempre es sensorial —me dice—. El cuerpo se adapta al dolor. Pero si lo haces bien, puedes prolongar la sensibilidad más allá de los límites normales. El secreto está en no abrumarlo… aún.
Toma una fina aguja quirúrgica y la acerca al lóbulo de la oreja del hombre. Apenas la apoya. Un leve pinchazo. El tipo tiembla, se sacude. Gime con fuerza contra la mordaza.
—La oreja es buena. Cerca del nervio. Luego la planta del pie… y los dedos. Los extremos son muy receptivos.
Y lo hace. Preciso. Lento. Pinchazo tras pinchazo. Las agujas entran entre los dedos de las manos, milímetros bajo la uña. Yo no aparto la mirada. No porque quiera verlo, sino porque no puedo dejar de mirar.
—Está hiperventilando —le señalo.
—Exacto. Es lo que quiero. Que su sistema entre en crisis. No porque lo tortures… sino porque aún no entiende hasta dónde puede llegar esto.
Deja las agujas y pasa a un bisturí pequeño. Traza una línea en la parte interna del muslo. No es profunda, pero sangra.
—No hay nada más poderoso que una herida leve que no termina. Esto lo mantendrá alerta. Todo el cuerpo entra en un estado de alarma constante.
Yo asiento de nuevo. Hay lógica. Coherencia. Hasta belleza en esa precisión.
Seamus se detiene un momento. Me mira.

—¿Estás bien?
Y yo, sin pensarlo, le cojo la mano y le beso los nudillos con suavidad.
—Estoy preparada —respondo. Más para mí que para él, pero lo estoy. No sé si nunca lo estaré más que ahora.
Sus ojos se oscurecen con algo que parece deseo. Pero no el deseo del sexo. El deseo de compartir. De ser visto.
Y entonces… sigue.
Y yo me quedo a su lado. Aprendiendo.
Sin temblar, sin huir. Sintiéndome, por primera vez en mucho tiempo… completamente viva.

23

Seamus

Nunca imaginé esto. No así.
He tenido mujeres. Amantes. Incluso curiosas. Algunas se sintieron atraídas por mi sombra, pero ninguna se atrevió a caminar dentro de ella. Ninguna cruzó la puerta del foso.
Hasta Emily.
La tengo aquí, a mi lado. Y no se retuerce, no duda. Me mira con esa atención quirúrgica, como si todo lo que hago tuviera valor, como si fuera un saber antiguo que merece ser aprendido. Y no puedo dejar de pensar en lo imposible que sería explicar esto a cualquier otro.
Pero a ella no tengo que explicárselo.
Ella lo siente. Lo entiende, a su manera. Y eso me revienta por dentro.
—Mira —le digo mientras clavo otra aguja, esta vez entre los tendones del antebrazo del italiano—. Aquí hay un punto donde los nervios se cruzan. Si la aguja entra justo en la intersección, sientes cómo se contrae todo el brazo. No necesitas electroshock. El cuerpo responde solo.
El italiano se estremece. La mordaza absorbe el gemido.

Emily no se mueve. Solo observa. Aprieta un poco los labios y me mira.
—¿Eso lo descubriste tú? —pregunta.
—No. Lo estudié, lo confirmé y lo perfeccioné.
Le muestro otra herramienta. Una pinza fina, con una ligera curvatura.
—Esto sirve para aplicar presión en zonas no letales, pero extremadamente sensibles. Cartílago, especialmente.
Y lo hago. Lentamente. El hombre se sacude con un espasmo que recorre toda la silla. Emily no aparta la vista.
—¿Puedo intentarlo?
La frase cae como una piedra en un lago.
La miro buscando miedo, duda, culpabilidad. No hay nada, solo determinación. Y esa chispa que me enciende el alma: curiosidad.
Le cedo el instrumento. Me pongo tras ella, guiando su mano.
—Aquí. No demasiado fuerte. Deja que el nervio se dispare solo.
Ella presiona. Justo lo necesario. El tipo se dobla hasta donde los grilletes se lo permiten.
Emily abre los ojos, sorprendida por la reacción inmediata y me mira.
—Lo entiendo —dice, bajito. Como si acabara de leer una verdad antigua en una lengua olvidada.
Pero el italiano se desploma. La cabeza cae. Todo su cuerpo queda flácido.
—¿Se ha muerto?
—No. Se ha ido. Por ahora.
Tomo la jeringa de adrenalina. Le levanto la barbilla, busco el punto exacto en el cuello, y la clavo.
Un latido. Dos.
Y entonces el hombre despierta con una sacudida violenta, jadeando contra la mordaza.
Emily da un paso atrás, pero no se va. Solo asimila.
—¿Te gusta? —le pregunto. No por sadismo, por respeto. Esto no es un juego.
Ella se queda pensando.

—Me gusta… el control —responde—. Ver cómo reacciona el cuerpo, cómo responde. Me fascina eso, no tanto la sangre. Pero… la precisión. Lo técnico. El resultado.
La admiro en silencio. Porque acaba de resumir lo que a mí me llevó años entender.
—¿Y qué no te gusta?
—El ruido. El sufrimiento gratuito. Si hay dolor, que tenga propósito. Si hay castigo, que sea justo.
Me quedo inmóvil un segundo. Porque eso… eso es lo que yo también creo. Pero nunca lo había oído en voz alta. Y ahora lo dice ella. Aquí. Conmigo. Con las manos aún marcadas por la herramienta.
Se la quito suavemente. La limpio y la dejo en su sitio.
—Eres la única persona con la que he compartido esto —le digo, sin florituras—. No porque seas fuerte, sino porque eres mía.
Emily no se asusta, no se aparta, no parpadea. Solo sostiene mi mirada con la misma firmeza con la que ha sostenido las herramientas. Y entonces sé que esto no es un capricho. Que está aquí… de verdad.
Suelto el instrumento y me giro hacia el italiano, aún jadeando tras la dosis de adrenalina.
—Ahora viene la otra parte —le digo, sin dejar de mirar al desgraciado—. Hasta ahora era estimulación. Exploración. Dolor limpio, sin intención directa. Pero ahora necesitamos algo más… concreto.
—¿Información? —pregunta ella.
Asiento.
—Sí. Y para obtenerla… habrá más sangre. Más contacto, más respuesta. Esto puede ponerse más sucio, Emily. Si no te gusta, puedes salir, quedarte en el umbral, mirar desde fuera. Nadie lo juzgará.
—No —responde, firme—. Quiero verlo todo. No voy a apartarme.
Esas palabras. Esa voz. Ese temple.
Mi pulso se acelera.
Saco la mordaza con un gesto certero. El hombre jadea, su lengua pegada al paladar, los labios resecos.

—¿Nombre? —pregunto.
No responde.
Le atravieso la palma de la mano con un bisturí fino. El italiano grita con la boca seca, su lengua como papel arrugado. Le paso una toalla con agua fría por los labios. No por piedad, sino para que hable más claro.
—Nombre —digo, sin levantar la voz.
—Vittorio… Vittorio Biacco…
—¿Quién te mandó?
No responde. Solo me lanza una mirada vacía, cargada de odio. Error.
Tomo una aguja larga y la deslizo por debajo de su uña con una lentitud perfecta. Cuando entra por completo, Vittorio lanza un alarido que se ahoga en su garganta.
—¿Quién te mandó?
—Moretti… fue Mauro Moretti.
Emily da un paso más cerca. No dice nada, pero la veo anotarlo mentalmente. Buena chica.
—¿Qué pretendían? —le pregunto mientras le cruzo los brazos y aprieto los grilletes hasta oír el crujido del hueso empujado al límite.
—Sabíamos que estabais en San Francisco… queríamos enviar un mensaje… una advertencia…
—¿Con sangre?
—Siempre es con sangre… con vosotros no hay otra forma…
—¿Quién está aquí? ¿Nombres?
Tarda. Así que le abro un corte limpio en el costado. Apenas un par de centímetros. Superficial, pero justo en la zona donde el tejido muscular se contrae al respirar.
—Nombres —repito, con tono plano.
—Mauro, sí… pero también Antonello. Y Gianluca. El viejo quiere hacer ruido, recuperar territorio. Cree que estáis… distraídos.
—¿Distraídos?
—Dicen que uno de los hijos del Clan está jodido por una mujer. Que se ha ablandado. Que ha perdido el control.
Siento a Emily tensarse a mi lado, y antes de que diga nada, me anticipo.

—¿Dónde están?
—En Oakland. Tienen una casa segura cerca del puerto. Una especie de club. Reúnen gente, mueven armas. Quieren calentar el terreno antes de atacar con todo.
Silencio.
Entonces, Emily habla por primera vez.
—¿Por qué tú? ¿Por qué te arriesgaste viniendo tan lejos?
Vittorio la mira. Como si no supiera si puede contestarle o no.
—Me ofrecí. Quería probar mi lealtad. Subir. Entrar en la mesa. No pensé que me atraparían.
—¿Y ahora qué piensas?
—Pienso… que deberías salir de aquí antes de que él te convierta en lo que es.
Emily no sonríe, ni siquiera se inmuta. Solo le sostiene la mirada como si acabara de decirle que el cielo es azul.
—¿Y quién dice que no es lo que quiero? —responde.
Y juro que me corre un escalofrío por la columna. Porque en su voz no hay ni miedo ni rabia. Hay certeza.
Me acerco, coloco una cinta compresora en el brazo izquierdo de Vittorio. Tiene que seguir vivo. Por ahora.
Emily observa cada movimiento. Se mantiene inmóvil, con los brazos cruzados, como si memorizara mis gestos.
—Aquí dentro —le explico mientras sigo— todo está medido, preciso, quirúrgico. El dolor se aplica con intención, no con rabia. Cada gramo de sufrimiento tiene su propósito. Es una danza, Emily. Una sin música. Solo gemidos y hueso.
Vittorio empieza a temblar.
—Fuera, Emily, no hay bisturís. No hay pinzas. No hay sumideros para limpiar después. Fuera, mato. Rápido. Violento. Sin arte. Solo instinto. Solo reflejo. Solo sangre.
Ella traga saliva, pero no da un paso atrás.
—Y si quieres —añado, girándome de nuevo hacia ella—. Podemos entrenar juntos para eso. No en la teoría. En el campo. En la vida real.
—Sí —dice, con voz firme, y sus ojos no tiemblan—. Quiero.

Mi pecho se expande. No lo digo, pero lo siento como si alguien encendiera una antorcha dentro de mi tórax. Un fuego crudo. Brutal. Porque no hay mayor regalo para un hombre como yo que una mujer que elige conocerlo entero.
—Te haré fuerte. No solo para defenderte —le digo, mientras cojo un punzón afilado—. Sino para que un día, si lo deseas… puedas cazar conmigo.
Ella no responde. Solo asiente.
Y es en ese segundo, ese maldito segundo de gloria interna, que me descuido. Una de las incisiones ha sangrado más de lo previsto. No lo había cerrado bien. Un vaso reventado, quizá.
La sangre brota en un chorro fino pero constante.
—Mierda —gruño, volviéndome rápido, taponando con la mano—. Se me fue.
—¿Qué hago?
—Pásame la jeringa de fibrina. El segundo cajón a la izquierda.
Ella obedece. Rápida. Precisa.
Me la da. Yo la uso. Y lo salvo en el punto exacto antes de que se ponga crítico.
Vittorio pierde el conocimiento otra vez.
—¿Está muerto?
—No. Pero lo estará si no espabila. Aunque ahora… —la miro, serio, manchado de sangre, jadeando de adrenalina contenida—. Ahora necesito que me beses.
—¿Aquí?
—Aquí. Ahora. Así.
Y cuando sus labios se funden con los mío entiendo que no hay vuelta atrás. Esta mujer es fuego, y el foso… es ya su templo también.
Cuando nos separamos mi corazón aún está acelerado.
—¿Seguimos? —pregunta Emily.
Su tono es limpio, sin dobleces. Como si me estuviera ofreciendo acompañarme en cualquier parte del mundo… incluso al infierno.
Pero no. No esta vez.
La miro un segundo más. Solo uno. Porque si la miro más… no respondo de mí.

—No —respondo, con una sonrisa que sabe a pólvora—. Lo dejamos por hoy.
Ella alza una ceja. No entiende por qué.
Me acerco. Le limpio los dedos con una toalla húmeda. La miro mientras lo hago. Casi como si purificara algo sagrado.
—¿Por qué?
—Porque tengo una obligación más urgente.
—¿Urgente?
—Sí —me inclino, le susurro en el oído, mi aliento acariciando su cuello—. Tengo que consumar el matrimonio.
Ella se ríe, esa risa suya que me hace olvidar todo lo que no sea ella, pero antes de que pueda apartarse, ya la tengo en brazos.
—¿Aquí? —pregunta, aún entre risas, mientras la saco de la sala.
—No. Esta vez… te haré el amor en una cama. Como la reina que eres.
—¿Y la sangre?
—Que se seque.
Cierro la puerta del foso. El pestillo metálico suena como una sentencia. Y mientras subimos las escaleras, mi mujer entre mis brazos, solo puedo pensar en una cosa. Ya no estoy solo en mi infierno. Ahora… es nuestro.

24

Emily

Aún siento el eco del foso en mis huesos. No en la piel. Más profundo. Es esa mezcla imposible de horror y fascinación. Lo que Seamus despierta en mí no tiene nombre. Es un vórtice. Una fuerza centrífuga que arrastra todo lo que soy hacia él… y lo peor es que no quiero resistirme.
Subimos al coche. Él arranca sin hablar, pero su mano me busca de inmediato. Se posa en mi muslo, firme, y empieza a acariciarme como si nada. Como si no acabáramos de salir del mismísimo infierno. Como si tocarnos fuera lo más natural del mundo.

Pero no es la caricia lo que me desarma. Es su calma. Esa seguridad brutal con la que me toca, como si ya me conociera de antes. Como si supiera que mi cuerpo… le pertenece.
Me quema, me quema entera. Y no pienso dejarlo solo en eso.
Llevo mi mano hasta su bragueta. El bulto es una roca viva, latente. Le rozo apenas con los dedos y él suelta un gruñido bajo, profundo, como si algo se le escapara sin permiso desde el pecho. El sonido me atraviesa. Me moja. Me acelera.
Sin decir nada, le desabrocho el pantalón, bajo la cremallera, y cuando lo saco, casi se me corta la respiración.
Joder.
Grande no empieza a describirlo. Es brutal. Denso. Hinchado. Y el piercing, jodidamente imposible, le atraviesa la base del glande con un anillo grueso y oscuro que reluce húmedo.
No sé cómo cabe dentro de mí. No sé cómo lo hace, pero sé que lo necesito.
Me inclino y me meto la punta en la boca, y su cuerpo entero reacciona. Seamus gruñe con fuerza, como si algo en él se rompiera. Me agarra del pelo, no fuerte, pero con esa tensión que me dice que está a punto de perder el control. Su mano no se mueve, no me empuja, solo me mantiene ahí. Firme. Suya.
Empiezo despacio. Jugando con la lengua. Rozando el piercing. Lamiéndolo como si tuviera todo el tiempo del mundo. Pero no lo tengo. No puedo esperar más.
Abro la boca más. Más. Lo tomo más profundo. Él suelta un insulto entre dientes, y su mano se tensa en mi nuca. Me empuja. No demasiado. Solo lo justo.
Y entonces me ahogo.
Mi garganta se contrae. Siento que no hay aire. Mis ojos se llenan de lágrimas, pero no me detengo. Me dejo mantener así, jadeando contra él. Luchando contra el instinto de apartarme.
Y Seamus no dice una palabra. Solo respira en gruñidos, su cuerpo vibrando como un depredador contenido.
Cuando finalmente me deja retroceder, tomo aire con un sonido húmedo, desesperado.

—Eso es… —murmura, ronco, con la voz hecha un puño de fuego—. Mírame.
Levanto la mirada, la boca abierta sobre su polla, los labios hinchados, los ojos vidriosos.
—Eres perfecta —dice, y me empuja de nuevo con suavidad, marcando el ritmo con la cadera.
Yo me entrego.
Le chupo más fuerte. Más rápido. Uso la lengua, la garganta, las manos.
Lo siento crecer aún más en mi boca, cada vena palpitando, cada jadeo suyo haciéndome vibrar por dentro. Él maldice, me llama de todo entre dientes, pero no me suelta.
Estoy empapada.
Mi coño late como su polla. Mi cuerpo entero es un campo de batalla.
Y en ese momento, quiero que me use hasta quedarse vacío. Hasta que se deshaga en mi boca. Hasta que me recuerde por siempre así.
Con mi garganta abrazándole y mis uñas clavadas en su muslo, como si no quisiera soltarlo jamás.
No sé cuánto tiempo pasa.
Minutos. Segundos. Una eternidad.
Estoy tan concentrada en su sabor, en su olor, en su gruñido contenido, que me olvido de todo lo demás. Hasta que su cuerpo se tensa como un arco. Su mano en mi nuca se vuelve dura, firme, pero no me aparta.
—Emily… —gime, grave, feroz—. Joder, voy a…
Y no lo deja terminar. Se corre.
Y es brutal.
El primer espasmo lo siento en mi lengua, caliente, húmedo, salado. Luego el segundo, y el tercero, y yo… yo no paro. Lo sostengo. Lo trago. Lo recibo como si me perteneciera, como si ese momento sellara algo más que deseo.
Y cuando siento su liberación vibrar en mi boca, algo en mí estalla también.
Mis muslos se frotan con desesperación. Llevo rato apretando las piernas, buscando alivio, rozándome sin querer, sin pensar. Pero

ahora… ahora todo explota.
Me corro. Sin tocarme. Sin permiso. Solo con su placer recorriéndome.
Grito en silencio, temblando, aún con él en la boca, con los labios húmedos, los ojos cerrados, y un gemido escapando de lo más profundo de mí.
Nos corremos juntos. Como si algo en nuestros cuerpos se hubiera sincronizado. Como si fuéramos piezas de una máquina loca, oscura, imparable.
Y cuando vuelvo a respirar, cuando me dejo caer contra el asiento, con la respiración rota, la cara empapada y las piernas temblando… solo entonces caigo en la cuenta.
—¿Cómo… no nos estrellamos?
Seamus ríe. Su voz aún ronca, aún con restos de la tormenta.
—Porque puedo conducir incluso cuando estoy en el infierno, imagínate cuando estoy en el cielo. Pero si hubieras tardado un minuto más, nos empotramos contra un semáforo, mo Mórrígan.
Me río. Sin aire. Sin fuerzas. Pero con una maldita sonrisa tatuada en la cara. Acabamos de cruzar otro límite. Y no hay vuelta atrás.
La puerta del coche apenas se ha abierto cuando Seamus ya me arranca el cinturón, me saca en brazos como si no pesara y me aprieta contra su pecho sin dejarme respirar.
Camina hacia la entrada con pasos largos y decididos, como si llevarme dentro fuera lo único que importa, como si no existiera nada más en el mundo. Mi corazón golpea fuerte contra mis costillas, no por miedo, sino por pura expectativa. Por deseo desbocado.
El loft se abre ante nosotros y ni siquiera me da tiempo de observar nada. Seamus me empuja contra la pared del recibidor, cierra la puerta de una patada, y ya tiene su boca en la mía.
Me devora como si no me hubiera probado nunca, como si fuera la última vez, como si el fuego que arde entre nosotros pudiera calcinar la ciudad entera.
Me arranca la camiseta con una violencia que me deja sin aire. El sujetador no tiene oportunidad: lo rompe por el centro y lo deja caer. Sus manos son todo lo que siento. Acariciándome,

presionándome, marcándome. Me baja los pantalones con desesperación, ni siquiera me quita los zapatos, me los arranca junto con la ropa interior y me levanta en brazos otra vez, pegando mi espalda a la pared, abriéndome con las caderas.
Su boca baja por mi cuello, muerde mi clavícula, lame entre mis pechos. Me tiene abierta y temblando, y cuando baja su boca entre mis piernas y me lame con esa lengua brutal, no hay nada que pueda detener el grito que me escapa de la garganta. No hay delicadeza. Solo fuerza. Solo hambre.
Me hace correrme en su cara sin piedad. Y cuando lo hago, se ríe como un dios satisfecho.
—Eso fue uno —dice, con la voz ronca, los ojos ardiendo—. Te quiero gritando toda la noche.
Me carga de nuevo. Me lleva hacia la cama, pero en el camino me lanza al sofá como si no pesara nada. Me pone boca abajo y me da una palmada en el trasero que me hace gemir, y ya está desnudo, duro, enorme. Saca el frasco de lubricante del cajón lateral, lo agita, me lo muestra como si fuera un trofeo.
—Dijiste que eras mía —gruñe, con la polla hinchada, palpitando, tocando mi piel—. Toda tú. Y eso incluye cada parte de este cuerpo perfecto.
Me pone de rodillas. Me abre. El frío del lubricante me hace temblar, pero sus dedos calientan cada centímetro que tocan. Me prepara despacio al principio, con movimientos circulares que me abren, que me invitan. Luego, mete uno. Luego dos. Y yo no puedo hacer otra cosa que rogarle que no pare.
—Vas a sentirlo todo —susurra—. Vas a recordarlo toda tu vida.
Y entonces me penetra. De una sola embestida. Me parte. Me llena.
Grito. Es demasiado. Es brutal. Es perfecto.
Seamus me toma por detrás con la fuerza de un dios de la guerra. Cada empuje es una declaración. Cada jadeo suyo un canto a la locura. Me agarra de las caderas, me embiste con esa polla monstruosa, y yo solo puedo abrirme más, dejar que entre más profundo, que me rompa, que me reconstruya.
El dolor se mezcla con el placer. Es tan intenso que no sé si lloro o río, si gimo o grito. Su sudor cae sobre mi espalda. Su boca está en

mi cuello, en mi oído, murmurando cosas en gaélico que no entiendo pero que me hacen correrme otra vez.
Me agarra el pelo. Me jala hacia atrás. Me muerde el hombro. Y me hace suya de nuevo.
Cuando ya no puedo más, me gira sobre su cuerpo, me deja montarlo. Me baja, me empala. Sus manos en mis pechos, en mi garganta, en mis caderas, su voz diciendo que soy perfecta, que soy su reina, que nadie jamás podrá follarme como él.
Y es verdad.
Me corro encima de él con un grito que parte la habitación. Me tiemblan las piernas. El cuerpo. El alma.
Y cuando él se corre dentro de mí, con un gruñido brutal, como un animal que marca a su hembra, siento cómo el mundo se apaga y sólo quedamos él y yo.
Sudor. Semen. Jadeos. Garras. Dientes. Él dentro de mí. Yo sobre él.
Y no quiero que acabe nunca.
No sé ni cómo ni cuándo llegamos a la cama. Solo recuerdo el cuerpo de Seamus encima del mío, su piel ardiendo contra la mía, su voz rota diciéndome que era suya... y después, nada. Silencio. Oscuridad. El tipo de inconsciencia que no se parece al sueño, sino a una rendición absoluta.
Me despierto con el sol colándose por los ventanales, cálido, impúdico, bañando nuestras pieles desnudas con su luz dorada. Estoy boca abajo, extendida sobre las sábanas arrugadas, con las piernas abiertas y el cuerpo aún marcado por la noche anterior. Me duele absolutamente todo. Los muslos. La espalda. La garganta. Incluso los dedos. Pero no me importa. Porque estoy jodidamente feliz. Más que feliz.
Intento moverme, pero siento un peso sobre mi muslo. Es su brazo. Seamus. Sigue ahí, medio encima de mí, como si tuviera miedo de que desaparezca. Abre un ojo sin dejar de acariciarme con la yema de los dedos. Su voz es ronca, rasposa, deliciosamente suya.
—¿Tienes hambre?
Y sí. Estoy hambrienta. Pero no solo de comida.
—Mucha —respondo, apenas un susurro.

Nos levantamos con lentitud, como si el aire fuera más denso de lo normal, como si nuestros cuerpos necesitaran una tregua. Él se mueve con esa fuerza contenida que me vuelve loca, sin apuro, con seguridad. Me ayuda a ponerme una camiseta suya, grande, suave, que me cubre hasta las rodillas. Y luego, completamente desnudo, me guía a la cocina como si me llevara al altar.
Desayunamos como si no hubiéramos follado como animales hace unas horas. En silencio. En paz. Él cocina, como siempre, con una precisión casi sensual. Yo me siento en la encimera, las piernas colgando, observándolo. Pancakes. Fruta fresca. Café oscuro. Todo con una calma que contrasta brutalmente con lo que vivimos la noche anterior.
Y aun así, su mirada no ha cambiado. Sigue viéndome como si pudiera devorarme con un solo parpadeo.
Y quizás lo haga. Después del desayuno.

25

Seamus

Nunca pensé que estar casado sería tan jodidamente perfecto.
Desayunamos en silencio, como si el mundo se hubiera quedado sin ruido después de lo de anoche. Emily está sentada en la encimera, con mi camiseta hasta medio muslo, el pelo desordenado y la piel todavía marcada. Me mira sin decir nada mientras juego con el café entre las manos, como si no pudiera decidir si quiere devorarme otra vez o simplemente quedarse ahí, existiendo. Me gusta así. En calma. En casa.
Huele a fruta, a café fuerte, a ella. Todo está en su sitio.
En medio de esa quietud, vibra el móvil sobre la barra. Lo reconozco antes de tocarlo. Clarke.
—¿Sí?
—Todo listo —dice, sin rodeos. Su voz no cambia, pero ya no necesito que lo haga—. El mobiliario está en su sitio, seguridad

operativa, el sistema completo ya activo. El gimnasio también. Puedes instalarte cuando quieras.
—Gracias. Prepárate para la visita final. Vamos en unas horas.
Cuelgo, la miro. Está con una rodaja de melocotón entre los dedos, observándome como si pudiera leer entre líneas. Me acerco, le quito la fruta, le doy un mordisco. Ella no protesta. Solo sonríe un poco, con esa media sonrisa que me gusta más que cualquier palabra.
—¿Todo listo?
Asiento. Le acaricio la pierna, lento, desde la rodilla hasta el borde de la camiseta.
—Nos vamos a casa.
Empacamos sin mucha ceremonia. Lo esencial. Algunas cosas suyas que ya estaban listas. Algo mío. Dos mochilas y un maletín. Lo demás puede esperar. Lo demás no importa.
Antes de irnos, pasamos por la casa familiar. Emily y Natasha desaparecen por el pasillo sin que nadie tenga que decir nada, y yo cruzo hasta el despacho. Están todos. Siobhan se apoya en el marco de la puerta, como si llevara ahí desde anoche. Patrick está sentado con los pies en la mesa, Aidan aparece al rato, con su café negro como el alma. Declan está donde siempre. De pie. Silencioso.
Me acerco. Nos miramos y me abraza. Fuerte. Rápido. Me suelta como si el gesto hubiera sido necesario, pero ya está.
—Hazlo bien.
—Siempre.
Aidan me da una palmada en el hombro. Liam me empuja con un codazo, como si tuviéramos catorce. Patrick me ofrece una sonrisa breve, de las que solo suelta cuando realmente siente algo. Yo asiento, uno por uno. Me los grabo en la sangre.
Erin está en la cocina con papá. Él no dice nada, como siempre. Pero se levanta, me toma del antebrazo y lo aprieta. Y yo siento que eso vale más que cualquier despedida.
Erin me entrega una bolsa con cosas que no he pedido, pero ella sabe que voy a necesitar. Me abraza.
—Cuídala —dice.
—Con mi vida.
Me mira un segundo más antes de asentir.

Salimos. El helicóptero ya está preparado y subimos sin mirar atrás. Emily se sienta a mi lado, con los dedos entrelazados con los míos, el cuerpo recogido y los ojos fijos en el horizonte. El sonido de las aspas cubre todo lo demás, pero dentro, el silencio es distinto. No es incómodo, es solemne. El tipo de silencio que acompaña a un nuevo comienzo.

La ciudad se encoge bajo nosotros. Me inclino. Apoyo la frente en la suya. No hace falta que hablemos. Pero igual lo hago.

—Ahora empieza lo nuestro.

Ella cierra los ojos, me roza la boca con la suya, y asiente. No con la cabeza. Con todo el cuerpo. Y eso basta.

Le acaricio la mano con el pulgar mientras el helicóptero gana altura. La ciudad se va encogiendo bajo nosotros y saco el móvil. Abro la conversación con Clarke.

Incluye a algún decorador para la visita. Por si Emily quiere cambiar cosas.

El doble check aparece al instante.

Y quiero la nevera llena. Nada congelado. Nada de mierda de supermercado. Que huela a casa cuando entremos.

Guardo el teléfono, pero no por mucho tiempo. Mando un mensaje a mi personal shopper.

—Seamus O ’ Sullivan. Escucha bien. Quiero toda la mierda que una mujer puede desear. Todo. Desde ropa cómoda hasta vestidos de gala. Lo de siempre, pero para dos. Que el armario esté lleno antes de que toquemos el suelo. Y quiero que el suyo parezca sacado de una película cara.

—¿Talla?

Levanto la vista. Emily está escribiendo en el móvil. Sonríe. Es esa sonrisa que no me enseña a mí, la que le nace cuando no sabe que la estoy mirando.

—Emily.

—¿Qué?

—¿Qué pie calzas?

Se gira, arquea una ceja. Tarda un segundo en procesarlo.

—Cinco y medio.

Vuelvo al teléfono.

—Cinco y medio. Mide un metro y medio, tiene el cuerpo de una bailarina, así que no me traigas mierdas genéricas. Quiero ropa que le sirva para entrenar, para dormir, para joder y para cenar en la ópera. Lencería también. Y zapatos. Que no repita ni uno en un mes. Que cada vez que abra un cajón tenga algo nuevo que tocar. Y lo mío, ya lo sabes. Sastrería limpia, cortes rectos, tonos oscuros. Me gusta parecer el cabrón que soy. Que se note.
Cierro el chat y abro otro. Higgins.
Ten la armería lista. No solo para exhibir. Operativa.
Mando el mensaje y levanto la vista. Emily sigue escribiendo. Sonríe. Me fijo en la curvatura de su boca, en cómo sus dedos se mueven rápido sobre la pantalla.
—Dicen que estoy loca por casarme contigo —murmura sin mirarme.
—Cierto —respondo sin inmutarme.
Ella gira la cabeza y me observa. Esa media sonrisa se transforma en algo más suave, más íntimo.
—Tú también.
No digo nada, simplemente la miro. Me inclino hacia ella y le doy un beso suave, íntimo. La ciudad cambia. Nosotros también. Pero esto, lo que hay entre nosotros… eso no. Eso ya no se toca.
El helicóptero aterriza con suavidad. Emily me aprieta la mano justo antes de que toque el suelo, como si el vértigo solo llegara al final. Me inclino, le dejo un beso corto en la sien y bajo primero. Ella lo hace después, segura, con esa forma de caminar que tiene, como si bailara incluso cuando no se da cuenta.
No vamos directos a casa. Antes tenemos que pasar por el Bowes.
Tiene que coger algunas cosas. Y sus amigas —las dos— insisten en verla. Supuestamente para asegurarse de que no le he practicado una lobotomía. Palabras textuales. Técnica que domino, por cierto, aunque en su caso no la aplicaría. Me gusta demasiado tal y como está.
Un sub negro nos deja frente al edificio. Subimos. No digo nada, ya sé lo que me espera.
La puerta se abre y el caos nos recibe como si lo hubieran estado ensayando.

Una risa aguda, pasos acelerados, algo que suena a copa rota, otra voz chillando desde algún rincón, y en medio de todo eso… ella. Emily. Y su mundo.
Parece mentira que dos mujeres puedan hacer tanto ruido.
Una me abraza sin pedirme permiso. La otra me lanza una mirada que intenta ser amenazante pero que en realidad solo me provoca bostezos mentales.
Me bombardean a preguntas. ¿La has obligado? ¿La estás drogando? ¿Dónde está el certificado de matrimonio? ¿Ya la llevaste a terapia? ¿Sabes que esto es una locura? ¿Sabes que si le rompes el corazón vas a acabar en una cuneta?
Me quedo quieto. Las dejo hablar. Estoico. Inmóvil. Como un maldito monolito.
Emily entra y sale de habitaciones, recoge cosas, empaca lo justo. Tiene todo muy claro. Mientras tanto, las otras siguen con su sinfonía de reproches, acusaciones y amenazas coloridas. Me dicen que no tengo pinta de marido. Que doy miedo. Que si respiro así por naturaleza o si estoy reprimiendo un asesinato.
Yo solo las miro.
Una intenta provocarme. Me llama O ' Sociopath. Me río. No de verdad. Apenas una curva en la comisura de los labios. Suficiente para incomodar. No más.
Emily reaparece. Lleva una mochila pequeña, una bolsa con ropa, una caja con papeles. Me lanza una mirada que dice gracias por no haber matado a nadie. Asiento. Vámonos.
Nos despedimos con la educación justa. Ni un segundo más de lo necesario.
Y por fin, salimos del infierno.
Su antigua residencia se queda atrás. Y con ella, toda esa parte de su vida que ya no le pertenece.
El coche arranca y dejamos atrás el caos. Emily va sentada a mi lado, con la mochila en las piernas, los ojos fijos en la ventanilla. No habla. Solo respira más rápido de lo normal. Lo noto en su pecho, en la tensión de sus dedos. En la forma en que, sin siquiera mirarme, busca mi mano y la aprieta.
—Lo estamos haciendo —murmura.

—Sí. Como debe ser.
Ella gira la cabeza. Me lanza esa mirada de medio reproche, medio ternura que sólo ella puede hacer sin parecer condescendiente. Pone los ojos en blanco y se ríe.
—Eres un romántico de mierda.
—Y tú estás casada conmigo.
El trayecto es corto. Más corto de lo que debería, más corto de lo que me gustaría. Porque a medida que nos acercamos, noto algo raro. En el estómago. En el pecho. No es miedo. No es duda. Es… vértigo. Como si hasta ahora todo hubiera sido una preparación para esto. Para este momento.
Dobla el coche, subimos por el camino privado, y ahí está.
Nuestra casa.
Alta, sobria, perfecta. Con líneas limpias, seguridad discreta, materiales que no necesitan decoraciones. No hay flores. No hay adornos innecesarios. Solo estructura, fuerza y equilibrio. Como debe ser.
La verja se abre despacio. Automática. Clara. Precisa.
Emily no dice nada. Yo tampoco. Pero juro por Dios que hasta a mí se me remueve algo por dentro.
Esto es grande. Esto es nuestro.
Nuestro refugio. Nuestra base. Donde empieza todo. Donde vamos a construir lo que nadie podrá quitarnos.
El coche se detiene. Salgo primero. Me ajusto la chaqueta, inspiro hondo y camino hasta el otro lado, abro la puerta trasera y le tiendo la mano.
Ella la toma, baja un pie, y justo cuando está a punto de apoyar el otro, la levanto en brazos.
—¿Qué haces? —se ríe, sorprendida, con esa mezcla exacta de pudor y felicidad que le sube a las mejillas como si no supiera qué hacer con tanto.
—Lo que haría cualquier novio —respondo mientras la aprieto contra mi pecho—. Entrar a su mujer en casa como Dios manda.
—Estás loco.
—Para que luego digas que no soy romántico.

Ella suelta una risa que me atraviesa. Me envuelve el cuello con los brazos y me besa la mandíbula.
Camino hasta la puerta con ella en brazos, firme, como si no pesara nada. Como si llevarla fuera la única manera aceptable de empezar esta vida juntos.
Y lo es.
Porque entre mis brazos es su lugar. El lugar de mi mujer. Mi compañera. Mi reina.
Mo Mórrígan.

26

Emily

Cuando cruzamos el umbral, tengo que recordarme a mí misma cómo respirar.
La casa es... demasiado.
Ya la vi el otro día, pero verla ahora, y saber que es mía me da vértigo. Esto no es solo una casa, es una obra de arte funcional. Un refugio con alma.
Clarke nos espera en el recibidor, traje gris, sonrisa profesional, impecable como si acabara de salir de una reunión con la CIA. No lo conocía, pero su presencia no me intimida, y eso ya dice bastante. Nos estrecha la mano como si firmáramos un trato.
—Todo está a punto —dice, y sé que no exagera.
A su lado hay una mujer alta, con un vestido beige y un iPad entre las manos. Me sonríe de forma amable pero contenida, como si no supiera bien cómo acercarse.
—Soy la decoradora —dice—. Si hay algo que no le convence, lo cambiamos hoy mismo.
Yo… no sé dónde mirar. Cada rincón parece diseñado para encajar, para fluir, para sostener. Y aún así, siento que estoy despegando los pies del suelo. Otra mujer aparece desde la zona del pasillo. Va impecable, huele a perfume caro y me escanea de arriba abajo con la precisión de quien ha vestido cuerpos importantes toda su vida.

—Tu armario está preparado —me dice con una voz suave—. Todo está ordenado por colores y tipos. Si necesitas algo más, me lo dices.
Me giro. Mi mirada encuentra la de Seamus.
No sé qué hacer, no sé por dónde empezar. Solo sé que estoy hiperventilando.
Clarke habla con alguien más por teléfono. La decoradora me muestra el iPad con distintas opciones de tonos para las cortinas del estudio. La otra mujer se acerca con una carpeta.
—Necesito un segundo —susurro.
Pero no hay segundos disponibles. Hasta que Seamus, sin levantar la voz, sin perder ni un gramo de control, dice:
—Todo el mundo fuera.
El silencio es inmediato.
Y lo que sigue es casi mágico: desaparecen. Todos. En cuestión de segundos.
Me quedo en medio del recibidor, con la respiración aún entrecortada. Me apoyo en una de las columnas y dejo caer la cabeza hacia atrás. Cierro los ojos.
—Gracias —susurro—. Es demasiado. Todo esto… es demasiado.
Él se acerca. Me rodea la cintura con las manos. Me mantiene firme.
—Solo quería lo mejor para ti.
—Y lo agradezco. Pero prefiero que lo hagamos poco a poco. A nuestro ritmo. Que esta casa sea nuestra, no un catálogo.
Él asiente. Le gusta. Lo noto. Lo siento en la forma en que me aprieta un poco más fuerte contra su cuerpo, en el gesto casi imperceptible de asentir con los labios.
—Perfecto. Entonces empecemos bien.
Me toma de la mano y me guía hasta el patio trasero. El sol ya empieza a inclinarse, tiñendo la madera oscura de tonos cálidos. El jacuzzi burbujea, silencioso, esperando. Y al fondo, la cocina resplandece como un altar.
—Tú, al agua.
—¿Y tú?
—Yo cocino.

Me meto en el jacuzzi con un suspiro largo. El agua me cubre, me envuelve. Afloja cada músculo tenso, cada hilo de ansiedad que me había sostenido hasta ahora.
Y cuando salgo, con el cuerpo más blando que nunca y el pelo mojado, encuentro sobre la mesa la comida más perfecta que he probado en mi vida: risotto de parmesano y limón, salmón crujiente con costra de hierbas, pan artesanal todavía caliente. Fruta cortada con precisión quirúrgica. Vino blanco frío, del caro. El bueno.
Seamus me sirve en silencio. Se sienta enfrente y me observa comer como si eso fuera su religión personal.
Y quizás lo es.
Porque aquí, en esta casa que no elegí pero que ya empiezo a sentir mía, con él sentado enfrente y el estómago lleno de algo que no es solo comida, empiezo a creer que lo estamos haciendo bien.
—Como sigas cocinando así —digo, llevándome otro bocado a la boca—, no voy a caber en el maillot de baile.
Él no sonríe, no levanta una ceja. Solo clava los ojos en los míos, con esa calma peligrosa que usa cuando quiere desarmarme sin tocarme.
—Te haré quemarlo en breve.
Me atraganto. Literalmente. Porque sé que es verdad. Porque sé exactamente lo que se le pasa por la cabeza. Porque su voz no se eleva, pero su intención me atraviesa como un golpe seco.
Trago como puedo, me limpio la comisura de los labios, sin atreverme a mirarlo.
—Eres un animal —murmuro.
—Soy tu marido —responde. Sin moverse. Sin pestañear. Y eso lo cambia todo.
Subimos sin prisa, como si no quisiéramos romper la calma que se ha instalado entre nosotros. La casa está silenciosa, enorme, contenida. Cada rincón parece esperarnos.
Cuando llegamos a la suite y Seamus abre la puerta, la primera palabra que me viene a la cabeza es imposible.
Y luego perfecto.
Es la habitación más grande, más elegante, más devastadoramente bonita en la que he estado. Y no es solo por el tamaño, ni por la

vista brutal sobre la bahía, ni siquiera por la cama enorme que ocupa el centro como si fuera un altar. Es por cómo se siente, por lo que me provoca.
Pero lo que realmente me deja sin aliento es el vestidor.
Cuando lo abre, doy un paso dentro y me detengo. Me quedo sin palabras.
Hay de todo. Y cuando digo todo, no exagero. Desde zapatillas de danza de todas las marcas y tipos, hasta vestidos de noche colgados en percheros que parecen boutiques enteras. Ropa interior en cajas perfectas. Abrigos, bodies, leggins, blusas, zapatos organizados por estilo, por color, por altura. Perfumes que ni sabía que existían. Cosmética de lujo. Y todo con ese orden clínico, preciso, que lo define.
Me doy la vuelta.
—Es demasiado.
Él se encoge de hombros, como si acabara de decirle que llueve.
—Acostúmbrate. Porque pienso consentirte mucho. Sin límite. Tú me consientes a mí. Yo a ti.
—Eso no es normal.
—Nosotros tampoco.
No me da tiempo a responder. Sus manos ya están en mi cintura. Me gira. Me empuja suavemente hacia la cama.
—Ahora, nada de ropa —murmura contra mi cuello, mientras sus dedos bajan la cremallera de mi pantalón—. Hay que estrenar esta cama.
Y lo hacemos. Vamos si lo hacemos.
Me desnuda como si fuera una ofrenda. Como si cada prenda que cae al suelo lo acercara un poco más a ese centro de mí que ya es suyo. Me lanza sobre las sábanas con esa mezcla de fuerza y reverencia que sólo él maneja. Me toma boca abajo. De rodillas. De lado. Con las piernas en alto. Contra su pecho. Con sus dedos en mi garganta. Con sus dientes en mi espalda. No sé cuántas veces me corro. No sé cuántas veces digo su nombre. Solo sé que lo hago con la voz rota, con las piernas temblando y el alma hecha pedazos de placer.

Y cuando por fin no nos queda nada más que darnos, me arrastra a la bañera más grande que he visto en mi vida. Mármol negro. Agua caliente. Luces tenues.
Me acomodo sobre él, cara a cara, con sus piernas bajo las mías y su cuerpo dentro del mío, otra vez. No se mueve, pero no lo necesita. Solo está ahí, llenándome, sosteniéndome. Me lame el cuello como un animal, como si su lengua fuera una extensión de su hambre, de su necesidad de tenerme por completo.
Y yo… me deshago. Una vez más.
El agua se agita. Mi cuerpo tiembla. Y entonces, justo cuando siento que no puedo más, su voz me corta el aliento.
—¿Quieres tener hijos?
No debería preguntarlo así. No en ese momento. No mientras me empala lento, profundo, sin sacarse de mí.
Pero claro que lo hace. Es Seamus.
Le levanto el rostro con la mano y le miro a los ojos.
—Sí —respondo—. Quiero tener hijos, pero no todavía. Mi carrera está por empezar. No puedo permitirme un embarazo ahora.
Él asiente. Sin juicio. Sin reproche.
—Sí —dice rápido, como si la respuesta ya estuviera grabada—. Si no supiera que ahora mismo te debes al ballet, ya estarías embarazada.
Trago saliva.
—Tomo la píldora —le recuerdo, casi en un susurro.
—Lo sé. Pero si no fuera por el ballet… te las habría cambiado.
Lo dice tan crudo, tan sincero, tan suyo… como si fuera lo más normal del mundo.
Y lo es, para él lo es. Y yo estoy tan jodida que no me parece tan mal.
Entonces, sin moverse, sin sacarse de mí, baja la voz aún más, como si fuera una amenaza dulce, una promesa grabada en la piel.
—Que sepas que en cuanto el ballet no te haga feliz… tendrás a mi bebé dentro en cuestión de segundos.
Hace una pausa y me mira.
—De hecho, vamos a seguir practicando hasta llegar a la perfección.

Y me río. Me río porque este hombre está loco. Y yo… yo estoy loca por él.

27

Seamus

Despierto con el cuerpo aún caliente de ella, con el recuerdo de su piel pegada a la mía, de su lengua en mi garganta, de sus gemidos bajos clavándose en mi oído. Emily duerme con una mano sobre mi abdomen, respirando lento, serena. Por un segundo, pienso en quedarme. En quedarme y mirarla hasta que abra los ojos. Pero algo en mí no sabe hacerlo. No todavía.

Me levanto sin hacer ruido, me pongo los pantalones de entrenamiento y bajo al gimnasio.

El suelo todavía huele a nuevo. Las paredes están frías, pero el aire es denso. Me sumerjo en la rutina sin pensar, como un autómata. Sentadillas. Flexiones. Dominadas. Carga de peso. Las repeticiones marcan el ritmo del mundo. Los latidos se estabilizan. La mente se limpia. O eso creo.

Hasta que la veo.

Emily.

Aparece en la puerta como si no pisara el suelo. Lleva el pelo recogido alto, la piel limpia, apenas sudorosa, y un conjunto de danza que no debería estar permitido. Un top negro ajustado, sin mangas, dejando su vientre a la vista. Mallas largas que le cortan justo por el empeine. Parece una estatua, pero en movimiento.

No me dice nada, solo entra a su estudio. Y yo, como un maldito perro guardián, la sigo.

Me apoyo en el marco de la puerta, los brazos cruzados sobre el pecho, sin mover un solo músculo. Y la observo.

Y en ese instante, todo lo que creía que sabía sobre ella se va a la mierda.

No había visto esto. No así.

La música comienza —piano suave, notas clásicas— pero ella no la escucha con los oídos. La respira. La absorbe. La siente. Y cuando empieza a moverse, no baila: flota. Se transforma.
Sus pies se deslizan, su espalda se arquea, sus brazos cortan el aire con una precisión que parece sobrenatural. Gira sobre sí misma con una gracia inhumana. Se lanza, se recoge, se estira. Cada movimiento es una herida abierta. Cada giro es una confesión. No hay nada contenido en su forma de bailar. No hay filtro. No hay pudor.
Solo verdad. Pura. Dolorosa. Y jodidamente bella.
Me deja sin aire, sin palabras.
No sé cuánto tiempo llevo ahí, clavado, con los músculos tensos, los dedos en puños, el corazón desbocado. No me había sentido así nunca. No por un cuerpo. No por un gesto. No por una imagen.
La miro y siento que podría caer de rodillas.
Ella no me ve, no todavía. Pero la veo exigirse. La veo empujarse más allá del agotamiento. La veo equivocarse y repetir. Volver a caer. Volver a alzarse. Esa mujer no se rinde. No pide permiso. No se guarda nada.
Y yo ya no aguanto más.
Cuando por fin cae sobre el suelo, con el pecho alzándose como si hubiera estado corriendo durante horas, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, me lanzo.
Camino hacia ella. Me arrodillo a su lado. Le aparto el pelo de la cara. La tomo por las muñecas. La inmovilizo. Me inclino sobre ella y la beso. Hondo. Lento. Como si me estuviera muriendo y ella fuera el único oxígeno que queda.
—No tienes idea de lo que me haces —susurro contra su piel.
No espero respuesta.
Mi boca baja por su garganta. Por su pecho. Le aparto el top con los dientes. Le muerdo los pezones hasta que se arquea, hasta que me gime como si no pudiera soportarlo.
Bajo por su vientre, le bajo las mallas sin delicadeza, y cuando por fin tengo su coño delante, húmedo, tembloroso, empapado… la devoro.

Mi lengua la encuentra como si ya supiera el camino. Cierro los ojos y me hundo. Lamo, chupo, muerdo. La sostengo con una mano en el vientre, impidiéndole moverse, y con la otra le abro las piernas aún más.
La hago gritar. La hago rogar. La hago correrse en mi boca una, dos, tres veces. No las cuento. Solo sé que su sabor ya es parte de mí.
Cuando no puede más, cuando su cuerpo tiembla como si se fuera a romper, me tumbo a su lado. Jadeamos como animales vencidos.
—Tú me vas a matar —murmura con la voz rota.
—Moriremos juntos, mo Mórrígan.
Nos arrastramos a la ducha.
El agua caliente nos cubre como una promesa. Ella se arrodilla delante de mí, sin avisar, y me mira desde abajo con esos ojos suyos que ya no piden nada: exigen. Me toma con la boca como si fuera suyo, y lo soy. Despacio, con lengua, con garganta. Me destruye.
Cuando acaba, me deja apoyado contra la pared, medio muerto, sonriendo como un cabrón al que le han regalado el mundo.
Salimos de la ducha aún calientes, con el vapor enredado en la piel, con el sabor del uno en la boca del otro. Me paso la toalla por el cuello mientras Emily se ata el albornoz con las manos aún temblorosas. Todavía tengo las marcas de sus uñas en los muslos. Ella, las de mis dedos en las caderas.
Nos vestimos poco después.
Tenemos que buscar un lugar para el foso. Porque esta ciudad ya es nuestra. Y ahora necesitamos un rincón oscuro donde poder ser todo lo que somos… sin restricciones.
Cojo el móvil y veo un mensaje de Clarke.
" Tres ubicaciones listas para visita. Potenciales candidatas según lo que pediste. Te paso las direcciones."
Perfecto.
Ya le había escrito a primera hora, mientras ella dormía, detallándole lo que necesitaba: estructura sólida, aislamiento completo, acceso limitado, espacio oculto. Todo lo que se requiere para un lugar que no existe en los planos.
También le había mandado un mensaje a Higgins, dándole instrucciones para que estuviera preparado en cuanto tuviéramos el

sitio. Él sabe lo que quiero sin que tenga que decirlo dos veces.
—Tenemos un plan —le digo a Emily, mientras me pongo la camiseta.
Ella levanta una ceja.
—¿Trabajo?
—Nuestro foso —respondo.
No pregunta más, solo asiente. Ya entiende lo que significa.
La primera ubicación está en Mission Bay, un edificio industrial readaptado. El exterior es anodino, gris, sin letreros. Dentro, un gran espacio diáfano con suelo de hormigón pulido, paredes blancas recién pintadas, y un sistema de ventilación nuevo.
Emily recorre el lugar en silencio, con los brazos cruzados, observando cada rincón.
—Demasiado aséptico —dice—. Parece un laboratorio de startup.
—Justamente —respondo—. Y las startups fallan.
Nos vamos.
La segunda dirección nos lleva a Dogpatch, más escondido. Un viejo almacén de techos bajos, estructura de madera, y un sótano al que se accede por una escalera estrecha de hierro oxidado.
Es más crudo. Más orgánico. Pero hay algo que no encaja. Humedad en las paredes. Ruidos en las cañerías.
—Me gusta el silencio de este lugar —dice Emily, bajando la voz—. Pero no la fragilidad.
—Ni yo.
Salimos.
El tercero está al sur del distrito financiero. Un antiguo laboratorio, cerrado desde hace años. El edificio no llama la atención, y eso me gusta desde el primer segundo. La puerta metálica se abre con esfuerzo.
El interior huele a metal, a filtros viejos, a sistema controlado. El silencio dentro es denso, mecánico. Las paredes son gruesas. No hay ventanas. Hay cámaras de seguridad integradas, antiguas, pero funcionales. Tuberías en el techo. Conductos de ventilación independientes. Y un sistema de desinfección que todavía responde. La presión del aire cambia al pasar entre salas.
Emily avanza por el pasillo como si ya lo conociera.

—Aquí hay historia —dice, en voz baja.
—Y aislamiento —respondo.
Entramos en una sala secundaria. Rectangular. Sellada. Sin una sola fuga de luz. La imagino convertida en lo que necesitamos. Ella también.
Se queda en el centro. Da una vuelta sobre sí misma. Cierra los ojos un segundo.
—Es perfecto —dice.
Y lo es, así que no necesito pensarlo más.
—Nos lo quedamos —sentencio, y saco el móvil.
Marco a Higgins.
—Antiguo laboratorio. Ya está hecho. Quiero la adecuación completa: refuerzos, aislamiento acústico, espacio técnico al fondo, zona sellada de entrada, circuito interno, sensores. Y el foso. A mi manera. No te olvides de nada.
—En marcha —responde.
Cuelgo.
La puerta metálica se cierra tras de nosotros con un golpe grave. Ya está hecho. El lugar es nuestro. En cuanto Higgins meta las manos ahí, dejará de ser un viejo laboratorio y se convertirá en lo que necesitamos: un sitio donde el mundo no entra. Donde nadie grita si no quiero que lo haga.
Emily me lanza una mirada que mezcla aprobación y algo más. Curiosidad, quizás. O respeto.
Yo no digo nada, la tomo de la mano y salimos de allí sabiendo que acabamos de elegir algo más que un lugar. Elegimos nuestra guarida. Nuestro campo de entrenamiento. Nuestro refugio oscuro.
Ahora es hora de comer.
Un sitio pequeño, de esos que apenas tienen mesas y el menú está escrito a mano sobre una pizarra. Pedimos sin pensar demasiado. El sol entra por los cristales con suavidad.
Emily se relaja. Se apoya en la silla como si la tensión del día se le escurriera por los hombros. Hasta que su móvil vibra.
Ella lo mira. Y se queda quieta.
—¿Todo bien?
No me contesta al instante. Sus dedos aprietan el teléfono.

—Es mi padre.
Me quedo en silencio unos segundos. Observo cómo traga saliva. Cómo baja la mirada. Cómo se tensa.
—¿Qué quiere?
—Verme.
Simplemente asiento.
—Parece que ha llegado el momento de conocer a mi suegro —digo, sin cambiar el tono.
Ella alza la vista. Pálida, frágil. Pero fuerte como siempre.
—Vale —responde.
Y su voz suena como un disparo contenido.

28

Emily

El pan está caliente, crujiente. El café humea entre nosotros. Hace sol, y por un instante, todo parece fácil. Llevamos todo el día decidiendo cosas, construyendo algo que ya se siente nuestro. La casa, el foso. El inicio de algo real.
Y entonces, mi móvil vibra.
Lo cojo sin pensar y se me corta la respiración. Un número sin guardar.
Pero no hace falta verlo dos veces, sé que es él.
Mi padre.
"¿Creías que podías desaparecer así?"
El estómago se me cae como una piedra. La sangre se me hiela y me quedo completamente quieta.
Como cuando era niña y oía sus pasos al fondo del pasillo.
Seamus levanta la mirada. Me observa. No dice nada al principio, solo espera. Y eso me parte por dentro, porque ya sabe que algo está mal.
—¿Todo bien?
No puedo contestar.
—¿Quién es?

—Mi padre.
La palabra sale como una astilla que me arranco sin anestesia.
—¿Qué quiere?
—Verme.
Seamus asiente.
Como si ya lo esperara.
—Parece que ha llegado el momento de conocer a mi suegro —dice, con esa voz suya que no cambia ni con fuego ni con cuchillos.
Entonces llegan los tres puntos, está escribiendo otra vez.
" *Sé exactamente dónde estás."*
Miente. No lo sabe. Solo lo dice para probarme, para ver si salto. Para hacerme sentir como cuando tenía trece años y temblaba cada vez que cruzaba la cocina de puntillas.
Mi cuerpo se tensa. Me late el cuello, me cuesta respirar. Porque no quiero volver. No quiero verlo. No quiero que Seamus lo vea. No quiero que lo mire a los ojos y entienda de dónde vengo.
Pero no tengo opción. Seamus me quita el móvil. No me pregunta, solo lo hace.
Y con el pulgar escribe:
" *De acuerdo. ¿Dónde nos vemos?"*
Y lo envía.
Espero que tarde. Que dude, que se sienta retado. Pero no.
" *En casa."*
Dos palabras y todo dentro de mí se rompe.
Fresno.
No la parte visible de Fresno. No los parques ni las calles centrales. No. La periferia. Esos suburbios de casas desvencijadas y barro seco, donde las bicicletas oxidadas se dejan tiradas en jardines muertos, donde los niños aprenden a callar antes que a hablar.
Mi barrio. Su reino.
Un hombre que nunca trabajó de verdad, pero siempre tuvo dinero en efectivo. Un camello mediocre, peligroso solo porque no tiene nada que perder. El tipo de padre que te mete en la bañera helada si lloras. Que te arrastra del pelo si te miran raro en la calle. Que te dice tú eres mía y no con cariño.

Seamus no dice nada pero ya está en pie, con los ojos clavados en la pantalla. No me mira, no necesita hacerlo porque ya lo ha decidido.
Y yo estoy tan jodidamente aterrada… pero también aliviada.
Porque esta vez no soy la niña asustada que se escondía en los rincones, conteniendo el llanto, apretando los puños para no temblar.
Soy la mujer que ha sobrevivido a todo eso. La que no se calla, la que no se arrastra, la que no baja la mirada.
Y no voy sola. Voy con Seamus. Mi hombre. Mi marido. Mi monstruo.
Y nada será como era.
No he tocado la comida. La tostada se ha quedado fría, el café intacto, y el sabor del miedo me ha cerrado la garganta como una mano que aprieta desde dentro. Él no lo dice, pero lo sé: Seamus lo ve todo. Cada parpadeo contenido, cada tensión en mis dedos, cada vez que trago saliva sin motivo.
No me obliga a hablar ni me presiona. Solo me mira, como si con eso bastara. Como si pudiera sostenerme sin tocarme, y aún así, lo hiciera.
Pagamos. O lo hace él. No me doy ni cuenta. Mi mente está lejos, en otro tiempo, en otro rostro, en otra casa que no quiero volver a pisar.
Salimos a la calle, y el sol nos golpea de lleno. No calienta. Quema. Y no ayuda, porque ilumina más de lo que quiero mostrar. Porque me hace sentir expuesta. Demasiado visible. Demasiado abierta.
Y justo ahora, lo único que quiero... es esconderme.
No hablamos, pero no hace falta. Yo voy con los brazos cruzados, la mandíbula tensa. Él, con ese paso seguro suyo, como si el mundo entero estuviera en su órbita.
Subimos al coche.
—Sé lo que necesitas —dice, sin mirarme.
No pregunto, solo asiento.
Y dejamos atrás el centro de San Francisco.
Cruzamos barrios que no conozco. El paisaje se vuelve más áspero. Más silencioso. Hasta que llegamos a un edificio sin letreros, sin ventanas evidentes. Gris. Alto. Silencioso.

Seamus aparca. Baja. Da la vuelta y abre mi puerta.
Me guía sin decir nada y llama una sola vez.
La puerta metálica se abre con un ruido sordo, y aparece un hombre enorme. Literalmente. Cabeza rapada, barba larga con una trenza gruesa en el centro. Parece un maldito vikingo. Lleva una camiseta sin mangas y un tatuaje que le cubre el cuello y parte del brazo. Nos mira. Y cuando reconoce a Seamus, su cara se ilumina.
—¡Cabrón! No te sabía por aquí.
Le da un abrazo como si intentara partirle la espalda. Seamus apenas se mueve. Solo sonríe con esa media sonrisa suya.
—Thor, te presento a Emily. Mi mujer.
El tal Thor —cómo no— me saluda con la cabeza, sin acercarse demasiado. Respeto. O precaución. No lo sé, pero lo agradezco.
Nos hace pasar y lo que veo dentro me deja sin palabras.
Un espacio amplio, dividido en zonas. Una con dianas electrónicas y armas de fuego cortas alineadas en vitrinas. Otra con cuchillos, dispuestos por tamaño y tipo, brillando bajo luces tenues. Hachas lanzadoras con empuñaduras de madera oscura. Maniquíes de tiro, estructuras móviles, blancos con siluetas humanas.
Huele a metal, a aceite, a pólvora vieja y cuero usado.
Es un paraíso del caos. Y por primera vez en horas, siento que puedo respirar.
Seamus me entrega una Glock.
—Empieza con esta. Punto fijo, blanco frontal. Solo respira.
Me enseña cómo colocar las manos, cómo fijar la vista, cómo alinear la mira.
—No parpadees. No dudes. No pienses. Apunta y dispara.
Y lo hago.
El primer disparo me sacude los brazos. El segundo ya no tanto. En el tercero doy en el blanco.
Y Seamus sonríe.
—Sabía que lo tenías dentro.
Disparo hasta vaciar el cargador. La pistola tiembla en mis manos, pero ya no me asusta. Hay algo en el retroceso, en el fogonazo, en el olor a pólvora quemada que empieza a hacerme sentir… fuerte. Presente. Real.

Seamus no habla mucho, pero me observa como si cada movimiento mío fuera parte de un plan que ya conocía. Me quita el arma suavemente y me entrega otra. Más pesada. Un revólver. Después, una Beretta. Cada una se siente distinta. Cada una me exige algo diferente. Como las personas. Algunas necesitan firmeza. Otras, paciencia. Todas, respeto.

Cuando pasamos a los cuchillos, algo en el aire cambia.

Thor nos observa a distancia, con los brazos cruzados. No interviene. No interrumpe. Solo está ahí, como un muro. Un testigo. Pero este momento no es suyo.

Es nuestro.

Seamus me muestra los cuchillos como si fueran piezas de arte. No hay juegos. No hay adornos. Solo acero, equilibrio, filo.

—Aquí no se trata de fuerza —dice, colocándose detrás de mí, sin rozarme más de lo necesario—. Es muñeca, ángulo, intención.

Su voz baja me atraviesa como otra cuchilla. Me guía con sus manos, una sobre mi cintura, otra sobre mi brazo. El contacto es firme, exacto. No hay lugar para el error, pero tampoco para el miedo.

—Gira. Libera. Y lanza.

Lanzo. El cuchillo vuela recto. Silencioso. Letal. Clavado.

El primer impacto me deja muda. El segundo, me hace temblar. El tercero… grito.

No de miedo. Ni de rabia. Grito de liberación.

Y me río.

Una carcajada cruda, rota, verdadera, que sale de tan dentro que me dan ganas de llorar. Me echo hacia atrás, busco el siguiente cuchillo, lo lanzo sin pensar y vuelve a clavarse. Cada vez que el acero da en el blanco, algo en mí se rompe… y se recompone al mismo tiempo.

Sigo. Uno tras otro. Sin freno. Sin miedo.

Hasta que Seamus se acerca y me toma por la cintura. No para detenerme, simplemente para anclarme.

—Eso que sientes —dice al oído, con esa voz suya que todo lo incendia—, guárdalo. Hazlo tuyo. Porque es poder. Y es tuyo.

Y en ese momento lo entiendo.

No se trata solo de armas, ni de defensa, ni de control. Se trata de que, por primera vez, siento que puedo hacer daño. Y también… que ya no tengo miedo de hacerlo.
Después vienen las hachas. Él lanza primero y entonces dejo de respirar.
Se quita la camiseta, porque claro, hace calor… Sudor. Movimiento. Fuego.
Y yo me quedo ahí, con el cuchillo en la mano y la boca medio abierta, observando cómo sus músculos se tensan con cada paso, cómo la espalda se le marca hasta la nuca, cómo gira la cintura y lanza el hacha como si lo hubiera hecho toda su vida.
La hoja se clava en el blanco con un ruido seco, brutal.
—¿Estás mirando el blanco o a mí, bailarina?
—Depende… ¿puedes clavármela a mí también?
Él se ríe, sin dejar de mirarme, y camina hacia mí. Me toma de la cintura. Me besa. Lento. Sucio. Abierto. Un beso de esos que te roban la razón.
—Después de esto, te quiero encima. Y sudando más que ahora.
—Promesas, O ' Sullivan. Promesas…
Disparamos. Lanzamos. Reímos. Me cubre el sudor, la adrenalina, el deseo. Las manos me tiemblan, de pura euforia.
Cuando por fin me dejo caer sobre un banco, jadeando, con los brazos flojos, me echo hacia atrás, le miro y me río.
Porque ya no tengo miedo. Porque hoy, entre balas, acero y cuchillos, me he vuelto a encontrar. Y mi monstruo está aquí, observándome como si acabara de enamorarse otra vez.

29

Seamus

Verla disparar me ha puesto duro como una piedra.
Ni siquiera intento disimularlo. Ni me molesto en esperar. No cuando la tengo delante, con los ojos brillando de rabia y liberación, las mejillas encendidas, los labios entreabiertos de tanto gemir y reír

entre tiros. Así que hago lo que cualquier hombre haría. Cualquier hombre con sangre en las venas, al menos.
La agarro por la muñeca y la arrastro hasta el baño. Y me la follo de pie, contra la pared.
No hay delicadeza. No la quiere. No la necesita. Ella ya está encendida. Empapada. Me busca con las piernas, se me sube encima como si me hubiera estado esperando toda la vida para esto.
Le alzo la pierna izquierda, la engancho en mi cintura. La derecha le queda a penas en el suelo. Se la meto de una sola embestida. Ella grita, pero no de dolor. Me clava las uñas en la espalda, me muerde el cuello, me dice cosas que no entiendo —o que no quiero entender — porque estoy demasiado ocupado follándola como se merece. Como me pide cada vez que me mira con esos ojos suyos.
El sonido de nuestros cuerpos chocando llena el cuarto. La pared tiembla. El azulejo nos quema la piel. Me gusta que duela. Me gusta que me pida más. Me gusta verla deshacerse en mis brazos y que no le importe nada más que mi polla dentro de ella.
—Así —jadea—. Joder, Seamus…
—¿Así qué, princesa? ¿Así de fuerte? ¿Así de hondo?
Ella asiente, sin voz. La beso. Le muerdo el labio. Le arranco un gemido que parece un grito de guerra.
Me corro dentro de ella con los dientes apretados y las manos en su culo. Ella se viene conmigo, temblando, arañándome, con las piernas cediendo bajo el peso del orgasmo.
Nos quedamos unos segundos así, sudados, jadeando, el cuerpo aún pegado, los latidos fuera de control.
Cuando salimos, nadie nos mira. Nadie se atreve. Todos los que están en este sitio saben que conmigo no se juega.
Volvemos hacia casa. El aire de San Francisco está más fresco de lo habitual. Me gusta. Me calma.
Emily se acomoda en el asiento, con las piernas dobladas, el pelo enredado y esa cara suya que me hace querer parar el coche y follármela de nuevo.
Su móvil vibra. Lo coge. Lee. Suspira.
—¿Qué?

—Es Chloe. Mañana es su cumpleaños. Cena y luego a bailar. Me ha invitado.
—¿Puede haber algo peor?
Ella se ríe.
—Tranquilo. Seguro que hay alcohol.
—Más te vale.
Llegamos a casa cuando ya ha oscurecido. El interior huele a madera, a limpio, a hogar. Ella se descalza y se pierde por la cocina. Yo la sigo. Me quito la chaqueta, me arremango, abro la nevera.
Le preparo algo sencillo. Pasta con pesto fresco, tomates asados, un poco de pan caliente. Ella se sienta en la encimera, me observa, todavía con esa calma tensa de después del sexo.
Se queda sentada, el plato delante intacto, el tenedor entre los dedos como si fuera un arma que no se atreve a usar. Me acerco, pero no hablo. No la toco. Solo estoy ahí. Y ella lo siente.
—No te he contado mucho sobre Fresno —empieza.
La voz le sale baja, contenida, sin dramatismo. Pero lo que dice… lo que dice es otra cosa.
—Tenía seis años la primera vez que me pegó. Fue por dejar la luz encendida en el pasillo. Un manotazo en la cara, seco, sin aviso. Me abrió el labio. No lloré, o eso quiero creer. Solo me quedé quieta mientras él me gritaba que no podía ser tan inútil. Que era una carga. Que o aprendía, o terminaría como mi madre: desaparecida y sola.
Traga saliva. Deja el tenedor sobre la encimera con cuidado, como si le pesara.
—Después de eso vinieron años iguales. Días enteros sin hablarme, o hablando solo para herirme. No siempre me tocaba, pero cuando lo hacía... lo hacía para dejar claro que podía. Una bofetada si le contestaba. Una patada si no llegaba a tiempo. Me enseñó que respirar demasiado fuerte podía tener consecuencias. Que la casa no era mía. Que yo no era de nadie. Ni siquiera de mí.
No sé cómo no reviento la encimera con los puños. Pero sigo callado.
—La única razón por la que salí de ahí fue por una beca. La San Francisco Ballet School. Me aceptaron a los diecisiete. No me lo creí

al principio. Ni siquiera sabía si podía irme, si eso estaba permitido. Pero un día, mientras él dormía borracho con la televisión encendida, recogí mis cosas en silencio, cerré la puerta y no volví a mirar atrás.
Hace una pausa. No llora. No tiembla. Pero el vacío que deja en sus palabras me hace querer matar.
—Me fui porque quería bailar, sí. Pero también me fui porque sabía que si me quedaba, él iba a romperme. Por dentro. Para siempre.
La miro y camino hacia ella.
Me planto entre sus piernas. Le tomo la cara con las dos manos. Su piel está tibia, pero su mirada… su mirada está fría. Dura. Sin miedo.
—Voy a matarlo —le digo, sin un atisbo de duda. No es una amenaza. No es una advertencia. Es un hecho. Un plan. Una verdad que ya late bajo mi piel.
Ella me sostiene la mirada. No se estremece. No se aparta. No me frena.
—Lo haremos los dos —responde.
Y en esa frase, lo juro, hay más amor que en cualquier te quiero.
La llevo a la cama sin decir palabra. La envuelvo con las sábanas, con mi cuerpo, con todo lo que soy cuando no estoy fingiendo que el mundo no me importa. Ella se acomoda sin pensarlo, como si su sitio estuviera hecho en mi pecho, entre mis brazos, con mi respiración marcándole el ritmo a la suya.
No hablamos. La tensión se disuelve en el silencio. En el calor de la piel contra la piel. En la certeza de que lo que venga, lo enfrentaremos juntos. Y así, dormimos.
Por la mañana, la dejo frente al Bowes, pero no la dejo sin más.
Paro el coche justo delante. Bajo con ella. La acompaño hasta la puerta, como si cada paso sobre el asfalto me recordara que todavía no estamos fuera de peligro. Que no basta con abrazarla por la noche. Que tengo que asegurarme de que está bien cada minuto del día.
Ella me aprieta la mano.
—Estoy bien —dice.
—No salgas sola.
Pone los ojos en blanco.
—Seamus…

—No. Ni al café de la esquina. Ni a por agua. ¿Entendido?
Ella no discute. No de verdad. Solo me mira con esa media sonrisa suya que no es burla, es resignación… y algo más parecido a ternura.
—Dios mío… ¿así de intensa va a ser la vida matrimonial contigo? —dice burlándose.
—Peor —respondo en tono serio—. Ahora entra.
—¡Sí, señor! —dice riéndose.
Y entra.
Yo no me voy hasta que la veo cruzar la recepción. Hasta que una de sus amigas la abraza y la arrastra dentro como un huracán.
Solo entonces, me giro. Y conduzco hasta el foso.
El edificio aún parece un fantasma en la ciudad. Gris, anodino, oculto entre otros como él. Nadie lo mira dos veces. Nadie sospecha.
Pero en cuanto cruzo la puerta trasera, el mundo cambia.
Higgins ya está dentro, con los planos extendidos sobre una mesa metálica. Me tiende un casco. No lo necesito, pero lo cojo. Por respeto a él. A lo que hemos construido aquí.
Avanzamos por el pasillo principal. Las luces se encienden a medida que pasamos. Blanco puro. Frío. Sin sombras.
—¿Accesos asegurados?
—Biometría triple. Huella, iris, código. Solo tú y yo, por ahora. Los sensores están activos. Paredes internas reforzadas con acero tratado. Puertas blindadas. Ninguna comunica directamente con el exterior. El aire entra desde arriba, filtrado. El ruido no sale.
Cruzo la primera compuerta. El grosor de la puerta habla por sí solo. No es decoración, es aislamiento. Es control.
El pasillo se ensancha. Llegamos al núcleo. Y el foso se abre ante mí.
Una sala amplia, de líneas puras, sin un solo rincón que escape a la vista. El suelo de hormigón pulido refleja la luz blanca como un espejo sucio. En el centro, la estructura principal: una plataforma anclada al suelo, rodeada de drenajes invisibles, diseñados para limpiar lo que sea que ocurra aquí sin dejar rastro.
En las paredes, barras magnéticas sostienen las primeras herramientas. Todo acero quirúrgico. Cuchillos de hoja recta, curvos,

bisturís, punzones. Brillan como si acabaran de ser afilados. Cada uno tiene su sitio. Cada sitio, su función.
A un lado, un panel de acero inoxidable con cajones rotulados por códigos: " Térmicos", " Presión", " Corte", " Inmovilización". No necesito abrirlos para saber lo que contienen. He diseñado cada uno de esos compartimentos con precisión. Tenazas. Sedantes. Pinzas. Fijadores. Cada cosa en su lugar. Todo pensado para que la mano no dude cuando la situación lo requiera.
En la pared opuesta, una zona reservada a suspensión. Cadenas. Ganchos. Poleas hidráulicas que suben y bajan con exactitud quirúrgica. No crujen. No suenan. Solo obedecen. Encima, anclajes reforzados al techo. Pueden sostener hasta doscientos kilos sin moverse un milímetro.
—¿El sistema de drenaje?
—Conectado. Funciona con presión inversa. El sumidero central tiene compuerta de cierre automático. Aquí no se queda nada.
Higgins no sonríe. No lo hace nunca, pero sé que está satisfecho porque yo lo estoy. Y lo estoy, porque mi foso de Eureka ha llevado mucho tiempo de perfeccionamiento y este ya parte con las mejoras de serie.
Camino hasta la silla.
No hay grilletes colgando, ni sangre seca, ni nada de lo que los imbéciles imaginan cuando piensan en tortura. Lo que hay es una estructura fija, metálica, ajustable en ángulos, con soportes de cuero grueso y refuerzos acolchados para inmovilizar sin romper... aún. Muñecas, tobillos, pecho, frente. Todo está previsto. Todo diseñado.
—¿Cámaras?
—Integradas. Cuatro ángulos. Grabación automática al detectar movimiento. Control desde el panel principal o remotamente desde el coche, si lo necesitas.
—Lo voy a necesitar.
Me detengo en el centro del espacio. Respiro hondo.
Aquí huele a metal, a electricidad, a intención. Y aún está limpio. Pero no por mucho tiempo.
—Mañana traemos algo —le digo.
Higgins solo asiente.

—Lo vamos a necesitar operativo.
—Ya lo está.
Y lo está. Jodidamente perfecto.

30

Emily

Seamus frena justo delante del Bowes y me mira como si fuera a dejarme en mitad de un campo minado. Me sujeta del brazo antes de que baje, firme, tenso, con esa cara de que no piensa negociar ni una coma.
—No salgas sola. Ni por un segundo. Ni al café de la esquina. Ni a por agua. ¿Entendido?
Sus ojos me escanean como si pudiera adivinar todos mis pensamientos. Le pongo una mano en el pecho, respiro hondo… y pongo los ojos en blanco.
—Dios mío… ¿así de intensa va a ser la vida matrimonial contigo?
—Peor —responde, sin pestañear—. Ahora entra.
—¡Sí, señor!.
Él no se ríe. Pero su boca se curva. Apenas. Un poco. Lo justo para que yo lo vea. Me besa la frente y espera a que entre antes de arrancar.
Hoy es día de chicas.
Y sé, con absoluta certeza, que me van a acribillar.
Atravieso la puerta y no he dado ni dos pasos cuando Chloe me salta encima.
—¡Madre mía, te has casado con el anticristo! —grita, colgada de mi cuello.
—¡Felicidades, psycho bride! —añade Scarlett, justo detrás, sonriendo como una loca.
Las abrazo, y Chloe me sacude con fuerza. Tiene esa energía que siempre me arrastra aunque no quiera. Saco una cajita de mi bolsa y se la doy. Suelta un chillido que estoy segura que han oído hasta en recepción.

—¿Qué es esto?
—Entradas para ver El Cascanueces. Primera fila. Seamus las consiguió anoche. No me preguntes cómo.
—¡¿Me estás jodiendo?!
—No. Pero espera. No he terminado.
Saco un paquete un poco más grande, envuelto en papel dorado.
—Y unos calentadores monísimos que vi hace una semana y gritaron " Chloe" tan fuerte que me dejaron sorda.
Ella los abre y literalmente empieza a girar sobre sí misma con ellos en las manos como si fueran diamantes.
—¡Estos son de la colección nueva de Mireille! ¿¡Cómo lo sabías!?
—Tengo poderes mágicos, cariño.
Scarlett se ríe y me empuja por el hombro.
—Lo que tiene es a un marido con buen gusto y presupuesto infinito, eso es lo que tiene.
—Y la capacidad de desaparecer del planeta durante días sin decirle nada a sus mejores amigas —responde Chloe, alzando una ceja mientras me apunta con los calentadores como si fueran un arma.
Me encojo de hombros, culpable y encantada de estar allí. Scarlett no espera ni medio segundo antes de dar una palmada.
—Vale. Basta. Esto no puede ser en un pasillo. Sala vacía, suelo limpio, fuera zapatos. ¡Vamos!
Y en cuestión de minutos, estamos tiradas en el suelo de una de las salas de ensayo, descalzas, rodeadas de botellas de agua, restos de fruta cortada, bolsas medio vacías y ropa por todas partes. Han puesto música de fondo —viejos temas de nuestras clases, mezclados con algo más actual— y el aire huele a sudor, a risa, a vida compartida.
—¿Entonces? —pregunta Scarlett, con los ojos brillando—. ¿Cómo es estar casada con el hombre más intimidante del hemisferio norte?
—Y más sexy —añade Chloe—. Lo tenía que decir. Que nadie me juzgue.
—Raro —respondo, sincera—. Intenso. Pero también… perfecto. En su manera completamente retorcida.
—¿Y todas esas marcas? —dice Scarlett, señalándome el cuello con descaro.

—¿Te pega?
—No. No es eso —me apresuro—. Es… él. Cuando me toca, lo hace como si no pudiera evitar dejar rastro. Como si su forma de amar fuera marcar, poseer. Nunca me ha hecho daño. Nunca. Pero sí que deja huella.
Silencio.
Y después risas. Muchas. Risas que hacen eco en el suelo pulido y en las paredes vacías.
—¿Y cómo es en la cama?
—¡Scarlett! —protesto.
—¡Queremos saberlo todo!
Y yo… yo les cuento. No todo, pero sí lo suficiente para que se lleven las manos a la cabeza y se echen a reír como adolescentes. Les hablo de cómo me mira. De cómo me toma. De cómo me deja sin palabras, sin aire, sin tiempo.
—Vale, eso es amor y crimen a partes iguales —dice Chloe, entre carcajadas.
Bailamos. Tonteamos. Me interrogan sobre los hermanos de Seamus, sobre la boda, sobre el anillo, sobre la comida de la luna de miel que no tuvimos, sobre cuántas veces cocinó para mí, y sí, también sobre cuántas veces… eso.
Y cuando ya empieza a caer la tarde, cuando los cuerpos están rendidos de tanto reír y el suelo está cubierto de todo menos orden…
La puerta se abre.
—¿Interrumpimos? —dice Natasha, con esa media sonrisa suya que nunca se sabe si va a matarte o abrazarte.
No le respondemos. Solo gritamos. Todas a la vez.
—¡Natasha!
Saltamos sobre ella, entre abrazos, chillidos, preguntas a medio terminar y risas que nos revientan en la garganta. Hace apenas una semana que se casó y parece que haya pasado un siglo.
—Estás radiante —dice Chloe.
—Más delgada —añade Scarlett—. ¿Eso es felicidad o sexo extremo?
Natasha se ríe, pero no contesta. Solo da un paso al lado y ahí está Declan.

Traje gris, mirada de acero, postura imperturbable. Entra detrás de ella como una sombra con forma de dios antiguo. Le lleva la mano cogida con una naturalidad feroz, como si esa unión no se discutiera, como si fuera ley.
Scarlett ríe, la arrastra al centro, y en segundos estamos otra vez juntas. Las cuatro. Completas.
Declan se queda al margen, con las manos en los bolsillos, atento. Su mirada hace un barrido lento por la sala, como si evaluara todo… y luego se clava en mí.
—¿Y Seamus?
Su voz es baja, sin urgencia. Pero tiene ese filo de costumbre que no necesita explicación.
—Está resolviendo unos asuntos —respondo sin pestañear.
Declan asiente, como si eso bastara. Como si supiera exactamente a qué me refiero.
Me llevo la mano al bolsillo y saco el móvil casi sin pensarlo, como si fuera un gesto aprendido, automático, pero no lo es.
No lo hago porque sea urgente, ni porque no pueda sobrevivir sin él durante unas horas, sino porque, aunque no quiero admitirlo, hay una parte de mí que lo siente ausente, que lo necesita cerca… y sí, lo echo de menos.
Marco su número y apenas digo:
—Declan y Natasha están aquí. ¿Vas a tardar mucho?
Seamus no pregunta nada, no duda, no alarga el momento con palabras innecesarias.
—Ahora mismo voy —dice, y cuelga.
Seamus no tarda ni quince minutos.
Entra con paso firme, mirada afilada, y apenas cruza el umbral, sus ojos me encuentran, como si el resto de la habitación no existiera. Viene directo hacia mí, y antes de que pueda saludarlo o inventar una excusa por haberlo llamado, sus manos me toman de la cintura, me atrae hacia él y me besa. No como si estuviéramos empezando el día, sino como si llevara semanas sin verme. Como si necesitara asegurarse de que sigo aquí.
—Estás bien —murmura contra mis labios, como si no fuera una afirmación, sino una necesidad.

Después se gira hacia Declan, y la sonrisa leve que le dedica no es para disimular, es real. Hermanos. Compañeros en un mundo donde nadie más puede entender lo que cargan. Se estrechan la mano, se dan un pequeño abrazo sin solemnidad, y la complicidad flota sin necesidad de palabras.
—¿Te has perdido la fiesta femenina del siglo? —le dice Declan con tono burlón.
—Estaba resolviendo un par de asuntos —responde Seamus, pero su mirada regresa a mí, como si todo lo demás pudiera esperar.
Chloe y Scarlett lo saludan con un entusiasmo desbordado que a él le provoca una leve curva en los labios, casi una sonrisa, casi.
Pero la tensión en sus hombros sigue ahí. No es rabia. Es ese modo suyo de estar siempre alerta, de no bajar nunca la guardia. La forma en que sus ojos recorren la sala, los ventanales, los movimientos, como si esperara que algo se saliera de control.
—Estaba pensando… —digo, mientras lo tomo de la mano, entrelazando nuestros dedos sin pedir permiso— podríamos ir a ver la casa. Así nos cambiamos allí y salimos directamente esta noche.
Seamus se queda inmóvil por un segundo. Y ese segundo lo dice todo.
Su mandíbula se tensa apenas, los ojos se clavan en los míos. No dice nada, pero puedo leerlo. No le entusiasma la idea.
No porque no quiera estar conmigo, sino porque me está imaginando en una discoteca, entre música alta, desconocidos, luces intermitentes y cuerpos que no puede controlar. Porque me ama tanto que la idea de no tener dominio sobre cada sombra le arranca el aire.
Yo sonrío. Una sonrisa suave, con un dejo de desafío.
—Vamos, tendré a Natasha, Chloe y Scarlett… —le digo mientras apoyo la mano en su pecho—. Además, tú tendrás a Declan para quejarte toda la noche.
Declan se ríe, Seamus niega con la cabeza, resignado. Me besa la frente y no añade nada, pero sus brazos me rodean un poco más fuerte. Como si quisiera recordar a su cuerpo que todo va a estar bien.
Como si pudiera asegurarse de que nada me va a tocar.

Chloe y Scarlett suben a buscar sus cosas entre risas y pasos acelerados que hacen eco en las escaleras del Bowes, como si fueran a una excursión en lugar de una simple salida nocturna.
Nos quedamos abajo los cuatro. Natasha, y yo charlamos animadas y Declan comenta algo con Seamus, que está siguiendo la conversación, pero con los ojos recorriendo cada ángulo, cada gesto, como si su mente ya estuviera diseñando las rutas de salida y posibles amenazas. Yo no digo nada. Solo lo observo. Lo siento.
Cuando las chicas bajan, llevan bolsas como si fueran a quedarse fuera una semana. Vestidos, maquillaje, zapatos, mil accesorios. Declan suelta un suspiro teatral al verlas y Natasha le planta un beso rápido en la mejilla que lo deja con cara de " esto es lo que me espera ahora".
Suben al coche de Declan. Natasha se despide con una sonrisa cómplice que solo yo entiendo del todo.
Y entonces, Seamus me abre la puerta de un deportivo negro que no había visto antes. Nuevo. Brillante. Voraz. Me detengo un segundo.
—¿Esto…?
—Lo he comprado hoy —responde, como quien dice que ha comprado el pan.
Subo, me acomodo. Y antes de arrancar, su mano me toma la cara. Me gira hacia él. Sus ojos están oscuros, clavados en los míos. Su boca roza la mía, apenas un aliento entre nosotros.
—Si alguien te toca esta noche… no saldrá entero.
El temblor que me recorre no tiene nada que ver con miedo.
Pongo los ojos en blanco, intentando disimular que esa amenaza velada me acaba de derretir las entrañas.
—Relájate. Estás casado con una bailarina, no con una estrella del reguetón.
Pero él solo me mira. No sonríe. No bromea.
Arranca el coche, y mientras el rugido del motor se apodera del silencio, me doy cuenta de que ese hombre no va a permitir que el mundo me roce sin su permiso.
Y lo que es peor… yo tampoco quiero que lo haga.

31

Seamus

El coche es nuevo, el motor ruge suave bajo mis manos, pero no escucho nada. No pienso en el vehículo, ni en el camino, ni en la fachada de la casa que se alza ante nosotros. Estoy atrapado en una imagen que aún no ha ocurrido, pero que me corroe igual que si ya la hubiese vivido.

Emily. En una discoteca.

Con música ensordecedora, con luces parpadeando como amenazas, con cuerpos que se rozan sin pudor y manos que no preguntan antes de tocar. Con desconocidos mirándola. Deseándola. Imaginando que podrían acercarse. Que podrían decir algo. Hacer algo. Respirar demasiado cerca de ella.

Y yo ahí. Viéndolo. Sintiendo cómo la sangre se me acumula en las sienes y el cuerpo entero me exige hacer algo. Defender lo que es mío. Poner un límite que nadie cruce.

No sé cómo voy a soportarlo. No sé cómo voy a respirar esta noche.

Cada vez que la imagino entre ese gentío, con ese vestido, con esa sonrisa, siento que me prendo fuego por dentro, que voy a explotar, que no soy hombre suficiente para fingir que me da igual.

Y no sé si romperle la cara a alguien será considerado un buen regalo de cumpleaños para su amiga.

Lo intentaré. Porque ella lo quiere. Porque está feliz. Porque es su mundo, y me ha dejado entrar en él.

Pero la verdad es que no estoy seguro de si pod ré.

Cuando llegamos a casa, las chicas salen del coche como un vendaval. Voces agudas, risas, pasos que retumban en el mármol como si acabara de empezar una fiesta privada.

Oigo gritos de admiración, chillidos por la bañera, comentarios irreverentes sobre el tamaño de la cama.

Chloe se tira de espaldas sobre el sofá como si fuera suyo. Scarlett abre el vestidor y se queda sin palabras. Natasha levanta una ceja y

hace una valoración silenciosa con los ojos, porque es ella, y no necesita palabras para decir que aprueba.
Y Emily… Emily no cabe dentro de sí. Está tan radiante que casi duele mirarla. Se ríe, salta, señala, explica detalles que ni ella sabía que había, y yo… yo solo la miro. Y aguanto.
Declan está a mi lado. Callado. Con esa mirada suya de acero templado que parece no moverse, pero lo dice todo.
Él también lo siente. Esa incomodidad que no es celos ni enfado, sino la conciencia de lo que hay fuera. De lo que puede pasar. De lo que no podremos controlar cuando salgan esta noche.
Y por supuesto vamos a ir con ellas. Porque no hay otra opción. Porque no hay manera en la que Emily entre en ese lugar sin que yo esté detrás, viendo cada sombra, cada amenaza, cada imbécil que se atreva a imaginar que puede tocar lo que no le pertenece.
Intentamos olvidarnos un momento de lo que ocurre arriba. Las risas, los pasos apresurados, el crujido de las bolsas, los gritos cruzados de "¡te dije que trajeras los tacones!" y "¿alguien ha visto mi laca?".
Nos encerramos en el despacho como dos soldados que se atrincheran antes de la batalla, y por unos minutos respiramos algo que se parece a la calma.
Declan despliega sobre la mesa la carpeta que me ha traído y hablamos de los italianos, de sus últimos movimientos, de los contactos que se están activando en Oakland y del tipo que ha empezado a repartir favores en nuestro territorio.
Planeamos la respuesta como siempre: sin dramatismos, sin adornos, sin piedad.
—Mañana estaremos ocupados —le digo sin rodeos.
Levanta la vista con una ceja apenas levantada. Espera, sin preguntar, y entonces le explico. Que el padre de Emily es un maltratador, qye abusó de ella cuando era una niña y que vamos a rendir cuentas.
No me interrumpe, no me dice que me calme, ni me pide detalles. Solo asiente, porque sabe exactamente lo que eso significa.
Y entonces, con la misma calma, me pregunta:
—¿Y ella? ¿Sabe lo del foso?

No necesito pensar la respuesta. La tengo tatuada en la garganta.
—Es perfecta para esto. Estuvo conmigo cuando tuvimos al italiano. No se asustó, no dudó, no se apartó ni un segundo. Al contrario. Quiso entenderlo, se quedó hasta el final… y no reculó ni una sola vez. Está hecha para mí.
Declan me observa un segundo más, y luego simplemente dice:
—Te felicito, Seamus. No es fácil encontrar alguien así.
Y justo en ese instante, oímos los tacones bajando por la escalera. Las voces. Las risas. Las carcajadas que se multiplican con cada peldaño.
La tregua se ha acabado.
Cuando abrimos la puerta y las vemos… juro por todo lo que soy que quiero levantar a Emily en brazos, ponérmela al hombro y encerrarnos en nuestra habitación como un salvaje.
Llamar " vestido" a lo que llevan puesto es ser generoso. Emily lleva una tela mínima, negra, ceñida a su cuerpo como si la hubieran envuelto con deseo puro. Sus piernas, su cuello, sus clavículas… todo lo que debería estar cubierto, no lo está. Y su cara… su cara lo dice todo. Sabe exactamente lo que me hace. Y lo disfruta. Natasha no va mucho más tapada.
Declan y yo nos miramos sin decir nada. Compartimos la misma condena. Sufriremos esta noche. Mucho.
Él se me adelanta con su tono grave, seco.
—Intenta no matar a nadie.
Y yo solo respiro hondo y respondo lo único que puedo.
—No te lo prometo.
Y con eso, salimos. Camino del restaurante, camino del infierno. Con nuestras mujeres brillando como llamas en un cuarto oscuro. Y el mundo entero creyendo que puede acercarse a tocarlas.
El restaurante es bonito. Caro. Sofisticado. Y, por desgracia, lleno de hombres.
El camarero que nos recibe apenas ha dicho " buenas noches" cuando su mirada se le escapa hacia las piernas de Emily. No la toca, ni le habla directamente, pero yo lo veo. Lo siento. El gesto, el impulso, esa milésima de segundo en la que su cerebro piensa algo que no tiene derecho a pensar.

Declan, a mi lado, ni siquiera pestañea. Solo endurece la mandíbula.
Las cuatro mujeres caminan delante de nosotros como si fueran la maldita realeza: Natasha con su vestido de escote imposible, Emily con esa maldita tela negra que se pega a su cuerpo como un pecado, Scarlett con el andar suelto de quien ha bailado toda su vida, y Chloe, desbordando alegría y piernas como si fueran armas de destrucción masiva.
Nos sientan en una mesa redonda. Central. A la vista de todo el local. Fantástico.
El camarero sonríe demasiado. Otro, desde la barra, no deja de mirar. Uno en la mesa del fondo se ríe en voz alta y su mirada vuela directamente hacia Emily cuando se quita la chaqueta.
Respiro hondo.
Declan alza la copa de vino como si fuera a brindar, pero me habla sin mover un músculo de la cara.
—Uno más y no respondo.
—El de la barra está respirando raro —respondo.
—Respirar no es ilegal.
—Todavía.
Las chicas no se enteran de nada, o fingen no hacerlo. Ríen, piden, comentan los platos con entusiasmo, se levantan para hacerse fotos, se cambian de sitio, se tocan entre ellas como si el mundo no estuviera observando. Y lo está. Vaya si lo está.
Emily se inclina hacia Chloe para decirle algo al oído y su risa me rompe por dentro. No por celos. Por locura. Porque ese cuello descubierto, esa espalda sin protección, esa curva suave y perfecta debería estar solo bajo mis manos. Bajo mis labios.
Declan me clava los ojos como si leyera mi mente.
—Esto es una tortura.
—Dime algo que no sepa.
—Saco la pistola la próxima vez.
—¿Crees que se enfadarán si lo hacemos?
Nos miramos. Silencio.
—Maldita sea, Seamus —dice, y se sirve más vino.
Yo no bebo. Necesito tener todos los sentidos afilados. Por si uno de esos idiotas cree que puede cruzar la línea.

Emily se gira hacia mí, con la cara iluminada por la risa, los ojos bailando, las mejillas sonrosadas por el vino. Y entonces me lanza un beso. Así. Sin aviso. Solo lo hace.
Y el mundo entero deja de importar. Por tres segundos. Porque justo después, el camarero vuelve con las copas. Y mira. Mira demasiado.
—Estoy muy cerca de perder la paciencia —murmuro.
Declan asiente, como si estuviéramos en misa.
Nadie más lo nota. Nadie más sabe que esta noche es una guerra fría bajo vestidos de seda. Que el amor, cuando es así de feroz, se parece demasiado a la violencia contenida. Que nosotros dos estamos al borde del colapso solo por verlas existir.
Pero ahí estamos, en silencio. Como halcones. Observando.
Preparados, por si alguien se atreve a respirar cerca de ellas.
Y por fin se acaba la cena.
El postre, el brindis, las últimas risas que suenan más altas de lo que deberían, y las miradas que siguen clavándose como si no existiéramos. Declan y yo nos levantamos al mismo tiempo, sincronizados como animales en alerta, cada uno girando hacia su mujer con una claridad que no necesita palabras: se acabó.
Salimos y el aire fresco me golpea la cara como un puñetazo bendito.
Emily se acerca a mí, aún sonriente, los ojos brillantes de vino, de fiesta, de vida.
Y yo, con la voz baja y la mandíbula aún tensa, le suelto:
—Deberían darme una puta medalla.
Ella se ríe, divertida, sin culpa, como si no supiera el infierno que acabo de cruzar por tenerla tan cerca y tan expuesta al mismo tiempo.
—¿Por qué? —pregunta, medio en broma, medio sabiendo.
—Porque he sobrevivido a la cena más dura de mi vida sin partirle la cara a nadie.
No responde. Solo se acerca y me besa.
Y el mundo… el jodido mundo se detiene. Los ruidos desaparecen. Las luces se apagan. Todo se reduce a ese contacto suave, profundo, sin prisa. Su boca en la mía. Su aliento, su risa. Su cuerpo que se funde al mío como si siempre hubiera pertenecido ahí.

Puedo respirar por un segundo, por un suspiro. Hasta el siguiente asalto.

32

Emily

Estoy feliz. Feliz de verdad.
Rodeada de mis chicas, riéndonos como si no tuviéramos pasado, como si el futuro no doliera.
La música late en el suelo, en mis piernas, en mi vientre, y por una noche, solo por esta, todo parece sencillo.
Y lo que lo hace mejor… es verlo a él. A Seamus.
Ahí, en el borde de su paciencia, siguiendo cada uno de mis movimientos con la mandíbula tensa y los ojos más oscuros que la noche. Está al borde del colapso y no se molesta en disimularlo.
Podría haber sido sensata. Podría haber elegido otro vestido. Uno más largo. Uno que no se ciñera a cada curva como si quisiera dejar claro qué partes de mi cuerpo merecen atención. Pero no lo hice. Y no fue un error.
Las chicas me empujaron, sí, pero en el fondo… no me resistí. Porque sabía exactamente lo que iba a provocar. Y verlo así, agarrándose al control, tratando de mantener la compostura mientras yo me río, me muevo, brillo… es demasiado tentador.
En el coche me acerco más de la cuenta. Le toco el cuello, la clavícula, deslizo los dedos por el muslo. Abro un botón de su camisa. Le susurro cosas que solo él puede oír entre el rugido del motor y mi aliento.
—Emily —dice, ronco, si n apartar los ojos de la carretera—. Si no paras, no vamos a llegar al club.
—¿Y eso sería tan terrible? —susurro, pegando mi boca a su mandíbula.
No me responde. Solo aprieta el volante y me lanza una mirada que me prende fuego por dentro.
—Vas a pagar por esto cuando lleguemos a casa.

Y juro por todo lo que soy que ya estoy empapada. Solo por escucharlo decirlo así. Con esa mezcla de amenaza y promesa que me deja sin aire.
Al llegar al club, no hay colas, ni listas, ni preguntas. Los de seguridad los reconocen al instante y nos abren paso directamente a la zona VIP.
Es un lugar elegante, oscuro, con música que vibra más que suena, con luces tenues y copas caras.
Bailamos ahí un rato, las cuatro, riéndonos como locas, sin parar de movernos, de provocarnos unas a otras, de celebrar el hecho de estar vivas y juntas.
Pero no basta.
—¡A la pista! —grita Chloe, y antes de que pueda pensar, ya están todas bajando.
Seamus me clava los ojos. No me detiene, pero se acerca lo suficiente para que solo yo lo escuche.
—Recuerda lo que te dije. Si alguien te toca, no va a acabar la noche entero.
Le sonrío, lo beso. Y me lanzo.
La pista es un mar de cuerpos sudados, de luces estroboscópicas, de gritos y risas, de gente empapada en alcohol y adrenalina.
Y nosotras, cuatro mujeres que no deberían estar aquí, que desentonamos en nuestra belleza salvaje, somos como una provocación. Como un desafío.
Bailamos. Reímos. Saltamos. Nos dejamos llevar.
Y entonces aparecen.
Cuatro tíos. Uno por cada una. El que se acerca a mí no dice nada, solo me roza el brazo. Un roce leve, ni siquiera me toca de verdad.
Y no llego a girarme cuando Seamus ya está ahí. Como un relámpago. Como un depredador. No grita, no insulta, no se explica. Agarra al tipo por el cuello de la camiseta y lo arrastra fuera de la pista como si fuera basura. Sin una palabra.
—Declan —le dice antes de desaparecer—. Vigílalas.
Nos quedamos quietas.
La música sigue latiendo, el suelo vibra bajo los pies, la pista no se entera de nada, pero para nosotras… el tiempo se detiene.

Natasha me mira con los ojos muy abiertos, como si estuviera esperando una explosión. Scarlett se lleva una mano a la boca, y Chloe… Chloe se ha quedado congelada, con el cuerpo en tensión, los ojos fijos en el vacío por donde Seamus acaba de desaparecer, como si no supiera si reír o echar a correr.
Yo no respiro. No puedo. Tengo el pecho anudado, la garganta cerrada, el corazón golpeándome como si quisiera romperme las costillas desde dentro.
Me giro lentamente hacia Declan. Él está justo detrás de nosotras, con los brazos cruzados y esa expresión suya de " todo está bajo control" que, en este momento, no tranquiliza a nadie.
—¿Qué va a hacer? —pregunto, apenas un susurro.
Él me mira un segundo, y sus ojos no tienen compasión ni dramatismo. Solo una calma tan cruda que me corta la piel.
—Nada bueno.
Trago saliva. Natasha le roza el brazo, como si necesitara saber que no va a explotar todo, pero Declan no se mueve. No dice nada más. Solo espera.
—¿No puedes hacer nada? —pregunto aunque conozco la respuesta.
—No. —responde tajante.
Y los minutos no pasan, se hacen eternos.
Yo intento no pensar en qué está haciendo, en dónde ha llevado a ese tipo, en qué rincón oscuro del club conoce, en qué herramientas guarda en su coche o si simplemente va a usar sus manos.
Intento no imaginar, pero no puedo. Y entonces aparece Seamus.
Cruza el pasillo con paso tranquilo. La camisa sin arrugas, el rostro relajado, los ojos en calma.
Como si todo el fuego, toda la furia que le estallaba en el pecho hace unos minutos, se hubiera disipado por completo.
Lleva una copa en la mano. Alta. Clara. Perfectamente equilibrada.
Llega hasta mí y me la ofrece.
—¿Estás bien?
Asiento. No porque lo esté, sino porque no sabría cómo explicar lo que siento.
Cojo la copa. Y entonces la veo.
Dentro, flotando en el líquido transparente…

Dos dedos.
Dos.
Y no lo estoy imaginando ni es una ilusión. Están ahí. Con las uñas aún limpias, con la piel pálida, con el corte limpio.
—Dios… ¡Seamus!
Él me mira sin parpadear. Su voz es baja, contenida, tan serena que me asusta más que si estuviera gritando.
—Te lo dije.
No puedo hablar. No puedo pensar. Mi cuerpo está en shock, pero mi mente... mi mente empieza a gritarme.
Las chicas están paralizadas.
Scarlett da un paso atrás, como si el suelo se hubiera vuelto incierto. Chloe se tapa la boca, los ojos a punto de salirse de las órbitas. Natasha, más lúcida, más rápida, gira hacia Declan, con la voz rota y contenida.
—¿No le va a hacer daño, verdad?
Él la mira un segundo. No dice mucho. No dramatiza. Solo niega con la cabeza, firme.
—No.
Y eso basta.
Porque lo dice Declan. Y si lo dice él, entonces es verdad. Y yo sigo quieta. Sigo muda.
Seamus no necesita una palabra. Se acerca, me arranca la copa de los dedos temblorosos, la deja a un lado y me levanta en brazos. Sobre su hombro, como un cavernícola, como si el mundo entero le importara una mierda y lo único que existiera fuera sacarme de allí.
—Se acabó la fiesta.
Su voz es baja, rotunda. No hay negociación posible.
Las chicas intentan reaccionar. Chloe murmura mi nombre. Natasha da un paso. Scarlett titubea. Pero nadie hace nada. Porque él no les deja espacio. Porque lo que emana de él no es ira, es orden. Es certeza. Y saben —como yo sé— que no hay nada más que decir.
Me lanza dentro del coche como si necesitara dejar claro que ahora manda él. Cierra la puerta de golpe y da la vuelta. Sube y arranca.
Silencio.

El motor ruge, pero entre nosotros solo hay una tensión que vibra como electricidad viva.
—¡No puedes ir cortando dedos, joder! —exploto, el grito me sale afilado, histérico—. ¡No ves que eso no es normal! ¡No puedes hacer eso!
Él no me mira. No acelera. No frena.
Simplemente sigue conduciendo con esa maldita calma que me saca de quicio.
—Sí puedo. Te lo advertí y no me hiciste caso. Puede estar contento de que no le cortara la mano, o el cuello, que es lo que merecía.
—¡¿Estás loco?! —chillo, golpeando el salpicadero con la palma—. ¡¿Tú sabes lo que has hecho?! ¡¡Le has mutilado por rozarme el brazo!!
—Sí —responde, sin levantar la voz, como si estuviera diciéndome la hora—. Porque te tocó. Porque se atrevió. Porque creyó que podía poner sus putas manos sobre lo que es mío.
—¡Yo no soy un objeto, Seamus!
—No. Eres mi esposa. La mujer que juro proteger. Y si para mantenerte a salvo tengo que cortar dedos, lo haré. Y si la próxima vez hace falta más... también lo haré.
Grito. Le insulto.
Le digo que está enfermo, que necesita ayuda, que esto no es amor, que no puede mutilar a alguien por un roce, que no puede comportarse como un animal en pleno siglo veintiuno, que lo suyo no es protección, sino locura.
Las palabras me salen afiladas, furiosas, sin filtro, empujadas por la adrenalina y el miedo… pero debajo de todo eso, en un rincón que no quiero mirar, sé que hay algo más.
Porque mientras grito, tiemblo. Y no es solo por la rabia.
Es otra cosa. Más cruda, más íntima, más peligrosa. Una corriente subterránea que nace en la boca del estómago y se derrama como fuego entre mis piernas. Es vergonzoso. Es primitivo.
Y no puedo negarlo ni puedo acallarlo. Porque lo siento. Porque está ahí. Porque este hombre que acaba de destrozar a alguien por mí, este monstruo sin filtros, sin límites, sin redención, es el mismo que me toca con devoción, que me mira como si fuera todo su universo,

que me llama "mo mórrígan" con una reverencia que no debería caber en una boca como la suya.
Y eso, más que todo lo demás, es lo que me asusta.
Porque sé exactamente lo que va a pasar cuando lleguemos a casa. Y no sé si quiero evitarlo o rogar por ello.
Seamus no responde a mis gritos. No intenta calmarme. No levanta la voz. Solo conduce, con el rostro tenso, la mirada clavada en la carretera y los nudillos blancos sobre el volante. No hay palabras entre nosotros, pero el coche está lleno de algo denso, de una electricidad que no se disipa, de un silencio que dice demasiado.
Yo sigo respirando como si me faltara el aire, entre enfados y temblores, entre la furia de lo que ha hecho y el deseo enfermizo de saber qué hará después.
Cuando aparca frente a la casa, ni siquiera apaga la radio. Baja del coche con esa eficiencia suya que parece indiferencia, pero que yo ya conozco. Da la vuelta, abre mi puerta, y no me da tiempo ni a moverme.
Me coge de nuevo.
Me alza como si no pesara nada, como si llevarme fuese tan natural como respirar. No dice una palabra, ni siquiera me mira, solo sube las escaleras con el paso firme, como si cada peldaño nos acercara al castigo inevitable que arde entre nosotros.
La casa está en silencio, pero no es paz. Es contención. Es tormenta esperando romperse.
Al llegar al dormitorio, empuja la puerta con el hombro y me deja caer sobre la cama con un gesto seguro, rápido, exacto. No hay brutalidad, pero tampoco dulzura. Es necesidad. Es rabia. Es todo lo que ha contenido durante la cena, durante el club, durante mis caricias en el coche.
No se detiene ni me da tiempo a respirar. Se da la vuelta y entra al vestidor. Yo me quedo allí, tumbada, con el cuerpo encendido, con las mejillas ardiendo, con la ropa aún en su sitio y el corazón a punto de romperme el pecho.
Y cuando regresa… regresa con cinco corbatas de seda negra en la mano.

Su expresión es la de un dios oscuro a punto de imponer su ley. No hay duda en su mirada. No hay misericordia. Solo deseo. Solo poder.
Y su voz… su voz no necesita alzarse para estremecerme entera.
—Es mi turno de castigarte.
Y entonces sí que tiemblo, pero no de miedo… de deseo.

33

Seamus

Desde el momento en que cruzamos las puertas del club, algo dentro de mí se tensa como un cable oxidado al borde de romperse. El aire está cargado de sudor, perfume barato y esa ansiedad descontrolada que sólo se respira en sitios donde la música no deja pensar. La luz estroboscópica me atraviesa como agujas. Todo está mal. Todo me jode. Pero lo único que realmente me mantiene al borde es ella.
Emily.
Está preciosa. No. Está devastadoramente hermosa. Se mueve entre sus amigas con esa risa suya que ilumina rincones que no deberían brillar. Habla, gira, baila… y cada puto hombre en este local la mira como si tuviera derecho. Como si no supieran que es mía. Que lleva mi anillo. Que si alguno de ellos se atreve a acercarse demasiado no volverá a tocar a nadie nunca más en su vida.
Declan está a mi lado. Tenso como yo. Sus brazos cruzados, su mandíbula apretada. No necesitamos hablarnos para entendernos. Nuestros cuerpos dicen lo mismo: "no toquen". Ellas no lo saben, o hacen como que no lo saben. Bailan, se ríen, celebran. Chloe, Natasha, Scarlett… y Emily. Las nuestras.
Cuando bajan a la pista, todo mi cuerpo se pone en guardia. La sigo con la mirada como si fuera un objetivo. Cada paso suyo sobre la tarima, cada movimiento de cadera, cada sonrisa dirigida a sus amigas es como una puñalada lenta. La veo moverse y me repito que puedo manejarlo, que es sólo una noche. Que esto es por ella.

Mentira. Una jodida mentira. Porque estoy a punto de explotar.
La música me retumba en el pecho, pero todo desaparece cuando los veo.
Cuatro tipos. Jóvenes, idiotas, con el ego hinchado por el alcohol y las luces. Se acercan. Uno de ellos se pone a hablar con ella. No la oye. No le importa. Y entonces… su mano roza su brazo.
Mi mundo se apaga.
El control que me he estado imponiendo se quiebra con un solo gesto. El resto de la pista podría prenderse fuego, y no me importaría. Sólo veo a ese capullo.
Camino hacia él sin detenerme. Atravieso cuerpos. Empujo. Golpeo. No hay espacio para nadie más. Lo agarro del cuello de la camiseta y lo levanto como si pesara lo mismo que una puta pluma. El miedo le pinta la cara y eso solo me confirma lo que ya sabía: no tiene idea de con quién se metió.
Lo arrastro. Sin prisa. Sin pausa. Nadie se atreve a frenarme. Lo llevo a un pasillo lateral, oscuro, lejos del ruido, del gentío, de las miradas.
Lo empujo contra la pared y saco mi cuchillo. El que siempre llevo. El que he afilado yo mismo. El que conozco mejor que a cualquier ser humano.
—Tienes que aprender a no tocar lo que no te pertenece —le susurro al oído, con la voz baja, seca.
Le sujeto la mano contra el cemento y sin temblar, sin dudar, le corto dos dedos. El grito que suelta no llega a la pista. Aquí sólo estamos él, el metal y yo. La sangre le chorrea por el brazo mientras cae al suelo. No lo miro más. Ya no existe.
Recojo los dedos. Le quito una copa a un idiota en el camino de vuelta y los dejo caer dentro, entre el hielo. El sonido que hacen al chocar con el cristal es limpio. Elegante.
Camino hacia la pista. Hacia ella. Mi mujer. Mi vida. La única que puede romperme.
Está ahí, rodeada por sus amigas, y su rostro se vacía de color cuando me ve. La rabia aún me arde bajo la piel. El pulso me retumba en los oídos. Pero le extiendo la copa con calma. Como si no acabara de hacer lo que acabo de hacer.

—¿Estás bien?
Le tiendo la copa. Pero su mano tiembla cuando agarra el cristal. Mira dentro. Y entonces… los ve.
Dos dedos.
Su rostro se vuelve blanco como el mármol. Los ojos abiertos como si el tiempo se hubiera congelado.
—Dios… ¡Seamus!
No contesto. No hay nada que decir. Solo la miro, porque se le advertí. Porque ella lo sabía.
Y cuando no reacciona, cuando sigue inmóvil, pálida, atónita, me acerco más.
La levanto en brazos sin una palabra. Sin permiso. Sin opción. Me la echo al hombro y la saco de allí, como un animal reclamando lo que es suyo. Y en ese momento… lo es más que nunca.
El coche es un campo de batalla cerrado. No hay aire suficiente para contener lo que hay entre nosotros. Emily está sentada a mi lado, rígida, vibrando de rabia y algo más oscuro que ni siquiera quiere mirar. Me lanza palabras como cuchillas. Grita. Me llama monstruo, enfermo, loco. Dice que lo que he hecho no tiene justificación, que estoy cruzando límites que no se pueden desandar.
— ¡¿Tú sabes lo que has hecho?! ¡¡Le has mutilado por rozarme el brazo!!
Pero no paro. No grito. No respondo.
Solo conduzco, con los nudillos blancos sobre el volante, con el corazón latiéndome en los dientes. Porque si abro la boca, no prometo lo que va a salir. Porque si la miro, voy a hacer algo que no debería hacer en mitad de una autopista.
—¡Esto no es amor, joder! —suelta, con voz rota—. ¡Esto es una locura!
Ahí es cuando hablo. Despacio. Sin levantar la voz. Cada palabra como un filo deslizándose por su piel.
—Esto es amor cuando se hace carne, Emily. Cuando duele. Cuando protege con sangre.
Ella se calla. Pero no porque me crea, sino porque me siente. Porque sabe lo que viene.

Cuando llegamos, aparco sin decir palabra. Salgo del coche y me muevo hacia su puerta con la precisión de un hombre que ha cruzado todos los límites internos. Ella intenta abrir antes de que llegue, pero no le doy tiempo.
La levanto en brazos otra vez, y esta vez no hay ternura. No hay contención. Solo fuego. Necesidad. Posesión. Todo lo que he contenido desde que la vi bailando, desde que la vi provocando sin darse cuenta… desde que otro hombre se atrevió a pensar que podía tenerla.
Subimos a casa.
La dejo en la cama y caminó directo al vestidor, con el pulso firme, con la respiración lenta, como si cada paso que doy fuera parte de un ritual.
Abro el cajón más profundo. No el de las armas. El otro. El que guarda lo que uso cuando necesito más que sexo. Más que descarga. El que uso cuando necesito controlar hasta que no sepa dónde termina su cuerpo y empieza el mío.
Tomo cinco corbatas. Negras. Lisas. De seda. Las acaricio entre los dedos como si eligiera con qué voz voy a castigarla. Con qué nudo. Con qué ritmo.
Cuando vuelvo al dormitorio, ella está en la cama. Aún temblando. Aún con la respiración desordenada. Aún empapada, y ni siquiera se atreve a disimularlo.
—Es mi turno de castigarte —susurro, como una sentencia.
Ella palidece. Pero no se mueve, y eso me excita más que todo lo que ha pasado esta noche.
La tomo de los hombros. La tumbo boca arriba, con fuerza, pero sin herirla. Le ato las muñecas a los barrotes del cabecero. Con precisión. Con paciencia. Los tobillos los amarro a los extremos del pie de la cama. Queda abierta para mí. Expuesta. Vulnerable.
Le vendo los ojos. No quiero que vea. Quiero que sienta.
—Así está mejor… —le digo, mi voz más grave que nunca—. Mo Mórrígan, a mi entera disposición.
Ella intenta hablar, protestar. Pero tiembla, porque me conoce. Porque sabe que cuando bajo la voz es cuando más peligroso soy.
—¿Qué vas a hacer? —pregunta, con un hilo de voz.

Le arranco la ropa. Me agacho entre sus piernas. La huelo. Huele a ella. A deseo. A frustración.
—Estás empapada —le susurro contra la piel—. Sabía que lo estarías. Aunque grites, aunque me odies… tu cuerpo me pertenece.
Y entonces empiezo.
Mis dedos la recorren como si la memorizara. Cada pliegue. Cada curva. Cada centímetro. La acaricio sin apuro, sin ritmo. Solo el necesario para volverla loca. Jugueteo con su clítoris hasta sentir cómo empieza a temblar. Cómo sus caderas se arquean, suplicando más.
Y justo cuando la noto a punto… me detengo.
Ella suelta un grito ahogado.
—No... no pares... por favor...
Pero ya me he apartado. Camino alrededor de la cama, dejando que sienta mis pasos, el vacío.
—¿Lo ves? No todo está en tus manos. Aquí mando yo.
La tortura se repite. Le abro las piernas aún más, y esta vez uso mi lengua. Lenta. Deliberada. Húmeda. Exploro cada rincón de su sexo como si lo hiciera por primera vez. Su cuerpo se retuerce contra las ataduras. Su voz se rompe en gemidos. Está tan cerca. Lo sé.
Y entonces paro. Otra vez.
—¿Por qué… haces esto? —me dice, sin voz.
—Porque quiero que entiendas lo que es necesitar y no tener. Desear… y no alcanzar.
Vuelvo a penetrarla con los dedos. Dos. Tres. Rítmicos. Expertos. La llevo otra vez a la orilla, hasta que sus muslos tiemblan. Hasta que su aliento se convierte en jadeo entrecortado. Y cuando está a punto de caer… la retiro. Me limpio en su vientre. Me alejo.
Ella llora. Solloza. Suplica.
—Por favor… —dice, y su voz no tiene rabia ya. Solo necesidad—. Déjame… solo una vez…
—No.
Subo sobre ella. La penetro de golpe. Su cuerpo se arquea como si la hubiera electrocutado. Me muevo dentro de ella despacio. Fuerte. A ritmo sostenido. Sus músculos intentan agarrarme, atraparme, implorar por liberación. Pero no se la doy.

Me detengo justo cuando va a explotar.
Ella grita. Se sacude. Tira de las ataduras como si pudiera romperlas.
—Por favor, Seamus… por favor…
—No.
—¡No puedes…!
—Sí puedo y lo hago. Porque eres mía. Porque solo yo decido cuándo y cómo.
Y así lo repito. Una y otra vez.
Hasta que su voz se quiebra. Hasta que no queda nada de la Emily que entró al club. Solo una mujer desnuda, atada, desesperada, rota por el deseo, empapada, rendida.
Y entonces, cuando ya no puede más, cuando las lágrimas le resbalan por las sienes y su cuerpo tiembla como una hoja en un huracán… me corro sobre su vientre.
Con fuerza. Con brutalidad. Con entrega.
Marcándola.
Después, la suelto, le quito la venda y la envuelvo.
La abrazo como si fuera lo único que tengo en el mundo. Porque lo es. La beso en la frente, en el cuello. Ella no habla. Respira con dificultad. Me busca con el cuerpo.
Nos quedamos así.
Yo, en paz por primera vez. Ella… aún necesitándome. Aún mía. Aún temblando.
Dormimos así.
Ella vacía. Yo completo.
Y ni el infierno se atrevería a interrumpirnos.

34

Emily

Me despierto con el pecho encogido. Una opresión que no nace del cuerpo, sino de algo más profundo. Más sucio. Es tristeza. Es culpa. Es… el eco de lo que pasó anoche.

Abro los ojos despacio.
La luz es tenue. Las sábanas están desordenadas. Y Seamus está ahí.
Abrazándome desde atrás, su cuerpo envuelto alrededor del mío como un escudo. Su mano abierta sobre mi vientre. Su respiración cálida en mi nuca. Sus ojos… fijos en los míos.
Y entonces lo recuerdo.
Todo.
La fiesta.
El club.
La copa.
Los dedos.
La furia.
El castigo.
El orgasmo que no llegó.
La desesperación.
Mi voz hecha ceniza suplicando por algo que no me concedió.
El llanto silencioso.
El temblor.
Su cuerpo sobre el mío.
Su voz, ahora, es la misma. Baja. Grave. Irrefutable.
—Me castigaste —susurro, más par a mí que para él.
Sus dedos se enroscan en mi cintura y no me suelta.
—Sí, mo Mórrígan. Te castigué —responde, sin vacilar.
—¿Por qué?
—Porque necesitabas entender que no es un juego. Que tu seguridad es lo primero. Que no puedo respirar si te pones en peligro. Y que haré todo lo que crea necesario para protegerte y cuidarte… aunque eso signifique enseñarte a través del límite. Aunque me odies por una noche.
Mi garganta se cierra. No sé si quiero llorar o rendirme otra vez.
Pero él se mueve.
Se gira sobre mí. Se apoya con un brazo junto a mi cabeza. Me estudia con esa mirada que ve demasiado. Y luego, sin aviso, sin espacio para pensar, baja la boca hasta mi cuello.
—Ahora voy a compensarte.

Y lo hace.
Oh, Dios, cómo lo hace.
Me devora. Me arrastra al abismo que anoche me negó.
Primero con la boca. Me abre como si fuera sagrada. Me lame como si el pecado le perteneciera. Me tortura con los dedos, la lengua, su voz ronca diciéndome " no te contengas". Y esta vez… no me detiene.
Me deja romperme. Me hace gritar. Me hace venirme encima de su boca con un gemido que desgarra las paredes.
Y no para.
Dos.
Tres.
Cuatro veces.
Me penetra, me embiste, me marca con cada embestida como si el mundo se acabara.
Me corro con su nombre en la garganta.
Y cuando ya no puedo más, cuando el cuerpo no responde, cuando sólo hay temblores, lágrimas y jadeos, él me abraza. Me besa la frente. Me envuelve con las sábanas. Me deja en paz. En casa.
Dos horas después, la ducha es un suspiro largo. Él me lava el cuerpo con las manos. Yo me dejo hacer. No hablamos. No hace falta. Está todo dicho.
Bajamos a desayunar. Él cocina, como siempre, con esa calma letal que sólo él tiene. Yo me siento con las piernas flojas, las marcas aún en la piel, el deseo aún latiendo.
Y entonces, lo suelta.
—Hoy iremos a Fresno.
Mi taza se queda a medio camino y mi estómago se encoge.
No tengo que preguntar. No tengo que fingir. Lo sé.
Mi padre.
Y de golpe, lo que sentí anoche no es nada comparado con lo que viene. Porque no hay corbatas, ni castigos, ni orgasmos que puedan prepararme para volver a ver al hombre que me rompió por dentro.
Pero Seamus… él estará a mi lado.
Y eso, por enfermo que suene es lo único que me da fuerza para enfrentarme a todo.

Me visto en silencio.
La ropa pesa más de lo normal. Cada prenda, cada movimiento, se siente como si el aire se hubiera vuelto denso, cargado de electricidad. Me miro al espejo y por un instante no reconozco mis propios ojos. No soy la Emily que bailaba hace una semana. Ni siquiera la que lloró anoche. Soy otra.
Una versión mía que él ha despertado. Y que ahora no sabe volver atrás.
Seamus me observa desde el marco de la puerta. No dice nada al principio. Solo me mira. Como si midiera el alcance de lo que vamos a hacer. Como si me leyera por dentro.
—Hablaré yo —dice, con voz baja pero firme—. Lo que él diga no tiene que tocarte. No tiene que afectarte. Nunca más.
Se acerca. Me toma por la cintura y me besa la frente. La mejilla. La boca.
Y me sostiene. Como si pudiera absorber mi temblor. Como si lo suyo fuera proteger incluso lo que no se ve.
—Tengo miedo —confieso, bajito. Con la garganta apretada.
Él me mira a los ojos, sin apartarse ni un milímetro.
—Lo sé, mo Mórrígan. Pero no debes tenerlo. Eres la mujer más valiente que he conocido. Y estaré a tu lado en todo momento. No podrá tocarte. Y cuando lo tengamos en el foso… pagará por todo lo que te hizo. Será él el que tenga miedo.
—¿Lo traeremos aquí?
—Sí, Emily. Aquí. No habrá prisas. Nadie interrumpirá. Y podremos dedicarle el tiempo que necesitemos.
Asiento.
No sé si por convicción o porque necesito agarrarme a algo que me sostenga.
Salimos sin hablar más. Cada paso hacia el helicóptero es una cuenta regresiva. Mi cuerpo vibra, pero no de terror. No exactamente. Hay algo más. Algo que se parece demasiado a determinación. A la fuerza. A la rabia.
Cuando me subo y me ajusto los auriculares, miro a Seamus y él ya me está observando. No con preocupación, con orgullo. Como si viera en mí lo que yo aún no termino de aceptar.

Pienso en todo lo que ese cerdo me hizo pasar.
En las noches sin dormir. En los golpes. En el frío. En la soledad.
Y por primera vez, no me hundo en ello. Por primera vez, me siento fuerte. Por primera vez, sé que voy a enfrentarlo. Y esta vez no seré yo la que tenga miedo.
El viaje dura poco más de una hora y media, pero a mí me parece eterno.
No hablamos casi. Solo el sonido constante de las hélices y el rugido suave del motor. Seamus mantiene su mano sobre la mía todo el trayecto. No aprieta. Solo está. Como si su sola presencia bastara para sostenerme.
Cuando tocamos tierra, ya nos espera un coche. Un SUV negro. De esos que gritan autoridad y peligro sin necesidad de hablar. Subimos sin decir una palabra. El conductor nos mira por el retrovisor, nos reconoce, y arranca.
A medida que avanzamos, todo se vuelve más gris. Pasamos barrios residenciales, casas ordenadas, césped recortado… y luego cruzamos la línea invisible. Esa que marca el fin de lo habitable y el inicio de lo abandonado.
Edificios a medio caer, calles rotas, farolas oxidadas... pintadas viejas que nadie se molestó en borrar.
Pasamos junto a un grupo de críos jugando con los restos de lo que alguna vez fue un coche, ahora desvalijado, quemado. Ellos ríen. Gritan. No saben que crecen entre ruinas.
Y entonces la veo. La casa. Su casa.
No hay nada especial en ella. Fachada de madera podrida, ventanas con rejas, una cortina raída moviéndose con el viento. Pero verla… me perfora.
Es como volver a una celda donde una parte de mí se quedó encerrada.
El coche se detiene. Mi corazón se dispara. Literalmente puedo oírlo retumbar en mis oídos. Seamus baja primero, da la vuelta y me abre la puerta. Me ayuda a salir. No dice nada. Solo me da su mano. Y yo… se la tomo.
Nos acercamos a la puerta, cada paso es un regreso. Un eco de algo que no quiero recordar pero lo hago igual.

Levanto la mano y llamo. Un golpe seco. Después otro.
El silencio dentro es espeso, puedo oír mis propios pensamientos gritar. Me entran ganas de vomitar, las piernas me tiemblan, y justo cuando creo que voy a darme la vuelta y salir corriendo… la puerta se abre.
Trevor Wallace.
Mi padre.
Está más demacrado de lo que recordaba. Más viejo. Más sucio. La piel curtida como cuero barato. Los ojos hundidos. El aliento le huele a whisky y fracaso.
Me mira y no dice nada al principio.
Mira a Seamus, mira el coche, mira mi ropa. Mi postura. Mis tacones.
Y entonces, su voz:
—Vaya… veo que te has convertido en una puta de lujo.
Y juro por todo lo que tengo que, por un segundo, se me apaga el alma.

35

Seamus

Emily está tensa desde que despegamos.
Lo noto en cada músculo, en cada respiración contenida, en la forma en que aprieta los dientes sin darse cuenta. No dice nada, pero no hace falta. Su cuerpo grita lo que su boca calla.
A medida que nos acercamos, se vuelve más rígida. Más silenciosa. El paisaje bajo el helicóptero cambia y con él, su pulso.
Cuando bajamos al fin, ya nos espera un SUV negro. Subimos. Ella va a mi lado. Su mano busca la mía como si fuera una cuerda de seguridad, y yo se la doy. Le devuelvo la presión, firme, constante. Le transmito calma, aunque yo no la tenga.
Porque lo que estoy viendo desde la ventana me revuelve el estómago.
Calles agrietadas, casas podridas, niños que juegan entre ruinas. Esquinas que huelen a miseria y abandono. Y pensar que ella creció

aquí… que su luz salió de este agujero… Me dan ganas de quemarlo todo.
Cuando llegamos, Emily se queda quieta. Me aprieta la mano. No miro su cara, no necesito hacerlo, puedo sentirlo. Está temblando por dentro, pero no se detiene.
Bajo primero. Le abro la puerta y la ayudo a salir. Caminamos hacia la casa, de la mano. Ella levanta el puño y llama.
Uno.
Dos golpes.
El silencio es más denso que el aire. Lo aprovecho para mirar alrededor. Para analizar, para memorizar. Nada de esto me gusta. Ni el tejado que parece que va a caerse. Ni el porche medio podrido. Ni el olor rancio que sale por las rendijas.
La puerta se abre.
Trevor Wallace.
Un hombre de mierda.
Cuarenta y cinco, tal vez cincuenta años. Aunque parece tener setenta. Piel gris, ojeras profundas, sin afeitar. Le faltan dientes y le sobra barriga. Huele a alcohol, a sudor, a fracaso. Sus ojos se abren cuando ve a Emily. Y después me mira a mí.
Y entonces suelta la frase, la que firma su sentencia de muerte:
—Vaya… veo que te has convertido en una puta de lujo.
Y se me apaga la vista.
El mundo se convierte en un túnel y en el centro está su cara. Solo su cara.
Mi puño vuela antes de que pueda pensarlo.
Le reviento la boca. Literal. Siento cómo los dientes le estallan bajo mis nudillos. Emily se aparta. No grita, no me detiene, solo retrocede. Porque sabe que no hay vuelta atrás.
Lo agarro del cuello de la camiseta y lo arrastro dentro como si fuera un saco de mierda. Él grita. Sangra. Suplica. Yo no escucho. Yo ya estoy en otro lugar.
Emily nos sigue, silenciosa.
Lo tiro contra el suelo de la sala. Saco una mordaza. Se la meto entre los dientes rotos. Le ato las manos con una brida negra, de las que siempre llevo. Se revuelca. Llora. No me importa.

Me agacho frente a él, y con la voz más tranquila que he usado en todo el día, le digo:
—Es un placer conocerle, señor Wallace. Soy Seamus O'Sullivan. Su yerno. Y estamos aquí para ajustar cuentas.
No espero respuesta.
Lo levanto del suelo como si no pesara nada y lo cargo hacia el coche. Emily abre la puerta. No dice nada, solo me mira y yo la miro a ella. Y en ese cruce de miradas, lo entiendo todo.
Volvemos a casa. Con un cuerpo en el maletero y una deuda que vamos a cobrar.
Emily no me suelta en todo el camino. Me abraza. Se agarra a mí como si fuera su ancla y yo no pienso soltarla jamás.
Regresamos a San Francisco sin una palabra.
El helicóptero sobrevuela la ciudad como si nada hubiera pasado. Como si no lleváramos en el compartimento trasero a un hombre con la boca rota, atado y amordazado, con la cara convertida en una máscara de sangre y miedo.
Emily no habla.
Desde que salimos de Fresno, no ha dicho ni una sola palabra. Pero su mano sigue en la mía. Apretada. Fría. Firme.
Cuando aterrizamos, un coche nos espera. Nos subimos y vamos directos al foso.
Al llegar, Higgins ya lo tiene todo preparado. Las luces encendidas. El aire seco, filtrado. Las herramientas alineadas como soldados en formación. El acero brilla y el silencio pesa.
Emily camina despacio. No tiembla, pero algo en su cuerpo ya no es igual.
Trevor Wallace está consciente.
Mira a su alrededor con ojos desorbitados, intentando entender dónde está. Intentando convencer a su cerebro de que esto no es real. Pero lo es. Lo siento en su respiración entrecortada. En su sudor. En el olor a orina que empieza a impregnarse en sus pantalones.
Lo sujeto por el cuello y lo llevo hasta la silla preparada. La de los invitados.

Lo ato. Muñecas. Tobillos. Pecho. Frente. Cada correa, cada clic del cierre, es una sentencia.
Me quedo frente a él sin decir nada, solamente lo miro, lo observo.
Este es el hombre que rompió a mi mujer antes de que supiera lo que era ser una niña. Este es el cabrón que la dejó sola, con hambre, con miedo, con marcas en la piel y otras más profundas que nunca se borran.
Mi mandíbula cruje, pero no me muevo. Este no es mi momento, es el de ella.
Emily da un paso y se planta frente a él.
Y entonces… habla.
—Me preguntaste si me había convertido en una puta de lujo. Lo primero que dices después de años sin verme. Después de todo lo que hiciste, de lo que me hiciste. Y aún tienes la boca llena de mierda, Trevor.
Su voz no tiembla ni una sola vez.
—¿Te acuerdas de la vez que me partiste la ceja con la hebilla del cinturón porque derramé leche en el suelo? ¿O de cuando me encerraste en el sótano durante dos días porque no encontraste el dinero de la droga?
Trevor intenta decir algo. No puede. La mordaza lo ahoga.
—¿Te acuerdas, cabrón? Yo sí. Me acuerdo cada vez que me miro al espejo. Cada vez que alguien levanta la voz. Cada vez que tengo que fingir que no me duele. Que ya pasó. Que estoy bien.
Da un paso más cerca.
—Me llamabas estorbo. Me decías que ojalá no hubiera nacido. Y ahora me llamas puta. Puta de lujo.
Se agacha. Se queda a centímetros del rostro.
—Pues escúchame bien, Trevor Wallace. La " puta de lujo" que ves aquí está viva. Brilla. Es fuerte. Y no porque tú me hicieras fuerte. Sino a pesar de ti. Porque tu hija es mil veces más de lo que tú jamás fuiste como hombre.
Se gira y me mira.
Sus ojos están llenos de algo nuevo. No de miedo ni de rabia. De poder.
Y me lo dice. Con la voz firme, con el alma en los labios.

—¿Me enseñas a devolverle el sufrimiento que me dio?
Y no hay duda en mi respuesta.
—Sí, mo Mórrígan. Empecemos.
La sala está en silencio.
Solo se escucha el zumbido leve del sistema de ventilación y la respiración entrecortada de Trevor Wallace, que intenta tragar saliva con la mordaza aún empapada en sangre y miedo.
Miro a Emily y empiezo a hablar.
—Hay muchas formas de hacerlo —digo, despacio, como si cada palabra fuera una herramienta más sobre la mesa—. Podemos alargarlo todo lo que necesites. Días. Semanas, incluso. Aquí no hay relojes. No hay prisa.
Emily no parpadea. Solo me escucha.
—Podemos usar dolor físico. Cortes pequeños, punzadas, calor, frío. O podemos jugar con su mente. Dejarlo días en la oscuridad, colgado, sin saber qué viene después. El cuerpo se adapta. La mente… no.
Trevor se revuelve en la silla. Intenta gritar algo. El miedo le desborda los ojos. Empieza a entender, a entender de verdad.
—También puedes elegir algo más rápido. Preciso. Algo que lo haga sufrir de forma intensa, pero breve. Podemos romper huesos, quemar nervios, obligarle a tragarse cada palabra que alguna vez usó contra ti. No será menos efectivo, pero será… otra cosa.
Emily sigue sin decir nada, pero yo ya la veo. Está valorando. Sopesando. No desde el dolor, desde el control.
Y eso es lo más poderoso que he visto nunca.
—Tú marcas el ritmo, mo Mórrígan. El orden. La intensidad. Lo que le vamos a hacer… es lo que tú elijas. Porque este no es mi castigo. Es el tuyo.
Trevor parece que va a reventar. Sudor, ojos desorbitados, temblores. No ha dicho una palabra, pero su cuerpo lo grita todo.
Ella da un paso más cerca de él. Y no hace falta que hable, yo ya lo sé. Ya ha empezado.
La observo, en silencio, con una mezcla de orgullo y asombro que no sabía que podía sentir.
Esta mujer… mi mujer… es mucho más de lo que nunca soñé.

Mi Mórrígan.
Mi reina oscura.
Y esta es su venganza.

36

Emily

Tengo a mi verdugo delante.
Y por primera vez, no soy la víctima. Soy quien decide, quien impone, quien manda.
Y lo más aterrador no es lo que voy a hacerle… es que me gusta tener el poder de hacerlo.
Trevor tiembla en la silla. Lo veo desde aquí, con la cabeza atada, el torso anclado a esa silla que parece diseñada justo para esto. No puede escapar.
No puede huir. No puede esconderse tras la botella, ni tras los gritos, ni tras mis lágrimas.
Ahora…el verdugo soy yo. Y el dolor lo impongo yo.
Escucho a Seamus mientras habla, cada palabra suya es una posibilidad, una herramienta, una puerta que puedo abrir si quiero. Me guía, pero no me dirige.
Está ahí, a mi lado, como promesa y testigo. Su calma es mi ancla.
—Tú decides, mo Mórrígan —dice—. Lo que quieras. Cuando quieras.
Camino hacia la mesa. Paso los dedos sobre las herramientas alineadas. Elijo un guante y me lo pongo, pero no para protegerme. Para recordarle que ahora todo es quirúrgico, preciso… inevitable.
Empiezo suave.
Golpeo su rostro. No con la rabia del pasado. Con la firmeza del presente. Le devuelvo la bofetada que me partió el labio a los seis años. Una vez. Otra. Me escucho respirar hondo. El guante estalla en su mejilla con un chasquido seco. Su piel se enrojece, se quiebra.
Siento que algo en mí se rompe y se recompone al mismo tiempo.

—¿Te acuerdas cuando dijiste que si volvía a llorar me ibas a arrancar los dedos? —le susurro—. Pues aquí estoy. Y soy yo la que decide quién pierde qué.
No respondo al miedo en sus ojos, solo lo registro. Es nuevo, puro… suyo.
Y entonces lo veo. El martillo. El que Seamus dejó sobre la mesa sin decir nada, como si ya supiera.
Me acerco a la pierna.
Él tiembla. Lucha contra las correas. Emite un gemido que me atraviesa… pero no me detiene.
—¿Sabes qué es lo peor que le puedes hacer a una niña que quiere ser bailarina? —le pregunto, sin apartar la mirada de su rostro—. Amenazar con romperle las piernas cada vez que algo no sale como quieres.
Levanto el martillo. Me tiembla la muñeca pero no la decisión.
—¿Te acuerdas de aquella noche, Trevor? Porque yo sí.
Y sin gritar, sin cerrar los ojos… bajo el brazo.
El crujido no es como en las películas. No es exagerado. Es seco. Brutal. Final.
Él grita en silencio y yo me quedo quieta. No sonrío, no lloro. No me desmorono, solo respiro.
Porque esto no es venganza, es justicia y acaba de comenzar.
El crujido de su pierna aún flota en el aire cuando me separo unos pasos. El martillo tiembla en mi mano, pero no es miedo, es una descarga. Lo dejo a un lado, el eco metálico resuena en la sala y lo corta todo en dos.
Trevor llora.
No como un hombre que pide piedad, sino como una criatura que sabe que no la habrá.
Me rodea el silencio, y en ese vacío, por primera vez en años, estoy completa. No temblorosa. No confundida ni asustada. Completa.
Camino hasta la mesa. Me quito el guante y lo dejo a un lado. Me limpio la sangre con un trapo, aunque sé que no saldrá toda. No importa. Esa sangre ya es parte de mí. Una cicatriz externa para acompañar las internas.

Seamus no se ha movido, siento su presencia como una muralla. No me mira como a una víctima, ni como a una ejecutora. Me mira como a su igual. Su compañera. Su reina. Y eso me sostiene.
Elijo el cuchillo. El largo. El de hoja curva, pesada, que entra como una caricia y sale como un juicio.
Me planto frente a él, le bajo la mordaza y espero.
Lo observo un rato largo, lo suficiente como para que empiece a retorcerse en la silla, como si su cuerpo quisiera huir antes de lo inevitable.
—Te voy a contar una historia —le digo, la voz serena, como si hablara con un niño enfermo—. La historia de una niña que solo quería bailar. Que creía que si se portaba bien, si ensayaba suficiente, si no lloraba… su padre la querría.
Trevor solloza, me revuelve el estómago, pero no me detiene.
—¿Sabes qué aprendió esa niña? Que el amor no dolía por ser amor. Dolía porque no lo era. Porque tú no lo tenías, porque tú eras un pozo seco, lleno de rabia, de odio. Y lo único que supiste hacer fue romperla.
Alzo el cuchillo.
—Por cada vez que me encerraste en el baño sin comida.
Clavo la hoja despacio en su abdomen, siento la resistencia de su carne. El calor. El estremecimiento. Pero no me detengo. Aprieto hasta que la sangre fluye. Roja. Espesa. Viva.
—Por cada vez que tu voz me despertó de madrugada gritando que me odiabas.
Otro tajo. Esta vez en el costado. Cerca del riñón. No lo suficiente para matarlo, pero sí para que empiece a entender.
—Por cada vez que me llamaste " mierda inútil". Por cada zapatilla que me arrancaste del pie y tiraste a la basura.
La hoja entra entre las costillas. Justo donde sé que duele, pero no mata, como me explicó Seamus.
Trevor tiembla. Jadea. Me llama con una voz que ya no tiene fuerza.
—Emily…
Y eso me enciende.
—¡No! ¡No te atrevas a usar mi nombre! No lo mereces. Nunca lo mereciste.

Saco el cuchillo. La sangre me salpica el antebrazo. La siento correr por mi piel como si intentara lavarme de lo que él me dejó dentro.
Respiro hondo.
—Por cada vez que me hiciste pensar que estaba sola en el mundo. Que nadie iba a venir. Que yo no valía ni el aire que respiraba.
Me arrodillo frente a él. Lo miro a los ojos. Él me mira de vuelta. Pero no me reconoce. Porque esta Emily no existía antes.
Llevo la punta del cuchillo a su pecho.
—Y esta… esta es por mí. Por todas las veces que quise morirme y no lo hice. Por todo lo que sobreviví. Por cada jodido día que no me rendí.
Clavo. Lento. Hasta el fondo.
Trevor se arquea, sus ojos se abren como platos, su boca forma una " O" sin sonido.
Le sostengo la mirada. Hasta el final.
Y cuando el último espasmo lo abandona… respiro.
Me levanto y camino hasta Seamus. Me tiembla el cuerpo, pero por dentro… estoy firme. Sólida.
—Ya está —susurro, apenas audible.
Y él me abraza.
Y yo, cubierta de sangre, con las manos aún calientes de justicia, me dejo sostener. Porque por primera vez… ya no cargo con él. Con nada. Soy libre.
Él me sostiene sin decir nada. No me pregunta si estoy bien. No hace falta. Su cuerpo es mi refugio. Su pecho, mi escudo. Sus brazos, la única jaula en la que me dejaría encerrar.
Estoy cubierta de sangre, de la historia que por fin ha terminado.
Y aun así, cuando me abraza, no siento que traigo suciedad, sino verdad. Algo que tenía que pasar. Algo que ahora me define.
Respiro contra su cuello, y él me envuelve más fuerte, como si pudiera fundirme en su piel.
—Estás temblando —murmura.
—Estoy viva —respondo.
Y lo beso. No con furia, ni con necesidad de castigo. Lo beso como se besa un hogar.
Él no me detiene, me deja, me permite. Y eso me incendia.

Le desabrocho la camisa con manos manchadas, dejando huellas rojas en su pecho. Le bajo los pantalones, me deshago de mi ropa sin orden, sin lógica. Solo con esa urgencia contenida que se ha ido acumulando en mi vientre desde que el cuchillo cayó de mi mano.
Le hago arrodillarse y se queda quieto, me deja guiar. Sus ojos fijos en los míos. No hay hambre, hay ofrenda total.
Me monto sobre él despacio y siento cómo su cuerpo entra en el mío. Cómo me llena sin violencia, sin prisa. Como si estuviera entrando en un templo sagrado.
No nos movemos al principio, solo nos sentimos.
Yo respiro. Él me acaricia la espalda. Nos dejamos estar.
Mis muslos tiemblan, pero no me detengo. Empiezo a moverme con lentitud, arriba, abajo, un vaivén que me va arrancando el veneno que aún quedaba en mí. Mis dedos se clavan en sus hombros. Su aliento acaricia mi clavícula.
Y entonces lo dice.
—Te amo, mo Mórrígan.
Y todo dentro de mí se parte y se recompone.
Levanto la mirada y cuando encuentro la suya, no hay sombras, no hay temor. Solo él. El hombre que me salvó, que me miró con todo, incluso cuando yo no podía mirarme.
—Te amo —susurro.
Y la voz me sale entera, sin grietas.
Lo que hacemos entonces no es sexo. No es un acto, es un pacto. Un lazo que se ancla en lo más profundo.
Seguimos moviéndonos, lentos, como si estuviéramos bailando bajo el agua. Mi frente contra la suya. Mi respiración pegada a su boca.
Y cuando el orgasmo me alcanza, lo hace con lágrimas en los ojos.
No de tristeza. De alivio. De pertenencia. De amor.

37

Seamus

Sigo dentro de ella.
De rodillas. Con las manos en su piel y la sangre de su historia aún caliente entre nosotros.
No hay reloj que mida este momento, no hay nombre para lo que somos ahora. Solo estamos, respirando el mismo aire, fundidos en la misma rabia que nos redimió, cubiertos por el silencio sagrado que dejó el cuerpo inerte frente a nosotros.
Emily no se mueve, no me suelta. Y yo no me atrevo a apartarme de ella. Porque aún la siento temblar por dentro, no de miedo, no de culpa, sino de algo mucho más brutal… alivio.
La amo. Lo dije. Lo dejé caer como una sentencia, como una ofrenda que ya no podía seguir guardando.
Y no me arrepiento. Porque no fue una promesa ni una súplica. Fue una verdad con los dientes apretados, dicha en el altar más oscuro que conozco. Frente al cadáver del cabrón que intentó destruirla, le dije que la amo. Y ella… me lo dijo a mí, desde el alma.
Cuando al fin me separo, lo hago con una ternura que me nace desde las vísceras, la ayudo a vestirse despacio, la levanto como si fuera mía desde siempre, y ella me rodea con las piernas, con los brazos, con el alma entera.
Se aferra a mí como si fuera el único lugar donde su cuerpo entiende lo que significa sentirse viva.
Y yo, sin decir una palabra, la llevo a casa.
Higgins nos ve salir. No dice nada. Solo asiente y desaparece. Entiende el tipo de no che que ha sido, el tipo de sangre que hemos derramado. La clase de amor que se forja cuando se desentierra el infierno.
No subimos a nuestra habitación. No buscamos la cama. Nos vamos directo al final del pasillo, a la terraza que mira la ciudad desde la altura exacta donde el caos ya no se escucha. Al rincón más íntimo

de la casa: el jacuzzi que espera con su agua caliente y su vapor espeso, como un suspiro largo que envuelve.
Emily se desviste despacio. No lo hace para provocarme, ni para seducir. Se quita la ropa como quien se despoja del dolor, de las capas que la ataron, de los restos del miedo.
Me mira mientras lo hace, y yo no aparto la vista. Porque su cuerpo ya no es solo un mapa de cicatrices, ahora es un grito de libertad. De poder. De renacimiento. Y la deseo con una calma que quema más que cualquier urgencia.
Nos metemos juntos. El agua nos cubre hasta el pecho y el calor nos envuelve. Y por un momento, no existe nada fuera de este pequeño mundo de azulejos, vapor y respiración compartida.
Ella apoya la cabeza en mi pecho, cierra los ojos, me deja rodearla con los brazos y se hunde en mí como si yo fuera el único lugar donde puede existir sin dolor.
No hablamos. No hay necesidad. Lo que se dijo allá abajo, frente al cuerpo de su padre, fue todo. Todo lo que éramos, todo lo que somos, todo lo que vendrá. Pero en medio de ese silencio espeso, lleno de pulso y agua, lo siento.
Emily empieza a llorar.
No lo hace con gritos, ni con gemidos, ni con rabia. Llora como solo se llora cuando se sobrevive. Lento, contenido, inevitable.
Sus lágrimas se mezclan con el agua y su cuerpo tiembla apenas, pero yo lo siento, porque la tengo pegada a mí como una segunda piel. Porque cada sollozo silencioso es una palabra que no necesita decir en voz alta para que yo la entienda.
Y yo no la interrumpo. No la calmo. No le digo que todo estará bien.
La dejo llorar.
La dejo romperse sobre mi pecho, porque sé que eso no es debilidad, es purga, es fuerza, es la forma más pura de reconstrucción.
Mis labios encuentran su frente, se apoyan ahí, la besan como quien sella una promesa que no necesita firmarse. Y le hablo. Bajo. Como si el aire no pudiera soportar más peso.
—Estoy aquí, mo Mórrígan… y no pienso irme nunca.

Ella no contesta. No necesita hacerlo, porque la forma en que se agarra a mí, la forma en que su llanto se convierte en respiración, me lo dice todo.
Ya no está sola, ya no somos dos mitades rotas. Somos un incendio que aprendió a arder unido sin destruirse.
Han pasado cinco días desde Fresno.
Cinco días de rutina, de cuerpos agotados y miradas cargadas, de silencios que ya no duelen y de palabras que valen más que cualquier promesa.
Siempre me despierto antes que ella.
No porque no esté cansado —lo estoy, lo estamos— sino porque hay algo en verla dormir que me ata a esta vida de forma feroz. Emily duerme como si al fin supiera que nadie va a tocarla sin su permiso, como si mis brazos fueran el único lugar donde su cuerpo puede entregarse sin prepararse para el golpe. Y yo… yo la miro. Antes del sol. Antes del ruido. Antes de que empiece a ser la mujer que arrasa con todo lo que toca.
Me levanto en silencio.
Me visto con lo primero que encuentro y bajo a la cocina. Es un ritual que construí solo para ella. Le cocino. Todos los días. No porque deba, sino porque quiero hacerlo yo. Porque alimentar a Emily se siente como un acto íntimo, como decirle "te cuido" sin tener que pronunciarlo.
Hoy hago huevos con espinacas y jamón crujiente. Tostadas con mantequilla, café fuerte, fruta cortada. No porque me lo pida, porque sé que lo necesita. Porque está entrenando como una condenada. Porque baila hasta que se le agarrotan los dedos. Porque en las noches… me lo da todo. Me lo quita todo. Me arranca la piel y se la lleva debajo de las uñas.
Cuando baja, aún con el cabello mojado y la camiseta suelta que alguna vez fue mía, huele el desayuno antes de verme.
—Mmm… ¿esto es legal tan temprano? —murmura con voz ronca, esa que arrastra de dormir y de gemir hasta quedarse sin aliento.
Me acerco, le beso la frente. Después los labios. Y no sé cómo lo hago, pero no la arrastro de nuevo a la cama.

—Todo lo que sea alimentarte, lo es —le susurro, sirviéndole el plato —. Vas a necesitarlo. Hoy pienso agotarte.
Levanta una ceja, se sienta y empieza a comer despacio, pero con más ganas que hace cinco días. Al principio apenas probaba bocado. Ahora… se lo termina todo. Porque sabe que lo quemará. En el estudio, en el campo. En nuestra cama.
O contra la pared. O encima del piano. O en la cocina, como anoche.
Tenemos marcas por todo el cuerpo. Moratones en la cadera, arañazos en la espalda, mordidas en los muslos. Lo nuestro no es suave. No es delicado. No es ese amor de manual. Es crudo. Despiadado. Doloroso en lo físico y lo emocional. Porque cuando la toco, no solo la deseo. La necesito. Me quiebra y me recompone, y cada noche nos arrancamos la piel para probarnos que seguimos aquí. Que seguimos siendo nuestros.
Desayunamos sin prisa. En silencio. Solo el sonido del tenedor, el café, el roce de sus pies contra los míos bajo la mesa. Hay días en los que hablamos. Hoy no. Hoy solo respiramos el mismo aire y eso basta.
Después viene el entrenamiento. Ejercicio juntos en el gimnasio. Rutina de fuerza, cardio, resistencia. Nos empujamos el uno al otro, nos retamos, nos jodemos a propósito. A veces me lanza una pesa como quien lanza una provocación. Otras, me mira sudando y sonríe de esa forma que hace que quiera arrastrarla al suelo del tatami y follarla ahí mismo.
Pero no lo hacemos. No siempre.
Emily se va a su sala. Yo me ducho y salgo. Reuniones con aliados, visitas a algunos clubes, toco puertas que no necesitan abrirse porque cuando digo mi apellido, las cerraduras se deshacen. Me muevo como lo que soy: un hombre en guerra con el mundo, pero en paz con una sola persona.
Vuelvo para el almuerzo. No siempre, pero hoy sí. Le cocino algo rápido y ligero. Y la veo, despeinada, en sujetador deportivo, bebiendo agua con los músculos tensos de tanto bailar. Tiene una herida en la rodilla. Le limpio la piel con una toalla húmeda, me agacho, beso justo al lado. Ella no dice nada, solo me deja hacerlo.
Por la tarde, la cosa cambia. Nos vamos atrás.

El sol cae lento, derramando su luz naranja sobre el campo de tiro que Higgins montó en la parte trasera de la casa. El aire huele a tierra caliente, metal y pólvora antigua. Es viernes. Día cinco. Y estamos solos.

Higgins ya no está. Como siempre, desaparece apenas llegamos, dejándonos ese espacio sagrado donde solo existimos nosotros dos, entre armas, sudor y tensión sexual mal disimulada.

Emily se pone el chaleco con una mueca. Todavía no le gusta. Le molesta, dice que la aprieta. Pero no se lo quita. Porque sabe que esto no es un juego. Y porque yo se lo ajusto con las manos lentas, con los dedos rozando su cintura, con los ojos fijos en su boca.

—Me aprieta, O ' Sullivan.

—Es para que no se te caiga el corazón —murmuro, abrochando el último cierre—. Hoy vas a apuntar con todo.

Me lanza una mirada que mezcla cansancio, picardía y amenaza.

—Voy a darte en el ego, ya verás.

—Si le das a un blanco hoy, te dejo elegir mi castigo.

—¿Y si le doy a dos?

—Te dejo montarme con las botas puestas.

—¿Y si no le doy a ninguno?

—Me perteneces toda la noche.

—¿Y si fallo a propósito?

—Entonces, me perteneces para siempre.

La sonrisa que me lanza es pura dinamita.

Nos colocamos frente a los blancos. Son tres. Distancias distintas. Ella suda ya antes de levantar el arma. Hace calor y lleva todo el día moviéndose como un vendaval de disciplina. Yo la he visto. En el gimnasio. En la sala. En mi cama. Su cuerpo pide tregua. Pero su espíritu, ese que se forjó entre dolor y fuego, no conoce la palabra rendirse.

Le paso la Glock. La observa. La acaricia con cuidado, como si le hablara.

—Respira hondo —le digo desde atrás, con la voz baja contra su cuello—. Visualiza el punto. No mires el cartón, mira el centro. No dispares por instinto. Dispara por decisión.

Asiente. Endereza los brazos, y dispara.

El primer impacto da fuera del blanco. Muy fuera.
Ella maldice en voz baja.
—Tranquila. No estamos en guerra… aún —susurro, con una sonrisa.
El segundo disparo toca el borde del primer círculo. Muy cerca.
Emily se queda en silencio. El arma baja un poco. Yo le levanto el mentón con un dedo.
—Uno más. Concéntrate. Esta es la que vale.
Ella inspira y dispara.
El estallido corta el aire. El cartón se sacude. Impacto, centro bajo. Dentro.
Se queda paralizada. Me mira. Los ojos le brillan.
—¿Eso fue…?
—Blanco.
Ella suelta el aire con un gemido de triunfo y cansancio. Baja el arma, se gira y me sonríe como si hubiera ganado una batalla de verdad.
—Uno. Te debo una.
—Te debes una a ti misma, nena. Pero ahora quiero mi parte.
—¿Cuál?
—Toda tú.
Camino hacia ella, despacio, como si fuera otra vez el principio. Como si no la hubiera tenido anoche gritando contra la pared del pasillo. Como si no supiera exactamente dónde presionar para que se derrita entre mis manos.
—¿Te parece justo? —pregunta, con el pulso acelerado.
—¿Justo? No. Pero sí inevitable.
La agarro por la cintura. La beso como se besa a una reina que acaba de disparar su primer blanco. Como se besa a una mujer que lleva mi nombre clavado entre las piernas, aunque aún no lo sepa.
Y mientras el sol termina de hundirse, entre cartones agujereados y tierra revuelta, la levanto en brazos, la siento sobre la mesa del arsenal y le muerdo el cuello con la promesa de que esta noche no va a dormir, pero va a recordar cada maldito segundo.

Emily

Estoy agotada.
No cansada, ni molida. Agotada.
Mi cuerpo es una sinfonía de músculos tensos, moretones en lugares imposibles, y hambre constante, de comida, de paz, de él. Una semana entera entrenando como si el mundo se acabara el lunes. Y tal vez lo haga. Porque el lunes tenemos cita con Madame Koroleva, nuestra dictadora particular. La mujer que nos hizo bailar hasta sangrar y aún así quería más.
Pero hoy… hoy es sábado.
Llegar a Eureka es como cruzar una frontera invisible.
No hay aduanas, ni pasaportes, pero el aire cambia. Se vuelve más denso, más limpio a la vez. Como si los árboles filtraran la suciedad de la ciudad, como si el bosque supiera que estamos heridos y nos diera tregua.
Seamus conduce en silencio, una mano en el volante, la otra sobre mi muslo, su pulgar acariciando con ese gesto que no parece gran cosa, pero que me ancla. Me ha dicho que Declan nos espera, que hay cosas que resolver. Trabajo. Clan. La parte de su vida que no duerme aunque nosotros sí.
Al llegar, la casa nos recibe con puertas abiertas y olor a pan caliente.
Erin aparece la primera, con el delantal puesto, el cabello recogido y una sonrisa que, sin decirlo, te envuelve. No sé cómo lo hace, pero logra que sientas que el mundo no se va a acabar, aunque en realidad lo esté ha ciendo.
—¡Por fin! —dice, abrazando a Seamus primero y después a mí, más suave, con ese toque maternal que aprendí a recibir sin defenderme —. Estás más delgada, Emily. ¿Te están cuidando bien?
—Me cuido yo sola, pero sí —respondo, con una sonrisa—. Seamus cocina.
—Y muy bien, por cierto —murmura ella, dándome un guiño—. Pasad, todos estan a punto de llegar.
Pero antes, aparece Natasha.

Lleva un vestido de lino blanco, el cabello suelto, esa forma tranquila de moverse que le nace desde dentro. No hay una pizca de agresividad en ella, ni rastro de las batallas que sé que ha librado. Solo paz. Dulzura. Y unos ojos que brillan cuando me ven.
—Em —susurra, sonriendo al acercarse—. Una semana entera.
Nos abrazamos. Fuerte. Largo. No hace falta más. Nos hemos echado de menos y lo sabemos.
—¿Estás bien? —me pregunta bajito, mirándome como solo una amiga de verdad mira.
—Sí. Solo… agotada.
—Lo imagino. Estás más fuerte, y tienes otro brillo.
—¿Cuál?
—El de alguien que no se está rindiendo.
Le aprieto la mano sin decir nada, pero ella lo siente.
Los hombres se saludan con palmadas, miradas, comentarios breves. Seamus y Declan desaparecen en el despacho. Natasha me toma del brazo y caminamos al porche. Allí, hablamos de cosas pequeñas. La casa. Los ensayos. El lunes con Madame Koroleva.
—¿Crees que está igual de exigente que antes? —le pregunto, sirviéndome un vaso de agua con rodajas de limón.
—Peor —responde sin titubeo—. Pero también está… mayor. A veces la veo mirar el suelo como si ya no supiera si bailamos para ella o para los muertos.
Me quedo en silencio un momento. Natasha me roza el brazo con ternura.
—Vamos a hacerlo bien, Emily. Este año es por nosotras.
Asiento.
La hora de la comida se acerca y el olor que sale de la cocina es celestial. Pan horneado, carne cocinándose lento, especias flotando en el aire como una canción antigua. Erin aparece y nos llama desde la puerta.
—¡A la mesa, que esto no espera!
Y poco a poco, van llegando todos.
Liam entra primero, con su eterna chaqueta de cuero, el gesto serio y el humor ácido listo para disparar.

—Pensé que la nueva bailarina ya se había rendido —me lanza, dándome un beso en la mejilla.
—Lo pensé, pero me volví adicta a disparar —respondo.
—Eso explica las sonrisas de Seamus últimamente —comenta, quitándose las gafas oscuras.
Patrick aparece poco después, más relajado, sin prisa, con una cerveza ya en la mano.
—Aidan y Siobhan están en L.A. —dice, apenas saluda—. Tema delicado. Parece que el capo italiano está enfermo.
Todos giran al mismo tiempo.
—¿Confirmado? —pregunta Patrick.
—No del todo, pero hay movimiento. Han cambiado de chofer, de abogado, y esta mañana volaron dos hombres desde Italia. Algo se está gestando, y no es pequeño.
Seamus y Declan salen del despacho justo entonces. Las caras duras, las mentes en marcha.
—¿Habéis contado lo de L.A.? —pregunta Seamus, sentándose a mi lado.
—Ya lo saben —responde Liam.
Erin reparte los platos sin interrumpir. Como si supiera que estas conversaciones son parte del pan que ella sirve. Que las armas y las amenazas están tan integradas a esta mesa como los cubiertos.
—Si el capo muere, ¿qué pasa? —pregunto en voz baja.
—Guerra —dice Declan, sin adornos.
—¿Y si no muere?
—También.
La mesa guarda un segundo de silencio, y después… seguimos comiendo. Porque así es esto.
Somos familia, pero también somos soldados. Hombres que crecieron con pólvora bajo las uñas. Mujeres que aprendieron a no llorar con la boca cerrada. Aquí no hay promesas, ni cuentos. Hay lealtad. Hay códigos. Hay pan caliente y armas bajo la mesa.
Y yo no me siento una invitada. No me siento infiltrada, ni ajena, ni al borde.
Poco a poco, empiezo a sentir que pertenezco. No porque me lo hayan dicho, sino porque mi cuerpo ya no se tensa con cada

palabra. Porque las miradas no pesan. Porque mi plato está lleno y mi silla está ahí, aunque nadie la señale.
Porque cuando Seamus me pasa el vino y me aprieta la rodilla por debajo de la mesa, ya no me siento una extranjera en su mundo. Me siento parte de él. De ellos. De esto.
La comida se alarga con la lentitud de las cosas que no queremos terminar.
Hay risas, platos que se pasan de mano en mano. Vino que no deja de servirse. Historias que se cruzan sobre la mesa como si fueran puentes de guerra y paz.
Erin se sienta al fin cuando todos ya han empezado y Patrick la obliga a tomar una copa de vino, diciendo que las verdaderas generales no solo cocinan, también beben con sus soldados.
Declan y Seamus han intercambiado miradas durante toda la comida. Cortas, afiladas, cargadas de algo que no se dice en voz alta. Negocios. Clan. Movimiento. Lo sé. Lo huelo. Pero ninguno lo menciona hasta que el postre llega.
Tarta de manzana y café.
—Podríamos ir al pub esta noche —sugiere Patrick, como quien no quiere la cosa, mojando un trozo de masa con los dedos.
—¿Al pub? —pregunta Natasha, sonriendo con suavidad.
—Sí. Hace días que no celebramos nada. Y tenemos razones de sobra —responde Liam, guiñándome el ojo.
—¿Ah sí? —pregunto, con la ceja alzada.
—Tú estás viva, nosotros estamos vivos, nadie ha muerto esta semana… eso cuenta, ¿no?
Las risas se encienden.
—Y porque necesitamos que Emily conozca un bar como Dios manda —dice Seamus, apoyando el brazo detrás de mi silla—. Con música, con Guinness, y con toda la banda.
—¿Y también me van a hacer bailar sobre la mesa? —pregunto, fingiendo horror.
—No, pero podrías ver a Liam caer de una —murmura Erin, con la voz dulce de siempre.
—¡Eso fue una vez! —gruñe Liam.
—Fue glorioso —responde Patrick, ya de pie.

Erin recoge los platos entre protestas de todos. Se niega a que la ayudemos, así que nos deja sin excusas.
Una hora después, ya estamos listos.
La tarde huele a bosque y promesa. Nos vestimos sin mucha ceremonia. Jeans, camisetas, chaquetas de cuero. Seamus me pasa el brazo por los hombros cuando ve que tiemblo un poco en el porche.
—Estás a salvo —me dice, sin mirarme, como si fuera un recordatorio más para él que para mí.
—Lo sé —respondo, rozando sus nudillos.
Bajamos en dos coches. El pub está a unos minutos. Las luces se ven desde la carretera, cálidas, titilantes. Como un faro en medio del bosque.
Y cuando entramos… todo cambia.
La madera cruje bajo nuestros pasos. El aire está cargado de olor a cerveza, fuego, carne. Hay gente, pero el ambiente es íntimo. No nos miran como extraños, nos miran como si ya nos conocieran.
Y nos conocen.
Seamus me toma de la mano mientras cruzamos hasta la barra.
—Voy a presentarte —dice.
—¿A quién?
—A todos.
Y lo hace.
Uno a uno. Con nombre y gesto. Algunos hombres son del clan. Aliados, antiguos amigos de Declan. Todos estrechan mi mano con respeto, con aprobación.
Y entonces alguien grita algo en gaélico desde el fondo, alguien más responde con un brindis, y de pronto, la noche arranca.
La fiesta empieza como si el pub llevara toda la vida esperándonos.
La música no tarda en subir, primero tímida, después con el pecho abierto. Hay un hombre con acordeón en una esquina, dos guitarristas junto a él, un violín que entra como si fuera un suspiro borracho y hermoso. Todo huele a madera, a alcohol, a hogar.
Las primeras canciones son rápidas, rítmicas. Esas que se bailan con las botas golpeando el suelo y las pintas chocando con fuerza. Algunos empiezan a aplaudir. Otros ya están en pie. Natasha me

coge de la mano y yo dejo mi vaso a medias mientras me dejo arrastrar.
La pista no existe. Se crea. Entre mesas, entre bancos empujados al fondo, entre cuerpos que se conocen y no temen rozarse. Declan la observa desde el bar, copa en mano, sonrisa escondida bajo la barba. Seamus me mira desde lejos, con ese brillo que conozco bien: orgullo, hambre, algo más que no se puede explicar con palabras.
Liam baila con una mujer que parece sacada de otro tiempo, con trenzas largas y botas hasta las rodillas. Patrick canta. Literal. Subido a una banqueta, brazo alzado, voz ronca, desafinado y glorioso. Y la canción que canta… la conozco. Una de esas baladas de guerra y amor perdido que Erin tarareó antes en la cocina, cuando pensaba que nadie escuchaba.
Yo me río, me muevo, me dejo llevar.
Natasha y yo giramos, caemos en pasos que no hemos practicado pero que el cuerpo aprende. Como si hubiéramos nacido para esto. Como si nuestras raíces —aunque distintas— hubieran crecido bajo la misma tierra.
Cuando la música baja un poco, todos se agrupan. Se sirve más Guinness. Más whisky. Se cantan coros. Se cuentan anécdotas. Declan se sube a una mesa y hace un brindis que nadie interrumpe.
—A los que han sangrado por los suyos. A los que han perdido y no se han rendido. Y a los que entran sin pedir permiso, pero se ganan su lugar con cada respiración.
Y ahí, todos giran hacia mí, no con presión, con reconocimiento.
Y cuando los vasos se alzan, sé que no están brindando por mí como si fuera una invitada. Están brindando conmigo, como si siempre hubiera estado aquí, solo que no lo sabía.
—¡Sláinte! —gritan todos.
—Sláinte —respondo, y la palabra me arde en la lengua como si me sellara algo dentro.
Después, me encuentro junto a Seamus. No sé en qué momento él cruzó hasta mí. Solo que ahora está detrás, sus brazos rodeándome desde la cintura, su barbilla en mi hombro.
—¿Estás bien? —me pregunta, su aliento contra mi oreja.

—Estoy… —dudo un segundo, buscando la palabra exacta—. Estoy dentro.
—Sí —dice él, besándome el cuello—. Estás dentro. Y ya nadie puede sacarte.
Nos quedamos así, con la música viva, con las risas rompiendo el techo, con el pub latiendo como un corazón grande y desordenado.
Y no me siento una bailarina huyendo de su pasado, me siento clan. Me siento fuego. Me siento O ' Sullivan.

39

Seamus

La música lo llena todo.
El pub vibra como un maldito corazón irlandés desbocado. Las guitarras gritan, los vasos se chocan, los pasos golpean el suelo como si fueran tambores de guerra. Y en medio de todo… está ella.
Emily.
Girando, riendo, bailando con Natasha mientras su cabello se agita en una tormenta de luz tenue y sudor dulce. Dios, verla así me destroza por dentro. No por miedo, ni por culpa. Por algo más animal. Más puro. Porque verla feliz me hace querer matar a cualquiera que le robe siquiera un segundo de esto.
Pero, claro, no puedo entregarme del todo. No yo. No esta noche.
Porque mientras todos celebran, mientras el clan se relaja, mientras Declan sonríe y Liam canta como un borracho glorioso, mi cabeza sigue atada a otro lugar. A otro nombre. A otra amenaza.
Los italianos.
Hay algo moviéndose en sus filas. Aidan lo confirmó desde L.A. El Don… Moretti… está enfermo. Grave. Y cuando un árbol viejo empieza a caer, los cuervos se alinean en sus ramas. Están preparando el cambio. Una nueva cabeza. Una nueva dirección.
Y todos sabemos lo que eso significa.
Dependiendo de quién suba… puede ser el inicio de otra guerra.
Más vale malo conocido, que bueno por conocer.

Moretti es un cabrón de los antiguos. Retorcido. Frío. Pero predecible. Tiene códigos, aunque estén escritos en sangre. Pero el hijo… el hijo es otra historia.
Un enfermo. Ambicioso. Sin reglas. Y con los ojos puestos en nuestro lado del mapa.
No va a esperar a consolidarse. No va a sentarse a negociar. Va a venir. Directo. Brutal. Como todos los idiotas que creen que ser joven es suficiente para mandar.
Y eso, simplemente, no lo vamos a permitir.
Pero no esta noche. Esta noche es de ella.
Y cuando Emily vuelve a mí con los ojos brillantes, la piel caliente y la risa aún temblando en la garganta, no pienso en Moretti. No pienso en el hijo. Solo pienso en llevármela de aquí y agradecerle al puto universo que la tengo entre mis brazos.
—¿Nos vamos? —susurro, contra su oído.
Ella asiente, me agarra la mano y salimos juntos.
El aire de la noche está helado. La ciudad duerme, pero nosotros no.
Llegamos al loft y apenas cerramos la puerta, ella me empuja contra la pared.
—Tú eres mío —murmura, con los labios ya en mi cuello.
—Siempre lo he sido.
Nos desvestimos sin orden. No con desesperación, con precisión. Como dos expertos en esto. Porque lo somos. No hay vergüenza ni dudas. Solo hambre. Cruda. Abierta.
Emily me lleva al sofá y me hace sentar. Se sube sobre mí sin prisa, sin palabra. Con esa mirada que lo dice todo.
Hoy no quiere ser poseída. Hoy quiere poseer... y yo me dejo.
Me agarra del cuello, clava sus uñas en mi espalda, me marca como si fuera su territorio. Se mueve sobre mí con un ritmo lento al principio, como quien reconoce el mapa que ya conoce, pero quiere volver a explorar. Cada vez que baja, me deja sin aire. Cada vez que sube, se lleva algo de mí.
La agarro por la cintura, la guío, la empujo, pero no la detengo. Esta es su guerra y yo… su campo de batalla.
Cuando se inclina hacia adelante, con el cabello cayéndome sobre el rostro, me besa con una violencia que casi duele.

—Fóllame como si fuera la última noche —dice, jadeando, con la voz rota.
Y yo lo hago.
La levanto, la empujo contra la pared, la hago gritar con el primer empuje. No hay control. No hay técnica. Solo fuerza. Solo carne. Solo dos cuerpos que se reconocen en cada golpe, cada choque, cada gemido arrancado del alma.
Ella termina temblando, con las piernas abrazadas a mi cintura, con la frente apoyada en mi hombro, diciendo mi nombre como si se lo estuviera tatuando en la lengua.
Y yo no tardo en seguirla.
Nos caemos al suelo después, entre risas, jadeos, y sudor.
—Eso fue… distinto —dice, sin abrir los ojos.
—Eso fue nuestro.
Dormimos allí mismo, sobre la alfombra. Desnudos. Exhaustos. A salvo, aunque solo sea por unas horas.
Cuando me despierto el suelo aún conserva el calor de nuestros cuerpos.
Ella duerme sobre mí, completamente rendida, con la mejilla pegada a mi pecho y una pierna cruzada sobre las mías como si no quisiera dejar ni un centímetro libre.
Su respiración es profunda, tranquila, como si el mundo ya no la persiguiera. Como si esta noche —esta puta noche perfecta— hubiera sido suficiente para calmar todos sus demonios.
Y yo no me muevo. Podría, pero no quiero.
Porque tenerla así, dormida, pegada, con la piel aún húmeda de nosotros, me hace sentir cosas que no quiero mirar muy de frente. Cosas que duelen en el pecho y al mismo tiempo… lo vacían de miedo.
Pasa un rato antes de que abra los ojos de nuevo. La luz entra entre las cortinas como una invitación cruel. Y con ella, vuelve la realidad. La familia. El clan. Los italianos.
La guerra que nunca se fue.
—Emily —susurro, rozando su cabello con los labios—. Tenemos que irnos.

Ella se estira sobre mí, como una gata perezosa. No abre los ojos, solo se acomoda más, como si supiera que me voy a mover, pero se negara a permitirlo todavía.
—Cinco minutos —murmura, la voz raspada de tanto gemido, tanto suspiro, tanta noche.
—Cinco minutos y una ducha rápida, mo Mórrígan —le respondo, acariciándole la espalda con una mano—. Aidan y Siobhan están en casa, y eso solo significa una cosa.
Abre un ojo. Me mira.
—Malas noticias.
—O guerra inminente.
—Genial.
Nos reímos, bajito. Porque si no lo hiciéramos… probablemente gritaríamos.
Nos duchamos juntos. Lentos. Sin prisa, pero sin lujuria esta vez. Solo agua caliente, labios suaves y dedos que se quedan unos segundos más en cada cicatriz. Nos vestimos sin hablar mucho. Con esa calma tensa que precede a los días importantes.
Y cuando salimos del loft, con el sol ya arriba y la ciudad despertando a su propia violencia… sabemos que lo que viene no va a ser fácil. Pero vamos juntos.
La casa O ’ Sullivan nunca ha sido silenciosa.
Ni cuando éramos niños, ni cuando empezamos a mandar, ni ahora que el mundo parece sostener la respiración en espera de lo que venga. Es grande, fuerte, con muros que han escuchado más secretos que confesiones. Aquí crecimos. Aquí aprendimos a disparar, a negociar, a mentir sin parpadear. Aquí nació el clan.
Y esta mañana, mientras cruzamos el portón, sé que algo pesa en el aire.
No es paranoia, es el instinto que te grita antes de que alguien dispare.
Emily va a mi lado, recta, en silencio. Con los labios apretados y la mirada atenta. Sabe que hoy no venimos a abrazar a nadie. Hoy es de esos días en que cada palabra importa y cada expresión se interpreta como una jugada de ajedrez.

Entramos por el salón principal. La casa huele a madera vieja, a café recién hecho, a pólvora disimulada. Aidan está en el despacho desde que amaneció. Siobhan llegó con él. Juntos son un frente perfecto: él con la estrategia en los ojos, ella con el veneno listo en la lengua. La combinación más peligrosa que ha salido de esta familia.
Declan ya está allí cuando llegamos. De pie. Brazos cruzados. Tensión en el cuello y la mandíbula apretada. Natasha se ha quedado en la cocina con Erin, manteniendo la calma como solo ella sabe hacerlo. Liam aparece con dos tazas de café, nos saluda con un gesto breve y se coloca en su sitio, a un costado, como si no estuviera, pero escuchara todo.
Emily y yo nos miramos un segundo antes de entrar. Y después… cruzamos la puerta.
Aidan levanta la vista. Siobhan no dice nada, pero el ambiente lo dice todo.
Esto va a ser jodido.
—¿Qué tenemos? —pregunto, directo.
Aidan deja sobre la mesa un dossier. Carpetas abiertas. Fotos. Informes. Movimientos.
—Confirmado. Moretti está jodido. No terminal, pero cerca. No viaja. No aparece. Se ha movido a una propiedad privada en el norte. Fuera del radar. Y mientras tanto… su hijo está tomando el control.
—Cristiano —dice Declan, como quien escupe un nombre que ya sabía pero no quería escuchar.
—El mismo —asiente Aidan—. Veintinueve. Inteligente. Brillante, incluso. Pero sin los códigos del padre. Más joven, más cruel. Más hambriento.
—¿Contacto con nuestro territorio?
—Varias señales —interviene Siobhan, con la voz limpia y directa—. Dos emisarios preguntaron por rutas de entrada en el puerto. Y esta semana, uno de los clubs de South Market recibió una oferta de "protección" por parte de una empresa pantalla registrada en San Diego. Es Moretti Junior. Está tanteando.
—¿Y qué quiere? ¿Un pedazo o todo?
—Todo —responde Aidan sin parpadear.

El silencio que cae después es denso. Real. Como una cuerda tensa que todos sienten en el cuello.
Emily se mantiene firme. No habla, pero la noto. Está ahí, absorbiéndolo todo, entendiendo lo que significa.
Esto no es una amenaza común. Esto es alguien que viene a romper las reglas.
—No va a entrar —dice Declan, al fin, con voz de piedra.
—No si lo detenemos a tiempo —responde Aidan.
—¿Quiénes están con él? —pregunto.
—Viejos de Italia, los restos de la facción de Gallo, y un par de nuevos aliados en Los Ángeles. Tiene dinero fresco, armas, y no tiene límites.
—Entonces —interviene Liam—, tenemos que hacer algo antes de que se consolide. Porque cuando lo haga, será demasiado tarde.
Siobhan se levanta. Camina hacia la ventana. Mira el jardín.
—La cuestión no es si lo detenemos —dice—. Es cómo. Y cuánto estamos dispuestos a perder para hacerlo.
La frase queda suspendida en el aire. Y en ese momento, sé que estamos al borde de algo grande.
No guerra aún, pero sí el tipo de partida en la que los peones sangran primero.
Declan se gira hacia mí.
—Te encargarás de investigar su entorno. Contactos. Puntos débiles. Todo.
—Ya estoy en ello.
—Y tú —dice, mirando a Emily por primera vez—. ¿Estás lista para estar en esta mesa?
Emily no duda. No tiembla. No baja la mirada.
—Lo he estado desde que se cruzó mi nombre con el de Seamus.
Y en esa frase, juro por Dios, todos lo sienten. El clan se ha ensanchado y ella… ya es parte del núcleo.

40

Emily

El día pasa entre planos, nombres y mapas que no entiendo del todo.
Hay reuniones, papeles sobre la mesa, gente que habla de cosas que parecen sacadas de una película de mafiosos, pero que aquí son muy reales. Puertos. Rutas. Contactos. Alianzas. Riesgos. Y nombres. Muchos nombres. Algunos viejos aliados de la familia, lo noto en sus caras nada más oirlos, otros que les ponen en alerta solo de escucharlos.
Yo escucho en silencio. Aprendo. Absorbo.
No hablo mucho, no porque no quiera, sino porque siento que cualquier palabra mía aún pesa menos que la de ellos. Pero observo. Miro cómo se miran entre hermanos. Cómo se reparten tareas sin levantar la voz. Cómo se entienden sin necesidad de frases largas. Y cómo, cuando Declan habla, todos callan. Incluso Seamus.
No sé si seré de ayuda, pero sé que lo daré todo. Por ellos, por esta familia que me ha acogido sin pedir explicaciones. Por este hombre que me mira como si cada día fuera una guerra que él gana con solo tenerme cerca.
Por la tarde, volvemos a San Francisco con Declan y Natasha.
El helicóptero nos espera en el claro, rugiendo suave, como si ya supiera lo que dejamos atrás.
El trayecto es rápido, pero se siente eterno. Natasha y yo vamos en la parte trasera, juntas, con los auriculares puestos, la música baja, y las cabezas apo yadas una junto a la otra.
No hablamos. Es ese silencio compartido de quienes saben lo que viene. Nos estamos preparando, no con palabras, con respiración, con presencia, con memoria muscular.
Porque mañana… mañana empieza de nuevo.
Volvemos al San Francisco Ballet School y
lo que nos espera allí no es relajado.
Dormimos abrazados, Seamus y yo, como siempre, como si nuestros cuerpos ya no supieran estar separados. Esta vez no hacemos el amor. Dormimos apretados, su mano en mi espalda, mis piernas entre las suyas. Y yo… yo me dejo caer en ese lugar cálido donde no existen ni balas ni miedos.
Al amanecer, ya está en la cocina.

Preparándome el desayuno como si fuera su religión. Tostadas con aguacate y huevo poché. Café fuerte. Fruta. Me observa mientras como, con esa media sonrisa que es todo deseo contenido y orgullo callado.
—Estás preciosa, hoy todo el mundo te va a mirar —me dice, sirviéndome más café.
—Espero que no con ganas de matarme.
—Eso es muy optimista.
Río. Porque sabe cómo hacerlo. Cómo quitarme un poco del temblor que tengo en el pecho desde que me desperté.
Cuando voy a coger la bolsa para salir, lo veo caminar hacia mí con algo en la mano.
Una funda negra. Una pistola.
—No —digo al instante, sin dejarle terminar.
—Sí —responde, igual de rápido—. Va en tu bolsa de danza.
—Seamus, no puedo ir a clase con un arma.
—Y no puedes ir sin una.
Me mira serio.Sin rabia. Sin sarcasmo. Solo con esa forma suya de protegerme que no pide permiso.
—No va a pasar nada, pero si pasa… prefiero que tengas esto y no lo uses, a que lo necesites y no esté. ¿Entendido?
Me cruzo de brazos. Suspiro. Miro la funda. Luego su cara. Y finalmente, cedo.
—Esto es una locura.
—Lo sé.
Entonces… mete otro objeto en mi bolsa. Un cuchillo. Pequeño. Curvo. Ligero.
—¿Por si se me acaban las balas?
—Por si no llegas a usarlas.
Le pongo los ojos en blanco. Pero lo cojo todo, porque sé que no servirá de nada negarme.
En el coche, camino al ballet, no puedo dejar de apretar las manos.
Estoy nerviosa, más de lo que esperaba. No solo por Madame Koroleva, que seguro va a decir que no he ensayado lo suficiente, que he perdido elasticidad, que mi cuerpo está más duro, que mis

dedos no están tan vivos como antes… sino por lo otro. Por todo lo que viene con esta nueva versión de mí.
Llevo un arma en la bolsa y voy a bailar. Este mundo ya no tiene sentido, pero es el mío.
Seamus me acompaña hasta la puerta, me coloca la bolsa en el hombro, me aparta un mechón de pelo y me da un beso.
No uno suave. No uno de " buena suerte". Uno que me corta el aire, que me deja sin pies, que hace que se me olvide cómo caminar por un segundo.
Cuando me separo, aún con las piernas temblando, veo llegar a Natasha con Declan. Él hace lo mismo. La toma por la cintura. Le susurra algo que no escucho y la besa con la misma intensidad.
Nosotras nos miramos y entramos con una sonrisa de bobas, pero listas para enfrentarnos al infierno de puntas y correcciones. Porque esta vez… no bailamos para gustar. Bailamos porque somos poderosas.
La puerta del SFBS se abre con un suspiro de madera vieja y perfume a resina, sudor y ambición.
El pasillo largo huele a disciplina. Las paredes están forradas de fotos, de nombres, de historia. Y aunque ya lo he recorrido cientos de veces, hoy... es distinto. Hoy vuelvo de otra guerra. Hoy no soy solo una bailarina. Soy una mujer armada, literalmente, con una Glock y un cuchillo ocultos entre zapatillas de punta y mallas negras.
Y, sin embargo, cuando cruzamos ese umbral, todo vuelve a doler de la forma antigua.
Chloe y Scarlett están junto al espejo del fondo, estirando, hablando bajo, con las cejas arqueadas y las piernas más largas que un suspiro. Al vernos entrar, nos sonríen, nos abrazan rápido, preguntan cómo estamos, dónde hemos estado, por qué tanto misterio.
—Luego hablamos —susurro, mientras me ato el moño con la fuerza de un nudo marinero.
Los demás chicos entran poco a poco. Algunos nuevos. Otros conocidos. Todos en forma. Todos con hambre.
Y entonces se hace el silencio, porque ella entra.
Madame Koroleva.

Impecable. Alta. Recta como una espada. Con ese aire de diosa ofendida que te destruye con una mirada. El bastón en la mano. Las uñas perfectas. El olor a Chanel y a muerte profesional.
—Bienvenidos —dice, como si no estuviera feliz de vernos.
Nos ordena formar. Nos observa. Nos escanea. Y la masacre empieza.
Primero, barra. Correcciones frías. Miradas duras. Comentarios que no hieren... laceran.
—Scarlett, tus brazos parecen algas muertas. Chloe, ¿bailas o flotas sin propósito? Emily, tus caderas pesan como si llevaras un cadáver colgado. ¿Qué has hecho con tu entrenamiento?
No contesto. Aquí no se contesta, se obedece.
Pliés, relevés, grands battements. La barra se convierte en un campo de batalla. Después, centro. Giros. Equilibrios imposibles. Combinaciones nuevas que cambia a mitad de frase solo para ver si caes.
Y a veces… caemos.
Yo lo hago. Una, dos, tres veces. Natasha me lanza miradas de " resiste". Scarlett tiene sangre en un dedo del pie. Chloe está pálida.
Koroleva no cede. No alivia. Solo exige.
Dos horas. Tres.
El sudor me recorre la espalda como un río ácido. El pecho se me contrae, las piernas tiemblan, las puntas parecen cuchillas debajo de la piel.
Y cuando creo que ya no puedo más, cuando el ardor en los gemelos se ha vuelto un zumbido constante y las vértebras crujen con cada plié, levanto la mirada con ese último hilo de aliento que me queda… y los veo.
Al fondo, en la puerta. Seamus y Declan.
Están allí, enmarcados en la puerta como dos presencias que no necesitan anunciarse para imponer respeto.
Seamus, de pie, apoyado contra el marco, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en mí, como si pudiera sostenerme solo con eso. A su lado, Declan, con el mismo gesto de mármol, el mismo silencio denso, observando todo sin intervenir, como si su

sola presencia bastara para recordarnos que esto, por brutal que sea, no es lo peor que podríamos enfrentar.
Y en ese instante, algo en mi cuerpo cambia.
El dolor sigue, pero ya no me domina. La fatiga pesa, pero no me aplasta.
Porque verlo allí, sin decir una sola palabra, con ese brillo contenido en los ojos que solo yo sé descifrar, me recuerda por qué estoy aquí, por quién bailo, por quién me levanto cada vez que caigo.
No soy la chica que huyó. No soy la alumna que busca aprobación. Soy una mujer que ha sobrevivido a cosas que esta sala jamás podrá imaginar.
Madame Koroleva lanza la última serie como si estuviera arrojando cuchillos al aire. No suaviza nada, no da tregua. Pero yo respondo. Con el cuerpo roto, con las manos temblando, con los pies hechos fuego… respondo. Completo cada giro, cada jeté, cada respiración, como si me estuviera reescribiendo desde la médula.
Y cuando al fin, después de casi cuatro horas de guerra física y mental, nos deja caer como cuerpos vacíos sobre el suelo, cuando el sudor se mezcla con lágrimas en algunas mejillas y el silencio pesa más que la música… yo sigo viva.
No solo entera. Activa. Ardiente. Y con la certeza clavada en el pecho de que pertenezco a este lugar, incluso cuando quiere devorarme.
Cuando salgo al pasillo, con las piernas de gelatina y los músculos gritando, Seamus ya me espera. No necesita hablar. Solo me tiende la mano. Firme. Segura. Como si su tacto fuera un refugio al que siempre puedo volver, incluso cuando todo duele.
Y lo tomo. Porque aún me sostengo. Y porque quiero que él vea que, aunque haya ardido… sigo de pie.

41

Seamus

Dejamos a nuestras mujeres en la puerta del SFBS con un beso que parece simple, pero que encierra mucho más de lo que cualquiera ahí dentro podría entender.
Porque mientras ellas se enfrentan a la guerra del cuerpo, de la exigencia, de la danza, nosotros vamos hacia otra batalla.
Una sin música. Una que puede costarnos más que el aliento.
Nos espera una reunión con los rusos. Y eso… nunca es bueno.
Aunque Declan esté casado con Natasha Levedev, prima directa de Maxim, el Pakhan de New York, y desde esa boda mantengamos una especie de tregua con su Bratva, los rusos de esta costa juegan en otra liga.
Son distintos. Menos refinados. Más secos. Menos leales. Y su líder, Anton Chernov, no es precisamente un hombre al que uno invite a cenar sin esconder los cuchillos primero.
El punto de encuentro es un edificio vacío en los muelles. Frío. Gris. Con el eco de la humedad y los pasos reverberando en el cemento. Llegamos primero, porque los rusos siempre llegan tarde. No por desorganización. Por juego.
Declan está serio, más que de costumbre. A su lado, Aidan camina como una sombra con los ojos afilados. Yo los escolto. No porque me lo pidan, sinó porque es mi papel, y si hay riesgo, prefiero que me atraviese a mí primero.
Los vemos llegar desde lejos. Tres coches. Sin prisa. Dos SUV negros y un sedán gris oscuro. Cuando se abren las puertas, todo se enfría un poco más.
Anton Chernov es alto, enjuto, con el rostro marcado por arrugas que parecen grabadas a cuchillo. No sonríe, nunca lo hace.
A su lado, su segundo, Oleg Barinov más joven, con esa mirada nerviosa de los que aún no entienden del todo el peligro que los rodea.
Nos saludamos sin afecto, pero con respeto, porque aquí, los gestos pesan más que las palabras.
—Declan O ’ Sullivan —dice Anton, con un inglés marcado por años de vodka y rabia—. Maxim envía saludos. Me ha dicho que cuidarte es cuidarnos.

—Me alegra que Maxim piense así —responde Declan—. Porque lo que viene… va a requerir que todos cuidemos de todos.
Vamos directos al grano, no hay brindis, no hay preámbulos. Solo la amenaza en común.
Cristiano Moretti.
—Su padre aún respira, pero es una sombra —digo, apoyándome contra una columna—. Y el hijo ya se está moviendo como si fuera dueño de medio país. Tiene contactos en Miami, en Las Vegas, y ya está tanteando puertos por esta costa.
Anton asiente. Lento.
—Nos ha llegado información similar. Intentó negociar con uno de los nuestros. Con Sergei Marzenko. Lo rechazó. Y anoche, Marzenko apareció muerto en su oficina. Le rompieron todos los dedos. Uno por uno.
El silencio cae como una cuchilla.
—Eso no es una negociación. Es un aviso —dice Aidan.
—Es una declaración —corrige Declan—. Y no vamos a permitirla.
Oleg asiente, con la rabia contenida en los puños.
—El crío quiere subir por el camino más rápido. Pero no entiende la estructura. No respeta los códigos. Solo quiere poder. A cualquier precio.
Declan se cruza de brazos. Su sombra parece más grande cuando está así, en modo líder. Ya no es el hermano mayor. Es el jefe del clan.
—Y si lo dejamos crecer —dice—, ninguno de nosotros tendrá espacio. Ni los italianos viejos. Ni los Bratva. Ni los irlandeses. Este cabrón lo quiere todo.
—Maxim no moverá ficha públicamente —responde Chernov—. Pero si tenéis pruebas. Si Cristiano cruza líneas… no os frenaremos. Y podemos facilitaros apoyo. Logística. Información. Cierta limpieza silenciosa.
Declan lo mira de frente. Sin adornos.
—¿Y tú, Anton? ¿Estás dentro?
El ruso se lo piensa. Luego asiente. Una sola vez.
—Estoy dentro. Porque si no detenemos a Cristiano ahora, lo próximo que veremos será su bandera ondeando en los territorios

que juramos defender.
Nos damos la mano. Fría. Tensa. Suficiente.
No es una alianza. Es un pacto temporal entre hombres que saben que el enemigo, esta vez, puede tragárselos a todos si no actúan rápido.
Cuando salimos del edificio, el aire parece más sucio. O más claro, no lo sé.
Pero sí sé esto: La partida ha comenzado y Cristiano Moretti no tiene idea de lo que vamos a hacerle.
Volvemos al SFBS con el reloj marcando apenas la una. No han pasado más de cuatro horas desde que dejamos a nuestras mujeres en la puerta, pero ya siento como si el día me hubiera pasado por encima. La reunión con los rusos nos dejó un eco de pólvora en la garganta y un plan demasiado afilado entre los dedos.
Cuando cruzamos los pasillos del ballet, el sonido lo cambia todo.
No es música dulce. Es precisión. Violines que cortan. Pianos como metrónomos implacables. Y las voces... no muchas, solo una que resuena por encima de todo como un latigazo de hielo.
Madame Koroleva.
Cuando entramos a la sala, nos mantenemos en el fondo. Callados. Invisibles. O eso intentamos.
La escena frente a nosotros es una guerra de cuerpos.
Emily está ahí, en el centro, sudando como si su piel ardiera, la espalda recta, las piernas marcadas por el esfuerzo, los brazos firmes como cuchillas. Natasha gira a su lado con una gracia brutal, mientras Scarlett y Chloe intentan no caerse bajo la mirada asesina de la mujer que las comanda.
Y ella... Koroleva, no enseña. Dicta.
—¡Natasha, no es una caída, es una muerte lenta! ¡Chloe, te deshaces como gelatina!
—Emily, si vas a girar así, mejor vuélvete a la cama y sueña con ser bailarina.
Me cuesta… me cuesta no moverme. No romper la puerta con el puño. No cruzar esa sala, agarrarla del cuello y recordarle que si tiene algo que decir, lo diga con los dientes menos apretados.

Pero me contengo, porque sé que este es su campo de batalla. Su ritual. Su altar.
Y yo no soy su salvador, soy su testigo.
Declan a mi lado no dice nada. Solo observa. Inmóvil, con los labios apretados y los ojos cargados de una furia igual a la mía. No porque no confíe en Natasha, sino porque entiende lo que cuesta contenerse cuando alguien que amas está siendo llevada al límite.
La clase termina con una última combinación. Un ejercicio que parece más castigo que rutina. Todas acaban con la respiración deshecha, las caras encendidas, las manos temblando.
Y cuando Emily baja la mirada, la levanta un segundo después y me encuentra.
No sonríe, pero no necesita hacerlo. Porque sé que me ha visto y yo estoy ahí, entero, esperándola, con el corazón en carne viva y los nudillos blancos de tanto aguantarme.
Después de eso… todos merecen comer, porque el infierno quema, sí. Pero aquí… también se sobrevive.
Cuando salimos del SFBS, Emily camina como si las piernas fueran de cristal y fuego al mismo tiempo. Natasha no está mucho mejor. Las demás chicas siguen hablando entre ellas, pero la tensión se les nota en los hombros, en los ojos, en la manera de masticar las palabras como si aún tuvieran a Koroleva clavada en la garganta.
Declan y yo las acompañamos afuera. Cada uno en su coche. Coordinados, como siempre, sin necesidad de hablarlo.
—¿Todo bien? —le pregunto a Emily mientras le abro la puerta del copiloto.
—Depende de tu definición de " bien" —responde, con media sonrisa rota—. Creo que me he dejado media cadera en el parqué.
Nos reímos. Pero no demasiado. Todavía no.
En casa, el olor a comida ya llena el aire. Lo dejé preparado esta mañana antes de salir, sin saber exactamente cómo saldría la jornada, pero con la certeza de que, después de una mañana intensa, lo único que puede salvar el alma es una comida caliente y un sitio donde nadie te exija nada.
Declan y Natasha llegan poco después. Dejan el coche en la entrada y entran sin tocar el timbre, sin formalidades. No conocen la casa a

fondo, pero como todo en esta familia, la sangre abre puertas que no necesitan llave. Se sienten como en casa, porque lo es. Aunque las paredes sean otras.
Comemos en la terraza, bajo el toldo, con la brisa de la bahía entrando por los árboles y el sol bajando apenas lo suficiente como para no quemarnos. He hecho pasta con gambas, algo de ensalada, pan al horno, y un par de botellas de vino blanco que refrescan hasta los pensamientos.
Emily se queda en silencio la mitad del almuerzo, pero come. Y eso, después de una clase como la de hoy, ya es una victoria.
—¿Cómo estaba la bruja? —pregunta Declan, medio sonriendo.
—Cruel, sádica y perfecta —responde Natasha, con un suspiro.
—Me cae bien —dice Aidan, que apareció hace unos minutos y se ha quedado en el borde, apoyado en la baranda como si vigilara.
—Claro que te cae bien. No te gritó durante cuatro horas seguidas —resopla Emily desde el otro extremo.
Nos reímos todos.
La tarde avanza sin prisa. Cuando terminamos de comer, dejamos los platos en la cocina, nos quitamos la ropa y nos vamos directos a la piscina. No hay mejor medicina que el agua fría y el cuerpo rendido.
Emily se sumerge como si el agua fuera un segundo aire. Nada hasta el fondo y sube con el pelo pegado a la cara, los ojos cerrados y esa sonrisa leve que solo aparece cuando algo dentro se suelta. Me tiro detrás de ella, la abrazo por la espalda y me quedo ahí, flotando con su cuerpo entre mis brazos.
—Esto —susurra, sin abrir los ojos—. Esto debería recetarse.
Declan y Natasha se unen poco después. Ella se sienta en una tumbona al sol, con las piernas estiradas, los ojos cerrados y un vaso de vino en la mano. Él se lanza al agua sin pensarlo, salpicando a Aidan, que aún no se decide a mojarse.
Y entonces aparece Siobhan. Como un murmullo que se vuelve presencia.
Nadie la había oído llegar, pero ahí está. Vestido largo de lino negro, gafas oscuras, un moño tirante y los pies descalzos que no hacen un

solo sonido sobre la piedra. No pregunta. No se explica. Se sienta en el borde de la piscina, mete los tobillos en el agua y observa.
El silencio se acomoda solo con ella ahí. No por tensión. Por respeto. Porque Siobhan, cuando habla, corta el aire.
—Cristiano se está moviendo —dice al cabo de un rato, sin levantar la voz, mirando el agua como si le hablara—. Va a querer entrar por el sur. Es lo más débil ahora mismo. Y tiene un contacto en San Diego. Un tal Santiago Herrera. Le dicen El Lobo. Ex FARC, ahora metido en transporte por tierra. Y armas.
—¿Estás segura? —pregunta Declan.
—Sí —responde sin añadir más.
No hace falta más. Cuando Siobhan dice que lo sabe… es porque ya está hecho.
El agua se vuelve más densa de pronto. Las risas mueren suavemente. No es miedo, es atención. Porque ese nombre —El Lobo— no es cualquiera. No es un soldado más, es una pieza. Y si Cristiano lo está moviendo…las reglas del tablero acaban de cambiar.
Emily me toma la mano bajo el agua y yo la aprieto.
Porque aunque estemos en nuestra casa, con nuestros aliados, en un oasis de sol, vino y calma…la tormenta ya se está formando.

42

Emily

La semana no pasa. Se desliza como un cuchillo por la carne.
Lenta. Aguda. Implacable.
Por las mañanas, los ensayos con Koroleva nos llevan al borde. Ya no grita tanto como al principio. Ahora su silencio es más letal. Un alzamiento de ceja. Un gesto con la mano. Un "detente" apenas audible que te deja temblando más que cualquier insulto. Y aún así, no nos vamos. No flaqueamos. Natasha y yo nos miramos entre ejercicio y ejercicio, sudando, jadeando, con las piernas cediendo… pero seguimos.
Por las tardes, las balas.

Campo de tiro, defensa personal, combate cerrado.
Mi cuerpo ya no sabe si bailar o pelear. Si flexionar o resistir. Seamus me entrena con una mezcla de paciencia y brutalidad dulce que me saca de quicio. Pero cada vez que acierto un disparo o esquivo un ataque, veo ese destello de orgullo en sus ojos. Y eso basta.
Por las noches, él y yo nos rompemos.
La cama ya no es un lugar de descanso, es un campo de guerra. Una zona de contacto. Entre gemidos, arañazos y embestidas, no hay espacio para lo suave. Solo para lo real. Lo feroz. Lo que no se finge. A veces creo que solo sobrevivimos a los días porque las noches nos devoran primero.
Cuando llega el viernes, no me queda ni un centímetro de piel sin tensar. Estoy agotada. Fun dida, pero no rendida.
Volamos a Eureka al anochecer.
El helicóptero despega con ese rugido seco que siempre me eriza la nuca. Vamos todos: Seamus, Declan, Natasha, Aidan… y yo.
Todos con la misma expresión. Rígidos. En silencio. Pensando en lo que nos espera al aterrizar.
Porque esta vez, el viaje no es familiar. No es un descanso. Es estrategia.
Siobhan ha estado en San Diego. Se reunió con un contacto neutral, un tal Diego Cárdenas. Empresario, según los papeles. Transportista, según las calles. Hombre peligroso, según todos. No forma parte de ningun cartel, pero tiene vínculos con demasiados. Si alguien puede inclinar la balanza en el sur, es él.
Pero el encuentro no fue fácil, no se entendieron. O mejor dicho: él no se dejó entender.
Demasiadas evasivas, demasiado humo, y Siobhan odia el humo. Así que ahora toca reagruparse, decidir si vale la pena intentarlo con Cárdenas otra vez… o si hay que preparar el terreno para una guerra sin alianzas.
Yo no participo en esa parte. No aún. Pero sé que tengo mi propio frente.
Porque si Madame Koroleva me hizo pedazos esta semana… la próxima va a exigir algo más. Algo que no está en los pies ni en los brazos, sino en el alma.

Y tengo que estar lista.
Natasha me lanza una mirada desde el asiento del helicóptero. La entiendo sin hablar. Ambas sabemos que no hay tregua. Solo pausa. Y mañana… otra vez al fuego.
Me recuesto en el pecho de Seamus, con los cascos puestos, la música amortiguada por el sonido del aire. Sus dedos recorren mi cintura como si necesitara recordarme que sigo aquí.
Y lo estoy por ahora, pero sé que algo se acerca. Y cuando llegue… nos va a poner a prueba a todos.
El sábado por la tarde, Seamus me dice que me vista cómoda. No da más detalles. Solo esa orden envuelta en sonrisa torcida y ojos brillando con algo que no sé si es un plan o una travesura.
—¿Cómoda cómo? —le pregunto, mientras me ato el cabello—. ¿Como para correr? ¿Como para matar?
—Cómoda como para entregarte —responde, sin girarse, y su voz me recorre la columna como una cuerda de seda tensa.
Subimos a su coche. No el negro discreto que usa para los días de trabajo, sino su deportivo gris oscuro, ese que ruge al encenderse y parece devorar la calle con cada curva. Conduce sin decir nada, con esa calma suya que es puro control bajo la superficie. Yo tampoco hablo. A veces el silencio entre nosotros es más íntimo que cualquier confesión.
Pasamos por calles que no reconozco. Nos alejamos del barrio de siempre, del círculo conocido. El aire cambia. Más metal, más asfalto viejo, más ciudad sin filtro.
Aparca frente a un local sin letrero. La fachada es gris, sin ventanas, con una puerta negra de cristal opaco y un cartel de " cerrado" que parece permanente.
—¿Dónde estamos? —murmuro, frunciendo el ceño.
—Ven. Confía en mí.
Me bajo con el ceño fruncido, el pulso más rápido de lo normal. Cruzamos la puerta, y en cuanto entramos, lo entiendo.
El olor a tinta, metal, desinfectante, ese sonido eléctrico suave y constante en el fondo… máquinas zumbando, piel siendo marcada.
Un estudio de tatuajes. No. No puede ser.

Antes de que pueda reaccionar, un tipo con el cuerpo completamente tatuado —más tinta que piel— se acerca como si se conocieran desde siempre. Lo abraza con fuerza, palmea su espalda y suelta una carcajada ronca.
—¡Seamus, cabrón! ¿Cuántos años han pasado?
—No los suficientes —responde él, sonriendo.
Y yo solo estoy ahí, parada, intentando procesar.
—No. No, no, no… —susurro, cruzándome de brazos—. No vas a hacer esto. Seamus, no.
Él me mira, pero no con burla. Con esa calma que tiene cuando está a punto de volverse completamente loco.
—Te dije que lo harías, mo Mórrígan. Que algún día llevarías mi nombre.
—No pienso tatuarme tu nombre. No pienso ser una de esas novias desesperadas que se graban propiedad de…
—Exactamente eso. Propiedad de Seamus. En gaélico. Aquí —dice, señalándome el pecho izquierdo, justo sobre el corazón—. Donde late tu verdad.
—Estás completamente enfermo.
—Totalmente. Pero mírame —dice, bajándose la camisa con lentitud —. Empiezo yo.
Se tumba. El tatuador, Jack, empieza a preparar el equipo. Tinta negra, guantes, máquina. Todo se vuelve más real con cada clic, cada frasco abierto.
El diseño ya está listo, lo sacó de su cartera como si lo hubiera tenido preparado desde hace semanas.
Is le Emily mé.
La aguja toca su piel y no se inmuta. Nada de muecas, nada de reacciones exageradas. Solo su respiración sostenida y los ojos fijos en mí, como si estuviera hablándome con cada trazo.
Y yo lo miro. Lo miro mientras se graba mi nombre. Mi pertenencia. Mi marca. Justo sobre el tatuaje de su familia, en el corazón.
Y algo en mí… se rinde.
No es sumisión. Es algo peor… o mejor. Es reconocimiento.
Es saber que no hay nadie más en este mundo al que le permitiría hacer algo así. Nadie más que me hiciera querer devolver el gesto.

Cuando termina, Jack limpia la zona, le cubre el tatuaje con una venda transparente y Seamus se incorpora con esa media sonrisa que me derrite y me enfurece al mismo tiempo.
—Ahora tú.
—Estás loco.
—Lo estoy por ti —me dice al oído—. Y te compensaré después.
Y justo cuando voy a decirle que no, que se ha vuelto completamente imbécil, entra una mujer. Morena, alta, delgada, con tatuajes que recorren su piel como serpientes negras, elegante como un cuervo, feroz como una bruja.
—No pensarías que iba a dejar que un hombre te tocara, ¿verdad? —dice, guiñándome un ojo.
—Claro que no —respondo, poniendo los ojos en blanco.
Me tumbo. Respiro. Siento la aguja vibrar cerca de mi piel antes de tocarla.
Y cuando lo hace… es un fuego suave. Una quemadura antigua. Una herida que cura mientras hiere.
Is le Seamus mé.
Lo veo en el reflejo del cristal al lado, justo cuando termina. La tinta negra aún fresca sobre mi pecho izquierdo, curvándose sobre mi corazón como una promesa.
Me levanto despacio. Me visto sin mirarlo.
—¿Estás satisfecho, O ’ Sullivan?
Él se acerca. Me toma la cara con ambas manos. Me besa lento. Firme. Como si acabáramos de firmar un pacto de sangre.
—Lo estaré cuando te vea gemir más tarde con eso grabado en la piel.
Y no digo nada, porque sí. Estamos locos.
Cuando volvemos al loft, la ciudad ya está encendida de neón y sombras, y aunque me arde el pecho, no es por el tatuaje, sino por la expectativa.
Por la forma en que Seamus me ha estado mirando desde que salimos del estudio, como si ya me llevara grabada, como si esa tinta fuese una promesa que necesita cobrarse.
No dice nada al entrar. Solo cierra la puerta, la traba con llave y me arrincona contra ella, sin tocarme aún, pero su cuerpo está tan

cerca, que mi piel tiembla con cada milímetro que nos separa.
Su mirada está fija en la mía, densa, ardiente, y su voz, cuando rompe el silencio, es más orden que pregunta.
—Dímelo.
—¿Decirte qué?
—Lo que acabas de marcarte en la piel. Quiero oírlo de tu boca.
Mi respiración se acelera, no por pudor, sino por el deseo brutal que se agita bajo mi piel. Lo miro con los labios entreabiertos, el pulso martilleándome las costillas, y lo digo:
—Is le Seamus mé.
Mi voz tiembla, sí, pero no por debilidad… por hambre. Y entonces él se lanza, como un lobo hambriento. Me levanta en brazos con una fuerza que me desarma, me lleva a la habitación sin dejar de besarme, sin dejar de reclamarme.
No me desnuda, me arranca las prendas como si le estorbaran, como si necesitara mi piel ya, ahora, sin preámbulos.
Cuando me deja sobre la cama, ya no soy solo Emily.
Soy suya, de verdad. Con tinta. Con carne. Con alma.
Se desnuda frente a mí, lento, sin romperme la mirada. Cada músculo de su cuerpo parece hablarme. Cada movimiento tiene intención. Cuando se acerca, cuando me separa las piernas con una rodilla, cuando sus dedos recorren el borde del tatuaje como si leyera un conjuro antiguo… mi cuerpo se enciende.
Luego se inclina y me besa justo ahí, sobre el tatuaje, sobre el corazón recién marcado, con una devoción que me deja sin aire.
—Ahora vas a gemir mi nombre —murmura, y el sonido de su voz se me clava entre las costillas como una orden.
Y lo hace.
Me toma con fuerza, me llena sin prisa pero sin pausa. Me estira con las manos, con la boca, con su maldita alma. Cada embestida me saca el aliento, cada jadeo suyo me enciende más. Me atrapa por las muñecas, me arquea, me deja temblando entre sus brazos.
Cuando me corro, no es un gemido. Es un grito. Su nombre. El único que puede sacarme de mí y devolverme convertida en otra.
—Seamus... Dios, Seamus...

Y no se detiene. Sigue con movimientos más profundos, más lentos, casi reverenciales, como si me leyera por dentro.
Me susurra al oído palabras en gaélico, frases que no entiendo pero que me recorren como si fueran salmos antiguos, hechizos secretos que me atan más a él.
Cuando termina, lo hace dentro de mí, con un gruñido que le nace en el alma y me sacude hasta los huesos. Se desploma sobre mí, respirando contra mi cuello, con nuestros corazones latiendo al mismo ritmo y la tinta aún caliente entre ambos.
Me acaricia el pelo con la mano aún temblorosa, y yo paso los dedos por la línea del tatuaje, aún sensible, aún vibrante.
—Estamos locos —susurro.
—Lo sé —responde, rozándome los labios con los suyos—. Pero eres mi loca.
Y mientras cierro los ojos con su cuerpo cubriéndome como un escudo, lo sé. Él es mi loco.
Y no podría ser de otra manera.

43

Seamus

Han sido un par de semanas de mierda, y lo digo con conocimiento de causa, porque he visto lo peor del mundo y he hecho cosas que nadie debería poder contar sin descomponerse por dentro. Pero esta vez ha sido diferente. Cristiano se ha estado moviendo más de la cuenta, demasiado rápido, demasiado ambicioso, como si no supiera lo cerca que está de quedarse sin aire.
Queríamos tenerlo rodeado antes de lanzarnos, atarlo con más alianzas, con familias que se comprometieran en firme, que se plantaran con nosotros en el momento exacto, hombro con hombro. Pero no hay tiempo. El muy cabrón se nos adelanta en cada esquina y no podemos permitirnos seguir esperando. Así que lo haremos con lo que tenemos. No es lo ideal, pero es suficiente.

Los rusos se han mantenido firmes. Anton Chernov y Barinov han demostrado que, a pesar de lo desagradables que pueden ser, saben cuándo cerrar filas. Y los armenios, con los Petrosyan al frente, han hecho lo propio, como si recordaran de pronto todas las veces que les salvamos el cuello sin pedir nada a cambio.
Son los únicos que vienen con nosotros de verdad. El resto, cobardes disfrazados de estrategas, nos han dicho que nos cubrirán desde la distancia, que nos darán apoyo si lo necesitamos, pero que no cruzarán la línea. Palabras bonitas para disfrazar su miedo.
Escoria que se esconde detrás del humo de sus puros y la seguridad de sus muros.
He estado a punto de reventarle la cara a más de uno. No sería la primera vez. Y de hecho, el foso ha visto más actividad estos días que en meses. Algunos gritaban, otros suplicaban, pero todos hablaron. Todos soltaron nombres, rutas, contactos. No hay tiempo para juegos.
Y si hay que mancharse las manos, las mías ya están curtidas. No me tiembla el pulso. Nunca lo ha hecho.
Lo que me salva, lo que me mantiene cuerdo, lo que me arranca del borde justo antes de que me pierda del todo, es Emily. Ella tiene una forma extraña de apagar el fuego sin ahogarlo. De estar presente incluso cuando no puede estar todo el tiempo.
Ha venido conmigo al foso siempre que sus horarios lo han permitido, se ha quedado en silencio a mi lado mientras interrogaba, mientras sacaba información a golpes, mientras la sangre corría por el suelo como un río de verdades.
Y ha aprendido, vaya si lo ha hecho. Con cada mirada, cada gesto, cada silencio bien colocado. No necesita preguntar demasiado, porque observa con precisión quirúrgica. Y yo, sin darme cuenta, he empezado a enseñarle. A mostrarle lo que sé. Lo que otros solo descubrirán cuando sea demasiado tarde.
Compartir ese conocimiento… nunca pensé que me gustaría. Pero con ella es distinto. No me hace sentir raro, me hace sentir útil. Me hace sentir que no estoy solo en esto. Que lo que construimos se sostiene con dos pares de manos.

Hoy es viernes. El cielo está empezando a vestirse de sombra, y como cada semana, subimos al helicóptero. El destino es Eureka, nuestra base al norte, nuestra madriguera de piedra, acero y lealtad. Allí nos esperan los últimos preparativos, porque en un par de días vamos a Los Ángeles.

Esta vez no iremos a negociar. No habrá discursos, ni promesas. No llevamos acuerdos. Llevamos armas, llevamos nombres y llevamos una sentencia.

Vamos a por Cristiano, y no vamos a volver hasta que esté muerto.

Todos venimos juntos. Declan y Natasha, Patrick, Aidan, Siobhan y Liam. Nadie se queda atrás. Es la primera vez en mucho tiempo que todos los O ' Sullivan están bajo el mismo techo durante todo un fin de semana y no por nostalgia, sino por necesidad. La casa familiar vuelve a latir como un corazón en guerra.

Papá nos recibe en la entrada, erguido, serio, con las manos a la espalda como en los viejos tiempos. Lleva días mejorando. No solo físicamente, su mente está más clara, su voz más firme. Tiene esa mirada antigua, la del hombre que conoció a Moretti en persona, que bebió con él, que intercambió amenazas y respeto en la misma copa.

—Ese cabrón sabía jugar —dice mientras entramos—. Cristiano no. Cristiano quiere arrasar. Y por eso va a caer.

Erin aparece detrás con su sonrisa que siempre tiene un poco de tristeza, como si ya supiera que estamos a punto de volver con sangre en las botas. Pero no lo dice. Nos abraza uno por uno. A mí me aprieta fuerte. A Emily le acaricia la mejilla como si le leyera el alma.

Entramos.

La casa huele a comida caliente, a guiso cocinado con horas y especias que traen recuerdos de cuando todos teníamos las manos limpias y el mundo era un poco más pequeño.

Erin ha preparado un banquete, como siempre. No por tradición, por fe. Porque cuando no sabes qué traerá mañana, te sientas a la mesa y compartes lo que tienes.

Nos sentamos todos. Emily a mi lado. Declan frente a mí. Natasha a su derecha. Aidan y Siobhan juntos, en esa extraña sincronía

silenciosa que siempre los ha unido, y Patrick con Liam, bromeando entre ellos mientras brindan por cualquier estupidez.
La comida es buena. La compañía, mejor.
Hay risas, pequeñas, contenidas, pero sinceras. Algún brindis. Alguna pulla. Liam intenta imitar el acento de Barinov y casi se atraganta. Aidan lo empuja. Natasha se burla de Declan por roncar cuando está demasiado tenso. Emily me pisa por debajo de la mesa cuando subo demasiado la mano por su pierna, y yo finjo no darme cuenta. Erin sirve más sin preguntar. Papá observa. Dice poco. Pero cuando habla, todos escuchan.
—Esto no es solo un golpe —dice en un momento, con voz grave—. Es supervivencia. Si no lo paramos ahora, no nos quedará nada que defender.
Nadie responde porque no es necesario.
Después, uno a uno, nos vamos retirando. Cada pareja a su habitación. La casa está llena de pisadas suaves, de puertas cerrándose con un clic sordo, de cuerpos que se acomodan a lo que saben que puede ser la última noche de calma.
Yo cierro la puerta tras nosotros. Emily se quita los zapatos, deja caer la chaqueta, y se sienta en el borde de la cama. Me mira y no dice nada, ambos sabemos que esta posiblemente será nuestra última noche de paz.
Mañana empezamos a trazar los últimos pasos y pasado mañana… todo puede arder.
Nos dormimos abrazados con la sensación de que la calma es algo efímero en nuestro mundo.
El estruendo me saca del sueño como un golpe directo al pecho.
No hay confusión, no hay duda, solo instinto. El sonido es demasiado fuerte, demasiado seco, demasiado cerca. No es una puerta cerrándose mal. No es una tormenta. Es un ataque. Y es aquí. En nuestra casa.
En cuanto abro los ojos, Emily ya está incorporándose, el corazón latiéndole en la garganta, pero sin un gramo de pánico. Solo espera. Sabe que voy a decirle qué hacer, pero no necesita que le recuerde cómo.

Me levanto en silencio, cruzo el cuarto a zancadas y abro el cajón junto a la cama. Saco dos pistolas. Le entrego una. Es ligera, precisa. La misma con la que ha estado practicando durante semanas.

—Detrás de mí, siempre. Si no conoces a alguien dispara a matar. No hay tiempo para errores.

Emily asiente. No hay vacilación. No hay miedo. Solo una respuesta clara, firme, como el acero en su voz.

Salimos al pasillo y lo encontramos ya en movimiento. La casa entera está despierta, las luces de emergencia parpadeando en rojo como un latido sangrante. El silencio está roto por pasos veloces, armas cargándose, órdenes susurradas entre dientes.

Declan ya está allí, con Natasha pegada a su espalda, los dos armados, listos. Aidan y Liam van tras ellos, completamente armados, como si hubieran dormido con el cuchillo entre los dientes. Patrick aparece desde la otra ala con un fusil que no ha usado en años, pero que aún sabe manejar como si lo llevara tatuado.

Y entonces la vemos: Siobhan, saliendo del cuarto con un cuchillo en una mano y una Glock en la otra, vestida con una camiseta oscura y pantalones de combate, el rostro imperturbable.

—Han entrado por la parte trasera, creo que volaron la verja —dice, sin levantar la voz, sin acelerar el paso.

Sus palabras pesan. Nadie discute. Nadie pregunta cómo lo sabe. Es Siobhan. Cuando habla, se la escucha.

Erin y papá aparecen desde el extremo del pasillo, y aunque él quiere protestar, se niega a dejarse llevar, su cuerpo dice otra cosa. Está pálido, agitado, aún frágil. Declan se les acerca, toma el control sin pedirlo y los guía hacia el pasillo trasero, hacia el cuarto seguro.

Emily se gira hacia mí, los ojos fijos en los míos, y aunque no dice una palabra, su mensaje es claro como el disparo que aún no ha hecho.

Ni se te ocurra pedirme que me quede atrás. Y no lo haría. Ni se me pasa por la cabeza.

Este es nuestro campo. Nuestra casa. Y ella estará a mi lado con lo que nos espere, siempre.

—Cúbreme la espalda —le digo, cargando el arma—. Vamos a ver quién tuvo los huevos de venir hasta aquí.
Y salimos, paso a paso, como fantasmas con nombre y fuego en las manos. Listos para matar. Listos para defender lo nuestro. Hasta el final.
La casa O ' Sullivan ha sido atacada. Y quien lo haya hecho no va a vivir para contarlo.
Cuando bajamos las escaleras, las luces de emergencia ya están activadas, bañando el interior en ese rojo parpadeante que convierte todo en una escena de guerra.
La casa aguanta. No hay grietas. No hay humo. El primer ataque fue directo a la puerta principal. Un pepinazo industrial, de los que rompen hueso y ladrillo. Pero esto no es una casa cualquiera, y esa puerta no cede.
Porque esta casa, desde el primer plano, se construyó para resistir.
Durante años la disfrazamos. Jardines bien cuidados, luces cálidas, cámaras mínimas. Nada ostentoso. Nada que gritara fortaleza. Pero debajo de cada pared hay acero. Detrás de cada cristal, blindaje. Debajo del césped… muerte.
Cuando abro la puerta, no es una entrada. Es una sentencia.
Los proyectores exteriores revientan la noche en un haz de luz blanca. Dejan al descubierto al enemigo. Más de una docena de hombres, encapuchados, armados, posicionados como si esto fuera un videojuego. Uno incluso lleva una máscara térmica. Patético.
Emily dispara antes que yo. Precisa. Dos tiros al pecho de un idiota que intenta colarse por el lateral. Cae como un trapo mojado. Le sigue otro con una ametralladora ligera. Lo fulmino en la clavícula. Patrick, desde el balcón, le revienta la cabeza con un solo tiro.
Y entonces todo estalla.
Liam y Patrick disparan desde arriba con risas feroces. Aidan y Siobhan se deslizan por el flanco sur, como espectros que matan sin dejar rastro. Declan y Natasha salen desde el ala norte; ella con una escopeta que truena como el fin del mundo. Nosotros dos, Emily y yo, avanzamos desde la puerta principal como reyes del fuego.
El enemigo no lo entiende. Vacilan. Cambian de estrategia. Creen que pueden replegarse, pero es tarde.

Las luces los ciegan. Un zumbido de ruido blanco bloquea sus comunicaciones. Hay minas camufladas bajo los setos que activamos antes de salir. Uno pisa donde no debe y se retuerce en el suelo, convulsionando, hasta que el silencio lo traga.
Emily se mueve como si hubiera nacido en este infierno. Me cubre la espalda mientras recargo, toma la delantera cuando me detengo, dispara sin temblar, sin pestañear. Entra en cada rincón de sombra con la seguridad de quien ya ha sobrevivido a lo peor.
Y yo… yo me recreo.
El olor a pólvora, a sudor, a sangre caliente me llena los pulmones como oxígeno puro. No hay confusión. No hay dudas. Solo blancos y fuego.
Uno de ellos intenta correr. Se resbala. Levanta el arma. Emily le dispara a la mano, y cuando cae al suelo, le planta la bota en el cuello. Yo me acerco y le clavo el cuchillo entre los ojos sin pensarlo. Seguimos avanzando.
Somos una puta coreografía de muerte.
Cuando el último enemigo intenta escapar por el lateral, lo atrapamos los dos. Emily le dispara en la pierna, yo lo agarro del cuello y lo estrello contra el suelo. Me mira, escupe sangre, susurra algo en italiano. No me importa. Le corto la garganta de cuajo.
El silencio que queda no es paz. Es humo. Es jadeo. Es campo de batalla.
El jardín está cubierto de cuerpos, sangre, armas desperdigadas, casquillos humeantes. La hierba empapada de rojo. Las flores pisoteadas. La casa intacta.
Emily se gira hacia mí. Está roja, salpicada, manchada de pies a cabeza. Tiene la mirada encendida, la respiración agitada, la boca entreabierta. Se acerca y me empuja el pecho con el cañón aún caliente.
—Joder, me encanta cuando haces eso —le murmuro.
Ella sonríe, sucia, letal, mía.
Desde el balcón, escucho la voz de Patrick, ronca, divertida:
—¿Alguien más está viendo esto o solo yo?
Liam ríe por lo bajo.
—Tal para cual, hermano. Puto tal para cual.

Y sí. Lo somos. Una puta carnicería perfecta. Y nadie se atreve a negarlo.

44

Emily

Aún tengo la adrenalina en la lengua, como si pudiera masticarla. Me arde en la sangre, en los músculos, en la piel manchada de sangre ajena. Estoy en medio del jardín, rodeada de cuerpos, casquillos y silencio, pero por dentro… todo en mí sigue rugiendo.
Nos han atacado, y los hemos detenido.
Con fuego. Con precisión. Con todo el jodido poder que llevamos semanas entrenando. Y por primera vez, lo siento en carne viva: no soy solo una bailarina que aprendió a sobrevivir. Soy una jodida Nikita. Y esta noche… esta noche he matado. Y no me arrepiento.
Miro a Seamus.
Y él me mira como si acabara de resucitar de entre las sombras para devorarle el alma.
No dice nada. Solo me lanza esa mirada cargada de necesidad cruda, primitiva. Se acerca, me rodea la cintura con fuerza, y de un movimiento seco y seguro, me carga sobre su hombro como si no pesara nada. Su cuerpo está caliente, duro, cubierto de la misma sangre que yo. Me aferro a él, riendo sin aliento, sintiendo cómo cada paso que da hacia la casa es como una promesa que arde.
—Yo recojo tu carnicería, hermano —alcanzo a oír a Liam detrás, riendo.
—Pero ventilad bien antes de bajar —agrega Patrick, sarcástico como siempre.
No me importa. A ninguno de los dos nos importa. Porque en este momento, no podemos hablar. No podemos pensar. Solo follar o explotar.
Sube las escaleras sin soltarme.
La puerta aún no se ha cerrado detrás de nosotros cuando ya me arranca la camiseta con tanta fuerza que oigo el desgarro de la tela.

Yo hago lo mismo con su camisa, con los botones, con todo. No hay delicadeza. No hay pausa. Solo carne contra carne.
Me lanza sobre la cama, me cubre con su cuerpo y me embiste sin esperas. Crudo. Rápido. Animal. Como si su vida dependiera de estar dentro de mí, como si mi cuerpo fuera el único lugar donde aún puede respirar.
—No he visto nada más jodidamente hermoso que tú matando a mi lado —me gruñe al oído, con los dientes en mi cuello.
Gimo, me arqueo, lo envuelvo con las piernas, lo muerdo. No hay compás. No hay ritmo. Solo ese vaivén salvaje, húmedo, sucio. Sus manos me sujetan con fuerza, su pecho choca contra el mío, nuestras respiraciones son jadeos convertidos en latido.
Me corro con un grito que se queda atrapado entre nuestros cuerpos. Él me sigue, profundo, brutal, enterrado tan dentro que por un segundo no sé si soy yo o si somos los dos convertidos en un solo temblor.
Y entonces… reímos.
Los dos.
Como dos locos que acaban de sobrevivir al apocalipsis y se lo follan para celebrarlo. Nos reímos como idiotas. Tirados, sudados, manchados, con el corazón latiendo en los oídos.
Nos abrazamos. Respiramos. Y después, nos duchamos.
Agua caliente. Jabón. Risas. Besos más suaves, más lentos. Nos curamos las pequeñas heridas, nos enjuagamos la guerra de la piel.
Y media hora después… bajamos.
Con el pelo aún húmedo, con las manos aún marcadas, con los cuerpos ya calmados pero la mente alerta.
Porque la batalla se ha acabado. Pero la guerra acaba de empezar.
Cuando bajamos, la casa está viva.
No por el caos, ni por el pánico, sino por el movimiento contenido y calculado de toda la familia trabajando como un solo cuerpo.
El jardín sigue parcialmente manchado, pero ya hay un equipo especializado limpiando todo con rapidez quirúrgica. Recolectan casquillos, extraen restos, identifican cuerpos.
Natasha y yo nos miramos de reojo, sabiendo que esto… esto es territorio nuevo. Una línea que no hemos cruzado del todo, pero que

esta noche ya empieza a borrarse bajo nuestros pies.
Declan está sobre los mapas, con Aidan y Liam a ambos lados, revisando rutas, contactos, estimaciones. Patrick da órdenes por teléfono mientras prepara un par de mochilas con armamento. Seamus se mueve con naturalidad entre ellos, como si llevara la guerra en la sangre. Porque la lleva.
Siobhan se acerca con unas fotos. Las extiende sobre la mesa. Tatuajes. Códigos. Marcas.
—Algunos eran mercenarios. Pero estos tres —dice, señalando con el bolígrafo—, llevan la insignia de Moretti. Claramente.
No hace falta que nadie diga nada. Ya lo sabíamos, pero ahora solo es oficial.
—Cristiano —escupe Patrick, con la mandíbula apretada.
—Y se adelantó —añade Liam—. Pero cometió el error de no terminar el trabajo.
—Eso lo pagará —dice Seamus, seco como el acero.
Los planes se ajustan con rapidez. No habrá margen. El ataque debía ocurrir dentro de unos días, pero ya no hay tiempo para más alianzas, para rodeos diplomáticos o amenazas veladas. Los rusos están con nosotros. Los armenios, también. Los demás han prometido cubrir, pero no vendrán, aunque no importa.
Con el jet privado, Los Ángeles está a apenas un par de horas. Podemos estar allí a media mañana, listos, armados, con el sol aún bajo.
Me mantengo cerca, participo en lo que puedo, pero me muevo con cuidado. Este mundo no es el mío, no del todo. Natasha igual. Observamos, preguntamos poco, aprendemos en silencio. Es extraño, duro… pero no me alejo. No me escondo. Estoy aquí. Y eso ya es algo.
Cuando todo está en marcha, cuando los vehículos están listos, las armas organizadas y las coordenadas claras, Declan da la orden más sensata de la noche:
—Tenemos que dormir un par de horas. Estar frescos. Mañana será largo.
Nadie lo discute.

Seamus me toma de la mano y subimos sin hablar. Las luces bajas del pasillo, las paredes cargadas de eco, el peso de todo lo vivido aún vibrando en el pecho.
Nos estiramos en la cama con la ropa aún puesta. No hay sexo, no hay risa esta vez. Solo calor compartido. Su brazo sobre mi cintura. Mi rostro enterrado en su cuello.
Respira hondo. Yo también.
No sé cómo, pero el cuerpo cede. Y el sueño al fin, llega.
Alguien llama a la puerta. No con urgencia, pero con la firmeza justa para decirnos que es la hora.
Abro los ojos con esfuerzo. El cuerpo aún está cansado, pero el corazón ya late fuerte, como si supiera que no hay más tiempo. Seamus se mueve a mi lado con la precisión de alguien acostumbrado a vivir entre guerras. Se incorpora, se estira, me mira.
—Cinco minutos de ducha —dice, y yo asiento.
El agua está tibia, rápida, limpia lo justo. No hablamos. Nos pasamos el jabón con movimientos suaves, automáticos. Yo me limpio un poco de sangre seca que me quedó en el cuello. Él me ayuda con la espalda. En silencio. En sintonía. Ya no somos solo dos. Somos un equipo.
Salimos de la ducha, aún con vapor en el aire, y nos vestimos con ropa de combate. Oscura, cómoda, funcional. Pantalones ajustados, camiseta térmica, chaqueta táctica. Me paso una goma por el pelo, me lo recojo con firmeza. Me miro al espejo. Ya no veo solo a una bailarina. Veo a alguien más. Veo lo que he llegado a ser.
Antes de salir de la habitación, Seamus se acerca. Me toma el rostro entre las manos. Me besa, largo, intenso, como si en ese beso me sellara el alma. Después, sus ojos se clavan en los míos.
—Estoy orgulloso de ti, mo Mórrígan.
Y yo… me deshago.
Me derrito por dentro, pero no caigo. Porque esas palabras, en su boca, son fuego sagrado. Son verdad.
Bajamos y la casa ya está despierta. Todos vestidos, todos listos. Declan y Natasha al frente, revisando detalles. Patrick y Siobhan cargando armas en los vehículos. Aidan y Liam coordinando a los

hombres que nos acompañan. Dos docenas, bien entrenados, bien armados, fieles.
Nos subimos a los coches. No hablamos mucho. Las caras están tensas, serias, determinadas. En la parte trasera del convoy, veo los rostros de los nuestros: jóvenes, veteranos, leales. Esto no es una escaramuza. Esto es una sentencia.
La carretera al aeropuerto está despejada. Cuando llegamos, el jet ya nos espera, majestuoso bajo las luces del hangar. Subimos rápido, ordenados. Seamus no me suelta la mano. Me guía al interior, me acomoda en un asiento junto a él.
El avión despega en silencio. Nadie celebra. Nadie sonríe.
Yo me recuesto sobre su hombro. Cierro los ojos. Escucho su corazón latiendo firme bajo mi mejilla. Sus dedos acarician mi muslo, como si su única tarea fuera mantenerme en paz, aunque sólo sea por un rato.
Él no necesita decirme lo que va a pasar. Ya lo sé.
Vamos a Los Ángeles. Vamos a la casa de Cristiano. Y no vamos a dejar nada de pie.

45

Seamus

Nos han atacado. En nuestra casa.
Y esa frase no deja de repetirse en mi cabeza como un tambor de guerra.
Nos han atacado.
Tengo a Emily dormida sobre mi hombro, el cuerpo relajado, la respiración lenta, confiada… y ni siquiera eso logra apagar el incendio que me arde por dentro. Me cuesta no moverme, no levantarme, no agarrar un arma y matar a alguien ahora mismo. Porque esa rabia no se aplaca. No se disuelve. Solo se agranda.
Nos han atacado.
A mí. A ella. A los nuestros. Y lo van a pagar.

Cristiano ha cometido el mayor error de su vida, y eso lo sé sin necesidad de informes ni palabras. No solo cruzó una línea. No solo envió hombres armados a tocar nuestras puertas. Intentó meterse en el único lugar donde nadie, absolutamente nadie, tiene permitido siquiera mirar sin permiso: nuestro hogar.
Pienso en mi padre, en Erin, en lo que habría pasado si no hubiéramos estado allí. Si la casa no fuera lo que es, si no hubiéramos planeado cada pared, cada cámara, cada trampa como si estuviéramos esperando esto desde el principio. Esa idea, solo esa imagen, es suficiente para hacerme ver rojo.
No voy a dejar que se salve.
Cristiano va a morir. Pero no de un di sparo limpio, no con un tiro entre los ojos. No. Lo voy a descuartizar. Voy a cortarlo en pedazos tan pequeños que no quedará nada reconocible. Voy a dejar sus restos en bolsas distintas, en puntos opuestos de la ciudad.
Voy a alimentar a los jodidos cerdos con sus huesos. No por placer, no por justicia. Por advertencia.
Porque nadie ataca mi casa y vive para contarlo.
Nadie.
Y si no fuera porque Emily está sobre mí, si no fuera por esa mujer que me sujeta con su sola existencia, ya habría saltado del puto avión en pleno vuelo solo por aterrizar con las manos llenas de sangre.
Nos han atacado…
El avión comienza a descender. Emily se despereza, abre los ojos, y me lanza una mirada que me corta la respiración. No dice nada, pero sé que lo sabe. Sabe cómo me siento. Sabe lo que estoy a punto de hacer. Y no me detiene.
Aterrizamos en Los Ángeles cuando el cielo empieza a teñirse de un rosa pálido. El sol aún no se atreve a salir del todo, como si supiera lo que vamos a hacer. En la pista nos espera un convoy de coches negros, motores encendidos, hombres listos. Todo organizado al milímetro.
Bajamos todos: Declan con Natasha a su lado, Aidan con Siobhan —siempre silenciosa, siempre letal—, Patrick, Liam y nosotros. Dos docenas de hombres más nos acompañan, armados hasta los

dientes. Una docena más de rusos y algunos armenios se suman a la fiesta. Esto no será una operación quirúrgica. Será una purga.
Cristiano no nos espera tan pronto. Y si lo hiciera, dudo que esté preparado. No es como su padre, no piensa con estrategia. No sabe lo que significa realmente el miedo. Pero lo sabrá. Porque no vamos a quedarnos en la puerta.
Vamos a entrar hasta el fondo, hasta el jodido salón. Y lo vamos a dejar seco. A él. Y a todos los que se atrevan a quedarse a su lado.
El coche se desliza por las calles de Los Ángeles como un mal presagio. Dentro, nadie habla. Todos sabemos lo que viene. Todos lo hemos decidido.
Emily va a mi lado. Tensa. En silencio. Lista. Sus ojos clavados al frente y las manos firmes sobre su arma. Mo Mórrígan. Mi reina de la guerra.
Cuando el convoy gira la última esquina y veo la mansión de Cristiano, algo en mí se quiebra. Custodiada, claro. Llena de idiotas con armas automáticas y pechos inflados de falsa autoridad. Creen que podrán detenernos. Creen que esto es una advertencia más.
Y no saben que ya están muertos.
—Dale —le digo a Patrick por el comunicador.
El rugido de los lanzamisiles corta el aire antes de que acabe la palabra. Dos explosiones sacuden los portones de entrada y el muro salta por los aires, fragmentos de piedra y metal volando como metralla divina. Fuego, humo, caos.
Y entonces… entramos.
Yo avanzo primero, las pistolas en alto, el corazón latiendo al ritmo de la sangre. Emily está detrás de mí, como una sombra letal, cubriéndome con precisión. Dispara sin dudar, sin pestañear, sin piedad. Es mi guerra, pero ella la ha hecho suya.
El interior de la casa es un laberinto de mármol, sangre y ceniza. Los pasillos están tomados por los nuestros. Declan grita órdenes desde la escalera central, Aidan y Liam despejan la planta baja, Siobhan se mueve como un espectro entre estancias, derribando a cualquiera que se atreva a mirarla. Natasha, cerca de la entrada, protege el perímetro sin dejar de disparar.

Subimos a la planta alta. Cristiano no está abajo, no es tan estúpido, o sí. A estas alturas da igual. Lo vamos a encontrar y lo vamos a despedazar.
Entro en el despacho y veo un ordenador ardiendo sobre el escritorio. Quiso borrar algo, destruirlo todo antes de escapar. Hay papeles esparcidos, sangre en la pared, alguien murió ahí. No era él.
—Seamus, se mueve hacia el ala oeste —grita Patrick por el comunicador.
Corremos. El pasillo está lleno de humo y restos. Alguien intenta frenarnos. Disparo sin mirar, no tengo tiempo para peones.
Llegamos a una galería de cristal. Detrás de una puerta de emergencia veo movimiento. Fuerzo la cerradura de una patada, y el sonido del golpe reverbera por toda la sala. Entro y lo veo.
Cristiano.
Está cruzando la cocina trasera, jadeando, con la cara desencajada. Lleva una pistola en la mano, pero tiembla. Se gira y me ve… la cobardía lo atraviesa de lado a lado. Corre. El muy cabrón corre.
Lo seguimos.
Baja unas escaleras por un pasillo angosto hasta un sótano con una salida al jardín trasero. Lo acorralamos al final del pasillo. Y ahí está su último acto de miseria: se esconde detrás de una mujer. La agarra del brazo, la usa como escudo, la apunta a la cabeza con manos temblorosas.
—¡No te acerques! ¡La mato!
Emily no vacila. Apunta. Dispara.
Cristiano grita cuando la bala le destroza la rodilla. La mujer cae al suelo y huye llorando. Él, en cambio, no se puede mover. Gime, llora, arrastra su cuerpo por el suelo como un animal herido.
Me acerco. Despacio. Sin prisa. Como si ya lo hubiera hecho mil veces.
—¿Te creías muy listo, cabrón? ¿Creías que podías venir a mi casa, tocar a los míos, y respirar para contarlo?
Él apenas balbucea algo. No lo escucho porque no me importa lo que pueda decir.
Y entonces lo desato todo.

Le doy una patada en la cara. Luego otra. Y otra. Lo golpeo con el mango de la pistola, con el puño, con todo lo que tengo a mano. No paro hasta que su rostro es una masa uniforme, hasta que apenas respira, hasta que mi sangre se mezcla con la suya y no sé cuál es cuál.
—¡Seamus! —me grita Patrick—. ¡Ya está!
Pero no, aún no.
Lo arrastro por el suelo como un saco de mierda. Lo llevo al patio, lo cuelgo de un gancho metálico que cuelga del techo de una pérgola, boca abajo, desnudo, sangrando, con los ojos reventados.
Y entonces, con todos los suyos mirando, los pocos que aún respiran, me planto frente a él. Saco mi cuchillo, el que usé en mi primera ejecución. El que siempre guardo para los casos personales.
Me acerco a él y le hablo al oído.
—Esto no es por negocios, no es por poder. Es por mi casa. Por mi padre. Por Erin. Por Emily. Esto… es para que el mundo sepa quién manda aquí.
Y lo abro en canal. Lento. Preciso.
Cada corte es un mensaje. Cada grito, una confesión. Le clavo el cuchillo en el abdomen y lo deslizo despacio, abriendo piel, carne, recuerdos. Siento su sangre caer caliente sobre mi brazo, su cuerpo temblar, su respiración cortarse.
Y cuando ya no puede gritar más, lo remato. Le corto la garganta de un tajo limpio. Lo dejo colgar, como advertencia. Como legado. Como ejemplo.
Me giro hacia los suyos, los que aún viven, tiemblan.
—El que se acerque a un O ’ Sullivan, seguirá el mismo camino.
Y nadie se atreve a contradecirme.
Salimos de Los Ángeles más ligeros. No de peso físico, de carga emocional.
Como si la muerte de Cristiano hubiera dejado una grieta abierta por donde empezó a drenar la rabia.
El vuelo se hace más corto, más silencioso. Emily no se despega de mí ni un milímetro. Su mano en mi muslo, su cabeza en mi hombro. No habla, no pregunta, solo está y con eso basta.

Yo intento relajarme, pero aún noto la adrenalina bajando en oleadas por la espina dorsal. Mi respiración ya es más lenta, mis pensamientos más claros… pero el pulso me sigue martillando en las sienes como si todavía estuviera apuntando.
Cuando aterrizamos en Eureka, el aire huele a madera húmeda y hogar. Erin ha preparado un banquete que huele a infancia, a hogar, a familia. Todos comen. Ríen. Beben. Yo también. Pero solo un poco.
Porque lo que necesito ahora… no es compañía. Es silencio. Es Emily.
Cuando acaba la comida, me levanto, le tomo la mano y sin decir nada salimos. Los demás no preguntan. Saben lo que pasa, lo que se siente. Lo que viene después de dejar un cadáver colgado por los tobillos.
Conducimos hasta nuestro loft. Nuestro refugio.
Cuando entro, cierro la puerta detrás de nosotros. La atranco. La aseguro y me giro.
Emily me mira y yo la miro a ella.
Y en ese instante, sin decir una palabra… todo lo demás desaparece.
El loft está envuelto en un silencio denso, casi cálido. No suena música, no entra luz más allá de la que se filtra entre las cortinas pesadas, y lo único que se escucha es nuestra respiración.
Emily deja el bolso sobre la silla, se descalza, y me mira como si pudiera leerme desde adentro, como si supiera con exactitud el tipo de calma que necesito. No la que se dice, la que se busca con el cuerpo.
Me acerco despacio, como si no quisiera romper ese equilibrio frágil que cuelga entre nosotros. Le paso los dedos por el rostro, bajando por su cuello hasta el borde de la camiseta, y ella cierra los ojos, dejando que me acerque, que la toque, que la lea.
Nos desnudamos sin apuro, sin esa urgencia cruda que suele consumirnos. Esto no es hambre, es alivio. Es ese momento donde por fin, después del dolor, del fuego, del ruido, se puede respirar. Y respirar en su piel es la única forma que tengo de volver a mí.
Nos tumbamos en la cama, entre las sábanas arrugadas, y la toco con calma, como si cada caricia fuera una forma de decirle que estoy aquí, que sobrevivimos, que aún somos nosotros.

Sus manos recorren mi espalda, me atraen, me reciben. La beso con lentitud, como si besarla pudiera arreglar todo lo que el mundo rompió.
Cuando entro en ella, lo hago sin empujar, sin buscar poseerla, solo para fundirme. Es un movimiento suave, profundo, donde su cuerpo se abre y el mío encuentra refugio.
Nos quedamos así, quietos, respirando el mismo aire, sintiéndonos sin palabras. No hay prisa. Solo presencia.
Nos movemos lentamente, cada vaivén una forma de reconectar, de reconocernos tras todo lo vivido. No buscamos estallar, buscamos fundirnos.
Sus piernas me rodean, sus dedos acarician mi nuca, y mi frente se apoya en la suya mientras nuestros cuerpos se entienden mejor que nunca.
Cuando llega el orgasmo, no lo hace como una explosión, sino como una ola que nos atraviesa despacio, envolviéndonos en una calidez íntima, privada, completa. No hay gritos. Solo suspiros, respiraciones entrecortadas y un estremecimiento que no se explica.
No salgo. No me alejo. Me quedo dentro, abrazándola, con el pecho pegado al suyo, el corazón latiendo despacio contra el suyo. Sus ojos cerrados, su respiración volviendo al ritmo.
Y así, entre el humo de todas las guerras que ardieron en nuestra piel, entre el eco de los gritos que ya no nos persiguen, entre el peso compartido de nuestras sombras… nos rendimos al sueño. No como víctimas. No como verdugos. Sino como dos almas rotas que, al fin, dejaron de huir. Porque incluso los monstruos, cuando encuentran a alguien que los mira sin miedo, pueden dejar de morder… y empezar a amar.

Epílogo

Emily

Han pasado meses desde aquella noche.
La vida se ha asentado, o al menos, se ha vuelto nuestra versión de normalidad.

Clases duras con Madame Koroleva —que aún me mira como si esperara que me rompa en cualquier momento—, entrenamientos aún más duros con Seamus, tardes descargando adrenalina en el foso, noches que no tienen fin… ni necesidad de tenerlo.

Cada vez me muevo con más soltura. No solo en el estudio. También en la oscuridad. En las sombras. En ese otro mundo que me abrió Seamus y al que, con el tiempo, he empezado a amar con la misma pasión que amaba la danza. Hemos hecho algunos trabajos fuera. Pequeños al principio, luego más complejos. Y me gusta. Me gusta más de lo que debería.

He descubierto que tengo buena puntería. Muy buena. Y que hay algo adictivo en mirar a alguien por la mira telescópica y saber que en cualquier segundo podrías apagarlo para siempre. No por venganza ni por impulso. Solo por control, por elección.

La guerra con los italianos siguió, pero perdió fuerza. El viejo don murió y su hijo menor tomó el poder. Es un cretino, sí, pero no como Cristiano. No tiene esa rabia idiota en los ojos. Puede hablar. Puede negociar.

Y cuando supo lo que hizo su hermano, supo también que no podía esperar otra cosa. Nos lanzó una respuesta, sí, pero fue teatro. Ruido. Una forma de sal var la cara frente a los suyos.

Ahora estoy delante del espejo, en el camerino del SFBS, ajustándome el último broche del vestido. Hoy es la función final. Mi espectáculo de graduación. El cierre de una etapa que, durante años, pensé que lo era todo. Y ya no lo es.

No porque no ame bailar. Lo sigo amando. Lo amaré siempre. Pero ahora sé que no es lo único. Que la perfección no está solo en repetir hasta la extenuación una secuencia, sino también en el silencio antes del disparo. En la sensación de tener el control. En las manos de Seamus sosteniéndome… o guiándome hacia algo más oscuro, más mío.

Tengo ofertas. Varias. Compañías que sueñan con tenerme. Y si hace un año me lo hubieran dicho, habría llorado de felicidad. Hoy solo sonrío, porque la verdad es que no sé si quiero irme. No ahora. No lejos de él. No lejos de mi gente.

Oigo la puerta abrirse y lo veo entrar por el reflejo.

Seamus.
Negro. Perfecto. Letal incluso cuando no lo intenta.
Se queda detrás de mí, sin decir nada. Y luego, con esa voz que me puede quebrar o reconstruir, susurra:
—Eres perfecta, mo Mórrígan.
Le sonrío, y niego despacio.
—Nada más lejos de la realidad.
A mi alrededor todo el mundo se mueve, corre, repite pasos, afina cada detalle… pero para mí el aire se ha detenido. Solo está él, su mirada, esa calma feroz que me da.
Madame Koroleva me dio el papel de primera bailarina esta noche.
Tal vez porque ya no tengo miedo, tal vez porque al final, todo el entrenamiento sirvió para algo. O tal vez porque por fin he entendido que lo que soy no se queda en el escenario.
Seamus me gira despacio, me besa con esa intensidad que me arranca el alma y la pega de nuevo con sangre, y me desea suerte. No hace falta que diga más.
Yo salgo, el telón se abre. Y el mundo… se detiene.
Porque hoy no baila Emily. Hoy baila la mujer que renació entre cuchillos y fuego. Hoy baila la Morrigan de Seamus.
El foco me encuentra con una precisión quirúrgica, como si el universo supiera exactamente dónde ubicarme. Un haz de luz en mitad de la oscuridad. Silencio. Expectación. Y entonces… empiezo a moverme.
No bailo. Floto.
Cada músculo obedece, cada respiración entra sincronizada con la música, cada giro se funde con el aire que atravieso.
No hay esfuerzo, solo confianza. Mi cuerpo es mi hogar, y el escenario… no es una jaula. Hoy no.
Cuando mi partenaire me toma de la cintura y me lanza al aire, no hay vértigo. Solo libertad. Caigo en sus brazos con precisión milimétrica. Me sostiene, gira conmigo, me eleva como si el peso del mundo hubiera desaparecido.
Y en ese instante, en ese salto suspendido entre luces y notas, lo sé.
Estoy completa. Libre. No perfecta como soñaba de niña, sino real.

Completa con mis cicatrices, con mis sombras, con la sangre que llevo en las uñas y el acero en la mirada.
La música crece, y yo con ella. Mis brazos cortan el aire como dagas suaves, mis pies golpean el suelo como latidos.
Y mi alma… se suelta.
El número final llega. El gran cierre. El último giro.
Y cuando me planto firme, con el pecho en alto y la cabeza levantada todo el teatro estalla.
Aplausos. Gritos. El público en pie.
El sonido me atraviesa como un rayo, me deja sin aliento, pero yo solo miro a un lugar.
Primera fila. Y ahí están.
Seamus, de pie, con los ojos clavados en mí como si yo fuera lo único que existe. Declan de pie mirando a Natasha. Patrick, Aidan, Liam. Siobhan, seria, pero con esa luz extraña en los ojos. Erin. Papá. Todos. Nadie falta.
Natasha me extiende la mano desde un lateral y la tomo sin dudar. Nos abrazamos fuerte, casi con lágrimas.
Dos bailarinas. Dos mujeres. Dos guerreras que llegaron hasta el final.
Y entonces vuelvo a mirar al frente. A mi familia. A mi futuro. Y lo sé.
No tengo que pensarlo más. No tengo que debatirlo. No necesito otro escenario ni otro público.
Elijo.
Elijo lo que arde sin consumirme, lo que duele pero me sostiene, lo que no necesita palabras para hacerme sentir en casa.
Elijo a Seamus, con su oscuridad y su lealtad salvaje, elijo sus brazos como abrigo y su guerra como parte de la mía.
Elijo a mis hermanos, a Natasha, a Erin, a todos los que me miran desde esa primera fila con orgullo en la piel y verdad en los ojos.
Elijo a los míos.
Elijo la sangre que no me asusta, el hogar que se construye con cuchillos y promesas, el amor que se grita en silencio cuando los cuerpos se entienden mejor que las palabras.
Elijo la vida que duele a veces pero que siempre vale la pena.

Porque ahí, en medio del ruido, del eco de aplausos que ya se disuelven en la madera del teatro, lo único que de verdad me importa es esa mirada que me espera desde abajo, esa certeza que me abriga desde dentro, esa voz sin sonido que me dice, con todo su ser:
Estás donde perteneces.

Seamus

La veo desde la primera fila, rodeado de los nuestros, y por un momento todo se detiene.
La música empieza, las luces la buscan, y cuando por fin la enfocan… ahí está.
Mi mujer. Mi guerrera. Mi bailarina. Mo Mórrígan.
Se mueve con una precisión que no parece humana. Cada paso es poesía y amenaza, cada giro una declaración de poder. No hay error, no hay duda. Solo ella, flotando sobre un escenario que esta noche no le basta, porque no hay techo que pueda contenerla.
Y sin embargo, cada vez que el tipo ese de las mallas la toca, siento cómo la sangre me sube caliente al cuello. Trago saliva, aprieto los dientes, y me obligo a no moverme.
Sé que es su trabajo. Sé que no la toca más de lo estrictamente necesario. Lo sé… porque me aseguré de explicárselo bien antes de que esto empezara.
Una conversación breve, directa, definitiva. Sin opción a malentendidos.
Ella está preciosa, sí. Pero es más que eso. Está salvaje. Está viva de una forma que no había visto nunca, y eso me atraviesa.
Porque no es solo hoy.
Emily brilla en todo lo que hace. Cuando entrena, cuando dispara, cuando me mira y me desafía con solo un gesto.
Estos últimos meses han sido los más intensos de mi vida, y eso es decir mucho.
Creía que había vivido lo peor. Lo más sangriento. Lo más oscuro. Pero nunca había vivido algo tan jodidamente real.

Y cuando te das cuenta de que la persona que duerme a tu lado sabe sostener un rifle como una bailarina sostiene un arabesque… entiendes que el amor no tiene que ser blando. Puede ser un arma.
Emily lo es.
Un arma afilada, hermosa, letal.
El telón cae y el público estalla en una ovación que hace temblar el teatro.
Pero yo ya estoy en movimiento. Me cuelo entre bastidores sin dudar, esquivando bailarines, técnicos, voces que me llaman sin que yo escuche.
Solo tengo un objetivo.
Ella.
La encuentro detrás del escenario, con la respiración aún agitada, el sudor brillando en su piel, y no digo ni una palabra. La tomo de la mano, la arrastro por un pasillo estrecho, hasta una pequeña sala de almacenamiento, y cierro la puerta con el pie.
La beso con el hambre de todos estos meses, con la necesidad que se acumula cuando tienes que contenerte demasiado tiempo, y en menos de dos segundos, ya estoy dentro de ella.
No hay pausa, ni pregunta, ni excusa. Solo deseo. Puro. Crudo.
La empotro contra la pared, y su cuerpo me recibe como si me hubiera estado esperando toda la noche.
Suda, tiembla, gime contra mi boca, y me vuelvo loco.
No duramos nada. No pretendíamos hacerlo. Esto no es ternura. Es afirmación. Es urgencia. Es recordarle —recordarme— que es mía.
Cuando todo se detiene, cuando recupero el aliento, bajo su maillot apenas lo justo y le beso el pecho, allí donde lleva tatuado mi nombre.
—Mía —le susurro, como un mantra, como una promesa.
Ella se ríe, aún jadeante, con esa mirada suya que me arranca el alma, y me dice que estoy loco.
Y sí, lo estoy. Pero si enloquecer significa tenerla así, no quiero volver a estar cuerdo nunca.
Salimos al pasillo sin disimulo. Las miradas lo dicen todo, alguna risa, alguna ceja levantada. Pero me da igual y sé que a ella también.

Porque en ese gesto de no esconderse, en esa forma suya de caminar con el orgullo en los muslos y el fuego en los ojos, está toda su verdad.
Emily es arte. Es arma. Y el mundo tendrá que acostumbrarse a eso.
Las cosas con los italianos se han calmado.
No es que hayan desaparecido, claro. Aún tocan las narices más de la cuenta, tantean los límites, lanzan comentarios envenenados o hacen movimientos pequeños, casi insignificantes… pero ninguno se ha atrevido a cruzar la línea. No después de lo que hicimos. No después de ver cómo terminan los que nos subestiman.
Pero aun así, hay otra guerra creciendo en mi pecho. Una guerra silenciosa, más íntima.
Estoy nervioso. Y no por una amenaza externa, sino por algo que aún no ha sido dicho. Por lo que Emily decida hacer a partir de ahora.
Sé que la apoyaré, que estaré detrás de cualquier decisión que tome, que si quiere bailar por el mundo y dormir en una ciudad distinta cada semana, lo haré con ella, cuidaré sus espaldas, llevaré sus armas y le prepararé el desayuno en cualquier rincón del planeta.
Lo sé.
Pero también sé… que hay una parte de mí que la quiere solo para mí.
Aquí, en San Francisco o en Eureka, no importa.
Lo que importa es verla entrar cada noche en nuestra casa, en nuestra cama, en mi pecho. Lo que importa es no tener que compartir su cuerpo con nadie, ni su tiempo, ni su cansancio.
Ni siquiera sus tetas, joder… no todavía.
La imagino con mi hijo en brazos. Con la piel suave y cansada, con el pelo recogido y el bebé dormido en su pecho. Y ese pensamiento me golpea tan fuerte que me deja sin aire.
Porque sí, sé que llegará el momento. Pero también sé que, egoístamente, la quiero un poco más solo para mí, antes de tener que compartirla con nadie, ni siquiera con algo tan nuestro.
Estoy hundido en esos pensamientos, en ese mar de deseo silencioso y planes que no me atrevo a decir en voz alta, cuando la

veo acercarse. Sus brazos me rodean el cuello. Se pone de puntillas para besarme y entonces lo dice.
Con voz baja. Solo para mí.
—Te elijo a ti, mi monstruo.
Y ya está. Ya no necesito nada más. Que se acabe el mundo si quiere. Porque ahora sí… es completamente mía. Mía para siempre.

Fin

Y próximamente… Siobhan

Siobhan

El sonido del cuero golpeando contra el saco es lo único que llena el aire. Sordo, seco, constante, como un latido que no me pertenece, pero que controlo igual.
Izquierda. Derecha. Gancho al cuerpo. Respiro. Exhalo. Mantengo el control. Siempre mantengo el control.
El apartamento está en penumbra, pero así lo prefiero. Las paredes son de ladrillo visto, ásperas, desnudas, con grietas que nadie ha intentado ocultar. Como yo. Todo es acero, hormigón, madera oscura. Sin adornos. Sin fotos. Sin flores. Solo lo esencial.
Una mesa de roble macizo, rayada por las balas de otros tiempos, dos sillas que nunca se usan, una cocina funcional, con botellas de whisky más vacías que llenas, y una cafetera que apenas descansa. Las ventanas están cubiertas por cortinas pesadas, grises, que bloquean la luz y el mundo. La única concesión es la bolsa de boxeo que cuelga en mitad de la sala, vieja, remendada, pero aún firme.
Golpeo otra vez aún más fuerte. Una descarga limpia me recorre los brazos y se ancla en el pecho.
Aquí no soy la hermana de Declan O'Sullivan, ni la sombra de mis hermanos. Aquí no hay mafia, ni familia, ni lealtades que asfixien. Aquí solo soy Siobhan, y Siobhan no siente nada.
Hasta que el teléfono vibra.
No me detengo de inmediato, me cuesta parar cuando aún estoy ardiendo por dentro, pero vibra de nuevo. Dos veces.
Y en esta familia, cuando Declan llama dos veces, no es por cortesía.
Descuelgo el teléfono, el sudor goteando por mis sienes, los nudillos aún tensos. Respondo, seca, con la respiración cortada por el esfuerzo.
—¿Sí?
Su voz entra como siempre, con esa calma que huele a pólvora.

—Ven a casa. Ya.
No pregunta, no explica, no necesita hacerlo. Si Declan llama, es porque el infierno ya está ardiendo, y nos toca entrar en él.
—Salgo en cinco.
Cuelgo.
Me arranco los guantes, el cuero pegado a los dedos, y los dejo caer sobre la mesa. No me molesto en limpiar el sudor, ni me cambio. Me gusta que me vean así: sin filtro, sin disfraz, con las cicatrices a la vista.
Cojo la chaqueta de cuero, la de siempre, la que huele a gasolina y a violencia contenida. Me la pongo sobre la piel caliente, el cabello aún pegado al cuello. Las llaves de la moto tintinean en mi mano mientras cierro la puerta sin mirar atrás.
Miro la calle vacía, las luces parpadeantes, los edificios viejos que crujen con el viento. Esta ciudad no es como Nueva York, aquí la oscuridad es más espesa, más pegajosa. No hay rascacielos, solo tejados planos y farolas rotas. Calles estrechas, grietas en el asfalto, callejones que huelen a orines y a muerte vieja.
Todo huele a advertencia.
Subo a la moto, una Indian negra, pesada, ruda, tan áspera como yo. El motor ruge como un demonio hambriento cuando la enciendo. Me enfundo los guantes de cuero, el casco negro con la visera baja, y arranco.
La ciudad se desenrolla frente a mí como una herida abierta.
Cruzo las calles sin respetar semáforos, sin frenar en las esquinas. La moto ruge bajo mis muslos, vibrando con cada acelerón, y el viento me corta la cara como una navaja. Las luces de neón de los bares sucios parpadean a mi paso, las ventanas empañadas por el humo y las risas ahogadas. Los clubs clandestinos, los moteles de mala muerte, las licorerías que nunca cierran. Todo me es familiar. Eureka es un agujero, pero es nuestro agujero.
Sigo hasta dejar atrás la zona vieja, cruzando el puente que lleva a las colinas donde las casas no tienen números en las fachadas, solo puertas cerradas y cámaras ocultas.
El asfalto cambia. Se vuelve más limpio, más silencioso, pero no menos peligroso.

Giro hacia la entrada de la propiedad familiar. Las luces automáticas se encienden cuando detectan la moto. La verja de hierro forjado se abre con un quejido, lenta, pesada, como si le doliera dejarme entrar.
El camino de grava cruje bajo las ruedas. Los árboles, altos y oscuros, ocultan la mansión al fondo, pero yo ya sé lo que me espera.
Cuando aparco frente a la puerta principal, el silencio es denso. La casa es grande, elegante, construida en piedra gris, con ventanas altas y un porche de madera oscura. Pero lo importante no es lo que se ve por fuera.
Es lo que se siente.
Muerte. Poder. Historia.
Bajo de la moto, me quito el casco y camino hacia la puerta con paso firme y la abro sin llamar, como siempre.
Y ahí están.
El salón principal huele a café fuerte, tabaco caro y tensión acumulada.
Declan está de pie, junto a la chimenea, con esa presencia suya que lo llena todo. Natasha, a su lado, con la espalda recta y la mirada serena. Seamus está en el sofá, con Emily apoyada en su pierna, las manos entrelazadas, ambos con los ojos atentos.
Aidan y los demás ya están en sus sitios, Patrick y Liam serios, como si supieran que hoy no hay espacio para las bromas.
Mi padre, en su sillón, más pálido, pero firme, el infarto ya no es más que un feo recuerdo. Y la tía Erin, siempre en su rincón, con esa calma que lo ve todo.
Todos me miran cuando entro, pero yo no digo nada, solo cierro la puerta detrás de mí, cuelgo la chaqueta, y camino hacia ellos, porque sé que lo que viene esta noche es serio.
Declan empieza, directo.
—Esta noche hemos perdido dos cargamentos.
La frase cae con un peso que todos entienden al instante.
—¿Dónde? —pregunto, sin apuro.
—Uno en el puerto, otro en la ruta norte. Fueron limpios, profesionales. Sin ningún rastro.

Seamus lanza un gruñido bajo, su ceño fruncido como una advertencia.
—¿Italianos? —pregunta Patrick, escéptico.
Declan niega, despacio.
—No encaja. Los italianos están quietos desde que Moretti cayó, demasiado quietos. Y esto… no lleva su sello.
Aidan, que hasta ahora ha guardado silencio, alza la voz, con esa calma que siempre hiela la sala.
—Fue alguien que conoce bien nuestras rutas. Esto no es un ataque al azar, es alguien que sabe dónde duele.
Sus palabras son precisas, medidas, como cuchillos afilados.
Declan asiente.
—San Diego. El sur se está agitando.
Y ahí, lo entiendo sin que lo expliquen más.
—Cárdenas —murmuro, su nombre como un veneno controlado.
—El Lobo —corrige Aidan, con una mirada fría—. Desde que estuviste allí, algo cambió. Y ahora, sus hombres están moviéndose en las sombras.
—¿Pruebas? —pregunto, manteniéndome en esa calma que ya es parte de mí.
—Nada directo —responde Aidan, con el ceño levemente fruncido—. Pero los patrones de movimiento, las rutas cerradas, los rumores en las calles del sur… todo apunta a que ya tomó una decisión. Y no es a nuestro favor.
Declan cruza los brazos, serio.
—Esto va más allá de una simple pérdida. Si dejamos que siga avanzando, va a intentar adueñarse del sur.
Miro a todos y sé lo que tengo que decir.
—Tengo que volver.
El silencio es inmediato. Las miradas se cruzan como cuchillas.
Seamus es el primero en soltarlo.
—No vas a ir sola otra vez.
—No tengo alternativa —respondo, tranquila.
—Siempre hay alternativas —rebate Aidan, su tono pausado, pero firme—. Puedes llevar a alguien, que no entre contigo, si quieres, pero que te cubra las espaldas. No puedes darte el lujo de caminar

sola en terreno de lobos, Siobhan.
—Si entro con alguien detrás, cierro la puerta antes de abrirla —respondo, sin dureza, solo exponiendo el hecho—. Él ya me midió la primera vez. Sabe que fui yo quien me senté frente a él. Si ahora me presento con un séquito… lo tomará como una debilidad, o peor, como una amenaza.
Patrick niega, su voz áspera, pero serena.
—No me gusta. Su gente es peligrosa, Siobhan, esto no es como las otras veces.
—Nunca lo fue —respondo, con suavidad—. Pero si espero a tener todas las garantías, será demasiado tarde.
Aidan la mira fijo, su mente trabajando detrás de esos ojos gélidos.
—No me gusta esta jugada —admite, con esa honestidad seca que siempre lo acompaña—. Pero tienes razón, si vas, tendrás que entrar sola.
—Entonces estamos de acuerdo —asiento, sin triunfalismo.
—No del todo —añade, su voz más baja, como una advertencia suave—. Al menos déjanos tener un equipo en la ciudad, discretos, sin contacto directo, solo para vigilar el perímetro. Si algo sale mal, necesitamos margen para reaccionar.
Lo miro un momento, sabiendo que es una concesión razonable.
—De acuerdo —asiento, con un leve gesto.
Declan no dice nada por un segundo, pero sus ojos me estudian con esa mezcla de hermano mayor y jefe que nunca se apaga.
—Si vas… vuelve —dice al fin, su voz baja, pero cargada de algo más denso que cualquier amenaza.
Erin rompe el silencio, con ese tono suyo que siempre marca el cierre.
—Haz lo que tengas que hacer, hija, pero regresa. No estamos para perder a los nuestros.
Asiento, sin necesidad de promesas vacías.
—Volveré.
Cuando me giro hacia la puerta, el peso de todas esas miradas se queda sobre mi espalda, pero no miro atrás. Ellos ya saben que esta batalla… es mía.

Agradecimientos

Este libro no existiría sin las personas que se quedaron cuando la historia se volvió más oscura, más intensa y más peligrosa. Gracias a todas vosotras que leísteis a Emily y Seamus sin pedirles que fueran otra cosa, que aceptasteis su forma de amar, de luchar y de pertenecer, y que os dejasteis llevar por una historia que no busca gustar, sino dejar huella.

A mis chicas del Emiverso, gracias por estar siempre. Por el apoyo incondicional, por acompañarme por todas las vías posibles, por leer, comentar, escribir, preguntar y sentir cada historia como vuestra, porque lo es. Este universo crece porque vosotras lo sostenéis, y no dejo de sorprenderme por la fuerza y la lealtad que me regaláis.

A Vicky, por atreverse una vez más con mis historias y por aceptar que su primera colaboración sea junto a Emily y Seamus. El mundo es de las valientes.

A Isa, la Presidenta, por esas ideas locas que solo se le ocurren a alguien que entiende perfectamente este caos… y por lanzármelas sabiendo que una loca como yo no va a decir que no. Gracias por empujar, por provocar, por creer y por estar, siempre. Y gracias también, por el esfuerzo de compartir un poquito a Seamus con el mundo.

A mi familia, por acompañarme siempre, incluso cuando mi mente está en otros mundos y otras vidas.

Y a mi madre, mi apoyo incondicional, gracias por estar en cada paso. Por leerlo todo, por sentirlo todo, y por ese "está muy bien" que nunca falla y que, pase lo que pase, siempre me sostiene.

Gracias a todas las que creéis en mí y en este universo.

Emily y Seamus ya forman parte de él… y aún tienen mucho que decir.

Con todo mi cariño,

Emi C. Kastle

Sobre la autora

Emi C. Kastle escribe porque no puede evitarlo. Las historias aparecen, se le meten en la cabeza y no la dejan en paz hasta que las pone por escrito. Nunca fue un plan ni una meta, fue una necesidad.

Le gustan los personajes intensos, los vínculos que no son fáciles, las familias que se eligen y el amor cuando deja de ser ideal y se convierte en real.

No cree en héroes perfectos ni en emociones medidas, sino en personas que sienten demasiado, se equivocan, se rompen y aun así siguen adelante.

En sus libros hay oscuridad, sí, pero también humor, lealtad y ternura donde menos se espera. Le interesa contar historias que se vivan con el cuerpo, no solo con la cabeza, y que se queden un rato después de cerrar el libro.

Escribe para crear hogares en medio del caos, para quienes nunca encajaron en los lugares tranquilos y aprendieron que pertenecer no siempre significa paz, sino quedarse cuando todo es intenso, imperfecto y real.